



ALMUDENA
DE ARTEAGA

La estela
de un
recuerdo

Lectulandia

Esta es una bella historia de amor que arranca el 14 de abril de 1931 y termina al inicio de la guerra civil. La familia del duque del Infantado está en el punto de mira de todos los republicanos pero no dejan de luchar por el regreso del rey Alfonso XIII a España. Los disturbios en el Círculo Monárquico, la quema de conventos, el alzamiento de Sanjurjo, el primer voto de la mujer y la constante inestabilidad política quedan dibujados desde la perspectiva de una de las familias nobiliarias más tradicionales. El patriotismo y la entrega de Borja, su hijo más joven, y el amor que siente por Rafaela quedan reflejados en las dos cartas de despedida que escribe antes de morir y que una sobrina nieta suya descubre sesenta años más tarde.

Lectulandia

Almudena de Arteaga

La estela de un recuerdo

ePub r1.0
epubdroid 18.06.15

Almudena de Arteaga, 2015
Diseño de cubierta: Ilna Simeonava / Trevillion

Editor digital: epubdroid
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi nieta Ginebra

«Yo tenía dos hermanos,
dos caballeros sin par
que enlazaban sus anhelos
en un idéntico afán,
como se enlazan dos águilas
en el escudo ducal.
¡Una bandera juraron
y la querían lavar!»

De sor Cristina de Arteaga en su libro *Borja*. Hoy, sierva de Dios por su proceso de canonización. Gracias a ella por la labor de recopilación que hizo de las cartas y los artículos publicados en el momento en que transcurre esta historia.

LA ESTELA DE UN RECUERDO

Madrid de los Austrias
19 de abril de 1993

Llegar al corazón de Madrid desde las afueras de la ciudad a hora punta fue una verdadera odisea. Esa exasperante sensación de angustia que produce el estar nuevamente perdiendo el tiempo en pleno atasco y el problema del aparcamiento se me olvidaron apenas me encontré frente a aquel palacio en la calle Don Pedro, número 1.

Los rayos de sol que conmigo se colaron en el oscuro zaguán iluminaron la gran arcada renacentista de mármol que había encastrada en el muro de enfrente. Aquella escultura había sido transportada hacía años desde el castillo de La Calahorra, en las faldas de Sierra Nevada, para evitar que los estadounidenses, que ya tenían numeradas sus piedras, se la llevaran al otro lado del Atlántico. Mi bisabuelo salvó así de otro expolio el patrimonio español. Aquella obra de arte solo era una pieza más de las tantas que coleccionó a lo largo de su vida y que, por los dictámenes de su noble moral, sus sucesores tendríamos la obligación de conservar.

Apenas se encendieron las luces, saludé a Andrés desacelerando el desbocado paso que llevaba. Al cerrar el portón, el bullicio de la cercana plaza de los Carros se silenció. En la penumbra procuré tomar conciencia de cómo allí el tiempo se ralentizaba. Inspiré llenando mis pulmones de aquel almizcle a cera, a polvo y a los frutos secos que tostaba una pipera a la que por caridad le habían dejado utilizar el diminuto local que daba a la plaza en los sótanos de la casa. La voz del portero sonó a mi espalda:

—Hace ya más de media hora que la espera.

Acostumbrada como estaba desde niña, subí los peldaños de dos en dos. Apenas reparé en la silla de manos del siglo XVII que había bajo el hueco de la escalera, en la grandiosa vidriera con el escudo familiar de la ventana, en los tapices flamencos de las paredes o en la descomunal lámpara de araña de La Granja que todo aquello iluminaba.

Arriba Julia me esperaba para guiarme a la habitación de la mujer a la que cuidaba desde hacía más de quince años. Con el tiempo, ella se había convertido, además de en su enfermera, en su más fiel confidente, y solo por eso la saludé, como a un miembro más de la familia, con dos sonoros besos.

Segura de a dónde nos dirigíamos, me extrañó el cambio de rumbo que tomamos en el pasillo. Antes de girar el picaporte me susurró:

—Hará un mes nos pidió insistentemente que la cambiásemos de cuarto.

Arqueé las cejas sorprendida. Me leyó el pensamiento.

—Sí, conociendo lo celosa que es de sus cosas, a mí también me extrañó su repentino cambio de criterio. A pesar de parecer una locura, su insistencia sonaba tan

angustiosa que no pude negárselo. Me costó sonsacarle, pero al final me confesó sus motivos.

Circunspecta, miró a un lado y otro del pasillo para asegurarse de que nadie del servicio rondaba por los aledaños.

—En todas partes veía enanos. Espeluznantes hombres que igual salían de debajo de su cama, del armario o de entre las cortinas para sentarse a los pies de su cama y mirarla durante horas con descaro. Aseguraba que eran los fantasmas de su pasado.

¿Enanos? Con lo cabal que siempre había sido, me dolió el escarnio que la edad podía llegar a hacer en la mente de cualquiera. Julia continuó:

—Desaparecieron en cuanto se mudó a este cuarto. Ahora, cuando desvaría, solo dice que siente las caricias y llamadas de aquellos que un día perdió. Por algún motivo que desconozco, se ha empeñado en dejar escritas sus memorias de lo vivido junto a ellos, y me he ofrecido voluntaria para transcribirlas.

Alzó la mano para mostrarme su entintado dedo medio.

—Mira, lo tengo encallecido de escribir. Apenas la tumbé en su nueva cama, empezó a dictarme, y hasta ayer no cesó.

Aquel dedo me recordaba al mío cuando en la facultad tomábamos apuntes a todas horas.

—Mucho has debido de escribir. Y ¿cómo te has prestado a ello? ¿No serán sinsentidos del tipo del de los enanos?

Negó rotundamente.

—Es sorprendente la memoria que tiene para recordar hasta los detalles más nimios. Aquí las horas se hacen eternas y, ayudándola a reflejarlos en un papel, por primera vez en mucho tiempo se me han pasado volando. Además, ¿cómo negárselo? Por fin, después de décadas de recelos, ha decidido rememorar todos aquellos acontecimientos que yacían amordazados en su memoria, y yo no seré la que le ponga trabas.

Giró el picaporte y entornó la puerta. Antes de dejarme pasar susurró de nuevo:

—A pesar de la perspicacia que ha demostrado estos últimos días, el médico ha comentado que, con la cantidad de pequeños infartos cerebrales que sufre, es normal que de vez en cuando se le vaya la cabeza. Todo puede ser. Si sucediese, por favor, disimula y síguele la corriente.

No hacía falta que me lo aclarase. Llevarle la contraria o reírme de cualquier improperio que pudiese mencionar desataría ese enérgico carácter que, a pesar de estar amainado por la edad, conservaba.

Allí estaba ella, levemente incorporada sobre un par de grandes cuadrantes y concentrada en su música. Al vislumbrar mi sombra se quitó los cascos del *walkman*, que tenía a todo volumen con lo que me pareció el nocturno de Madrid de Boccherini, y tomó las gafas que sobre el embozo había dejado. Las pobladas cejas le asomaban por encima del parche que tenía pegado sobre el cristal del ojo izquierdo. Así, tuerta y con su pelo canoso perfectamente peinado en un moño alto, bien podría

haberse parecido a nuestra antepasada la princesa de Éboli.

Mi tía abuela era la primera persona de toda una generación a la que yo veía marchitarse. Nonagenaria, prácticamente sorda y casi ciega desde ya no recordaba cuándo, había superado con dignidad la desesperanza de las limitaciones a las que la vejez la sometía. Era admirable cómo arrinconaba su vitalidad y rebeldía de antaño para asirse con fuerza a la única función del cuerpo que no le fallaba: la memoria.

—Me llamaste y aquí estoy. ¡Qué cara, tía María! Ni una arruga.

La besé en la frente y tomé asiento en el escabel que tenía al lado de la cama. El crujir del periódico, que sin duda le habían leído esa mañana, sonó bajo mi peso. Lo aparté.

—Eso me pareció al mirarme al espejo esta mañana, pero lo achaqué a esta ceguera que todo lo difumina. No sé, quizá sea por la alimentación tan sana a base de purés de verduras y pescaditos cocidos a la que estoy sometida. ¡Con lo que disfrutaba comiendo como Dios manda! Pero... hasta de ese placer se empeñan en privarme. Solo espero que lo insípido de esta vida no acabe por devorarme. Hoy, todo lo aburrido lo disfrazan de salubre.

Suspiró.

—Si me diesen a elegir, preferiría morir hoy mismo de una pesada indigestión que a saber cuándo de esta sana agonía.

Acariciándose el rostro prosiguió:

—Dios tenía que haberme recogido hace tiempo. Se lo he pedido un millón de veces, pero por alguna razón que ignoro parece haberse olvidado de mi existencia. Qué se le va a hacer. Siempre he aceptado sus designios con resignación y no voy a dejar de hacerlo ahora.

Estaba claro que no temía a la muerte. Envidiaba esa fe que la amparaba. Sonrió sin perder el sentido del humor.

—Miremos la parte positiva. Tu tía María es un despojo humano con piel de bebé. ¿Recuerdas cuando de niña una vez me aconsejaste que me la planchase? Bendita ingenuidad infantil.

Asentí consciente de que necesitaba hablar con alguien que no fuesen sus asistentes.

—Te he traído un regalo.

Lo sopesó y, alargando la mano sin abrirlo siquiera, se lo entregó a Julia. Ella, sin pronunciar palabra, me miró como pidiendo excusas por su falta de delicadeza.

—Gracias por la bata. Mañana la estrenaré para mi matinal paseo de esta cama al cuarto de baño. Perdona mi sarcasmo, pero ya nadie me regala otra cosa que zapatillas, batas y camisones.

Intenté excusar mi falta de originalidad como fuese.

—Lo siento. La próxima vez te traeré una casete con las grabaciones que la Fundación ONCE está haciendo de las novelas clásicas. Así no tendrás que depender de nadie para que te lea. Dicen que están muy bien.

Me agarró de la mano.

—Qué difícil es regalar a una impedida, ¿verdad? Anda, deja que sea yo la que esta vez te dé algo a ti.

Julia se acercó con lo que parecía ser un cuaderno.

—Es parte de nuestra historia. Esta vieja solterona quiere que cada uno de sus sobrinos tenga algo de ella cuando falte, y nadie mejor que tú para quedarse con este pedazo de mi vida. Espero que entiendas la letra.

Acariciando las tapas me lo tendió.

Consciente de que había muchas probabilidades de que fuese lo que Julia había escrito, sonreí sin comprender muy bien el porqué de su elección.

—Esas paletas tan separadas que tienes las has heredado de él. ¡Si hasta tienes su misma sonrisa! ¡Debe de ser uno de esos milagros de la genética! Tú eres la estela de estos recuerdos.

Posó la mano sobre el cuaderno y supe entonces que era así como había bautizado aquellas humildes memorias. La estela de un recuerdo. Pero... ¿a qué venía lo de los parecidos? No conocía a nadie de la familia con mi defecto. Ese que esperaba solucionar pronto con un buen aparato de ortodoncia. ¿Sería porque, como temió Julia, sus desvaríos se entremezclaban con la realidad? Si era así, lo sentiría porque, habiendo nacido con el siglo, no había nadie mejor para esclarecerme algunos puntos oscuros de su historia, hasta entonces casi imposibles de escrutar. Ella, al ser soltera y la mayor de toda una generación, siempre se había sentido la madre de todos sus hermanos, la de sus sobrinos e incluso la madre de su propia madre. Carente de todo egoísmo, siempre pensaba en los demás y quizá por eso empatizaba con las alegrías y tristezas de toda la familia. Si quería saber un poco más de ellos, ella sería mi mejor referencia.

Pero... ¿podría fiarme realmente de lo que le hubiese dictado a Julia? Si definitivamente estaba perdiendo la cabeza, todo lo que me contase corría el riesgo de quedar en agua de borrajas. No quise darme por vencida. Nada mejor, para ver si aún era capaz de recordar, que profundizar en aquellas palabras que acababa de pronunciar.

Grité para que me oyese:

—¡A quién me parezco!

Inmersa en sus recuerdos, parecía no escucharme.

—Definitivamente, tienes los ojos de ella y los labios de él. Es increíble cómo Dios endereza con el tiempo lo que el destino retuerce.

Él y ella. Sonaba a una historia de amor. Sus palabras eran como pinceladas diluidas en un lienzo en blanco. El esbozo de un cuadro que corría el riesgo de quedar inconcluso con su muerte. Un pedazo de su vida que, a pesar de su reconocida valentía, había silenciado por un pavor exacerbado a ahondar en antiguas heridas. Dolorosas lesiones que, producidas hacía más de medio siglo, seguían sin cicatrizar del todo.

—La república vino y nos quedamos sin rey. Tendría yo por aquel entonces treinta y un años.

Balbuceó algo de lo que solo alcancé a entender palabras sueltas como *anarquía, huida, miedo, cárceles, ruina, muerte y amor*. Estaba nerviosa. La dejé trabarse en un par de ocasiones hasta que, desesperada y con pulso tembloroso, consiguió alcanzar la aldaba que colgaba del lado de la librería que tenía junto a la cama. Era una clásica mano de finos dedos, forjada en hierro, que cogía una pelota. La había heredado de su madre y recurría a ella siempre que la memoria le fallaba o se le atragantaba una palabra entre la garganta y el pensamiento. La golpeó tres veces y por fin la ininteligible verborrea empezó a encajar.

—¡Es mi llamador de ideas!; mi avisador de ángeles. A él apelo para poder contarte todo lo que ansío sin ahogarme en las lagunas del olvido.

Sus palabras manaron cual nítido torrente de efemérides. Eran vivencias que, aprisionadas en las grutas del subconsciente, se despegaban de su farragoso fondo para desembocar en un acantilado de congruencia. Una catarata de amordazados recuerdos que me salpicaban ya libres de sus ataduras. Justo un minuto antes de que se callara, conseguí entenderla a medias.

—Quiero que sepas que la boda de tu padre y de tu madre era inevitable. ¿Sabes que las sangres de las dos familias también se atrajeron en la generación anterior? Truncada esa unión entonces, el destino la forzó en el futuro. En ti y tus hermanos se hizo carne aquel amor imposible.

No pude más que repetir:

—¿Se hizo carne el amor? ¿Qué amor?

Aquello sonaba más a rezo que a otra cosa. Mi expresión de desconcierto debió de ser todo un poema.

—Pobre niña que no sabes nada. Ahora me doy cuenta. Creo que ya entiendo por qué Dios no me recoge a pesar de mis súplicas. Aún me queda algo por terminar. Tengo que hacerte partícipe de aquello antes de permitirme un descanso eterno y en paz. Para ello necesitamos tiempo. Ese mismo que a mí ya no me sobra y que a ti, con esa vida tan ajetreada que llevas, también te debe de faltar. ¿Te quedarás a comer o, como siempre, será una visita rápida?

Sonaron los campanillones de todos los relojes de la casa al unísono. Arqueó las canosas cejas.

—¿Lo oyes? Son las doce. Yo dispongo de todo el día para escuchar cómo lees lo que en el pasado callé por el sufrimiento padecido. Regálame un poco más de tiempo. Si te quedas, tu voz será la mía y juntas repasaremos siete años de mi vida que apenas conoces.

La tentación era enorme y nunca me había pedido nada. Tenía mil cosas que hacer, pero ninguna inaplazable. No pude negárselo.

—Si me dejas realizar un par de llamadas, me quedo a comer e incluso, si se tercia, a cenar.

Asintió contenta mientras yo salía al pasillo a llamar. Solucionado el problema, entré de nuevo dispuesta a comenzar. Antes de poder abrir el cuaderno, me detuvo para ponerme en antecedentes.

—Por aquel tiempo, todos los de casa vivimos entregados a tres causas principales. Dimos lo mejor de nosotros mismos para devolver el arrebatado respeto a Dios, la integridad a España y su trono al rey. Ser pío, patriota o monárquico hoy en día es una opción que yo nunca llegaré a entender porque para nosotros era la vida misma.

Tan apasionada estaba que tuvo que callarse un segundo por falta de resuello. Tomó una bocanada de aire y continuó melancólica:

—Siete hermanos éramos los que componíamos esa particular milicia fraternal. Dejando a un lado a Teresa, que ya casada pasó aquellos años pariendo y cuidando a su prole, contaríamos entre nuestras filas con tres oficiales del Ejército para esgrimir las armas, una monja para sanar espíritus y dos futuras enfermeras para hacer lo mismo con los cuerpos.

De nuevo se detuvo. Su respiración se había acelerado a causa de la emoción. Tomé la jarra de agua que tenía sobre la mesilla y le tendí un vaso para que bebiese a pequeños sorbos.

—Ahórrate el esfuerzo y no me cuentes más. Tengo tu cuaderno y lo leeré yo misma.

Satisfecha sonrió.

—Ten cuidado al cogerlo porque hay algunas cartas familiares guardadas entre sus páginas, no vayan a caerse.

Lo abrí con delicadeza.

—Así como hace un segundo te he dicho que solo le pido a Dios una pronta muerte, ahora solo le pido que me dé el tiempo y la cordura necesarios para hacerte partícipe de un pedazo de mi vida.

—¿Por qué a mí?

Suspiró.

—Ya te lo he dicho. Porque eres la más parecida a él. Un joven que, haciéndose un hombre a la fuerza, apenas tuvo tiempo de serlo. Y, sobre todo, porque así me iré al otro mundo con la sensación de haber podido plantar la semilla de su recuerdo en ti. Tengo sus cosas allí.

Incapaz de estarse quieta, de nuevo se incorporó para intentar llegar a una pequeña caja que guardaba en la estantería junto a la aldaba. Al levantarme para ayudarla, me detuvo.

—Pensándolo mejor, déjalo por ahora. Esperaremos hasta el final porque, si no, habrá cosas que no entenderás. Lee.

Alzó la vista al techo y por fin se recostó entrecerrando los ojos. La caligrafía de Julia, redondeada y perfecta, no dejaba lugar al titubeo en una sola palabra. Procuré adoptar cierto aire de solemnidad.

—Veamos...

SIN VERTER UNA GOTA DE SANGRE

Palacio del Infantado. Madrid
Noche del 13 de abril de 1931

Éramos tan solo cinco los comensales que aquella noche nos sentamos a la mesa. Según el protocolo que nunca olvidábamos, al ser yo la única mujer en casa presidía la mesa con mi padre. A mi derecha estaba sentado nuestro primo el duque de Miranda, a mi izquierda, mi hermano Íñigo y junto a papá, Jaime.

Habíamos invitado a Luis María de Silva para que, como mayordomo mayor del rey, nos pusiese al tanto de qué iba a hacer exactamente su majestad después de saber que en las elecciones municipales del día anterior había triunfado la república gracias al voto de las grandes ciudades. Mi padre no podía creérselo aún.

—De qué poco ha servido el voto fiel al rey en los pueblos. Pero ¿qué podíamos esperar? Tal y como están las cosas, ya lo predije hace tiempo. Las diferencias que los monárquicos hemos tenido entre nosotros es lo que precisamente ha puesto a don Alfonso en la inestable balanza en la que se encuentra.

Luis María intervino:

—Agua pasada no mueve molino. El caso es que, en este momento, Romanones está reunido en casa de Marañón intentando garantizar la seguridad de su majestad. No es para menos, ya que sabemos que el general Sanjurjo ha llegado a un pacto con los republicanos y que con él están la mayoría del Ejército y la Guardia Civil.

Mis hermanos le respondieron al unísono:

—No seremos nosotros.

Sonrió.

—Nadie mejor que vosotros, los jóvenes oficiales, sabe que en el Ejército hoy hay tantos republicanos como monárquicos.

Bajaron la cabeza sin atreverse a negarlo. Intenté quitar quina al nerviosismo y la incertidumbre:

—¡Menos mal que la reina María Cristina no ha vivido lo suficiente para ver cómo el pueblo pone en entredicho a su hijo!

Íñigo me interrumpió:

—Lo cierto es que, desde que el general Miguel Primo de Rivera se desterró a París para morir, ya no han existido días tranquilos.

Nuestro invitado intervino:

—El rey lo intentó, pero los Gobiernos de Dámaso Berenguer y Aznar con su «dictablanda» también han demostrado ser un fiasco.

Mi padre se indignó:

—«¿Dictablanda?». Mejor haríamos en haber llamado a ese tipo de Gobierno *blanda*, sin *dicta*. Porque ¿cómo es que don Alfonso no ha podido evitar que a diario se publicasen semejantes artículos en su contra? La hostilidad hacia su persona ha

crecido a pasos agigantados gracias a la prensa escrita. Solo los muertos no sienten el odio que mana de las trifulcas callejeras cada vez que alguien grita «¡Viva la República!» y otro le contesta «¡Viva el rey!».

Miranda, cabizbajo, le excusó:

—Lo intenta como mejor sabe, puede y se deja aconsejar. Quizá por eso no es más contundente en sus decisiones. Constantemente dice que lo último que quiere es que se vierta una gota de sangre española por su causa.

—Lo que diga, pero el resultado de estas elecciones tan solo corrobora que las brasas del frustrado alzamiento en armas en Jaca y poco después en el aeródromo de Cuatro Vientos aún vuelan incandescentes. Porque ¿cómo podemos admitir que Queipo de Llano, habiendo sido el líder de la rebeldía hace tan solo cuatro meses, esté ahora dialogando con los nuestros?

Nuestro primo le excusó de nuevo:

—Tampoco fue tan grave su delito. En el juicio juró que sus aviones despegaron de Cuatro Vientos con la sola intención de sembrar Madrid de octavillas republicanas.

Jaime sonrió sarcástico. Aquellos ojos azules se tornaron vidriosos y la vena de su cuello empezó a inflarse.

—Por favor, ¡quién cree eso a estas alturas! Ni que fuésemos idiotas. Se sabe de sobra que su compañero, el piloto Ramón Franco, no tenía otra intención que bombardear el Palacio Real. ¡Y pensar que llegó a ser gentilhomme de cámara en ejercicio del mismo rey al que intentaba matar! Algunos no saben lo que es la lealtad y hoy más que nunca hay que desconfiar de vanos juramentos. La palabra de algunos no vale un céntimo.

Jaime era visceral hasta la médula. Un atractivo idealista veinteañero al que le costaba razonar en muchas ocasiones. Íñigo, mucho más taimado en todo, intentó templar gaitas:

—Olvídalo y da gracias a Dios de que al menos un ápice de conciencia le asaltase al sobrevolar el terreno y comprobar que su plan sería del todo inviable sin causar bajas inocentes.

Le apoyé:

—Entre otras, la muerte de unos niños que yo misma vi jugando media hora antes en los cercanos Jardines de Sabatini.

Jaime insistió:

—¡Cobarde donde los haya! ¿O cómo se puede llamar a un hombre que, después de haber intentado un regicidio en toda regla, aterriza y le falta tiempo para coger otro avión cargado de combustible y alzar de nuevo el vuelo hacia Lisboa abandonando a su suerte a sus compañeros? ¡Cómo me hubiese gustado detenerlo!

Miranda le miraba de reojo preocupado. Quizá porque en él veía el reflejo del fervor que de un lado de España se estaba fraguando. Mi padre, en cambio, le escuchaba como sin querer oír. Íñigo, cansado del cariz que estaba tomando la conversación, dio un golpe en la mesa obligándole a callar.

—¿Es que no te bastó con que detuviésemos a Alcalá-Zamora, a Queipo de Llano y al resto de sus adláteres? Trata de calmarte, que lo tuyo más que valentía suena a osadía. Estoy harto de tener que sacarte las castañas del fuego.

Íñigo, al ser mayor, ya era oficial, y cada vez temía más por los lances de Jaime. Sin medir las consecuencias y como un perro trufero, parecía buscar líos hasta debajo de las piedras.

Jaime se levantó de la mesa tirando la silla para inclinarse desafiante hacia él.

—¡Dime de qué narices sirvió detenerlos! Nosotros arriesgamos nuestra vida en ello y ¿qué han hecho los jueces? ¡Condenarlos a seis míseros meses y un día de reclusión que al poco tiempo se ha conmutado por libertad condicional!

Papá, sin mediar palabra, se levantó, le pegó un pescozón y le obligó a sentarse. Hubiese sido violento si no fuese porque considerábamos a Miranda como uno más de la familia y no era la primera discusión familiar que presenciaba. Aquello bastó para que por fin se callasen. Tomando asiento de nuevo, suspiró:

—Estáis dando la noche a nuestro invitado, que ha venido a cenar para olvidarse por un instante de los problemas del rey. Dejemos el pasado a un lado y miremos al futuro. Ahora solo nos falta esperar a ver si es legítimo este recuento de votos y, lo que más nos importa, si, de serlo, su majestad se quedará.

Ingenua sonreí:

—No lo entiendo, padre. ¿No son acaso unas elecciones municipales? Si fueran generales, todavía, pero solo son municipales. ¿Por qué habría de irse el rey?

Masculó entre dientes:

—Porque, hija, lo que para nosotros era una simple elección de alcaldes, para los disidentes se ha convertido en un verdadero plebiscito.

Miranda apostilló:

—Un plebiscito que, de ignorarse, bien podría degenerar, tal y como están de caldeados los ánimos, en una cruenta guerra.

No hacía más de cinco minutos que habíamos oído sonar el teléfono cuando apareció un asistente de nuestro invitado con su sombrero y su gabán para susurrarle algo al oído. Su rostro, hasta entonces relajado, demudó. Le miramos expectantes un segundo hasta que, levantándose, dejó la servilleta lentamente junto al plato y cabizbajo dictaminó:

—Todo está perdido. Ya no vale la pena discutir. Lo siento, pero es cierto lo del desastre electoral. Quizá... si no nos hubiésemos confiado tanto... Ahora ya es tarde; lo más importante es poner a salvo al rey. Él mismo ha decidido marcharse provisionalmente para evitar más enfrentamientos. Pasado esto, veremos si...

El deseo de que fuese así me soltó la lengua:

—¿Vuelve?

Aquella pregunta quedó sin respuesta, ya que mi padre y mis hermanos se levantaron *ipso facto* para seguirle. Ya en la puerta del comedor, mi padre se dio la vuelta un instante:

—María, no se te ocurra salir de casa pase lo que pase.

Todo fue tan precipitado que ni siquiera se despidieron. Allí quedé yo sola, con un bocado de merluza a la papillote aún sin tragar, guardado en el carrillo derecho de la boca. Me había quedado tan paralizada que ni siquiera los músculos de mi mandíbula se atrevían a masticar.

Permanecí un rato más sentada a la mesa. Mis pensamientos se agolpaban sin orden ni concierto, lo que me impedía tomar una sola decisión; y es que mi padre había estado en el pasado muy unido a don Alfonso, a pesar de no haber comulgado con muchas de sus últimas decisiones. Ahora, como monárquico acérrimo, estaba dispuesto a hacer por él lo que estuviese en su mano.

A mi mente acudió la conversación que los hermanos habían mantenido esa misma tarde, conjeturando y decidiendo a quién defender en el caso de que la familia real se viese alguna vez en peligro. Íñigo, tan solo dos años mayor que el príncipe de Asturias, velaría por su seguridad, protegiéndole hasta de cualquier rasguño, para él mortal por su hemofilia. Mientras que Jaime intentaría viajar a San Fernando para sacar al infante don Juan de la academia de la Armada y ponerlo a buen recaudo. Como siempre, soñador donde los hubiese, se olvidaba de sus limitaciones. ¿Cómo un oficial tan joven podría actuar así por sí solo? Qué locura; otra más de sus locuras.

La soledad en la que me dejaron me sobrecogió. Si al menos ellos se hubiesen quedado conmigo... Con la vista fija en la mesa intenté tranquilizarme. La seguridad que siempre sentí estando encerrada en casa revoloteaba por entre sus muros como intentando escapar. ¿Y si la monarquía caía aquella noche? ¿Y si, como en tiempos de la Revolución francesa, después de guillotinar al rey venían a por los nobles? ¿Por qué diantres no me habría ido con mamá y mi hermana Elisa a Viñuelas!

Asomada a la ventana de la biblioteca, observé el paseo del Prado. Los faroles que iluminaban el museo justo enfrente de casa parpadeaban como las llamas de las velas a punto de extinguirse a merced de una ráfaga. Quizá fuese el primer indicio de que aquel tranquilo paseo en muy poco tiempo dejaría de estarlo. De confirmarse tal sospecha, sería mejor pasar desapercibida y nada mejor para ello que apagar todas las luces de casa. Bajé a las cocinas a ordenárselo al servicio, paseé de cuarto en cuarto para comprobarlas yo misma y regresé a la biblioteca. Desde sus ventanas podía vigilar sin ser vista. Tan solo dejé prendido un pequeño candil sobre el suelo para no tropezar con las mil y una antigüedades que la decoraban. Aquella noche, lo verdaderamente temeroso no eran las flameantes sombras de los bustos reflejados sobre los cantos de los libros de las estanterías, sino el arrebato que poco a poco se iba adueñando del paseo.

Agazapada entre los cortinajes del balconcillo, pude entrever cómo pasaban los obreros, alegres, aclamando la victoria de la república con una botella en una mano y la bandera tricolor en la otra.

«Soldados, la patria nos llama a la lid; juremos por ella vencer o morir».

Como una nube amenazando tormenta, pude distinguir el estribillo del himno de

Riego, el mismo que Azaña había querido instaurar como himno nacional sin conseguirlo. Los remolques de aquella eterna procesión de camiones iban a rebosar. ¿De dónde habían salido tantos? Eran cientos, miles, que salían a raudales de no se sabía dónde. Todos venían a celebrar la transformación de su país en lo que creían una España mejor.

Sentada sobre la alfombra, le pedí a Dios para que ese júbilo no se mudara en odio. Me encendí un cigarro e, intentando disipar mis temores, tomé un libro de los que había apilados sobre la mesa del despacho. Eran las obras completas de Emilia Pardo Bazán que la autora, ya fallecida hacía una década, había dedicado a mi madre. El azar quiso que abriese en el principio de *Un viaje de novios*. Recordé que en mi infancia corría el rumor de cómo aquella insigne escritora se había carteadado desde su pazo en Galicia con Pérez Galdós. Que, medio en broma medio en serio, le escribía apasionadas epístolas de amor a las que él contestaba sin pudor. ¿Cómo mamá, siendo tan tradicional, pudo haber sido amiga de una intelectual tan sumamente libertina? Aseguraban que su defensa a ultranza del naturalismo la llevó a separarse de su marido para luego convertirse en la concubina de Benito, y no debían de andar descaminados porque aquella impúdica relación duró la friolera de dos décadas. Veinte años en los que ella disfrutó empalagando de escándalos a las lenguas más viperinas de la alta sociedad.

Algo de cierto debía de haber, dado que mamá, siempre escéptica de este tipo de cotilleos, llegó a comentar que la lascivia de la escritora no tenía límites. Tiempo después supe que, al parecer, el académico escritor no había sido su único amante. Entre otros, el nombre de Lázaro Galdiano, mucho más joven que ella, salió a relucir, algo que mi hermana Cristina, por su amistad con él, se encargó de desmentir. Pero ¿qué me iba a decir ella? Desde que la vocación la llamó, todo aquello no eran más que fútiles comentarios de mal gusto.

Apenas había leído la primera línea, pegué un respingo. El estallido de lo que me pareció un disparo sonó a no más de cien metros de casa. Los cristales de la pesada lámpara de La Granja que pendía del techo tintinearón. Procuré tranquilizarme y convencerme de que aquello no sería más que un petardo para seguir con la lectura, pero no pude. Sin remedio alguno, mis cinco sentidos se centraron de nuevo en la calle.

Aferrada a la esperanza, deseaba que todas aquellas gentes no hubiesen reparado en nuestra casa. ¿Pero cómo no iban a hacerlo? Aquella obra del arquitecto Viollet-le-Duc resaltaba de entre el resto de los palacios clásicos del paseo del Prado precisamente por su aire arabesco. ¡Menuda ocurrencia la de mi padre al comprar una casa tan poco discreta!

Cerrando los ojos, los imaginé irrumpiendo en el palacio de Xifré con ansias de destrucción. Probablemente pensaban que no había nada mejor que hacer para celebrar el derrocamiento del rey que arrasar cualquier vestigio de su Gobierno y nobleza, y resultaba que mi padre había sido durante veinticuatro años diputado por

Zumaya, senador, y era varias veces grande de España. ¿Quién mejor que él para seguir ciscándose en la ya desterrada monarquía? Las coronas de sus señoríos, almirantazgos, ducados, marquesados y condados ahora le pesarían más que nunca. En mala hora le apodaron en el pasado el Paladín del Rey.

Lo que no sabían es que, a pesar de haberse ido separando poco a poco de todas esas funciones por la edad, seguía siendo un luchador nato. El duque del Infantado, aun a riesgo de perder la vida en el trance, jamás renegaría de su condición. Hacerlo sería como pegar una patada en las nalgas a más de cinco siglos de historia de España, a la entrega de nuestros antepasados por ella y a todos y cada uno de los reyes que fueron honrándolos con aquellas gracias.

Sí, definitivamente nuestra familia no podía ser otra cosa que monárquica y tendríamos que atenernos a las consecuencias. Me consolé pensando que, si era cierto que el rey había dejado España, no sería ni la primera ni la última vez que aquello pasaba. Solo hacía falta echar la mirada atrás y recordar a Carlos IV, a Fernando VII o a Isabel II y aceptar que la monarquía siempre regresaba en un rey u otro.

Aferrada al pasado, divagaba intentando disipar mis temores cuando el crujir de un millón de cristales, proveniente de uno de los faroles que iluminaban la fachada, me sobresaltó de nuevo. ¡Qué estupidez! Además de haber apagado las luces de dentro tenía que haber aflojado las bombillas de afuera. Demasiado tarde. Miré el reloj. Eran las seis de la mañana cuando un grupo de unos diez hombres se acercaron a la verja gritando desaforados.

—¡Muera el rey! ¡Viva la República!

Los siguientes minutos se me hicieron eternos, sobre todo cuando los asaltantes, al ver que nadie se asomaba, optaron por emprender una batalla campal a patadas contra la puerta principal. La voz cascada de un borracho sonó entre los árboles del otro lado del paseo.

—¡Dejad a esos y acompañadnos, que parece que el rey por fin ha salido de palacio con el rabo entre las piernas! ¡Vayamos a despedirle como se merece!

Recé a Dios para que aquello no fuese cierto.

Se alejaban las voces calle abajo cuando sonó la tímida campanilla de la puerta de servicio. Al no abrir nadie, insistieron. ¿Se habrían ido todos de casa sin despedirse siquiera? Hasta la tímida luz del amanecer, filtrándose por entre las cristaleras, parecía precavida.

Bajé descalza y a tuestas por la escalera. Temía que alguno de los asaltantes hubiese conseguido entrar. Iba despacio, pegada a la pared y de puntillas por el temor a que el parqué de sus peldaños crujiere. Mis dedos acariciaban el esgrafiado mudéjar de los azulejos que decoraban el zócalo. Al amparo de los soportales del patio, bordeé la fuente de los leones, copia de la de la Alhambra, y con el máximo sigilo me metí en el corredor de servicio que daba a las cocinas.

En camisón, encorvadas y abrigadas por una toquilla al calor de la estufa, estaban sentadas las dos pinches del cocinero. Me alegré al comprobar que no estaba sola. Se

levantaron al verme. Susurré:

—¿Y los demás?

No me contestaron, pero pude oírles arrastrar la duda del qué hacer a lo largo del pasillo que daba a sus habitaciones. En ese momento chirrió la puerta y apareció Alberto corriendo y sudoroso. No esperó a que le preguntase.

—Señorita María, el señor duque dice que suba al coche de inmediato. Nos vamos a Viñuelas. Definitivamente, el rey se marcha.

Así que era cierto lo que se vociferaba en las calles. Pensé en los de casa, y todas las inseguridades de la pasada noche en vela me asaltaron de golpe y porrazo.

—¿Qué hará él? ¿Siguen Íñigo y Jaime también en palacio? ¿Ha pensado mi padre en Borja? ¡Está en el colegio de los padres jesuitas y tenemos que sacarlo inmediatamente de allí! ¿O es que no se le ha ocurrido que después de terminar con el rey irán a por la Iglesia? ¡No pienso abandonar Madrid dejando a mi hermano pequeño a su suerte! ¿Y Cristina?

El pobre hombre se asió a la única buena noticia que tenía:

—Tranquilícese, que ella ya está con su madre.

Suspiré pensando en aquella hermana mía. Monja relegada por imposición. Hacía ya tres años que nos la habían devuelto de su convento de Santa Cecilia de Solesmes, en Francia. Según el abad, había tenido un acceso de enajenación transitoria y debía replantearse, junto a nuestra familia, su verdadera vocación. ¡Qué estupidez! *Locura* llamaba ese hombre al misticismo más puro sin reconocerlo.

Otro petardo me hizo pegar un respingo. La piel se me puso de gallina solo al imaginar a aquellos borrachos de triunfo abusando de las monjas más jóvenes. Sabiendo ya que Cristina estaba segura, mi mente trazaba una trayectoria por las calles de Madrid para recoger al más pequeño. Mamá nunca me perdonaría que apareciera en Viñuelas sin él.

—Ya ha amanecido. ¡Antes de tomar la carretera de Colmenar pasaremos por el colegio a recoger a Borja! Será difícil convencer a los jesuitas de que le dejen salir, pero no imposible. Conociéndolos, solo habrá que disfrazar de un poco más de gravedad la enfermedad de mamá.

Incrédulo, el chófer arqueó las cejas.

—Señorita, llegar aquí desde palacio sin sufrir ningún altercado ha sido un milagro. ¿Cómo cree que cruzaremos la ciudad sin ser abordados? Mis órdenes son que la lleve a Viñuelas directamente y eso es lo que haré. No se preocupe por los demás, que seguro que el señor duque habrá dispuesto algo para salvaguardarlos.

Desesperada, le miré sin estar demasiado de acuerdo con él, pero segura de que no podía contravenir las órdenes recibidas. El escalafón de importancia estaba muy claro en mi casa y él nunca desobedecía al paterfamilias por complacerme.

Al salir precipitadamente por la puerta que daba a la cochera, tropecé con la mesa de la entrada y un marco cayó estrepitosamente y se rompió en mil pedazos. Al recogerlo pude ver la fotografía de mi hermana Teresa saliendo recién casada de los

Jerónimos del brazo de su marido. Paco Moreno, conde de los Andes, iba vestido de maestrante de Sevilla, con casco y plumas incluidas. Era como si aquello hubiese pasado hacía un siglo y, sin embargo, no hacía ni dos meses. Recordé que, ya entonces, mis padres, dudando de la seguridad de los caminos, les pusieron un coche de escolta para ir a pasar la noche de bodas a Viñuelas. Me dirigí a ella como si estuviera presente:

—Qué suerte tienes, hermanita. Tú de viaje de novios en El Cairo, surcando las aguas del Nilo, mientras nosotros aquí...

Alberto, con suma delicadeza, me quitó el marco de las manos para guiarme a las cocheras. Al lado estaba la bandeja del correo. De soslayo comprobé que la primera carta del montón iba dirigida a mí. Era la caligrafía inconfundible y apresurada de mi hermano pequeño, Borja. La cogí y me la metí en el bolsillo.

—Vamos, que el tiempo apremia.

Aprovechando que Alberto me sujetaba la puerta del automóvil, le interrogué de nuevo:

—El rey se va; ¿y el resto de la familia real? ¿Qué será de los hermanos, que tanto aman la milicia? ¿Tendrán que desertar antes de dar su vida por un Gobierno en el que no creen?

Agobiado por el avasallamiento, bajó la cabeza rehuyendo mi mirada.

—De camino le contaré lo que sé, pero, por Dios, suba de una vez al coche que hoy no contamos con más seguridad que la de las brumas del amanecer y la borrachera en que andan sumidos nuestros persecutores.

Un escalofrío repentino me recorrió todo el cuerpo. Alicia, mi doncella, esperaba detrás de mí para ponerme el abrigo y el sombrero. Mientras metía los brazos por una y otra manga, noté su temblor. Al darme la vuelta los vi. Tras ella, una veintena de sirvientes, los mismos que hacía un instante andaban a hurtadillas por los corredores, esperaban alguna orden. Por sus semblantes de preocupación supe que a ellos aquel cambio tan brusco también los había cogido por sorpresa y tampoco sabían muy bien a qué atenerse. Procuré calmarlos con vanas palabras en las que ni yo misma creía.

—No se preocupen; en cuanto todo se calme, regresaremos de inmediato.

La trémula voz de mi dulce asistente replicó haciendo de los temores comunes palabras:

—Aquí nos quedamos solos. ¿Y si no se calma? ¿Y si los de anoche regresan y tiran la puerta abajo? Mire que yo me crie en esta casa y no tengo otros parientes en Madrid. ¿Qué haremos entonces?

No lo dudé.

—Poneos a salvo en donde podáis, que esta casa no vale una vida y sé que muchos de vosotros por ella la daríais.

Su mirada se tornó acuosa. Me hubiese gustado tener un autobús para salir con todo el que quisiese acompañarme; prometerles que iríamos a recogerlos a la mayor brevedad posible... Pero ¿cómo podía hacerlo sin saber ni siquiera qué sería de

nosotros? ¿Cómo iba a comprometerme con nada? Les hubiera mentido. Salí de allí con el corazón en un puño.

Alberto aceleró poniendo el coche a todo lo que daba. Aquellas calles, antes tan transitadas, ahora aparentaban desiertas. Todos debían de estar en la plaza de Oriente vociferando frente al Palacio Real.

Diez minutos más tarde, al fin pudimos respirar tranquilos en plena carretera de Colmenar. El sol acariciaba los cristales de la ventanilla. Apoyé la frente en ella para sentir su calidez. El crujido del sobre de mi bolsillo me llamó la atención. Lo saqué y me dispuse a leer. En lontananza divisaba las apacibles cumbres aún nevadas de la sierra de Guadarrama.

Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo.
Chamartín de la Rosa. Madrid
10 de abril de 1931

+

Querida María:

¿Sabes que no estoy a más de ocho kilómetros de casa y me siento como si estuviese en Australia? Desde las vacaciones de Semana Santa no sé nada de ninguno de vosotros. Ya sé que solo han pasado cinco días, pero a mí se me han hecho una eternidad. ¿Os acordáis de mí? He llegado a pensar que los muertos no hablan y tampoco escriben. ¿Estáis muertos? Tengo la impresión de que precisamente por estar tan cerca es por lo que no me echáis de menos. ¡Pues no me resigno!

Diles a todos que yo a ellos los añoro como si estuviese en Pernambuco y que me duele que este sentimiento no sea recíproco. Revuélveles la conciencia insistiendo en mi abandono. ¿Es que no les importa en absoluto lo que sufro con las estrictas reglas de este internado?

Podría haber salido hace dos tardes, pero no me dejaron, y lo extraño fue que nadie de casa se dignó a llamarme por teléfono, claro que... quizá sea mejor así, dadas las circunstancias. A ti te digo que estuve castigado, pero guárdame el secreto. Aquí cada suspenso tiene su sanción y cada sobresaliente su mención de honor, y yo, como sabes, soy más de lo primero. Los jesuitas son así, siguen a pies juntillas las reglas de san Ignacio de Loyola, se exigen mucho a sí mismos y no esperan menos de sus alumnos. Sin entrar en más detalles, de los que ya te enterarás, solo te digo que hice bacará en los últimos exámenes. ¡Creo que nunca he conseguido sacar más ceros! Vistos todos sobre el papel, son hasta decorativos. Me estoy imaginando tu ceño fruncido según lees estas líneas. No te enfades, hermana. Te prometo que lo enmendaré siempre y cuando tú, a cambio, me hagas un favor. Un día de estos llegarán las calificaciones a casa y no quiero que papá las vea hasta haber recuperado alguna de las asignaturas. ¿Serás mi cómplice y me ayudarás escondiéndolas hasta entonces? Solo tienes que estar atenta a la bandeja

de plata de la entrada donde depositan el correo, y cuando veas un sobre con el escudo y membrete de Nuestra Señora del Recuerdo quémalos. Papá está tan sumido en su trabajo que no creo que lo eche en falta. En el caso de que lo haga, siempre podremos decir que no sabemos nada y que probablemente se perdió en correos. Solo es para ganar tiempo. Tú sabes mejor que nadie que mi rebeldía se amansa más con premios que con penas y me gustaría poder ir a veros el fin de semana que viene. Si me quedo en el colegio, en venganza haré lo que sea para no estudiar. Ya sabes que por las malas soy capaz de matar las horas de cautiverio atando moscas por las patas con un pelo antes que abrir un libro. Estoy a punto de explotar y, si no salgo pronto, creo que se me van a borrar las ideas y la poca capacidad de concentración que ya de por sí me queda.

¡Si papá me hubiese dejado seguir en el cole de Areneros con el padre Castillo! Él sí que me entendía. Pero, claro..., habiendo pertenecido a la primera promoción de Nuestra Señora del Recuerdo, en cuanto ha podido me ha cambiado. Está claro que no quiere borrar su huella y tengo pesadillas por las noches por cómo la estoy embarrando con tanto cate. Entre la penumbra del dormitorio, imagino el retrato de san Ignacio de Loyola que nuestros padres tienen en su dormitorio y me parece oír su voz susurrándome junto a la almohada. Repica como las campanas, una y otra vez, los siete premios de honor que papá obtuvo al licenciarse. Premio a la buena conducta, a la retórica, poética, latín, prosa castellana, aritmética, álgebra y accésit a la lengua inglesa. Es una pesadilla que me atormenta de tal modo que no duermo en toda la noche.

Él tuvo la inmensa suerte de contar con profesores de la talla del padre Julio Alarcón, Julio Mendía o el padre Gonzalo Coloma, que le ayudaron; pero ¡si conocieses a los míos...! ¡El padre Marcos, por alguna causa que ignoro, me abomina! Y yo aunque lo intento, mal que le pese a nuestro padre, ni estrujándome los sesos puedo soñar con rozarle la suela de los zapatos.

Qué ambición. ¿Es que no tiene suficiente con el apodo de Rey de los Hunos que se ha ganado gracias a los hermanos? Íñigo y Jaime han cumplido más que de sobra con sus expectativas licenciándose los primeros de su promoción en la Academia de Ingenieros Militares. Por no hablar de nuestra hermana Cristina, que, no conforme con quedarse en bachiller como las demás mujeres, tenía que licenciarse con grandes honores en la Facultad de Filosofía y Letras. ¿Qué más quiere?

Yo no estoy dispuesto a desgraciarme la vida intentando imposibles. Con aprobar dignamente me basta. Por eso te imploro que me allanes el terreno. Papá alguna vez tendrá que aceptar que yo, al contrario de los hermanos, nunca llegaré a destacar hincando los codos. Pero tengo otras cualidades, sabes, y conseguiré que algún día se sienta orgulloso de ellas. ¡Con lo divertido que es tener hijos de lo más variopintos! Deshazte de las calificaciones, por favor; no me defraudes y yo no te defraudaré.

Hablando de otras cosas, ¿qué tal mamá, Cristina y Pelingó? Perdón, Elisa, que siempre se me olvida que no le gusta nada su apodo. Me quedé en que mamá no se encontraba muy bien y se había ido a Viñuelas a recuperarse de una neumonía. Dile a Elisa que un amigo me ha regalado un disco de gramófono que la divertirá porque es de esos que se bailan. Espero que Cristina, entre rezos, estudios, escrituras y lecturas, nos deje escucharlo a nuestras anchas cuando pueda ir a veros. Dile que aún tengo pendiente de lectura su tesis doctoral. Ella me insiste, pero si te soy sincero, aunque corona mi pila de tebeos y novelas, todavía no he sido capaz de hincarle el diente. Supongo que porque aún no estoy preparado para entender la santidad de don Juan de Palafox y Mendoza, pero todo llegará.

¿Y los hermanos? ¿Han recibido alguna condecoración digna de mención? No sabes cómo fardo de ellos con mis compañeros de clase. ¿Y papá? ¿Lo veis o sigue como siempre encerrado en su despacho entre montones de papelotes? ¡A él sí que le vendrían bien unas buenas vacaciones! El otro día nos explicaron lo que es la jubilación. ¿Tú crees que él la conocerá algún día? No me contestes. Ya sé que de hacerlo se moriría de un ataque de monotonía. Él es así y a su edad supongo que no hay quien lo cambie. Lo único que me duele es que no acepte que todos no somos iguales y que yo no pienso torturarme intentando ser lo que nunca seré.

En fin, hermana, se me encallece el dedo, y se me acaban la tinta del tintero y las ideas. Aquí la vida es aplastantemente aburrida y cualquier anécdota acontecida más allá de estos muros es para nosotros como un espectáculo de circo. Lo dicho: ¡diles que me escriban! ¡Con dos líneas me conformo, que no os podéis ni imaginar la ilusión que hace escuchar tu nombre por la mañana cuando reparten el correo!

Cuento los días para veros. No me falles. Un beso de tu hermano, que te quiere,

F. Borja

LA SOLEDAD DE LOS NOBLES

El rugido del motor parecía querer amansar mi desasosiego mientras Alberto, con gran esfuerzo por su parte, hablaba y hablaba intentando disipar cualquier brizna de temor que aún pudiese albergar. Le conocía desde niña y, por mucho que él quisiera, no podía evitar carraspear de vez en cuando. Como a mí, las flemas de la inseguridad se le debían de haber atragantado.

—¿Lo oye? ¡Cómo han mejorado los coches! Este Silver Ghost de Rolls-Royce supera en mucho al Serpollet del 93 que compró el señor duque para celebrar su nacimiento a finales del siglo pasado.

De eso hacía más de tres décadas y el progreso, si bien nos servía en unas cosas, en otras muchas nos perjudicaba.

—Quería regalarle a su madre algo exclusivo por el nacimiento de su primer hijo, y mire si lo consiguió. ¿Sabía que aquel automóvil fue el primero que puso una rueda en España? A mis veinte años, no tardé en hacerme con él. ¡Con qué expectación nos miraban todos al pasar y con qué placer sigo yo brillantándolo en la cochera!

Lejos de escucharle, simplemente le oía con la mirada perdida en los relojes que había incrustados en el panel de madera del salpicadero. Ahora solo faltaba que empezase a hablarme de mecánica con tanta pasión como lo hacía con mi padre. No comprendía que, aparte de mi gusto por la conducción, nada en la composición de un automóvil me importaba en absoluto. ¡Los veinte kilómetros que separaban Madrid de Viñuelas se me estaban haciendo eternos! Estaba deseando ver al resto de las mujeres de la familia con el egoísta propósito de poder compartir mi angustia.

El chófer calló un segundo a la espera de que yo añadiese algo. Miró por el retrovisor y, al comprobar que no le interrumpiría, prosiguió con la temida verborrea.

—Aquel Serpollet de vapor era único. Este, en cambio, tan solo es uno más de los seis mil ejemplares que Rolls-Royce ha fabricado en Derby desde 1906. Sus seis cilindros y sus cincuenta caballos suenan a gloria, pero ¿sabe que no es ni mucho menos el más rápido de los que hoy existen?

Había pasado media infancia y parte de mi juventud escuchando a mi padre hablar de motores. Ya entonces no entendía nada y no pensaba empezar ahora a iniciarme en esas ciencias. El espíritu del éxtasis con forma de ángel del final del capó parecía volar hacia la libertad mientras él insistía.

—Por ponerle un ejemplo, el Duesenberg del rey es mucho más rápido. ¡Con razón lo eligió para salir despepitado!

Por fin decía algo que captaba mi atención.

—Más respeto, Alberto, a la hora de hablar de don Alfonso.

—Perdón, señorita María. Nada más lejos de mi intención en absoluto. Quizá sea

por cómo vi a la familia real esta mañana antes de ir a recogerla. La verdad es que me impresionó. Todos los aguardábamos en la escalinata de palacio cuando aparecieron. ¡Si los hubiese visto, me comprendería! Esa aureola de majestuosidad que los acompaña se había desvanecido por completo. No sé, quizá fuese porque las ojeras les hacían de antifaz. El príncipe y los infantes se despidieron de su padre con mucho ímpetu y como si no fuesen a verlo nunca más. Don Alfonso, en cambio, sin perder la compostura, besó a la reina en la frente, le pidió que lo despidiera del infante don Juan y de la infanta Isabel, que no estaban, y tras darse la vuelta nos dirigió unas palabras.

—¿Qué dijo?

—Que nos deja para evitar una guerra y el derramamiento de sangre de cualquiera de sus súbditos. Pero estoy seguro de que volverá.

—Dios te oiga. ¿Quién le acompañó?

—Lo vi desde muy lejos, pero, si no me equivoco, con él salieron el infante don Alfonso de Orleans, el duque de Miranda con lo puesto, ya que después de cenar con ustedes anoche ni siquiera tuvo tiempo de hacer las maletas, el almirante José Rivera y el ministro de Marina.

—¿Y se va dejando a todos detrás? Eso sí que es extraño.

—Por lo que me dijo su padre antes de mandarme a recogerla, el resto de la familia le seguirá mañana, miércoles, desde Aranjuez. Está previsto que el infante don Juan también deje su querida escuela naval en San Fernando y embarque en Cádiz para unirse a los demás. Todo, claro está, si esto no se endereza antes.

Le interrumpí:

—¿En solo veinticuatro horas? Imposible. Únicamente espero que mi padre no decida seguirle y arrastrarnos a todos con él.

—De ser así, piense que tampoco estarán tan lejos. Por lo que oí decir a sus chóferes, se dirigían a Cartagena para desde allí poder embarcar hacia Marsella.

Suspiré.

—¡No sé cómo se lo voy a decir a mi madre!

Por fin llegamos a la curva del camino y entre dos grandes pinos centenarios apareció el castillo de Viñuelas. Mi padre lo había comprado hacía años en pública subasta para darle una sorpresa a mi madre. Ella, al verlo, no dudó un segundo en transformar ese antiguo pabellón de caza de Carlos V en el palacio digno de todos sus sueños. En las obras de reconstrucción no escatimaron en gastos. Con sus cuatro torres cilíndricas almenadas, sus balcones repujados orientados al norte para resguardarnos del calor castellano en verano, su capilla, las gárgolas, los escudos de nuestros antepasados, los Mendoza, en cada esquina y sus versallescos jardines engalanados con cenadores, estanques, fuentes, parterres y estatuas, no le faltaba un detalle. ¡Si hasta nos había construido una pista de tenis y un campo de *croquet* para que no nos aburriésemos!

Bajé sin darle tiempo a Alberto a abrirme la puerta cuando justo detrás de

nosotros oí derrapar a otro vehículo sobre las chinas del camino. Era el antiguo Renault rojo. ¡El ayudante de Alberto había ido a recoger a Borja al colegio y lo traía sano y salvo!

A pesar de ser el único pasajero, el benjamín de la familia venía sentado en el «ahí te pudras». Al ver mi expresión de extrañeza, sonrió luciendo esas dos paletas separadas que tanto le caracterizaban. Tenía los mofletes colorados por el frío.

—¡Es la costumbre con esta familia tan numerosa que tenemos! Sentarme en otro lado se me hace extraño. ¿Has visto la manada de gamos?

Delgado como una espingarda, con ese pelo rubio cuajado de remolinos y esos ojos claros que encandilaban a todos, no parecía en absoluto preocupado. No iba a ser yo la que le borrara la sonrisa de los labios. Miré la ventana del cuarto de mi madre. Estaba entornada y todo parecía tranquilo. Se me hizo cuesta arriba traer tan malas noticias. Pasé la mano por el hombro a mi hermano y caminamos hacia la entrada. Viendo mi expresión, me pegó un cariñoso codazo entre las costillas.

—¡Deja de fruncir el ceño y disfrutemos de estas vacaciones inesperadas! Pero... ¿a qué se deben? No me lo digas. ¡Después de tanta litera, rancho, pupitre y silbato, no sabes las ganas que tengo de aparcarme el uniforme, tumbarme en mi camita y no pensar en otra cosa más que en cómo matar el aburrimiento! Creo que lo primero que voy a hacer es acercarme a la cocina para pedir a don Teodoro Bardají que me haga unos tocinos de cielo.

¿Cómo podía preocuparse por cosas tan nimias con lo que estaba cayendo? Bendita ingenuidad infantil. Le seguí la corriente.

—No creo que el antiguo cocinero del rey esté para darte todo tipo de caprichitos.

—¿Qué apostamos, hermanita?

—¡Cuántas veces te he dicho que apostar no es bueno!

Por toda respuesta recibí un beso en la mejilla. Tan sonoro como el que las amas de cría propinaban a sus bebés.

—Eres más pesada que una vaca en brazos. Que si esto, que si lo otro... Cuántas veces tengo que decirte que no es tan malo holgazanear de vez en cuando. Deberías probarlo alguna vez y relajarte.

Pegándole un manotazo, sonreí por mí misma. Una vez más había conseguido que me rindiese a sus encantos. En toda familia tenía que haber una oveja negra y estaba claro que a él no le importaba asumir ese papel. Romperse los codos no era lo suyo, pero lo suplía con creces con una sabiduría natural que a todos dejaba pasmados. «Insiste y lo conseguirás» era el lema de su divisa. Tenía una aguja de marear innata que a todos nos había tomado las vueltas. Intenté adquirir un tono más serio.

—Te comportas como si estuviésemos de vacaciones, Borja, y no lo estamos. No pensaba decirte nada, pero lo que está pasando es muy serio, mucho más de lo que puedas imaginar. Tanto que quizá tengamos que irnos de España.

Por primera vez se puso serio.

—Me estás preocupando, hermanita.

Lo miré de arriba abajo. A sus catorce años aún vestía pantalón corto, calcetines hasta debajo de la rodilla y un jersey sin mangas. Bajo el cuello en pico asomaba el nudo medio deshecho de la corbata de rombos que papá le trajo de Londres en su último viaje. Como yo era la mayor de la caterva y él el menor, nos llevábamos diecisiete años y se notaba.

Antes de entrar en el porche y pese a su disconforme mueca, le abroché el botón del cuello de la camisa, le subí los calcetines, le remetí la camisa por el pantalón y le apreté el nudo de la corbata.

—Antes de ir a revolucionar la cocina, acompáñame a ver a mamá, que estará deseando saber de nosotros.

Me siguió por el porche de entrada.

—¿Está papá?

Negué. Resopló aliviado por no tener que darle explicaciones sobre su comportamiento en el colegio. Justo en la puerta nos chocamos con Cristina. A pesar de ir andando, iba leyendo un libro abierto entre las manos. Alzó la vista un segundo sobre las gafas de concha que gravitaban en la punta de su nariz y se limitó a inclinar solemnemente la cabeza para seguir adelante.

—No os esperábamos. Mamá se alegrará de veros.

No pude evitar mirar la solapa del libro. Estaba concentrada en las reglas de las jerónimas. Desde que se vio obligada a dejar el claustro de su convento en Francia, no hacía otra cosa que buscar, como una aguja en un pajar, otra orden en que ingresar. Al menos eso era lo que le aconsejó el padre Rubio, su confesor. Vestida con una falda que le llegaba casi a la altura de los tobillos, se alejó hacia el cenador sumida en la lectura. Solo le faltaba la toca para sentirse de verdad cómoda. En otras circunstancias la habría dejado marchar sumida en el bullir de sus pensamientos, pero no era un momento para regodearnos en nuestras propias apetencias. Grité para llamar su atención:

—Cristina, ¿a dónde vas?

Sin levantar siquiera la vista, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar un pequeño cuaderno y un lápiz.

—A escribir versos. A ser posible tranquila y en solitario.

En su austero día a día, aquel era uno de los pocos placeres que se permitía, y procurábamos respetarlo. Sobre todo desde que un amante de la poesía tan reconocido como don Antonio Maura decidió prologarle *Sembrad*. Eran versos de amor a Dios que cualquier hombre hubiese deseado para sí.

—Hermana, de verdad que siento interrumpir tu inspiración, pero te necesito.

Se detuvo, guardó el cuaderno, cerró el libro y desanduvo lo andado hasta llegar a mí.

—¿Para qué?

No pude evitar ponerme seria.

—¿Lo sabe mamá?

—¿A qué te refieres? He pasado la noche en vela escribiendo y aún no he leído la prensa.

Me alegré de que la noticia no me hubiese ganado la carrera. Lo resumí con el dicho de Aznar.

—España se acostó ayer monárquica y hoy se ha levantado republicana. El rey se ha ido. Será difícil hacerle entender que la familia real nos deja a merced de la república.

No pareció sorprenderla.

—Era de esperar, dada la anarquía en la que estamos sumidos. No te preocupes tanto. Recuerda que ella ya vivió otra república. Es mucho más fuerte de lo que crees. Pero tú, María, sueles minusvalorar a los demás. No te creas tan indispensable.

Contrariada por su comentario, entré. El runrún de la lejana radio del servicio comentaba a todo volumen algo que me detuvo en seco. Hacía menos de media hora que Lluís Companys había salido al balcón del ayuntamiento de Barcelona para izar la bandera republicana y en breve se esperaba que Francesc Macià hiciese ondear a su lado la señera catalana. Cristina, a mi espalda, susurró:

—Tampoco me sorprende. Ahora aprovecharán la debilidad del nuevo Gobierno para hacernos tragar con su propio estatuto, ese que han basado en una historia inventada, y no pararán hasta conseguirlo.

Era algo que no se me había ocurrido pensar, pero lo cierto era que sin el rey, el símbolo por excelencia de la unidad de España, esta quedaría a merced de un tijeretazo separatista. Sacudí la cabeza para apartar de mí aquellos oscuros pensamientos. Eran demasiadas malas noticias como para poder asimilarlas de golpe.

Borja, aprovechando nuestro descuido, se había escapado a las cocinas y ahora subía corriendo por las escaleras con una rosquilla recién horneada. Frenó en seco junto a nosotras, haciendo patinar la alfombra sobre el parqué, y paró el golpe contra las vidrieras que guardaban las tallas de los toreros de Goya. De milagro no rompió ninguna.

—¡Es que no puedes estarte quieto un segundo!

Sin mirarme siquiera, suspiró cansino por la reprimenda. Pegó un mordisco a la humeante rosquilla, se levantó, estiró de un puntapié la arrugada alfombra, saludó con una leve inclinación de cabeza a los dos maniqués que, vestidos con los uniformes de los antiguos zaguantes de la casa, pelucones y puñetas incluidas, flanqueaban la puerta, y nos adelantó para subir de dos en dos las escaleras de caracol.

Agarradas a los pasamanos, le seguimos por el lado más ancho de los peldaños. El olor al jabón de la ropa recién lavada, siempre impregnado en aquel distribuidor, me produjo esa acogedora sensación de haber llegado, por fin, a nuestra casa más querida. No era extraño, ya que tras una disimulada portezuela del rellano se encontraba el lavadero. Al pasar oímos los canturreos alegres de las planchadoras.

Cogí una lila de los jarrones que perfumaban el pasillo y llegamos a la habitación de mi madre. Al lado de su cama, mi hermana Elisa se posó el dedo sobre los labios

para susurrarnos.

—Después de toda la noche en vela, tosiendo, por fin se ha dormido.

—¿Encendisteis la radio?

—Lo intentamos, pero la señal no era demasiado buena y opté por leerle...

—¡No sería el periódico!

Negó alzando en las manos una edición de *Cumbres borrascosas*. Pensé que, si lo que pretendía era animarla, las dramáticas historias de las hermanas Brontë no eran lo más idóneo.

—El *Abc* no llega desde hace dos días, y está indignada. Parece mentira, pero desde que papá dejó la política, no pierde ripio en lo que a ella se refiere. ¡Ni la fiebre parece mermar su interés!

Resoplé agradecida de que no se hubiese enterado de nada antes de recuperarse por completo de aquella neumonía. Viéndola así, tan plácidamente dormida, ni siquiera estaba segura de querer preocuparla. Hasta con el canoso pelo alborotado en sus sienes y sin ápice de maquillaje en su blanca piel, rezumaba elegancia. La corona ducal bordada en el embozo de sus sábanas de hilo bailaba una y otra vez al son de su acompasado respirar.

Aún de pie, eché un vistazo a mi alrededor. Una mezcla de lo étnico, lo más clásico y lo oriental decoraba su gabinete. Los muebles imperio contrastaban con la alfombra de cebra que tenía a los pies de la cama y las lámparas hechas con las conchas de tortuga que su padre le regaló de niña procedentes de la perdida Cuba. El carey tamizaba la luz de la estancia. La serrana brisa que se colaba por la ventana entreabierta bamboleaba los visillos de organza que filtraban la luz entre los gruesos cortinajes de seda china. A pesar de estar a mediados de abril, ella tiritaba como si fuera enero. Tomé un leño fino de los del cesto, lo posé sobre las brasas incandescentes de la chimenea y avivé con el fuelle los rescoldos hasta que el humo se prendió en llama. Después, y con mucho cuidado para no despertarla, me acerqué para arroparla con la manta de guanaco que tenía doblada a los pies de la cama.

Incapaz de sentarme como Elisa, Cristina y Borja, me acerqué a la ventana. La vista se perdía a lo lejos en una eterna dehesa cuajada de centenarias encinas bajo cuyas sombras se cobijaban numerosas manadas de gamos. Un águila real lo sobrevolaba todo. Sin duda, aquella finca era el albergue de todos y cada uno de sus caprichos. El lugar que eligió para sanar sus males y envejecer. Un sitio repleto de divertimentos para los suyos y lo suficientemente cerca de Madrid como para que a los más jóvenes no nos diese pereza ir a visitarla y pasar largas temporadas a su lado. ¿Cómo iba a prescindir ella ahora de todo aquello?

A la espera de que despertase, opté por apaciguar mi desasosiego haciendo algo mecánico. Recordé entonces que la semana anterior, cuando fui a celebrar su cincuenta y seis cumpleaños, había dejado mi bolsa de bolillos debajo de su tocador, y esperaba que nadie la hubiese tocado. Me complació comprobar que seguía intacta, sin perder ni uno solo de los alfileres que me servían de patrón para el dibujo del

encaje. Tomé las bobinas de hilos de seda y comencé a entrelazarlas. Siempre recurría a aquello para tranquilizarme, y en casa todos lo sabían.

Apenas empezaba cuando su voz me interrumpió. Dejé la labor a un lado.

—¡Qué alegría veros a los cuatro aquí!

Cristina y Elisa levantaron la vista de su lectura y Borja desistió de su intento de cazar con la mano una mosca que revoloteaba.

—Solo me faltan mis dos chicos mayores y Teresa, pero... ¿qué día es hoy? Martes. Borja, ¿no tendrías que estar en el colegio?

Mirándome para que le echase una mano, no contestó.

—¿Qué sucede? ¿Estáis todos bien?

Ante la pánfila mirada de los demás, quedó claro que solo quedaba yo para transmitirle las malas noticias. Pero ¿cómo? El silencio se hizo insostenible mientras ella sacaba la mano de debajo de las sábanas para tendérmela. Bordeé el dosel, separé el pesado cortinaje adamascado y, besándola en la frente, la miré con cariño.

Buscaba las gafas palpando la mesilla. Rauda, las cogí para ponérselas con cuidado. Al ver la foto que había sobre ella, no pude evitar hacer un rápido repaso mental a su vida. Recién casada, lucía un vestido blanco bordado con flores. La única heredera del conde de Santiago de Cuba posaba feliz junto a un apuesto joven vestido con el uniforme de caballero de Santiago. Mi padre le llevaba cinco años. Él la había conocido un año antes, aún de tobillera, paseando por entre la arboleda del paseo del Prado junto a su madre. Apenas esperó a su puesta de largo para pedirla en matrimonio. Se casaron a finales de siglo y poco tardaron en tenerme a mí. Detrás vendrían otros ocho hijos, aunque en aquel momento solo quedásemos siete. La muerte nos arrebató a Andrés y a Sofía, con uno y quince años. Después de aquello, la sola idea de perder a otro la sumía en una tristeza infinita.

Insistió:

—Por Dios. Dime si el resto anda bien.

Intenté animarla.

—Lo están.

Al incorporarse, una mueca de dolor se dibujó en sus labios.

—Lo de la neumonía no es nada al lado de este dolor de espalda que me tiene baldada. «A la vejez, viruelas», dice el refrán. ¡Hay que ver cómo nos deja Dios antes de recogernos!

Así era ella. Oyéndola hablar cualquiera hubiese pensado que estaba con un pie en la tumba, pero nada más lejos de la realidad. Era el vivo reflejo de los que gozan de una mala salud de hierro; de esos que, siempre quejándose, nunca sufren una enfermedad demasiado grave. Amén de que en vez de quitarse años, como todas sus amigas, se los ponía.

—Pero... dime, María. ¿Qué es lo que os trae a todos tan repentinamente por aquí?

La acaricié.

—Solo te lo contaré si dejas de lamentarte como la anciana que aún no eres.

—Nada bueno ha de ser.

Solo pude titubear cinco palabras casi inaudibles.

—El Africano nos ha dejado.

Frunciendo el ceño, no quiso entender.

—Qué más nos da un africano más o menos. ¡Que les den! Que desde 1859 nuestros hombres no han hecho otra cosa que derramar su sangre en esa exótica tierra. Y, para colmo, tus hermanos siguen empeñados en que los destinen al norte de África. ¿Y qué hace tu padre al respecto? ¿Dónde está ahora?

Hablaba y hablaba sin dejar que me explicara.

—No te pongas así. Vendrá pronto.

Alzó la vista al cielo y se calmó.

—Y no me quejo, hija. Pero vosotros mejor que nadie sabéis que he pasado casi un cuarto de siglo educándoos sola mientras él andaba de aquí para allá ejerciendo como diputado, senador o pergeñando mil y un negocios. Su desmedido afán por mejorar las cosas de España le ha chupado algo más que la sangre.

Cristina intervino:

—Ayer mismo releí el último artículo que escribió en *El Debate* que desmentía los absurdos que el día anterior había publicado *El Sol*.

Mi madre suspiró.

—Solo plasma lo que muchos piensan y nadie se atreve a mentar. Mi querido Joaquín. Siempre tan apasionado en todo lo que se propone. Ese carácter tan suyo de arranques y terquedad que tantas veces le ha llevado al límite de sus fuerzas terminará por matarlo.

Borja, aburrido hasta entonces, saltó:

—Hay que ver cómo te contradices, madre. ¿No decías que para amar hay que saber odiar; que para luchar y vencer hay que esperar el momento oportuno para atacar; que para reír de verdad antes hay que haber llorado hasta secar los lagrimales, o que para valorar hay que saber lo que es perder?

Asintió sorprendida por la inesperada elocuencia.

—Demasiada raza, Borja. Solo espero que sepas encauzarla sin llegar a enloquecer. Recuerda que en la justa medida está la virtud.

Mi hermano saltó sobre su cama y le dio un sonoro beso.

—Mamá, no sé si soportaré otra charla como la de María hace un instante. Te prometo que, sin pasar desapercibido, procuraré no propasarme en nada.

Sonrió.

—Pues empieza por no ser tan impulsivo. Otro salto como ese y terminamos los dos en el piso de abajo.

Mamá nunca había sido amiga de las carantoñas y él ahora la aplastaba con todo su peso. La cama seguía botando. Me levanté del escabel dispuesta a apartarlo, pero ella misma me lo impidió. He de reconocer que aquello me molestó.

—Eres un irresponsable. La vas a herniar.

Elisa dejó escapar una risita.

—¡Nuestra segunda madre ataca de nuevo! ¡Hay que ver, María!; a veces pareces un sargento de caballería.

Le pegué un codazo cansada de la misma cantinela en boca de todos los hermanos. Mamá intervino:

—Elisa tiene razón. Estaré enferma, pero aún no estoy tan incapacitada como para que me defiendas de los achuchones de tus hermanos. Deja ya de juzgarlos y aconsejarles como si nosotros no estuviéramos.

Ante la inesperada reprimenda, no pude más que defenderme.

—No hago más que guiarlos por el buen camino. ¿Me puedes decir, madre, qué hay de malo en ello?

—Nada.

Insistí:

—Está hecho un consentido.

Sonrió despeinando la cabeza de Borja.

—Deja al menos que maleduque un poco a tu hermano pequeño, que ya estoy cansada de lidiar con vosotros.

—De acuerdo. Relájate, pero harías bien en hablarle de vez en cuando de las hazañas de papá. Así, por lo menos, tendrá un referente para seguir.

Alzó la vista como recordando.

—Vuestro padre, el gran ausente siempre presente. Aún recuerdo cuando la reina regente le mandó a París para tratar con el general Porter, entonces embajador de los norteamericanos, sobre el tratado de paz después del desastre de la guerra de Cuba, o cuando consiguió convencer a todos en el Gobierno de la necesidad de mantenernos neutrales y al margen de la I Guerra Mundial.

Suspiró el tiempo suficiente como para dejarme meter una cuña.

—Quizá deberías escribir sobre eso, Cristina, y dejarte de tanto verso.

La aludida masculló:

—Todo a su tiempo. A papá le queda mucho por vivir y aún no es hora de escribir sus memorias. Y de todas maneras, ¿no crees que debería ser él mismo quien lo hiciera?

Borja, que aburrido de no poder intervenir jugaba con los borlones de la colcha, repentinamente la interrumpió:

—Nunca lo hará por temor a que le acusen de vanidoso. Creo que precisamente por eso hay mil cosas que nunca menciona. A veces cuando me preguntan sobre él me quedo en blanco. Lo de la I Guerra Mundial ya lo sabía, pero, por ejemplo, ¿qué es lo que hace exactamente en el Colegio Español de Bolonia? Ayer mismo me preguntó el padre Marcos y una vez más no supe qué contestar.

Sonreí saboreando el caramelo violeta.

—¿Tú hablando de colegios con lo que los aborreces? Papá es patrono de sangre

del que se considera el colegio más antiguo de Europa y se ha propuesto devolverle el lustre que el cardenal Gil de Albornoz le dio en el siglo XIV. Considera un deber moral para con los alumnos más brillantes de España ofrecerles la posibilidad de vivir en el colegio de San Clemente y costearles el doctorado en la universidad. Le darías una alegría si le dijese que en el futuro te gustaría ingresar en él.

Borja bromeó recordando mi reprimenda al llegar:

—Ni loco. ¿De verdad crees que tengo las mismas aspiraciones que Cristina?

Su expresión, de nuevo, me dejaba claro que nada distaba más de sus proyectos.

—¿Yo, doctor? Recuerda, hermanita, que hablamos de papá y no de mí. «Fecundador de campos y creador de riquezas», como lo definiría el gran poeta Rubén Darío.

Mamá sonrió.

—Solo hay una cosa que no ha hecho en la vida: vio frustrada su vocación militar. Por eso está tan orgulloso de Íñigo y Jaime. A él le basta con vestir el uniforme de coronel honorario de infantería y colgarse del cuello el Toisón de oro.

Aquello me dio que pensar. Por un rato había olvidado por qué estábamos allí. ¿Cómo le iba a decir que, dadas las circunstancias, ahora que el rey se marchaba, habría que guardar su máxima condecoración en un cajón; que ella tampoco podría lucir más el lazo de dama de honor de la reina prendido a la izquierda de la pechera; que ya ni siquiera podrían hacer uso público de sus títulos sin ser recriminados; que entonces más que nunca tendríamos que hacer valer esa humildad que tan férreamente se empeñaba en inculcarnos?

Preferí callar y esperar a que ese gran hombre que era mi padre llegase y se lo contara.

EL CÍRCULO MONÁRQUICO

Castillo de Viñuelas. Madrid
18 de abril de 1931

Me arrancaba el barro seco de la suela en un felpudo de hierro que había junto a la puerta de la cuadra cuando oí el motor de un automóvil que en la lejanía se acercaba. ¿Sería Alberto que nos traía noticias de lo que pasaba en Madrid? Dando dos palmaditas en el cuello a Epona, le tendí sus riendas a Anacoreto y, limpiándome el sudor de la yegua en la falda de amazona, me dispuse a averiguar qué nuevas traía.

De camino a las cocheras pensé que montar era la única cosa que había conseguido relajarme en los últimos tres días. Epona, ya entrando en su cuadra, relinchó como si me hubiese leído el pensamiento.

No había alcanzado las puertas del garaje cuando el automóvil derrapó tomando la bifurcación que lo llevaba a la puerta principal. Eso solo podía significar una cosa. ¡Papá, Íñigo y Jaime debían de haber llegado! Aceleré el paso con la esperanza aferrada al corazón de que no tuviésemos que hacer las maletas para seguir a los reyes. ¡Por fin, todos juntos!

Al acercarme solo vi a los hermanos, que le esperaban en la puerta. Según me dijo el chófer, papá había optado por apearse bajo el arco que cobijaba a los guardeses. Aquello le permitiría dar un paseo de más o menos un kilómetro sin que nadie le importunase. Para él, el equilibrio entre mente y cuerpo era vital, y caminar siempre le había ayudado a pensar. Reflejo de ello era el círculo calvo que había dibujado en la alfombra de su despacho de tanto dar vueltas y más vueltas a la mesa.

Al verle aparecer por entre los centenarios pinos, con las manos abrazadas a la espalda y cabizbajo, presentí su abatimiento. El sombrero le tapaba media cara, por lo que solo alcanzaba a verle parte de aquella cuidada barba. Arrastrando los pasos de vez en cuando, se apoyaba en el bastón que le regalamos en su último cumpleaños y que hasta el momento solo le había servido de aderezo.

Cuando se despidió en el comedor aquella noche trágica, rezumaba vitalidad, fortaleza y seguridad. Ahora, viéndole avanzar entre las sombras de los árboles, parecía haber envejecido veinte años de golpe.

Podría haber corrido a su encuentro, pero sabía que preferiría llegar solo. Quizá estuviese evocando los recuerdos de su infancia; aquellos en los que por primera vez conoció a un rey. Nos lo había contado tantas veces... Tendría unos diez años. Ensayaba, disfrazado de general Pavía, el corto papel que le había tocado representar junto a sus primos en la obra de teatro de carnaval cuando oyó irrumpir en el patio de la casa de su abuelo una carroza. Era el turno de las niñas, y él no entraría en escena hasta media hora después, así que, siempre expectante, se asomó a la ventana para ver quién era. Jarreaba, así que no pudo distinguir a nadie, pero le picaba la curiosidad y bajó corriendo para toparse de bruces con el mismísimo Alfonso XII, el padre del que

ahora nos dejaba, que, camino de las Cortes, decidió guarecerse de la lluvia en casa de su abuelo. De eso hacía ya medio siglo...

Saludé a los chicos y esperé a que llegase hasta nosotros para besarle.

—¿Sabemos algo?

Negó tirando de la cadenilla del reloj que llevaba en su bolsillo para mirar la hora.

—Nada, salvo que probablemente ya no quede ni un miembro de la familia real en España. Ahora solo pienso en vuestra integridad. La República no tardará en intentar arrebatar nos todo lo que pueda y más.

Intenté calmarlo:

—Confiemos en que no sigan a pies juntillas los dictámenes de los rusos.

Asintió.

—La derecha, si gana, al menos respetará a la Iglesia y la propiedad privada. Aun así, no sé si nos quedaremos para verlo.

—Creo que no deberíamos dramatizar antes de tiempo.

Me miró con displicencia y sin molestarse en rebatirme siquiera.

—¿Sabe algo tu madre?

—Aún no se lo hemos podido decir. Te esperábamos para ello.

—Será difícil, pero procuraré suavizarle el disgusto.

—¿Qué hemos de decir a los que nos pregunten?

—Ya veremos. Por lo que he podido saber, el rey procurará no contestar a un solo periodista a su llegada a Marsella. Al menos hasta que el infante don Juan se reúna con el resto de la familia en Fontainebleau. Creo que lo único que os puedo aconsejar a todos es que, sin dejaros guiar por la vehemencia, no cedáis ni un ápice a la voluntad de los recién llegados.

—¿A pesar del riesgo?

Asintió:

—Por mi parte así pienso hacerlo, y eso espero de vosotros. Defenderé a capa y espada las instituciones que de mí dependen, a sabiendas de que algunas son contrarias a la misma esencia de la república.

Jaime, recién llegado, le interrumpió:

—Yo no pienso jurar fidelidad a la República por mucho que me lo pidan.

Padre le recriminó:

—Tampoco quiero que te precipites. Si nos quedamos y la República se consolida, tendrás que pasar por el aro o te expulsarán del Ejército. La verdad es que, desvalidos como estamos de monarca, lo único que podemos hacer es esperar noticias de Calvo Sotelo. Él, desde Lisboa, mantiene contacto con el rey y nos dirá qué hacer.

Jaime refunfuñó:

—Pues no sé si es el más idóneo para aconsejarnos que nos quedemos habiendo sido uno de los primeros que han hecho el petate. ¿Qué pretende?

Papá no dudó de sus intenciones.

—Luchar desde fuera. Supongo que espera a entrevistarse con don Alfonso en

París antes de nada. Cada uno hace lo que puede según sus posibilidades, hijo. Lo importante es que solo él puede conseguir que don Alfonso regrese con la cabeza bien alta. Él es el único hilo que une a don Alfonso con España. Mientras tanto...

Cabizbajo, se dirigió a los chicos:

—Nosotros intentaremos seguir con nuestras vidas como hasta ahora, y si no lo conseguimos, Dios dirá. Sois demasiado jóvenes como para rendiros. Consolaos pensando en que al menos por ahora no nos han atacado como a ellos. Si lo hacen, todo menos ceder en vuestros proyectos.

Miró a Íñigo y a Jaime:

—Vosotros tomad como ejemplo al infante don Juan, que, no pudiendo seguir aquí con su verdadera vocación, tiene pensado viajar a Dover para continuar su carrera de marino en la Armada inglesa. Quizá al final también tengamos que emigrar. Podrán arrebataros todo menos nuestras convicciones.

No pude contenerme:

—¿Y todo lo que aquí tienes?

Suspiró.

—No dramaticemos antes de tiempo. Son bienes materiales susceptibles de pérdida, y tenemos que ser conscientes de que este Gobierno nos lo puede quitar todo de un plumazo si tiende a ideologías de izquierdas. Solo hace falta recordar lo que les sucedió a los nobles en la Revolución rusa hace tan solo catorce años. De ser así, no os preocupéis porque tendré preparada una huida y aún nos quedan cosas en Francia y Alemania para subsistir.

La voz de Cristina, recién llegada, sonó temerosa:

—Como en Rusia, podrían acabar con la Iglesia. ¿Crees que podrían declarar la laicidad de España?

Le echó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí.

—Eso no ha de preocuparte porque Dios está sobre todas esas cosas, y nadie mejor que tú lo sabe. Dejemos de preocuparnos y tranquilizaos. Con las maletas siempre a medio hacer demos tiempo al tiempo sin bajar la guardia.

Fueron pasando las jornadas. A diario escuchábamos, escépticos y empalagados, los mítines de algunos políticos intentando convencernos de que a partir de ese momento se aceptarían en paz y armonía todo tipo de ideologías y de que así los españoles podríamos elegir libremente y sin coacciones a nuestros gobernantes. No eran más que un puñado de utópicas intenciones a merced de la anarquía reinante en las calles.

La espada de Damocles no tardó en alzarse sobre nuestras cabezas. Muchas abogaban por un estado laico, una educación acorde con ello, la expropiación de las tierras no explotadas a los terratenientes para dárselas a los trabajadores y la reducción de las cinco academias militares que hasta entonces existían a tres, prejubilando a los oficiales que más se les resistieran. ¡Querían asesinar todo lo que tuviese un tizne tradicional!

Incapaces de seguir cruzados de brazos a la espera de que la solución cayese del cielo, los tres hermanos, en secreto, decidimos sublevarnos ignorando por completo el dictamen de calma de nuestro padre.

No había pasado un mes de la marcha del rey cuando el 10 de mayo supimos de la inauguración del recién fundado Círculo Monárquico en la calle Alcalá, número 67. Como los ciudadanos libres que aseguraban que éramos, aprovecharíamos esta primera oportunidad que nos brindaban para manifestar nuestro sentir. Sabía que Íñigo y Jaime acudirían como moscas a la miel, y cuando les dije que me gustaría acompañarlos no pudieron negármelo.

No recuerdo bien qué excusa pusimos para ausentarnos, pero eso era lo que menos importaba. Mentir a mis padres merecía la pena. Estaba tan ansiosa por participar que no pude evitar decepcionarme al ver que allí, como en muchos clubs y casinos, no entraba ni una sola mujer. Conocía los límites, y rebelarse ante tamaña injusticia por aquel entonces habría sido como darse de bruces contra un muro en plena carrera.

Sin necesidad de que me lo pidiesen, les dije a los hermanos que no se preocupasen. Los esperaba en la calle haciendo recados y ansiosa porque terminase el acto para que me lo narrasen con todo lujo de detalles. ¡En mala hora!

Al llegar esa tarde a Viñuelas, mi madre estaba esperándonos en el jardín. Se asustó al comprobar que Íñigo venía al volante y que un agujero había atravesado el cristal del parabrisas. A Jaime le salía un hilillo de sangre de la comisura de la boca y los dos venían sucios y desarrapados.

Susurró nerviosa:

—¡De dónde salís! Mira que papá no hace otra cosa que decirnos que estéis calmados. Toda la osadía que él contiene se desboca en vosotros. ¡Cuando vea el coche, os mata!

Íñigo chistó:

—Madre, solo es una pedrada que nos dieron en plena calle Alcalá unos que intentaban evitar la inauguración del Círculo Monárquico. Alberto lo cambiará antes de que se dé cuenta.

Nos miró incrédula.

—¡Y quién os manda meteros en camisa de once varas! No soy tonta, hijo, eso es un disparo y entra justo a la altura de tu cabeza. Sin duda, mis rezos para que el ángel de la guarda os acompañase han sido escuchados.

Me sorprendí de su perspicacia:

—¿Sabías que iríamos?

—Os conozco y sois muy malos actores. Sospechaba que algo tramabais.

Jaime se quitó los guantes para rascarse los dos muñones que le dejaron sus dedos índice y corazón. Hacía tan solo quince días que los había perdido cuando, al caerse del caballo, se le habían enredado en las riendas. Y ahora llegaba con el labio partido de un puñetazo.

Mamá, limpiándole la comisura de la boca con un pañuelo que llevaba bajo la manga, le besó las tiernas cicatrices.

—Ayer esto, hoy... ¿Qué harás mañana, Jaime? Siempre jugándote la vida, hijo mío. Tú, Íñigo, ¿cómo le dejas? ¿Estáis todos locos? Y tú, María, te estás contagiando. ¡Creía que eras más cabal! Sabiendo a dónde iban, ¡bien podrías habérselo prohibido!

Siendo como era una mujer bastante sumisa que aceptaba cualquier directriz de mi padre sin rechistar, le parecería mentira que lo desobedeciese.

Íñigo bajó la mirada musitando:

—No la culpes. Ya sabes cómo es Jaime. Un idealista difícil de amedrentar. Si no le hubiésemos acompañado, hubiese ido solo y habría sido peor.

Jaime, quitando la mano de entre las de mi madre, prefirió cambiar el cariz de la conversación sonriendo con la mirada. Sabía que la profundidad de esos ojos azules doblegaba la voluntad de cualquier mujer, y nuestra madre no se libraba de ello. Le acarició la cruz que llevaba colgada del cuello.

—Vamos, madre, si hubieses visto los desmanes que se están cometiendo contra la Iglesia, no nos hablarías así.

Le interrumpí mientras me quitaba el alfiler del sombrero:

—Los chicos estaban impacientes por saludar a Juan Ignacio Luca de Tena, que llegaba directamente de su entrevista con el rey en Londres. Compréndelos. A falta de las de Calvo Sotelo, él sí nos traía noticias frescas. Al fin sabríamos qué candidatos monárquicos nos representarán en las próximas elecciones para las Cortes constituyentes. A ti que tanto te importa la política, ¿no estás deseando saberlo?

Se indignó:

—Lo sé desde hace días. Pero ¿y tú? ¿Qué hacías mientras?

Aunque más tranquila, no parecía convencida, y decidí entonces no ocultarle nada.

—Dispuesta como otras muchas a vitorear el cotarro, opté por esperarlos fuera. No tardamos en contener nuestro ímpetu al percatarnos de que estábamos rodeadas de un grupo grande de disidentes.

A pesar de la mirada recriminatoria de los chicos, seguí:

—La *Marcha Real* sonó a todo volumen en cuanto apareció el coche del fundador del *Abc*. Un bedel había sacado el gramófono a la balconada principal. Escuchábamos respetuosamente la música cuando una lluvia de pasquines voló desde la azotea. No pude ver quién los tiraba, pero me temí lo peor. Cuando me pude hacer con uno de ellos, vi que representaba la caricatura de la república, y eso bastó para que todos los de alrededor diesen rienda suelta a sus peores instintos. Unos daban a diestro y siniestro mientras otros forcejeaban con los porteros dispuestos a acabar con el gramófono. Apenas tuve tiempo para escabullirme y salir disparada hacia donde habíamos aparcado el coche. Temí por los hermanos, pero pensé que, de poder salir de allí ilesos, irían a recogerlo. De camino tuve que esquivar a un taxista que andaba

a puñetazo limpio con su ocupante. Era un desgraciado invitado al acto que llegaba rezagado. Aquello parecía un *ring* de boxeo, con animadores y todo.

Cuando mi madre se santiguó, a punto estuve de callarme, pero no lo hice. Quizá porque necesitaba desahogarme.

—A pocos metros, muy cerca de nuestro automóvil, ardían otros tres. Me tuve que refugiar en un portal al oír el estruendo de un millón de cristales rotos. Eran los de las ventanas del casino, y es que aquellos brutos la emprendieron con el edificio a pedrada limpia. Iba a salir corriendo cuando aparecieron los hermanos. Sin mediar palabra nos subimos al coche, desaparecamos y a dos por hora intentamos no atropellar a las gentes que corrían despavoridas por en medio de la calzada. Cuando conseguimos llegar a la Puerta de Alcalá, pudimos comprobar que la noticia había corrido como la pólvora por todo Madrid. No quedaba una esquina libre de trifulcas. ¡Hasta en el Retiro se levantaba el polvo de los guantazos!

»En el arranque de Serrano, y a pesar de llevar las ventanas cerradas, pudimos oír gritar a un hombre, bandera republicana en ristre: «¡Si queréis vengar al taxista que ha matado un monárquico, acompañadme a Serrano 61!». Después de un segundo de duda, sus adláteres le siguieron sin preguntar más. Era una horda enardecida muy difícil de detener. ¡Yo misma había sido testigo de aquella discusión en la Gran Vía y nadie murió! ¿Cómo podían desvirtuar la historia de semejante manera?

—¿Qué hay en Serrano? —me interrumpió mi madre intentando hacer memoria.

—La sede del *Abc*, y estaban dispuestos a incendiarla. El caos de la calle obligó a Íñigo a dar un bandazo para no chocar con varias camionetas de la Guardia Civil que venían en dirección contraria, y Jaime se dio con la boca en el salpicadero. A escasos metros, una pareja de la Policía intentaba sin demasiado éxito detener a dos hombres que estaban quemando un kiosco tan solo por tener expuestos el *Abc* y *El Debate*. Fue allí donde a uno de ellos se le escapó un disparo y quiso la casualidad que nos diese. Después de aquello apretamos el acelerador hasta aquí.

Íñigo me sonrió agradecido por no haber contado la verdad del todo. En especial, la parte en que topamos con un loco.

—Vuestro padre ha pasado el día esperándoos pegado a la radio. Así que esta historia se la tendréis que repetir tal cual. A ver cómo se toma el que no le hayáis hecho caso.

Subimos en silencio. Al vernos, se levantó para abrazarnos y sin pedirnos más explicaciones. Sabía de dónde veníamos.

—Gracias a Dios que estáis sanos y salvos. La radio está retransmitiendo la noticia. Piden la dimisión inmediata de Maura por la muerte de dos personas. En Sol uno de los nuestros ha pegado un tiro a un republicano y le han linchado.

Suspiró cabizbajo.

—El otro, desgraciadamente, era un niño al que alcanzó una bala perdida. No se sabe de quién. Maura ha querido desplegar las fuerzas, pero Azaña y Alcalá-Zamora no lo han estimado oportuno.

Jaime, mordiéndose las uñas, gruñó:

—Cobardes. Siempre con pañitos calientes. Siguen temiendo la reacción de los socialistas frente a una acción contundente de la Guardia Civil, a la que ven como una enemiga de los trabajadores. ¡Si algunos la odian incluso más que al propio rey!

Íñigo intervino:

—Pues son los únicos que pueden poner orden de verdad. Si hubieras vivido lo de hoy, padre... Se sudaba odio por los cuatro costados. ¿Cómo pueden los incautos seguir pensando que se puede dirigir al pueblo tan solo parlamentando? Si el rey se fue con la intención de evitar el derramamiento de sangre, está claro que no lo ha conseguido.

Cristina me dio un codazo preocupada por algo que, apenas un minuto antes, habían comentado de pasada:

—¿Has oído, María? ¿Es verdad que ha muerto un niño?

Asentí.

—Pobre angelito. Rezaré por él. Su bendita alma se librará al menos de asistir a las clases de esas escuelas laicas que pretenden fundar. Dios se ha debido de enfadar al ver cómo quieren borrarlo de los colegios, los cementerios, los hospitales y los sacramentos matrimoniales amancebándose los unos con los otros civilmente. ¡Solo nos queda confiar en que el cardenal Segura los haga entrar en razón!

Intenté calmarla sin saber aún que su temor no era infundado.

—No es tan negro como lo pintan, hermana. Piensa que tanto Niceto Alcalá-Zamora como Maura son católicos, y eso sin duda ayudará a que las reformas no sean tan drásticas.

—Dios te oiga, hermana.

Mi padre chistó para que prestásemos atención al boletín. Según contaban las cosas, Madrid parecía una ciudad sitiada en guerra. Habiendo estado en el mismo ajo, no fuimos conscientes de la verdadera dimensión de los altercados hasta ese preciso momento.

Anocheecía. Fuera, en el balcón, mamá y Elisa iban y venían preocupadas. Me acordé de su reciente neumonía y salí a su encuentro para abrirla con una estolita de visón. Me extrañó la cantidad de guardas que abajo hacían la ronda. Nuestro padre debía de haber duplicado la seguridad de la finca aquella noche.

El insomnio generalizado se escuchó en el crujir de la tarima del pasillo bajo los pies descalzos y en los sonidos de los incesantes pomos abriendo y cerrando las puertas de las habitaciones contiguas. A eso de las seis de la madrugada conseguí al fin conciliar el sueño, y no me levanté hasta las once. A mediodía, me encontré con todos desayunando en silencio y ojerosos. De pronto, desde uno de los balcones, Jaime gritó:

—¡Está ardiendo medio Madrid!

Nos levantamos corriendo. En efecto, una inmensa columna de humo se alzaba sobre la ciudad.

La radio al fondo ronroneaba. Era la de Elisa, que, ajena a todo, escuchaba tranquilamente *La Violetera* de Raquel Meller. Papá, contrariado porque hubiese cambiado de dial, la apartó para ponerse a buscar la frecuencia de la Unión Radio. La pequeña, desconcertada, frunció el ceño. Con un poco más de delicadeza, le propuse que se fuese a poner algún disco de foxtrot en el gramófono. Salió refunfuñando.

Papá, nervioso, daba vueltas y más vueltas al botón sin dar con la emisora de la Unión Radio. Después de un par de eternos y exasperantes minutos, al fin lo consiguió. Las palabras del locutor sonaban entre mil interferencias, pero podíamos hilarlas. ¡La casa profesa de los jesuitas en la calle Isabel la Católica estaba ardiendo con toda su biblioteca!

Mamá se sobresaltó. No era para menos, ya que Borja hacía dos semanas que había regresado al colegio de los jesuitas. Si el ataque era contra ellos, no tardarían en asaltarlo.

El día anterior, cuando huíamos a toda velocidad de Madrid, durante un segundo se me pasó por la cabeza recogerlo, pero luego, tal y como llevábamos el coche, no lo estimé oportuno. Al fin y al cabo, en la salida del norte las cosas parecían estar mucho más tranquilas. ¡Por qué no lo habría hecho!

Jaime, desde uno de los torreones, nos iba informando. Las columnas de humo parecían estar multiplicándose, y llegaban hasta el barrio de Chamartín. ¡Como en la mañana de la declaración de la República, el pequeño de la casa se convertía en nuestra principal preocupación! Todos ahogábamos en silencio nuestros desvelos a la espera de que nuestro padre tomase cartas en el asunto cuando el ronroneo lejano de un motor que subía por el camino nos sorprendió.

Bajé dejando a mamá aferrada a los prismáticos. No me atreví a comentarle que albergaba la secreta esperanza de que fuese el único que nos faltaba por no crear en ella una falsa expectativa. En efecto, era Borja, que, como un mes antes, llegaba en el Renault a trompicones. Esta vez era Alberto el que iba de copiloto mientras él conducía. ¿Cómo podía haber pensado siquiera que mi padre no se nos hubiese adelantado? Debía de haber dado la orden de ir a recogerlo la noche anterior.

Ruborizado por la excitación, despeinado y descamisado, chistó. Como siempre, me dispuse a adecentarlo antes de que mamá lo viese. Imposible. Sin brillantina no podría hacer nada con ese pelo. Rápidamente le recoloqué el nudo de la corbata, le remetí la camisa en el pantalón y le estiré el jersey de cuello en pico para abajo.

—Déjame, pesada. Pareces mi ujier. Siempre esperándome en la puerta. María, por favor, no le digas a padre lo de mis clases de conducir, o se me caerá el pelo. Alberto me está enseñando muy en secreto.

Aproveché el achuchón correspondiente para recriminar con una mirada al chófer por su más que reprochable actuación. Alberto se limitó a encogerse de hombros. Por experiencia sabía que aquel pillastre siempre acababa consiguiendo todo lo que se proponía, y la voluntad del chófer, si bien era cierto que solía mostrarse férrea, no resultaba inquebrantable.

Le cogí de la mano y lo llevé prácticamente en volandas a casa para que papá y mamá por fin se quedaran tranquilos.

Hablaba como un sacamuelas y su euforia me resultó desconcertante.

—¡No os lo podéis imaginar! Nos hemos librado por los pelos. Justo al lado de nuestro colegio ardía como una tea el del Sagrado Corazón. Los padres nos apremiaron para que saliésemos en orden y sin que cundiera el pánico. Primero salimos los alumnos con algunos de los profesores seculares, después, el personal de trabajo, y al final, los padres jesuitas. Seríamos unos mil los que en menos de media hora desalojamos el colegio para formar en la explanada colindante. En la calle, las pobres niñas de nuestro vecino colegio andaban sin rumbo gritando y llorando por entre las desesperadas monjas. Intentamos calmarlas con el ejemplo y sin salirnos de nuestra formación.

»En la fila, los rumores corrían como la pólvora. Aparte del Sagrado Corazón, también habían quemado Areneros, el colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, en Cuatro Caminos, y el de María Auxiliadora. Fusil en mano, el general Orgaz y otros dos oficiales consiguieron contener a los pirómanos que venían a por nosotros.

Mamá no conseguía articular palabra.

—No salí de mi formación hasta que vi a Alberto. No me ha dado tiempo a hacer las maletas, pero sí traigo este tesoro. Lo cogí para que no se quemase.

Con suma delicadeza abrió la caja que cargaba bajo el brazo. Estaba repleta de sellos del colegio y un montón de pliegos de papel de plomo.

—Los guardaremos hasta que se los pueda devolver a los padres.

No pude contenerme:

—¿No será para falsificar exámenes?

Sonrió de lado.

—Pues mira, no se me había ocurrido, pero lo mismo sello unos cuantos folios con el membrete del cole por si...

El pescozón le dolió.

—Tú, con tal de no hincar los codos, cualquier cosa. ¿No tenías que examinarte de bachillerato el mes que viene?

—Era algo que, con todo aquel barullo, no se me ocurrió preguntar. Lo mismo hay suerte y, con la que está cayendo, nos adelantan las vacaciones con aprobado general. ¡Sin esperarlo, lo mismo tenéis otro bachiller más en casa!

Papá nos interrumpió:

—No lo creo, pero si eso es cierto, ya sabes que no admito ociosos. Mañana mismo escribiré al señor Arrundel, en West Sussex, para que refuerces tu inglés. Y esos sellos los devolveremos de inmediato.

Su optimismo se desmoronó en un segundo.

—Pero... ¿y lo que pasa aquí?

—Aún eres un niño y no te incumbe.

Poniéndose firme gritó:

—No me hagas esto, padre, precisamente a mí, que había pensado solicitar la entrada en la academia como los hermanos. ¡Dios, patria y rey! ¡La suerte de mi patria será siempre la mía, sea feliz o adversa!

Ante tan cómica reacción no pudimos más que reírnos a carcajadas. Papá, lejos de alargar la discusión, le ordenó que se callase para poder seguir escuchando la radio.

Las noticias cada vez eran más alarmantes. Los prendedores de aquella devastadora hoguera, alimentada en un principio por los colegios, siguieron buscando leña para atizar su infernal propósito, y a los centros docentes los siguieron la iglesia de Santa Teresa y la de la plaza de Santa Ana, los conventos de las bernardas, las mercedarias y el de los carmelitas descalzos en la plaza de España. A eso de las cinco de la tarde se declaró el estado de guerra en Madrid y por fin salió la Guardia Civil a poner orden como debería de haber hecho desde un principio.

Al día siguiente, la brasa incandescente de aquella hoguera ya sofocada en Madrid voló para contagiar a otros muchos puntos de España. El miedo y la inseguridad que nos asaltó el primer día de república se repetían.

Cristina y mamá estuvieron prácticamente encerradas en la capilla los tres días que duró la fogata mientras los demás intentábamos pasar el tiempo entretenidos a la espera de no sabíamos muy bien qué.

Papá, el tiempo que no estaba pegado a la radio, se encerraba en su despacho para devorar no solo el *Abc* y *El Debate*, sino que también, y ante nuestra sorpresa, pidió que le comprasen *El Liberal* y *El Sol* para que, según él, nada le cogiese por sorpresa.

Fue una noticia publicada en este último la que más le llamó la atención. Ortega y Gasset, Pérez de Ayala y Marañón condenaban los hechos con estas palabras:

«Quemar conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano ni espíritu de avanzada, sino más bien un fetichismo primitivo o criminal que lleva lo mismo a adorar las cosas materiales que a destruirlas».

Después de aquello, el huracán, aunque adormecido, seguía latente en todos. Para unos por haberse visto obligados a la contención por la fuerza y para los otros porque albergaban la infructuosa esperanza de que hubiese una depuración de responsabilidades que nunca llegó. El cardenal Segura, como predijo Cristina, fue el único valiente en alzar la voz para defender algunos de nuestros intereses, y pagó con el destierro su osadía.

West Sussex, 5 de julio de 1931

+

Querida María:

Llevo una semana sin saber nada en absoluto de los demás. Los muertos no hablan. Los vivos no escriben. ¿Viven?

Para qué te voy a mentir, me aburro soberanamente. Aquí la lluvia no sabe lo que es dar una tregua al seco. Tanto que creo que acabaré cogiéndome un reuma

de caballo. Eso, por no hablar de la úlcera de estómago que me está a punto de salir gracias a unos hojaldres rellenos de no se sabe bien qué que nos obligan a tragar y que ellos mismos llaman pie. No creo que sepan lo que significa esa palabra en español, pero lo curioso es que saben igualitos.

La última vez que te escribí te pedí que me mandases en el sobre algunos periódicos atrasados para leer algo en nuestra lengua natal. Dirás que soy un exagerado, pero estoy a punto de olvidarla por falta de práctica, y a la vez quiero estar al día. Pero nada, en vez de un diario, me mandaste un miserable recorte de jugo Floralia aconsejándome que comiese mucha fruta y verdura. ¡Ay, hermanita! Con estos consejos tan salubres apenas me regalaste un minuto de lectura. ¡Si al menos hubiese sido un tebeo! ¿No te estarás haciendo la longuis para no mantenerme informado de lo que pasa en Madrid? No me extrañaría, con ese afán de proteccionismo que te caracteriza. ¡Pues no estoy dispuesto a que me tengas en la inopia! Recuerda que aquí estoy solo provisionalmente y que por nada del mundo quiero perder ripio en los asuntos que a España tocan.

Mejoro en inglés. Ahora nos han pedido hacer un trabajo sobre alguna empresa familiar. Podría hablarles de las bondades de nuestro padre. De cómo dejó parte del palacio del Infantado de Guadalajara al colegio de huérfanas del Ejército, de todo lo que ha hecho por devolver el lustre a la sede del Consejo de las Órdenes Militares o de que no ha parado hasta conseguir que se construyera un panteón en memoria de todos los caídos en Melilla, pero todo eso es caritativo y ellos quieren que les hable de algo más productivo.

He pensado que de entre las mil obras de papá podría centrarme en la gran presa que construyó en Manzanares el Real para hacer el pantano de Santillana y canalizar sus aguas hacia Chamartín, Colmenar, Fuencarral y otros barrios de Madrid que las necesitaban.

Sé algunas cosas, pero otras se me escapan porque era un niño; tú, en cambio, lo viviste más de cerca. Tuviste la suerte de ser testigo consciente de su mayor apogeo como incansable trabajador. Sé que muchos nobles y amigos le criticaban precisamente por aquello. No comprendían cómo, teniendo tanto, desperdiciaba el tiempo dejándose el pellejo en aquel proyecto titánico, cuando podía tumbarse a la bartola a vivir de las rentas. Pero..., como siempre ha dicho nuestro padre, «el ojo del amo engorda el ganado», y supongo que, cuando el rebaño es tan grande, algo se pierde por el camino.

¡Qué tiempos aquellos! Me asaltan mil preguntas que no puedo resolver solo. ¿Le recuerdas trazando los primeros planos con sus ingenieros? ¿Cómo sufragó los gastos de los materiales y los salarios de los quinientos jornaleros que contrató? ¿Tuvo que vender o hipotecar algo? ¿Se lo reconocieron alguna vez?

Oí una vez decir a mamá que durante los diecinueve años que duraron las obras se sintió muy sola por sus ausencias. Que frecuentemente tenía que soportar los comentarios de sus amigas tildando el proyecto de papá de utopía, y que

precisamente aquellos reproches eran lo que más le servía de acicate a papá para no rendirse, aun a riesgo de arruinarse en el camino. También sé que, pasado un tiempo, y cuando el negocio empezaba a dar beneficios, muchos de los que le habían acusado de loco contribuyeron para que el Ministerio de Fomento aprobara un proyecto paralelo.

También os he oído alguna vez comentar que la competencia no dudó en recurrir a las más feas artimañas para desacreditar a nuestro padre. Que publicaron artículos en los que se hablaba de la dudosa calidad de su agua, y que aunque él se encargó de desmentirlos con pruebas y análisis contundentes, el mal estaba hecho. Que a partir de entonces, no había una noche en que sus bombas de última generación no se estropearan sospechosamente, o se diese la alarma porque por arte de birlibirloque las tuberías de canalización estallaban en los lugares más recónditos, provocando los subsiguientes cortes de suministro. Un boicot en toda regla que nunca pudo probar.

El enemigo era tan poderoso que papá apenas pudo defenderse legalmente y al final, después de mil dimes y diretes, el Consejo de Estado decretó una expropiación que daba el monopolio de la explotación del agua al Canal de Isabel II. Papá, al enterarse, sufrió un ataque al corazón que le tuvo postrado en cama más de año y medio. Si no llega a ser por eso, no dudo que hubiese seguido luchando sin tregua, porque a testarudo no hay quien le gane.

Yo, aparte de esos datos que he encontrado en un pequeño libro, solo me acuerdo de aquel paseo que dimos en barca por el pantano junto al rey el día de la inauguración. El mismo don Alfonso fue el que accionó la palanca que ponía en funcionamiento la gigantesca dinamo de 2.500 caballos de potencia.

Como verás, me aplico, pero necesito que me mandes todo lo que encuentres al respecto para bordar el trabajo y así convencer a papá de que ya he madurado. Quién sabe, lo mismo después de eso me deja volver el año que viene.

Se lo pediría directamente a él, pero soy consciente de que no le gusta hablar de sus fracasos. Por otra parte, mamá solo ve la parte positiva de las cosas. Antes que a ti recurrí a ella, pero tan solo me escribió un par de líneas para decirme que aquello, gracias a Dios, sirvió para que papá empezase a plantearse la vida de otra manera y comenzase a prescindir de comidas y viajes de negocios para estar más tiempo a nuestro lado. Como comprenderás, son minucias que no puedo reflejar en mi trabajo.

Escríbeme, hermana, y aclárame cosas como por qué el rey no le ayudó. ¿No fue su justicia mayor? Porque entonces lo dejó abandonado sin pena ni gloria. Y no me digas que ser monárquico es ser fiel a la institución independientemente de quién ostente la corona, porque no cuela. Creo que fue a partir de entonces cuando se distanciaron.

¡Las dudas son muchas y las respuestas pocas, y tengo que rellenar la friolera de diez folios! No te pido que me hagas el trabajo, aunque no me vendría nada mal

una ayudita.

Quiero dar una lección de humildad a estos ingleses de nariz levantada que se creen los reyes del mundo y olvidan que históricamente nuestro imperio fue mucho más grande y duradero que el suyo. Quiero demostrarles que no vamos con sombreros de cordobeses ni bailamos sevillanas a todas horas, como ellos piensan.

Si esto sale bien, quizá podamos convencer juntos a nuestro padre de que el año que viene me quede en casa. Ahora que ya domino el inglés, amenaza con mandarme a Burdeos para perfeccionar el francés. Hablar idiomas está bien, pero a mí me había estado tanto tiempo fuera. Otras costumbres, lengua y sentido del humor. ¡Y no sabes lo negro que es el suyo!

Siento no poder contarte algo más divertido, pero aquí el tedio te come por los pies y no merece la pena alargarse. Diles a todos que me escriban, que los echo de menos y que cuando vuelva me encontrarán más que cambiado. Si me llamaran con más frecuencia, lo comprobarían tan solo con escuchar mi tono de voz. Más no te digo.

Recuerdos y abrazos a todos.

F. Borja

ARREBATADA PUBERTAD

Villa Santillana. Zarauz
Julio de 1931

Y por fin llegaron las vacaciones de verano. Contra todo pronóstico y por el deseo de mi madre de alejarnos de Madrid, sombrereras y baúles se hacinaban en el andén a la espera de ser cargados en un tren camino de Zarauz. ¡Cómo nos gustaba subirnos siempre al vagón de primera para disfrutar de su restaurante y cómodos asientos!

Villa Santillana nos esperaba tan majestuosa como siempre. Aquella casa era la cuna donde habíamos nacido varios de los hermanos, y eso se notaba apenas cruzábamos su umbral.

Abrí las ventanas de mi habitación para que la brisa marina la inundase. Olía a algas, peces, mar y libertad. Cerré los ojos. Sintiendo el sol en mis mejillas e inspirando profundamente, dejé que el viento llenase hasta el último de mis alvéolos. Aquel repentino éxtasis de paz me permitió inesperadamente recuperar la armonía que el transcurrir de los últimos meses había destrozado.

Todo acompañaba. Surcando las olas, un grupo de traineras ensayaban para las carreras mientras en la playa dos caballos galopaban ávidos de independencia. Me hubiese apetecido unirme a ellos, pero ya era tarde, y dado que Elisa llevaba media hora buscando pareja para jugar al bádminton, preferí darle el gusto.

A partir de aquella tarde todo fue un no parar. Programados ya un par de campeonatos de golf, varios almuerzos en el Real Club, baile en el casino, algunas excursiones a las carreras de caballos de San Sebastián, a Biarritz para ver a nuestra hermana Teresa, que veraneaba en casa de sus suegros, o a las fiestas de los pueblos del Goyerri, apenas nos quedaba un día para aburrirnos.

Solo nos faltaba Borja, que, muy a su pesar, seguía cumpliendo con los designios que nuestro padre le había marcado aquel verano mandándole a Inglaterra.

Tozudo y persistente como nadie, guardaba la secreta esperanza de que nuestro progenitor al menos le dejase pasar unos días con nosotros en los últimos coletazos del estío; ignoraba aún que en realidad pensaban mandarlo directamente a Burdeos para hacer el siguiente curso. Yo veía a Borja tan ilusionado que intenté convencer a papá sin demasiado éxito.

El interés que nuestro padre siempre había demostrado para que desde niños aprendiésemos idiomas con *nurses* y *mademoiselles* se acrecentó desde el advenimiento de la República, y con el pobre pequeño se estaba cebando. Supuse que podría deberse a ese temor fantasmagórico e impronunciado que todos teníamos al exilio. O quizá estuviese exagerando y simplemente lo hacía para contrarrestar los absurdos mimos de mi madre. O tal vez lo único que pretendía era mantenerle alejado de los disturbios madrileños, por simple precaución. Fuese por lo que fuese, no hablaba de ello, pero lo cierto era que, como sin querer la cosa, nos preparaba para

vivir lejos de nuestra amada España, sabía Dios dónde y durante cuánto tiempo. Todos estábamos al tanto, pero, siguiendo el famoso dictamen anglófilo que asegura que «de lo que no se habla, no existe», nos abstuvimos de mentarlo siquiera durante aquellos dos meses.

En septiembre, con mucha pereza, regresamos a Madrid. El único que parecía estar deseándolo era Jaime, que ni siquiera en tiempo estival había conseguido apaciguar sus ánimos. Esperaba como agua de mayo la ocasión para salir a la calle a montarla, y esta surgió a principios de diciembre.

Yo estaba acabando de sacar los alfileres de un encaje de bolillos que había tejido para bordear el paño del altar de la capilla cuando entró mi padre sumamente enfadado. Me obligó a dejar la labor en el cesto y me pidió que le acompañase a la habitación de los chicos. Me quedé de piedra cuando se agachó y, tras levantar el faldón de la cama de Jaime, despegó de debajo del somier lo que parecían ser unas cargas de dinamita.

—Solo dime si sabes algo al respecto.

Mi expresión de espanto le bastó para saber que no tenía ni idea.

—Hoy se celebra la toma de posesión de Niceto Alcalá-Zamora como presidente de la República y se esperan disturbios. ¿Sabes si los hermanos piensan participar?

Negué rotundamente.

—Te aseguro que no lo sé. Yo hoy tenía pensado acercarme a la estación del Mediodía para recoger a Borja, que llega para las vacaciones de Navidad. El viaje ha debido de ser largo desde Burdeos a Bayona con transbordo hasta Madrid, y estará rendido.

Sin añadir nada más, cogió el paquete y se dispuso a salir. Ya de espaldas, se detuvo.

—De esto, ni palabra a tu madre. Borja estará deseando, después de tanto tiempo fuera, patearse Madrid entero. Evita, si puedes, que pase por las calles por donde irá la comitiva.

No se me ocurrió rechistar. Salió pegando un portazo y allí me quedé yo a solas. ¿No acercarme a los alrededores? Sería sumamente difícil, ya que apenas vivíamos a quinientos metros del Congreso. ¡Menos mal que el camino a la estación estaba justo en dirección contraria! Pero ¿qué era lo que se proponían los hermanos ahora? Siempre me había adelantado a sus intenciones, pero aquello me había cogido totalmente desprevenida. Sin duda, habían agudizado el talento para mentirnos. Ojalá estuviese equivocada en mis presentimientos.

La mosca me rondó tras la oreja hasta que el tren se detuvo en el apeadero. Era una estación maravillosa, aquella a la que acudíamos a llorar de alegría o tristeza según se fuese o llegase el ser querido. Hoy tocaba reír.

Me abracé a él como un koala. Al sentir el achuchón de aquellos fornidos brazos, supe que apenas quedaba nada del niño, ya más alto que yo, del que nos habíamos despedido seis meses antes. ¡Estaba tan cambiado! Había pegado el estirón, los

pómulos y la nuez también le habían crecido, le había cambiado la voz y la sombra de aquella pelusilla incipiente que se dibujaba sobre su labio superior ahora era casi un bigote. ¡Si hasta su pelo, antes cuajado de indomables remolinos, estaba ahora liso y perfectamente peinado!

Separándole un poco más de mí, le di un repaso de arriba abajo. Los pantalones cortos habían pasado a la historia y ahora venía perfectamente trajeado, con sombrero y chaleco incluidos. Del bolsillo de su chaqueta asomaba una cajetilla de Bisonte a la que preferí no hacer alusión hasta que se encendiese el primer pitillo frente a mí.

—¡Qué, hermanita! ¿Estoy pulcro y limpio como a ti te gusta? ¿Qué vas a hacer ahora que no puedes recolocarme el nudo de la corbata, remeterme la camisa por el pantalón o subirme los calcetines?

No me di por vencida:

—Estarías perfecto si además te hubieses afeitado.

Sonrió de nuevo.

—Se me había olvidado lo tiquismiquis que eres. Anda, vamos, que estoy deseando ver a todos. ¿Está Alberto esperándonos fuera?

Negué.

—Hoy es imposible llegar en coche a la estación. Medio Madrid está cortado. He venido andando desde casa. Si te parece, podemos dejar el equipaje en consigna y mandar luego a recogerlo.

Se metió la mano en el bolsillo para hacer recuento del dinero que llevaba.

—Ciento ocho pesetas del tren desde Irún, un duro de propina al acomodador del coche cama, dos pesetas del desayuno, tres con veinte de los pitillos, ocho del almuerzo. Pensaba coger un taxi, pero definitivamente solo tengo una peseta para los dos billetes de tranvía. ¿Tú no llevas algo para un taxi?

—Olvídalo. Hoy tampoco hay un transporte público que funcione como debería.

Asintió.

—Estoy cansado, pero pensándolo bien, tengo las piernas entumecidas, así que no me vendrá mal un paseo. Por cierto..., ¿qué sucede?

—Niceto Alcalá-Zamora toma posesión de su cargo como presidente de la República. Se ha preparado un desfile en el que no faltarán la Guardia Civil, los militares bajo el mando de Sanjurjo y el transitar de otras tantas calesas y coches de caballos.

—¡Ni que fuese Fernando VII al regresar a España! ¿Sabes el itinerario?

Saqué del bolsillo un recorte del periódico y se lo indiqué.

—Saldrán del Congreso para pasar por Alcalá, Sol y la carrera de San Jerónimo hasta el Palacio Real. Allí se asomará al balcón para saludar a miles de personas que le esperan desde ayer.

Gruñó:

—Ya le estoy viendo vestido con su frac y una chistera que le caerá como un saco de patatas. Con razón le llaman el Botas. Ya podía ser más discretito, porque para lo

que va a durar...

Chisté mirando a un lado y a otro. Nadie parecía haberle oído entre la multitud de la estación.

—Baja el tono de voz y tengamos la fiesta en paz, Borja. Aquí no hay día en que no haya altercados entre los monárquicos y los de la asociación republicana, y lo peor es que los hermanos no se pierden una. No vengas tú también a emponzoñar aún más las cosas.

Sonrió cuadrándose como si yo fuese su general.

En silencio, Borja observaba el trasiego de la calle. Los atestados tranvías, el correr de las gentes, el vendedor de barquillos en la esquina del parque del Retiro y la de los periódicos en la contraria.

—Vamos por la cuesta de Moyano para acortar.

—De acuerdo. ¿Sabes que los librereros le han pedido al alcalde que traslade la feria permanente del libro al paseo del Prado, entre el Banco de España y el museo? Si lo logran, los tendremos a un tiro de piedra de casa.

Estábamos parados arriba cuando la gran rueda de un coche de bebé de mimbre blanco con su capota de piel negra le pasó por la punta del pie. Del pequeño, enterrado entre colchas de raso, toquillas, encajes y lazos, solo se distinguían los ojos.

—*Excusez-moi.*

La joven *mademoiselle*, azarada, no supo dónde meterse al comprobar que Borja, simulando más dolor del que aquel atropello le había causado, le sostenía la mirada. Indignada por el descaro, tuve que pegarle un codazo para arrancarlo de su repentino flirteo.

—Parece que no solo has aprendido idiomas en Francia.

Suspiró como evocando recuerdos no demasiado castos.

—Eso es algo, hermanita, que a ti no te incumbe. Pero ¿decías que los librereros se marchan de aquí? Dirás que ya lo han hecho. ¡Si solo quedan diez casetas abiertas de las treinta que había! Deben de ser los últimos de Filipinas. Claro que no me extraña con tanto ir y venir de gentes... Acostumbrado al aburrimiento del internado, necesitaré unos días para aclimatarme a este frenético transitar. ¡Qué trasiego! Mírala, es como si llevase un petardo pegado en el trasero.

La pobre niñera, esquivando a unos y otros, desapareció entre el gentío. Preferí seguir hablando de librereros:

—Los que han cerrado probablemente estarán en la plaza de Oriente. Hazme un favor, deja de tontear con todas las faldas que te cruzas y acompáñame a esa caseta que sí está abierta. Hace tiempo que busco desesperadamente la tesis doctoral que don Gaspar Muro escribió hace ochenta años sobre la princesa de Éboli. Sé que la edición fue muy limitada y será cara, pero aquel librero me dijo hace semanas que creía saber dónde podría conseguirme una. Quizá haya suerte.

Por su expresión al vernos supe que lo tenía y me alegré enormemente. Era un ejemplar encuadernado en piel azul grabada en oro. En su interior había varios

facsimiles de sus cartas protegidos entre pliegos de seda, y un grabado del retrato que le hiciera Sánchez Coello, cuyo original teníamos en casa.

—Me ha costado mucho encontrarlo. Tanto que al final se lo he tenido que comprar a una viuda que vendía toda la biblioteca de su fallecido marido muy consciente de la joya de la que se desprendía.

Di por supuesto que no me lo iba a dejar barato, pero sin duda merecería la pena.

Borja dedujo que el regateo para lograr una rebaja iba para largo, así que se dirigió al extremo opuesto del expositor para ojear varios *TBO*, *Pulgarcito* y un ejemplar del recientemente publicado *Pocholo*.

—¿Te importa esperar?

Pasando las páginas, negó.

—Si no hay más remedio, mataré el tiempo hasta que llegues a un acuerdo.

Mirando al librero le preguntó:

—¿No tendrá por casualidad algún número de *Le Petit Vingtième Siècle*? Es el suplemento del diario donde Hergé publica las viñetas de un joven detective llamado Tintín.

La cara de sorpresa del hombre lo dijo todo.

—¿Tintín? No me suena, pero si quiere una lectura para niños, le puedo ofrecer las aventuras y los cuentos de Periquín.

Ofendido, le corrigió de inmediato:

—Tintín no es para niños, sino para adultos. Es el protagonista de un tebeo que resuelve enigmas viajando por todo el mundo.

Iba a reprenderle por su petulancia cuando la algarabía de varias jóvenes hablando todas a la vez y sin escucharse las unas a las otras nos obligó a callar. Eran las siete hijas del fallecido conde de Revillagigedo. Borja, apabullado entre tanta mujer, prefirió ser precavido y analizarlas de reojo.

Tendrían entre los dieciocho y los doce y las había para todos los gustos. Altas, bajas, rellenitas, delgadas, rubias y morenas. A excepción de tres que se parecían un poco, eran muy distintas entre sí y, si no las conocías, era difícil imaginar que fuesen hermanas.

Borja no tardó en centrar la atención en una de ellas. Sería un par de años más joven que mi hermano, rubia ceniza y con los ojos azules, tal y como a él le gustaban. Entre todo aquel aquelarre, ella parecía ser la más tímida.

Conocía bien a Pepa, la mayor de ellas, y al venir a saludarme aproveché para presentarle a Borja como mi hermano recién llegado de su colegio en Francia. Ella se encargó de lo demás.

—De mayor a menor, estas son Teresa, Concha, Vicky, Rafa, que aunque suene a chico viene de Rafaela, Maruchi y Charo.

Borja saludó a todas deteniéndose en Rafa un fugaz segundo, instante que bastó para que ella se sonrojase. Las demás, celosas, intentaron captar su atención avasallándole con mil y una preguntas.

—Nuestros padres también nos mandan internas a un colegio de monjas en Belmont cuando terminamos en el Sagrado Corazón de Chamartín. El año que viene será el turno de Rafa.

Aprovechó la alusión para mirarla de nuevo. Ella, incapaz de repetir la hazaña de hacía un momento para disimular, había cogido un taco de postales con figurines que pasaba a toda velocidad. Borja musitó:

—¡Qué casualidad! Yo, antes de que me mandaran a Inglaterra y Francia, estuve estudiando en el colegio de los jesuitas de al lado del vuestro, pero... no me suena haberos visto nunca. Os aseguro que, de haberlo hecho, no lo habría olvidado. Claro que no es extraño, ya que a ninguno nos dejaban salir demasiado. Curas y monjas nunca han sido amigos de que compartamos nada. Por eso deben de haber rodeado los recreos con tanto muro.

De nuevo flirteaba. ¡Nada menos que con seis a la vez! Todas rieron menos Rafa, que cada vez parecía más abstraída en la lectura.

—Y aparte del inglés y el francés, ¿hablas algún otro idioma?

—Chapurreo vascuence con mi profesor de esgrima.

La voz de Rafaela apenas se hizo audible entre las de sus hermanas. Alzando una postal de trajes típicos nos la enseñó.

—¡Qué casualidad!

En ella aparecía un *chapelgorri* con la representación de la peseta que cobraban a sus pies.

—Lo mismo quieres imitarlos y defender a nuestro rey igual que ellos hicieron con su abuela Isabel en tiempos difíciles.

Se hinchó de orgullo.

—Hoy es muy diferente. No tenemos a isabelinos y carlistas luchando por una misma corona, sino dos ideologías sumamente diferentes pujando por el Gobierno de nuestra España.

Señaló la moneda.

—¿Ves la peseta? ¿Sabes lo que significa?

—¿Qué peseta? —interrumpió una hermana.

Apenas tenía Borja tiempo para contestar a una pregunta, cuando le formulaban otra. Él, inconsciente de que casi no le escuchaban, se esforzaba por agradecerlas al tiempo que intentaba recuperar la atención de Rafa.

Ella, demasiado joven todavía para escarceos, se concentraba en esconder la cara entre *El capricho de la marquesa*, escrito por Álvaro Retana, y un ejemplar de la revista antigua *Rosa y Azul*.

Harto de intentar captar su atención en vano, Borja decidió quitarle repentinamente la revista de las manos.

—No vale la pena que la compres. De estas hay muchas encuadernadas en casa. Creo que mi madre las guardó a principios de siglo para las hermanas. ¿No es verdad, María? Si quieres, te invito a merendar un día y las hojeas. Y si alguna te interesa en

particular, no creo que nadie ponga reparos en prestártela.

Sorprendida por la inesperada invitación, solicitó con la mirada una respuesta de las demás.

—Si quieres volver a ver a Rafa, pluraliza, porque nunca va sola a ninguna parte.

Pepa le puso inmediatamente en su lugar mientras Rafa daba un paso atrás para esconderse del todo entre las postales, cromos y calendarios que pendían de unas pinzas cual colada en el alerón del tejado de la caseta.

¿Cómo se le ocurría invitar a una niña de trece años sin su chaperona? Estaba claro que nadie le había enseñado a diferenciar entre cortejar a una señorita y seducir a otro tipo de mujeres. Me gustaría habérselo explicado, pero, siendo un tema tan delicado, opté por dejárselo a los hermanos.

Caminábamos ya por el paseo del Prado rumbo hacia casa cuando, cabizbajo, me preguntó entre dientes:

—¿Las conoces mucho?

Sonreí dándole un pescozón.

—No, si va a ser verdad que ahora te interesan más las mujeres que los tebeos. Deberías haber sido más comedido. Aún falta casi un mes, pero si quieres las invitamos al roscón de Reyes. Antes has de saber que esas niñas nada tienen que ver con esas frescas francesitas con que jugueteas.

Tuve que explicarme.

—Lo sé porque a Jaime se le escapó el otro día.

—Pues podría ser un poco más discreto con mis confidencias. La próxima vez no le cuento nada en mis cartas. ¿Dónde están? ¿Cómo es que no te han acompañado?

En ese mismo instante oímos multitud de sirenas en las calles circundantes.

—¿Qué sucede?

Musité:

—No hagas caso. Esto ya se ha convertido en un habitual en Madrid. Si no es en la universidad, es en los bares de alrededor del Ateneo o en cualquier lugar público donde se celebre algún acto con tiznes políticos de un color u otro. Y es que las facciones más exacerbadas no dan su brazo a torcer.

Me bufó:

—María, ¿qué es eso de exacerbados? O se es republicano o se es monárquico; no caben medias tintas. Sea lo que se sea, hay que defender a ultranza nuestros principios por muy minoritarios que seamos. Si hay que pegarse un poquito, adelante y con la conciencia tranquila.

Me detuve en medio del paseo y le cogí de los hombros.

—¡Estás como los hermanos! ¿Es que no tuvimos bastante con el follón del día de la inauguración del Círculo Monárquico? ¡Con tanta agresividad solo vais a conseguir matar a nuestro padre de un infarto!

Suspiré.

—Solo espero que papá los haya sacado de allí antes de que pasara nada.

—¿Sacado de dónde?

—¿De dónde va a ser? De cualquier sitio donde se grite «¡Viva la República!» o «¡Muera el rey!». Y eso, en un día como hoy, es un eco que rebota sin fin en las paredes de esta ciudad. Ahora abraza a mamá y no le digas nada de lo que te he dicho.

Entramos en casa. Al comprobar que papá aún no había llegado, me temí lo peor. Probablemente nos esperaba otra noche de insomnio e incertidumbre. Ya anocheciendo, llegaron Íñigo y Jaime con la cabeza gacha.

Jaime esperó a la cena para contarnos. Aquel hermano mío seguía sin diferenciar la locura de la bizzaría.

—Seguimos el lento avanzar de la comitiva desde el Congreso hasta que llegamos a la plaza de Oriente. Allí, cuando vi al Botas allanar la regia morada, se me revolviéron las tripas.

Le corregí:

—Alcalá-Zamora no hizo otra cosa que tomar posesión de su nueva casa. Allanamiento sería si el rey aún la considerase su casa, pero recuerda que la abandonó libremente.

Me atravesó con la mirada antes de continuar.

—Íñigo quería que regresáramos, pero yo, al ver que la muchedumbre no se disipaba, insistí en esperar un poco más. Os aseguro que sin otro afán que el de ver lo que se cocía.

No pude evitar abrir mucho los ojos para expresarle mi incredulidad. Sentada a la derecha de mi padre, noté su patada bajo la mesa. Jaime debía de estar cansado del largo día en comisaría y ya solo buscaba tranquilidad. Aquello me hizo recular, y solo por no alterarle más, decidí dejarle hablar.

—Mi arranque de ira vino cuando el hombre de mi lado gritó: «¡Muera el rey!». Comprendedlo, me partió el alma de tal manera que ya no pude dominarme. Le tuve que pegar un puñetazo en esa inmensa boca, y siento decir que no me arrepiento.

La voz de Íñigo sonó pausada mientras negaba cabizbajo:

—Fuiste el detonante de la batalla campal que se montó, y en vez de salir corriendo, decidiste arremeter tú solo contra todos. ¡Si serían unos cuatrocientos! Y yo, como siempre, embarcándome sin quererlo en tus locuras. Al principio, cuando eran pocos, intenté apaciguarlos con palabras, pero no necesito decir que no tuve demasiado éxito, como se ha visto.

Mamá lo interrumpió:

—Joaquín, ¿qué prometiste para que los soltasen antes que a ninguno?

Papá masculló entre dientes:

—Nada importante. Solo espero que el haber estado presos en un calabozo os sirva de lección para no seguir metiéndoo en fregados. Nos guste o no, Niceto Alcalá-Zamora es el presidente de la República y, mal que nos pese, habrá que aceptarlo hasta que don Alfonso nos ordene lo contrario.

Íñigo escuchaba sumiso a nuestro padre mientras Jaime, con una media sonrisa inaceptable, asentía sin demasiada convicción. Sabía lo que le estaba rondando la cabeza y fui incapaz de contener mi particular represalia.

—Mírate en el espejo, Jaime. Otra vez el labio partido y el ojo a la virulé. Bastante bien parado has salido. A saber qué es lo que tú les has hecho a ellos. ¡Qué ejemplo para Borja!

El aludido le guiñó el ojo demostrándome su complicidad.

—¡Borja, creerás que no te he visto!

Jaime sonrió.

—Hermanito, cuando terminemos, jugamos una partida de mus y te enseño a pasar señas como es debido.

Era desesperante ver cómo, cumplida la veintena de largo, seguía frivolizando con temas tan serios. Aunque los hubiesen dejado libres, ¿tendrían que ir a juicio? Indignada, no pude evitar soltar los cubiertos sobre el plato con gran estruendo. A punto estaba de despacharme a gusto con él cuando el suspiro desesperado de mi madre, echándose las manos a las sienes, me redujo. ¿Cuándo maduraría aquel hermano mío?

A la mañana siguiente, supimos que el presidente de la República, como Jaime, había decidido olvidar los últimos altercados y comenzar así un mandato en paz, y había ordenado la liberación del resto de los detenidos. Pensé entonces que mi padre podría haberse ahorrado la molestia de liberarlos. Así al menos hubiesen aprendido la lección pasando una noche entre rejas. No podía imaginar entonces que mi deseo de que escarmentaran iba a cumplirse poco después de forma mucho más dolorosa...

Aquel 6 de enero entré en la habitación de Borja dispuesta a meterle prisa. Como le había prometido hacía un mes, organizamos una merienda con roscón de Reyes para despedirle antes de que regresara a Francia. Entre los invitados estaban sus mejores amigotes y las hermanas Revillagigedo, y me interesaba mucho que causase buena impresión a aquellas niñas.

Me alegré al comprobar que se me había adelantado. El montón de ropa esparcida por el suelo demostraba que debía de haberse cambiado unas diez veces antes de sentirse cómodo.

Sumamente concentrado en el remolino de su pelo, se afanaba en disimularlo frente al espejo de cuerpo entero que tenía en la esquina. Me acerqué silenciosamente por su espalda para sentarme en un pequeño descalzador y mirarle a través del reflejo. Inmerso en la desesperanza de sus juveniles inseguridades, tiró el peine al suelo al oír la campanilla de la entrada. El murmullo de todas esas voces en el vestíbulo lo puso aún más nervioso. Optó por aplastarse el pelo con la mano y salió sin darse cuenta siquiera de que yo le había estado observando en silencio. Le seguí a cierta distancia para contemplar desde arriba de las escaleras cómo se desenvolvía entre tanta jovencita. A todas les plantó dos besos menos a Rafa, a la que, dubitativo, solo le dio uno. Dejaba así clara su tendencia.

Me uní a ellos cuando Elisa los guiaba al comedor. Estaban alterados en extremo. Como no sabían muy bien de qué hablar en un principio, empezaron comentando sus temores ante la reciente noticia de la disolución de nuestra querida Compañía de Jesús, especulando sobre qué harían los estudiantes de sus colegios si, como amenazaba el decreto, acababan por confiscarles sus bienes. ¿Un colegio laico? ¿Dependencias del Gobierno en sus edificios? ¿Juzgados para divorciarse, si aprobaban la ley definitivamente? Dos de las niñas se santiguaron al oír la última suposición. La verdad es que con los tiempos que corrían todo podía ser, pero preferí escucharlos a intervenir.

Ya sentados a la mesa ante una buena taza de chocolate caliente, se relajaron, y el tema de conversación cambió radicalmente en cuanto Elisa les propuso un divertido juego a la hora de cortar los roscones. Había dos, y dividiríamos uno para las niñas y el otro para los chicos. Así, el chico al que le tocase el haba tendría que besar a la niña agraciada.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Borja pegó un brinco sobre su silla sacándose el haba de la boca. Se hizo el silencio a la espera de saber quién le robaría el beso, pero, a pesar de la expectación, la segunda haba de la suerte nunca apareció y el beso quedó sin dueña. La frustración de Borja no pasó desapercibida.

Aquella misma tarde, al terminar la merienda, todos los presentes le acompañamos a la estación del Mediodía para despedirle. Me hizo gracia ver que sacaba una libretita del bolsillo con su dirección en Burdeos apuntada en cada página y que al despedirse de cada una de las niñas les entregaba una copia. Puso mirada lánguida y les rogó que hiciesen el favor de escribirle. Rafaela se guardó la dirección en un bolsillo, y así fue como, sutilmente, consiguió empezar a cartearse con la que desde entonces sería su niña preferida.

Burdeos, 10 de febrero de 1932

Querida Rafa:

¿Te puedo llamar querida? Es una costumbre que tengo adquirida al escribir a mis hermanas y me gustaría que no me lo negases.

¡No sabes la ilusión que me hizo recibir tu carta! Ninguna de tus hermanas me escribió antes, y me alegro porque en aquella estación repartí mi dirección a destajo únicamente para camuflar mis verdaderas intenciones. Anhelaba que fueses tú la única que me escribiese y este deseo se ha hecho realidad. Sin duda, es un designio del destino que no podemos eludir. Hacerlo sería poner cortapisas a esta incipiente amistad que ansío duradera y, si se tercia, un poco más cercana. ¡No te asustes! Ya me conocerás. Yo soy así de impulsivo y no voy a cambiar. Poco sé de ti, pero después de lo que me escribiste, corroboro la intuición de que eres tímida hasta un punto casi enfermizo.

¡Cómo pudiste tragarte el haba del roscón sin pestañear siquiera! ¡No sabes la que montó Elisa en la cocina porque se les había olvidado meter la sorpresa en la

masa del segundo roscón!

¿Sabes que aquel día te vigilaba de reojo ansiando que fueses tú la afortunada? Me pareció verte en un momento dado arquear las cejas, jugueteabas con algo en la boca y tuviste que tomarte un sorbo de chocolate para tragártelo. Ahora entiendo el porqué. ¡Qué loca! ¿Y si llegas a atragantarte y tenemos que llevarte a la casa de socorro? Hoy sé por tus palabras que preferirías eso mil veces antes que sentirte el punto de atención de la merienda.

Eso dice mucho en tu favor. Sonrío con solo imaginarme tu sonrojo leyendo estas palabras tan directas. Pero no te preocupes, porque si algo tiene de bueno escribir es que te permite transmitir sentimientos sin necesidad de pronunciarlos. Así la vergüenza y el azoramiento se aplacan, y los sueños vuelan silenciosos hacia lugares lejanos libres del temor a que sean escuchados por oídos inapropiados. Porque... ¿no leeréis las hermanas todas juntitas la correspondencia privada de cada una, verdad? Espero que no sea así, porque estas palabras que hoy te escribo las considero secretas entre los dos, y si se leyesen en voz alta, dejarían de tener esa mágica y casi imposible virtud.

Recuerda siempre que solo son nuestras. Dicho esto, espero que intuyas mis quereres y que esa carta que me escribiste solo sea la primera de un millón. No tengo miedo al rechazo, así que, si tuvieses la más mínima tentación de insinuarlo, erradícalo de tu mente.

Contéstame apenas recibas estas letras y sabré que este esfuerzo de sinceridad ha merecido la pena.

A falta de ese beso, que ahora me debes, te mando un abrazo muy fuerte.

F. Borja

FRUSTRADO ARREBATO

Y pasaron los meses. Aunque toda la familia aparentaba tranquilidad, aquella primavera del treinta y dos deseaba más que nunca empezar las vacaciones para distanciarnos de la inseguridad que destilaba Madrid por sus cuatro costados. No veía el momento de alejar a mi madre de aquel angustioso estado en que se sumía cada vez que Íñigo y Jaime salían por la noche sin llevar, en el bolsillo del esmoquin o el frac, la arrugada invitación que les proporcionaba una coartada aceptable. No solo le preocupaba que pudieran verse envueltos en otra trifulca, también le molestaba que a su edad aún no estuviesen comprometidos con alguna de sus candidatas, y se desesperaba ante la posibilidad de que pudiesen caer en las redes de cualquier pelandusca.

Como ella no se atrevía a abordar el tema, me comprometí a hacerlo yo. Aproveché una noche en la que levemente indispuesta se había retirado a descansar con Elisa sin cenar. No me importaba que mi padre estuviese presente.

—Me han comentado que Perico Chicote ha dejado de trabajar en el hotel Ritz para abrir un bar de cócteles nuevo en la Gran Vía, muy cerca de la Gran Peña. ¿Es del estilo del café Maison Dorée, ese que está al lado del Nuevo Club? Me han dicho que está decorado muy diferente a los demás. ¿Por qué no me lleváis a conocerlo esta noche después de cenar?

A Íñigo se le atragantó la pularda. Comenzó a toser y tomó un vaso de vino para pasarla. Fue mi padre el que se adelantó en la respuesta.

—Con lo temprano que te acuestas, no te gustaría. Además, allí solo van los señores a tomar la penúltima copa y a jugar al póquer si se tercia.

Lo dudé.

—Pues me extraña el éxito que ha conseguido cuando tenéis lo mismo a tan solo dos portales, en la Gran Peña, de donde todos sois socios.

Jaime sonrió.

—¿Es que no sabes que el Gobierno también ha ordenado su cierre inminente, como el del casino de Alcalá? Espero que respeten al menos los clubes de Puerta de Hierro y el de Campo. Iríamos a ellos, pero están a las afueras y por la noche da mucha pereza alejarse del centro. Si siguen así, no sé dónde podremos reunirnos los monárquicos. De todos modos, la novedad siempre tira más.

¿Creía que era tonta? Les hice ver que a mí no me engañaban.

—Cerrada o no, la diferencia es que en la Gran Peña, al ser un club de hombres, a las señoras no nos dejan pasar sin acompañante. En Chicote, en cambio, no ponen impedimento alguno. Ya me conocéis. Iría sola, pero se me hace cuesta arriba.

Íñigo se sorprendió:

—¿Estás loca? ¡Ni que fueses una cualquiera!

—Llamaría a alguna amiga, pero la mayoría ya están casadas y entre las solteras, como yo, creo que no encontraría a ninguna con el valor suficiente como para acompañarme. Ya no soy ninguna jovencita. Los que me conocen saben que mi reputación es intachable y a estas alturas de mi vida me importa un bledo lo que puedan pensar los que no me conocen.

Jaime insistió:

—Nosotros no vamos a llevarte. Puedes intentarlo por tu cuenta, pero probablemente el portero no te dejará entrar.

Me hice la despistada.

—¿Por qué?

Íñigo se desesperó:

—Porque no es un sitio donde encajes. Desentonarás y no te sentirás cómoda.

Asentí.

—¿No será más bien porque quizá me pudiese encontrar a algún conocido? Con alguno de esos que llaman a sus mujeres *catedral* mientras al mínimo descuido picotean en mil capillitas.

Los tres hombres de la casa se miraron entre sí. Continué:

—Si hay una cosa en la que tienes razón, hermano, es en que me sentiría muy incómoda sentada cerca de esas señoritas que hay allí buscando prefiero no saber qué. Las he visto entrar teñidas de rubio, maquilladas como payasos y enfundadas en faldas tan prietas que apenas se pueden sentar sin estallarlas.

Cristina se santiguó mientras ellos me taladraban con la mirada. Mi padre tiró la servilleta con furia sobre el plato.

—¡Déjalo ya, María!

Me callé cuando la pausada voz de mi madre sonó en la puerta del comedor.

—Permite que se exprese, Joaquín. Aunque os parezca extraño, yo también sé muchas cosas que me callo. Ella solo quiere advertir a los chicos del peligro que tienen esas mujeres. Siempre han existido, pero es preocupante cómo proliferan de un tiempo a esta parte con la relajación de la moral que nos amenaza. No sé, quizá será la necesidad la que las empuja a... Es igual. Aunque no lo apruebo, comprendo que a vuestra edad y aún solteros sintáis la inclinación de echar una canita al aire de vez en cuando. Lo único que espero es que sepáis diferenciar lo que es una fugaz pasión de un amor verdadero. Si hay que elegir entre vuestros desvaríos, prefiero eso a veros envueltos en otra refriega.

Como quien no quiere la cosa, ese día mi madre, con ese aire melancólico que traía envuelto en su bata de terciopelo color geranio, me enseñó que más vale esperar en silencio la oportunidad propicia para expresar una opinión que arrancar cual yegua desbocada.

Se sentó a nuestro lado sacando un sobre del bolsillo.

—Hablemos de otra cosa. Hoy he recibido carta de Borja. Estoy preocupada

porque está enfermo. Al parecer son fiebres tísicas. Desde el colegio de Burdeos me preguntan si no nos importaría adelantar sus vacaciones de verano. El viaje es largo hasta Madrid. ¿Qué tal si nos encontramos en un punto intermedio? Encontrarnos en Zarauz le ahorraría más de la mitad del camino.

Papá quedó por un instante pensativo.

—Antes me gustaría que pasaseis al menos quince días en la finca que he comprado en La Junquera. Linda con la frontera francesa. Así Borja no tardará en llegar desde Burdeos. El Alto Ampurdán os gustará, y al estar a quinientos metros sobre el mar, sus salubres aires le ayudarán a mejorar.

Nuestras caras de extrañeza lo expresaron todo. Insistió:

—Solo será junio. Después, si queréis, podréis viajar a Guipúzcoa como siempre. Este año disfrutad todo lo que podáis de la costa cántabra el mes de julio porque en agosto os quiero de regreso en Madrid.

¿A qué venía romper nuestra rutina veraniega? Me salió del alma:

—¿Agosto en Madrid? ¡Nos coceremos!

Fue rotundo:

—Os quiero aquí cerca y no hay más que hablar. Yo tengo cosas que hacer en la ciudad, pero vosotros lo podréis pasar en Viñuelas.

¡Qué trasiego de verano! Todos a una le miramos sorprendidos esperando una explicación.

—No os lo he dicho antes porque no sabía si me iba a salir la operación, pero acabo de firmar la venta de una parte de El Goloso. El Ejército buscaba un nuevo campo de tiro y esas tierras camino de Colmenar les venían bien. He vendido una parte de la finca y por ser mis dos hijos militares he querido cederles gratuitamente otra para que construyan allí parte de sus cuarteles.

¿Padre donando tierras al Ejército de la República? No me cupo la menor duda de que aquel era el precio que había tenido que pagar en diciembre para sacar a los hermanos de los calabozos. Se lo podía haber ahorrado de saber que Alcalá-Zamora liberaría al día siguiente al resto de los detenidos, pero ¡era tan fácil juzgar a toro pasado! Me abstuve de hacer comentarios. Prosiguió:

—Con el beneficio obtenido, he decidido restaurar el castillo de Requesens que compré a los hermanos Rosellón hace cuatro años. Limpiaré de colonos sus campos y los pondré en producción.

Esta vez no pude callarme:

—Padre, con la que está cayendo no creo que sea el momento más idóneo. Muchos se opondrán a ello.

Fue tajante:

—Los mismos que eligieron este Gobierno. Yo los hubiese dejado estar, pero es precisamente la República la que me obliga a ello con su dichosa reforma agraria que me amenaza con la expropiación de las tierras si no están en explotación. He mandado un administrador para esta difícil tarea, pero me gustaría que alguien más

de la familia estuviera allí.

Mi madre intentaba hacerse a la idea sin demasiada ilusión.

—¿Vendrás con nosotros?

Negó.

—Yo aún no puedo ausentarme de Madrid por trabajo, pero vosotras podéis ir adelantándoos. Siempre os ha gustado decorar casas y el castillo necesita una mano de mujer. Además, podréis pasear por los hermosos bosques de encinas, castaños, alcornoques y pinos circundantes, y ya verás, Isabel, como Borja se cura en un santiamén. Os encantará.

Tenía tantos frentes abiertos que era normal que no nos informase de todo lo que hacía. Pero Requesens...; otro incómodo caserón medio en ruinas con sus almenas, corredores, mamposterías y su soberano aburrimiento.

Elisa protestó:

—Sigo sin comprender qué se nos ha perdido allí. ¡Si apenas conocemos a nadie!

Chasqueó la lengua antes de proseguir:

—Pues ya podéis ir haciendo amistades por la zona. Solo os diré que, al estar a tiro de piedra de la frontera francesa, es el mejor lugar para poder huir de España evitando controles de carretera o trenes vigilados.

La voz de mi madre sonó temerosa:

—Siempre la misma cantinela, Joaquín. ¿Acaso sabes algo más que no nos dices?

Negó y le besó la mano:

—No. Solo es precaución. Si las cosas vienen mal, no quiero que nos cojan desprevenidos.

Tan solo cuatro días después llegamos a Barcelona para hacer transbordo a otro tren a La Junquera. Al llegar, nos encontramos a Borja repanchingado en una *chaise longue* de la biblioteca. Debía de guardar reposo, pero aun enfermo era incapaz de pasar un día entero en la cama. Al ir a abrazarle, la enfermera que tenía a su lado me lo impidió. Ante el temor al contagio, el médico había ordenado su aislamiento durante al menos diez días más. Le saludé desde la otra punta de la habitación. Nada más verme, me preguntó por Rafaela. Me alegró que aquella niña le hubiese calado hondo, pero al ser mucho más joven que yo, apenas había coincidido con ella y fue Elisa la que le puso al día.

Como papá predijo, al fin dejó de toser, desapareció la fiebre, el color regresó a sus mejillas y recibió el alta médica, lo que nos permitió a todos alejarnos de aquel rocoso aburrimiento. Ansiosos, partimos rumbo a nuestra Guipúzcoa natal. Con una castañuela en cada mano, incluida mamá, cruzamos la frontera, paramos en Perpiñán, de allí a Fuenterrabía y por fin de nuevo en España. Fue un viaje placentero el que hicimos, ignorando entonces que pasado el tiempo lo repetiríamos con bastantes más escollos.

Aquel verano, ya en villa Santillana, apenas tuvimos tiempo para evocar los alegres veranos de nuestra infancia en Zarauz. Albergábamos la secreta esperanza de

que nuestro padre al final no nos obligase a regresar en agosto a Madrid, pero por alguna extraña razón que ninguno llegábamos a comprender no hubo suerte. Una vez en la calle del Prado, donde el asfalto se derretía, sin deshacer ni siquiera las maletas, mamá dijo que ella se iba a Viñuelas y los demás la seguimos.

Ese 9 de agosto el calor fue tan soporífero que decidimos bañarnos en la templada alberca que proporcionaba agua al resto de los estanques del jardín, con peces de colores, fango en el fondo y nenúfares incluidos. ¡Qué diferencia con la arena fina de la playa y la gélida agua de nuestra costa cántabra! Tampoco aquello consiguió refrescarnos y, mal que nos pesara, tuvimos que atrincherarnos en casa hasta la puesta de sol.

Esperaba a que nos avisasen para la cena cuando oí farfullar detrás de un seto a Íñigo y Jaime. Intenté averiguar qué era lo que decían, pero estaban demasiado lejos. Se comportaban de un modo extraño. No se habían bañado y tampoco habían cabalgado. Ni siquiera habían querido unirse a nosotras al atardecer para jugar una partida de *croquet*. Tan solo se habían pasado el día cuchicheando como circunspectas viejas.

La campana avisó para que acudiésemos al cenador del jardín. La cena estaba dispuesta bajo su cúpula y los candelabros prendidos. Sobraban las luces con la luna llena a punto de estallar. El perfume del jazmín lo inundaba todo, y el croar de las ranas y el cantar de los grillos se oían más nítidos que nunca. Pensé que era una noche de esas mágicas en las que solíamos organizar una cena con amigos, pero prácticamente todos estaban en la costa veraneando.

La animada música del gramófono que Elisa había sacado momentos antes al balcón para ensayar a la fresca los nuevos pasos de un foxtrot tocaba a su fin cuando nos sentamos. Aquellos bailes que nos llegaban de Estados Unidos eran lo último y estaba deseando aprendérselos sin importarle en absoluto que los mayores los tachasen de libertinos.

A lo largo de la cena y a pesar de que todos los elementos se conjugaban para crear una velada inolvidable en familia, nuestro padre, sumido en sus pensamientos, apenas abrió la boca. Había algo que le preocupaba, pero como tantas otras veces prefería guardárselo para sí mismo.

Al terminar, y dado lo poco comunicativos que estaban todos, me retiré a leer a mi habitación. Justo antes de apagar la lámpara de noche oí los pasos inconfundibles de nuestro progenitor por el pasillo, rumbo al cuarto de los chicos. Discutieron y al momento salió pegando un portazo.

De poco les sirvió la reprimenda, porque a eso de las doce el azar quiso que los viera desde mi ventana desaparecer perfectamente uniformados entre las sombras del jardín y en dirección a las cocheras. No habían pasado dos minutos cuando reaparecieron empujando el automóvil cuesta abajo y sin arrancar. ¿Qué escondían? Supuse que se disponían a hacer otra de las suyas y les chisté con la esperanza de que nadie más me oyese. Jaime alzó la vista, corrió a los pies de mi ventana y susurró:

—Si te preguntan mañana, di que salimos muy temprano a tirar liebres; que probablemente no lleguemos hasta la hora de almorzar.

Sin darme tiempo a una respuesta se dio la vuelta y salió corriendo. A los pocos minutos oí el rugir del motor a lo lejos.

A eso de las seis de la mañana, e incapaz de conciliar el sueño, me levanté, desayuné antes de que nadie más lo hiciese y me fui a montar. Quería evitar como fuese mentir a mis padres y la mejor manera de lograrlo era desaparecer antes de verlos.

Galopaba siguiendo a una manada de gamos cuando a lo lejos distinguí el coche de Paco Moreno, el marido de mi hermana Teresa. Me extrañó que estuviese en Madrid, pues le ubicaba veraneando en Biarritz con ella. Le llamé, pero a pesar de llevar la ventanilla abierta no me oyó. Espoleando a Epona regresé de inmediato para saber qué era lo que le traía tan de sorpresa. Até las riendas a una anilla que había clavada entre el esgrafiado de la fachada principal del castillo, aunque teníamos terminantemente prohibido dejar los caballos en la entrada, y entré justo a tiempo para verlos salir despavoridos del comedor donde aún estaban desayunando. En silencio los seguí hasta el cuarto de los hermanos. Paco tropezó en un escalón. Estaba tan cansado que casi no se tenía en pie.

Tan solo esperaba que no me preguntasen por ellos. ¡Si al menos hubiesen deshecho las camas! ¿Cómo pretendía Jaime que les dijese que se habían ido a cazar temprano si era evidente que ni siquiera habían dormido allí? Unos corrajes y uniformes reglamentarios tirados por el suelo hicieron a mi padre sospechar algo que le empujó a abrir el armario. Los uniformes monárquicos, prohibidos desde el advenimiento de la República, no pendían de sus perchas. Todo hacía intuir que se habían vestido con ellos para sabía Dios hacer qué. Lo peor era que yo ni me había percatado de ello al verlos salir la noche anterior. Si lo hubiese hecho...

Bajo la almohada de Jaime asomaba una cuartilla doblada en cuatro. Mi padre, apenas leyó la primera línea, la arrugó en su puño para arrojarla al suelo con indignación.

—¡Es un manifiesto de Sanjurjo en Sevilla! ¿Sabes algo, María?

Podría haber mentido, pero me sentí incapaz.

—Salieron anoche en coche.

Papá, como si supiese dónde estaban, se encolerizó.

—¡Hace semanas que el Gobierno estaba alerta ante un posible golpe de Estado! Sabían de buena tinta que el objetivo principal de los sublevados sería tomar en primer lugar los centros oficiales más significativos, y por eso el Palacio de Buenavista, la Dirección General de Seguridad y el Palacio de Comunicaciones están desde hace días fuertemente custodiados por los guardias de asalto. ¡No hay nada más ingrato que advertir a un sordo! Les dije que no se les ocurriese participar, que estaban abocados al fracaso más absoluto y que tiempo tendrían de organizarlo con más calma y sin necesidad de meterse de bruces en una ratonera, pero nada. ¡Pues

ahora que se las apañen como puedan, que yo ya estoy cansado de sacarles las castañas del fuego!

Mamá, a sabiendas de que la fuerza se le iba por la boca, le ignoró por completo.

—Paco, dime todo lo que sepas.

Tomó aire.

—A la vista de lo que se cocía, llegué ayer por la noche a Madrid. Al no haberos avisado y debido a la intempestiva hora, preferí hospedarme en el hotel Palace con la intención de venir a veros hoy mismo. El viaje fue largo y caí a plomo en la cama hasta que a eso de las cuatro de la mañana una sirena en la calle me despertó. Incapaz de conciliar el sueño de nuevo, pedí un café al servicio de habitaciones. El mayordomo que me lo trajo me dijo que habían detenido a tres abogados del Estado, a un juez de instrucción y a un pintor acusados de tramar una conjura contra el Gobierno.

»Me vestía cuando comenzaron los estampidos. No eran otra cosa que tiros. Cuando quise salir, un control en la misma puerta del hotel me lo impidió.

»En la cercana plaza de Cibeles habían entrado en el Palacio de Comunicaciones unos militares armados dispuestos a tomar el edificio por la fuerza.

»Incapaz de hacer nada más que obedecer, me quedé allí intentando descubrir algo más según lo que comentaban los guardias de asalto entre sí. La confusión era total. Unos decían que los disparos provenían de Recoletos; otros, que del palacio de los condes de Villapadierna, y los de un furgón que pasó a toda velocidad, que de la calle de Conde de Xiquena. Apenas media hora después cesó el fuego cruzado. Llegó el comandante de los que custodiaban la puerta del hotel y les dijo que en un cuarto de hora podían dejarnos salir a los civiles, ya que todo estaba controlado y los sublevados detenidos. Azaña no tardaría en salir al balcón del Ministerio de Guerra para tranquilizar a la población.

Suspiró.

—Podéis imaginar mi impotencia. No quise esperar. Conseguí escapar por la puerta de servicio del hotel justo a tiempo para ver a unos veinte oficiales desarmados, maniatados y fuertemente custodiados sobre un camión. La decena de periodistas que se agolpaban a su alrededor no me dejaron acercarme lo suficiente como para distinguirlos. Fue deprimente ver cómo un guardia de asalto posaba para un fotógrafo junto al cadáver aún caliente del alférez de complemento al que había atravesado la sien de un tiro.

Mamá se estremeció. Paco la tomó de las manos arrepentido por la crudeza con que había descrito los hechos.

—No llores, suegra, y perdóname porque quizá he sido demasiado brusco narrándote las cosas tal cual han sido.

Ella alzó la mirada acuosa.

—¿Hay más muertos?

—Por eso puedes estar tranquila. Solo otro hombre al que alcanzó una bala

perdida. Creo que es un picador de caballería.

La voz de mamá apenas fue audible:

—¿Y heridos? ¿Hay alguno?

Paco la tranquilizó de inmediato:

—Pocos. Antes de venir he visitado una a una las casas de socorro a donde los llevaron y no están ingresados en ninguna.

Papá pensó en alto:

—Entonces estarán entre los detenidos. Dentro de lo malo es lo mejor. ¿Sabes a dónde los han llevado?

Paco asintió:

—Están en los calabozos de la Dirección General de Seguridad a la espera de ser repartidos entre las cárceles de Madrid y Guadalajara.

Papá suspiró.

—Contrataré al mejor penalista. Solo nos queda esperar al juicio.

Mamá derramó su angustia en lágrimas.

—¿Solo? A ver lo que tardan en ajusticiarlos. El presidente esta vez no será tan benevolente.

Padre se ponía el abrigo y el sombrero cuando Paco le detuvo.

—¿A dónde vas?

—A verlos.

—Joaquín, ya lo he intentado y los presos están incomunicados por un periodo de ocho días. Además, sería como meterte en la boca del lobo, ya que se ha cursado una orden inmediata de detención domiciliaria para los familiares más directos de los arrestados hasta que se cierre la investigación. Creo, sinceramente, que es el momento de que regreséis al norte. En pleno verano nadie se extrañará de que este golpe os haya sorprendido al resto de la familia en Zarauz.

Pensé en alto:

—En Zarauz habrá demasiada gente preguntando. Tendremos que dar mil explicaciones.

Paco insistió:

—Pues marchaos a Lazcano. Allí nadie os importunará. Es la única manera de evitar la vejación de un arresto aunque sea en casa. Más no podéis hacer por ahora. Sobre todo teniendo en cuenta que ellos no son los únicos hijos de grandes de España que están detenidos. Joaquín, tú estarás en el punto de mira al tener a dos hijos entre ellos. Yo, en cambio, pasaré desapercibido. Nadie me ubica en Madrid y todos piensan que estoy en el exilio junto a mi padre y otros tantos monárquicos.

La escena de mi madre desconsolada, abrazada a una de las almohadas de los hermanos, le hizo rendirse.

—De acuerdo. Confío en ti. En cuanto sepas algo, házmelo saber.

Rezagada en el cuarto, dejé a todos salir de la habitación para leer tranquila aquel manifiesto que, hecho un gurrño, había quedado tirado en el suelo:

«Españoles: Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia y nos mueve a procurarla. No hay atentado que no se haya cometido, abuso que no se haya perpetrado ni inmoralidad que no haya descendido a todos los órdenes de la Administración pública, para provecho o para el despilfarro escandaloso. La fuerza ha sustituido al derecho, la arbitrariedad a la ley, la licencia a la disciplina. La violencia se ha erigido en autoridad y la obediencia se ha rebajado a la sumisión. La incapacidad se impone donde la competencia se exhibía. El despotismo hace veces de valor y de honor de la desvergüenza. Ni los braceros del campo, ni los propietarios, ni los patronos, ni los obreros, ni los capitalistas que trabajan, ni los trabajadores ocupados o en huelga forzosa, ni el productor, ni el artesano, ni el empleado, ni los militares, ni los eclesiásticos, nadie siente la interior satisfacción de la tranquilidad de una vida pública jurídicamente ordenada, la seguridad de un patrimonio legítimamente adquirido, la inviolabilidad del hogar sagrado, la plenitud de vivir en el seno de una nación civilizada. De todo este desastre brota espontáneamente la rebelión de las almas que viven sin esperanza».

Su descripción de la anarquía en la que estábamos metidos era de lo más acertada. Parecía mentira que el militar que había escrito aquello fuese el mismo que tan solo ocho meses antes desfiló ufano ante Alcalá-Zamora el día de su toma de posesión. Qué poco tardó en desencantarse.

Aquellas palabras me bastaron para sentirme orgullosa de mis hermanos a pesar de su osadía.

Desde algún punto perdido de Sierra Morena

Querido padre:

Ante todo, perdón por haberte defraudado de esta manera. Puedo imaginarme vuestros desvelos y solo por eso he decidido arriesgarme a pesar de que permanecemos incomunicados. En una parada de media hora que el tren ha hecho por avería en Despeñaperros, he conseguido despistarme cinco minutos. El tiempo suficiente para entregarle esta carta a hurtadillas a un pastor para que os la mande. No parecía mal hombre y le prometí que, si cumplía, recibiría de vuestra parte una buena recompensa. Espero que la franquee y envíe. El peligro no me importa porque ya estamos condenados y poco más se puede hacer, excepto rezar para que nos indulten. Dile a Cristina que se esmere en el intento.

El que más me preocupa es Jaime porque le detuvieron armado y eso es lo que le ha agravado la pena. A pesar de todo, quiero que sepáis que no estamos arrepentidos en absoluto. Nos consolamos con la seguridad de haber cumplido con nuestro deber como españoles, monárquicos y cristianos que somos, y eso nos basta.

No os inquietéis por nosotros. Estamos bien y son muchos los que a escondidas nos ayudan de un modo u otro. Aún no sabemos exactamente a qué presidio nos llevan y nuestros compañeros ya traman una fuga en tandas. Como veis, no nos

aburrirnos. Supongo que, si se han publicado las listas de los detenidos, habréis comprobado que muchos de nuestros amigos de toda la vida nos acompañan. Por lo demás, nada nuevo. Procuraré haceros llegar otra misiva en cuanto pueda, pero te adelanto que no será fácil, puesto que estamos fuertemente custodiados.

Solo te pido que procures suavizar el mal trago a mamá. Dile que cuidaré de Jaime, que estamos muy tranquilos de conciencia y que no nos sentimos más privados de libertad aquí que paseando por esa España defenestrada que, desgraciadamente, intentamos enderezar sin demasiado atino.

Un fuerte abrazo de tu hijo

Íñigo

EL CASTIGO

Con la mirada anclada en los montes que nos circundaban, pasábamos las horas pegados a la radio a la espera de que retransmitiesen nuevas noticias sobre los detenidos en Madrid y Sevilla. No podíamos hacer otra cosa que eso, y rezar para que el jurado fuese benevolente y las sentencias no resultasen demasiado duras para con los detenidos.

Papá, desesperado por la impotencia que sentía, calmaba su desasosiego paseando por el pueblo con la chapela calzada hasta las cejas.

Aquel 25 de agosto se nos erizaron los pelos al escuchar el parte en el que leían la primera sentencia. No podía ser para otro más que para el principal instigador.

«Fallamos que debemos condenar y condenamos al procesado teniente general don José Sanjurjo Sacanell a la pena de muerte, con las penas accesorias, en caso de indulto, de inhabilitación absoluta perpetua y pérdida de empleo como el máximo responsable de un delito consumado de rebelión militar, previsto en el artículo 237, número 1º del Código de Justicia Militar».

Al día siguiente se dieron a conocer las sentencias de todos los demás. Contuvimos la respiración mientras las leían, suspiramos aliviados al enterarnos de que a Íñigo no lo fusilarían, pero nos estremecimos al saber que la suerte de Jaime aún no estaba decidida y que podía llegar a ser ejecutado.

Por lo pronto, ¡serían deportados a Villa Cisneros! ¿Dónde estaba aquel lugar? Nos costó mucho encontrarlo en el atlas; justo en la costa y en el medio de la nada del Sahara Occidental.

Tardé un día en asimilar la noticia y una semana más en buscar una solución a nuestros problemas, segura de que así animaría a mis padres. Mientras ellos se reconcomían por dentro, yo hice unas llamadas, tracé un plan y, una vez convencida de su viabilidad, decidí transmitírselo, intentando antes disipar toda la negatividad que los perturbaba.

Empecé por convencer a mamá para que saliera al jardín a coger flores de los magnolios. Haríamos con ellas uno de esos centros que tanto le gustaban sobre su jarrón preferido de alabastro y bronce, y aquello la reconfortó.

En cambio, fue descorazonador comprobar que, al regresar, mi padre seguía en la misma postura en que lo habíamos dejado, escuchando el runrún de la radio y hojeando el libro sobre los presidios en las colonias que le había dado la noche anterior. Ante su apática actitud, mi madre se desmoronó de nuevo. Me inquieté porque no podía esperar más a que levantasen el ánimo.

—¡Así no podemos seguir! ¿Por qué no confiáis al menos en que esto sea provisional? La esperanza es lo último que se pierde. ¿No hablaba la sentencia de

Sanjurjo de indulto? Quizá lo podamos conseguir para ellos. Quizá esa cárcel no sea tan mala como la pintan. Quizá Jaime esté disfrutando de su tan querido Marruecos mientras vosotros os preocupáis más de lo debido.

Aquello último no sonó demasiado convincente. Tomé una de sus fotos de la estantería. Nada más llegar a Lazcano, mi madre, ocupando las horas muertas, se había dedicado a quitar las de todos los demás para sustituirlas por las de Íñigo y Jaime, como si así los tuviésemos al lado.

—Miradle. Aquí está vestido con su uniforme de teniente de ingenieros. ¡Qué bien le sienta la gorra verde de oficial de Mehal-la Jalifiana! Quién sabe; quizá ahora hablar árabe y conocer tan bien sus costumbres les sirva para escapar.

Madre negó tristemente:

—¿Escapar? María, si lo que intentas es consolarnos con más ideas intrépidas, déjalo ya. Yo, de toda su absurda pasión por lo marroquí, tan solo me puedo acordar de los angustiosos meses que nos hizo pasar en Tetuán mientras se restablecía del accidente de moto que sufrió contra el carro de un morito amigo suyo. Hasta entonces era normal, pero siempre he pensado que el golpe que recibió en la cabeza debió de borrar la prudencia de su mente. Solo espero que Íñigo lo contenga en sus alocados impulsos.

La interrumpí:

—Dijo que era amigo para que no le encarcelasen al pobre.

Negó.

—Lo que tú digas, pero por mucho que lo intente no puedo quitarme de la cabeza las cosas tan peligrosas que se le ocurren. Es como si Jaime necesitase el riesgo para vivir intensamente. Preferiría que no supiese árabe para que ni siquiera se le pasase por la cabeza escapar. Solo le puedo imaginar tumbado en la arena del desierto con un tiro de los guardianes de la prisión en la espalda.

Suspiró.

—Hija, sé que intentas consolarnos, pero seamos realistas. El protectorado ya no es igual que años atrás cuando, por ejemplo, tu hermano Íñigo fue enviado allí a hacer sus prácticas en la escuela de Estado Mayor poco antes de su licenciatura. Entonces el recuerdo de la victoria de Primo de Rivera en Alhucemas aún se celebraba. Después de aquello, el general fue destituido, murió al poco tiempo en el exilio, el rey se marchó, vino la República y las cosas que se celebran hoy son otras muy diferentes a las de entonces.

Agudizando el oído, mi padre alzó la mano pidiéndonos silencio para escuchar el parte. Solo oímos el final, pero él se encargó de radiarnoslo.

—La de los chicos no es hoy la única mala noticia. ¡También han admitido a debate el decreto por el cual definitivamente podrán confiscarnos todo! ¡Esa es su manera de acabar con la Iglesia y los grandes de España!

Pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Amenazaban con ello desde hacía tiempo y la «Sanjurjada» se lo ha servido en

bandeja al haber participado en ella nuestros hijos! Maldito Azaña. ¡Pues yo a la ruina no me resigno! A mis sesenta y dos años aún me siento con fuerza para emigrar. ¡Volver a empezar no me da miedo! No haré como la nobleza rusa en la Revolución. No me quedaré para ver la debacle de mi país.

Todo el odio contenido estalló de golpe. Intenté calmarle:

—Piensa que, al fin y al cabo, solo es un proyecto. Estoy segura de que no se atreverán. Esas cosas solo las dicen para atraer votos entre los más humildes, jugando a falsos Robin Hood. Olvídalo, dejémonos de lamentaciones y actuemos de una vez. He pensado en cómo liberar a los chicos, y no me digas que me calle, madre, antes de escucharme.

Sorprendentemente y pese al caldeado ambiente, los dos centraron su atención en mí. Aceleré por si se arrepentían.

—Me he estado informando y Villa Cisneros no es tan segura como creíamos. Apenas está vallada porque el desierto, a un lado, y una bahía donde solo recalán algunos barcos para su abastecimiento, al otro, aíslan la prisión del resto del mundo.

Saqué un plano que había dibujado para que se hiciesen una idea y, apartando las flores, lo puse sobre la mesa.

—He conseguido hablar por teléfono con el hermano de una amiga, uno de los oficiales que los llevaron a bordo del buque España nº 5 el pasado 28 de agosto.

Mi padre a punto estuvo de reprenderme por no habérselo dicho antes, pero se contuvo.

—Perdonadme, pero quería tener toda la información antes de nada. El oficial de la Armada me contó que les costó cumplir con la orden de trasladar a los doscientos doce detenidos porque muchos de ellos eran afines a la monarquía, pero que las órdenes eran claras y no se pudieron negar. Estaban preocupados por si tenían que compartir celdas con los ciento cincuenta libertarios y mineros que cumplían condena en Villa Cisneros por la huelga revolucionaria del Llobregat del pasado enero.

Mi madre se santiguó.

—¡Anarquistas y monárquicos juntos! Se matarán los unos a los otros.

Negué:

—Tranquilízate. Me dijo que al llegar se encontraron con la grata sorpresa de que el director, que prefería a los nuevos presos, había conseguido trasladar a los huelguistas a Fuerteventura. ¡Figuraos lo que hubiese sido aquello si no lo hubiesen hecho!

Mi padre asintió:

—Y que lo digas, hija, porque a excepción de su aversión por la República nada tienen en común.

Proseguí:

—Aparte de eso, no están tan mal. Por lo que he podido averiguar, salvo Sanjurjo, están todos juntos.

Fui punteando sobre el mapa.

—Como veis, el pueblo de Villa Cisneros está compuesto por unos caseríos destartados, propiedad de pesquerías canarias. Aquí está la barraca de salazón del pescado desde donde se ven los restos del naufragio del transatlántico Cataluña en punta Durnford. Aquí, el depósito del agua que traen de Canarias, el cuartel de la guarnición, el fuerte Justo, las viviendas de oficiales, las despensas, la estación de radiotelegrafía, una capilla, un casino y una central eléctrica. A las afueras está el barracón de aviación, justo al lado del aeródromo. Ellos viven aquí. Por la escala del mapa, el edificio tan solo medirá unos cuarenta metros y, como veis, únicamente está cercado por este muro almenado de ruinosa mampostería. La artillería que tienen apostada hacia el mar está tan obsoleta que ni el artillero más loco se atrevería a dispararla.

Mamá suspiró.

—Según lo cuentas..., ¡qué tentación para huir! Jaime, si le dejaran, capaz sería de hacerse con un avión.

Era cierto que últimamente mi hermano no pensaba en otra cosa más que en convertirse en piloto. Prueba evidente de ello era la colección de maquetas de aviones de la I Guerra Mundial que decoraba la estantería de su cuarto. Mi padre, incómodo por la interrupción y consciente de que había hecho mis deberes a conciencia, me apremió:

—Continúa.

—Solo podrían intentarlo en avión o en barco, porque hacerlo a pie sería como opositar a una muerte segura por deshidratación en el desierto o ahogamiento en el mar. Por eso, el director, en vez de tenerlos dando vueltas en un patio cerrado, los deja pasear libremente por los aledaños. Solo tienen que presentarse al toque de diana y retreta, que es cuando pasan lista. Además, no olvidemos que el director del presidio es un compañero de promoción de Íñigo, por lo que supongo que alguna ventaja tendrán...

Mi madre, al imaginar a sus hijos en mejores condiciones de las que suponía, sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—¿Crees que les facilitaría eso las cosas en el caso de poder huir?

Negué rotundamente:

—No, madre. Sé que los trata como amigos, pero de ahí a dejarlos escapar hay un trecho. Ten en cuenta que para él ayudarlos significaría su destitución, y nunca se le puede pedir a un amigo semejante favor. Conociendo a Íñigo, será el primero que se niegue a ponerle en semejante aprieto.

Mi padre pensaba en voz alta.

—Desde diana a retreta pueden perderse. Es una pena que hayamos dejado atrás el solsticio de verano y los días se acorten. Cuanto más tiempo pase, más difícil será.

Asentí contenta de que me ayudase a planearlo analizando uno por uno los inconvenientes que pudiesen surgir.

—Hija mía, no sé de dónde has sacado tanta información, pero la verdad es que

pareces Miss Marple en una de las novelas de Agatha Christie.

Henchida de orgullo por haber conseguido aportarles una brizna de esperanza, proseguí:

—Descartada una huida por tierra al resguardo de una lenta caravana de camellos, y los aviones, dado que no saben volar, nos quedaríamos con el mar. Solo la presencia esporádica del cañonero Canalejas en el fondeadero podría truncar su huida. Así que tendríamos que hacernos con la información de su derrota e intentarlo alguno de los días en que leva anclas para irse a Canarias o Guinea, cosa que ocurre con frecuencia.

Miré a mi padre con seriedad.

—Dicho esto, me siento incapaz de permanecer un día más aquí cruzada de brazos. Así que solicito tu permiso para viajar a Cádiz. Allí intentaré enterarme de algún pesquero que tenga previsto echar las redes por esas costas.

Padre fue tajante.

—No puedes ir sola.

—Me encantaría que me acompañases, pero recuerda que aún estás vigilado.

Pensé rápido.

—Quizá Paco Andes podría hacerlo. ¿No nos llegó un teletipo de Teresa que nos decía que pronto vendría con Alvarito a pasar unos días con nosotros; que aprovecharía el viaje que Paco tenía previsto hacer a Jerez para ver en qué condiciones estaba la casa de su padre, cerrada desde que se exilió para bajarse aquí? Podría yo entonces subirme a su coche. Así mamá, que tanto se queja de no ver casi a su primer nieto, disfrutará de lo lindo.

La cara de felicidad de madre ante la expectativa terminó por convencerle. Mi padre asintió mientras sus pensamientos sobrepasaban el momento de la huida.

—Paco conoce a mucha gente en el sur y sin duda sabrá qué teclas tocar. Si lo logran, serán declarados prófugos y no podrán regresar a España. Lo mejor sería que el barco los dejase en algún lugar de la costa portuguesa, donde tantos amigos exiliados tenemos. O... si, por el contrario, decidiese desembarcarlos más allá del sur de África, al pasar por Guinea podría dejarlos en Santa Isabel. Allí podrían vivir en nuestra plantación de cacao hasta que fuera viable su regreso.

Se levantó asintiendo.

—Entonces está todo decidido. María, te dejo a ti hablar con tu cuñado para que te acompañe mientras yo voy a conseguir liquidez. No será barato, pero prefiero que te sobre a que te falte.

Se alejó con ese paso ufano de antaño que dábamos por perdido. Sinceramente, esperaba muchos más impedimentos por su parte. Quizá fue el ahogo y la desesperación lo que le empujó a dar su brazo a torcer con tanta facilidad.

Por primera vez en la vida me daban alas para demostrar en casa que, a pesar de ser mujer, era capaz de solucionar uno de los problemas más graves a los que nos habíamos enfrentado. No podía fallar.

URDIENDO UNA FUGA

Cádiz
Diciembre de 1932

Los preparativos no fueron tan rápidos como pensamos en un principio. Tuve que esperar más de dos meses hasta que mi padre logró reunir todo el dinero sin levantar sospechas. Se nos echaba encima el mes de diciembre cuando por fin me puse en marcha. Con toda probabilidad no podría pasar aquellas Navidades en familia, pero el sacrificio merecía la pena.

Arrullada por el traqueteo de los sucesivos trenes que tomé para cruzar España de norte a sur, durante el viaje no pude pensar en otra cosa más que en las dificultades con las que podría toparme. ¿Cómo estar segura de que el capitán del barco al que iba a contratar cumpliría su palabra y los traería de vuelta? ¿Qué me garantizaba que no se quedaría el dinero y nos dejaría abandonados? Por mucho que intentaba atar todos los cabos sueltos, la sensación de que algo se me escapaba me asaltaba constantemente.

Recién llegados a Sevilla, Paco me pidió que le acompañase a las cocheras para recoger el vehículo que nos llevaría a Jerez, pero preferí esperarle dando un paseo por el parque de María Luisa. No había estado allí desde la Exposición Iberoamericana del veintinueve y me apetecía visitar de nuevo los pabellones que se construyeron entonces.

Sentada en la plaza de España, volví a releer la carta que poco antes de despedirme de mis padres recibimos de los hermanos. Aquellas sencillas líneas fueron una inyección de ánimo para el claustrofóbico desasosiego que nos embargaba. El sinsabor de haberles contestado sin mencionar nuestras más inmediatas intenciones, por miedo a que el correo fuese interceptado, seguía adherido a mi paladar. ¡Había tantas lagunas por rellenar! ¡Si al menos pudiésemos prevenirlos!

Íñigo y Jaime se alternaban escribiendo. Pasé la mirada fugaz por los primeros párrafos hasta llegar a una de las mejores partes. Era Jaime el que escribía:

Qué casualidad, padre, que comprases la finca en Santa Isabel. Mira que si acabamos viviendo allí como los ingleses en la India... ¡Qué exótico! Os lo digo porque estamos tan cerca que es justo a Guinea, concretamente a Fernando Poo, a donde se suelen llevar a los enfermos que aquí no tienen cura o remedio.

Madre, estate tranquila por lo que comemos. Aquí, aunque nos imaginéis perdidos en un árido desierto, estamos junto a la costa y en sus playas hay mucha más vida de la que os podáis creer. La arena es tan roja como la del desierto y las langostas campan a sus anchas dejándose pescar con mucha facilidad.

El pasado día del Pilar, sin ir más lejos, el capitán Regueral nos permitió celebrarlo como Dios manda. Primero con una misa en la capilla del fuerte a cargo

del padre Coll, y después con un ágape en los hangares de la compañía Aeropostal. No nos privamos de nada. Incluso nos atrevimos a poner una bandera roja y gualda de mantel. ¿Os lo imagináis?

La esperanza que albergaban muchos de nuestros compañeros de que la derecha republicana intercediera para su liberación se ha ido disipando con el paso de los meses y poco a poco han ido compartiendo el sentimiento de abandono que padecemos los monárquicos. Pero no os preocupéis, porque de todo hacemos mofa y hasta brindamos por ello.

Aquel doce de octubre la Pilarica me inspiró de tal modo que en apenas media hora compuse una jota para ella. Es comprometida, pero no me importó, y tuvo tanto éxito cuando la canté que un periodista italiano que por allí paraba me la pidió para publicarla en el Corriere della Sera. ¿Creéis que la leerá el rey? Creo que es probable, y me alegro porque es buena. Juzgad vosotros si no. Ahí van mis versos:

*Aquel que quiera buscar
un lema para su ley
lo encontrará en mi bandera,
que dice: Dios, patria y rey.*

*La Remonta, el diez de agosto,
ha luchado sin desmayo,
dejando fecha gloriosa
que es digna del dos de mayo.*

*Para tomar ministerios
sobran las combinaciones,
basta con hombres valientes,
siempre que no haya soplones.*

*La Virgen del Pilar fue
y es capitana de España,
aunque nos diga que no
todo el Gobierno de Azaña.*

*La Virgen del Pilar quiere
que se marchen los masones
y vuelva Cristo a reinar
en todos los corazones.*

*Por cumplir un juramento
me mandaron confinao.
¡Señor, que todos mis males
vengan por el mismo lao!*

Militares y paisanos,

*todos de Villa Cisneros,
aunque marchemos de aquí
nunca os olvidaremos.*

Por lo demás, todo bien. Estoy mejorando el árabe que aprendí en Tetuán y suelo practicarlo con los nómadas que vienen del desierto cargados de higos, leche de camella y grandes historias.

Aquí el único peligro que nos acecha es el de los cientos de alacranes que campan a sus anchas. Pero no temáis, porque mis amigos, los ulad delim, están acostumbrados a lidiar con ellos en su campamento saharai y me han enseñado a inducirlos a su propio suicidio. Basta con rodearlos con un círculo de fuego. Es curioso verlos dar una y mil vueltas intentando cruzar la línea, lanzando el aguijón a uno y otro lado hasta que, viéndose agobiados, se pican a sí mismos. Nunca sabré si mueren por asfixia o por su propio veneno, pero observarlos es un pasatiempo como otro cualquiera, ya que aquí el tedio nos come por los pies.

Ayer mismo intentamos sobornar con los tres duros que nos quedan al hombre que cubre la estación de radiotelegrafía para poneros un télex, pero nos salió el tiro por la culata.

Solo espero que esta carta sí os llegue...

Una llamada desde el paso de carruajes interrumpió mi lectura. Era mi cuñado, que me esperaba junto al automóvil.

Con una breve parada en Jerez para almorzar, llegamos a Cádiz. Aquella era sin duda la ciudad de la luz, la cuna de la primera Constitución española y el espejo en el que se reflejaron la mayoría de las ciudades al otro lado del Atlántico.

Dejamos las maletas en el hotel Atlántico y salimos a dar un paseo antes de nuestra primera cita. Ni siquiera le pregunté a Paco con quién habíamos quedado porque confiaba en él y me dejaba llevar. Los árboles centenarios de El Bosque, un parque al que querían rebautizar como El Genovés, me impresionaron. Aquel jardín botánico, flanqueado a un lado por varios cuarteles y al otro por el mar, destacaba además por los grandes fanales que coronaban su malecón haciendo las veces de balizas luminarias para que los barcos que se adentraban en la bahía por la noche distinguiesen la costa.

Cansados de luchar contra el viento de levante, decidimos regresar al hotel para tomar un chocolate con churros. Acabábamos de sentarnos cuando sentí posarse una mano sobre mi hombro.

—Esta debe de ser María. ¿Es la primera vez que vienes a Cádiz?

Paco no me había hablado de ella e inmediatamente supuse el porqué. Aparte de su desparpajo, venía envuelta en un mantón de Manila, con el pelo alborotado del vendaval y un escote demasiado pronunciado para ser recatado. Antes de contestarle, la observé con cierta precaución. Su tez, andares y acento indicaban que jugaba a ser gitana sin serlo.

Paco, sonriendo, se levantó para ofrecerle asiento. Me limité a asentir con la cabeza.

—No me extraña que no lo conozcas siendo tan del norte como eres. Pues esto también tiene su encanto y hace mucho mejor tiempo. ¿Os gusta el hotel? En un principio pensaron en construirlo en uno de los dos castillos que flanquean la playa de la Caleta, pero por aquel entonces el general Primo de Rivera decidió que aún tenían cierto interés estratégico y así fue como lo trasladaron aquí. Una pena, ya que las vistas de Cádiz desde el castillo de San Sebastián son mucho mejores. El alcalde, Ramón de Carranza, lo inauguró hará tres años, así que casi lo estrenáis.

Me relajé.

—No conozco mucho de la Tacita de Plata, pero este debe de ser el mejor hotel.

Asintió.

—Lo es sin duda. El mismísimo don Alfonso se hospedó aquí cuando hace dos años vino a la jura del infante don Juan en la escuela naval de San Fernando.

Abrazada al mantón, miró a su alrededor. Las señoras de una mesa cercana cuchicheaban con la mano sobre la boca. Micaela, incómoda, se levantó.

—¿No os pitan los oídos? Aquí cualquier desconocido es el foco de atención. ¡Vámonos, que no hemos venido a que nos escuchen!

Las chismosas, sintiéndose aludidas, se callaron de inmediato. La seguíamos hacia el balneario de la Caleta cuando Paco por fin me la presentó.

Al parecer, y aunque yo no la conocía, Micaela era una niña muy popular en Cádiz, con bastante más desparpajo del que su familia hubiese deseado. La única que por aquellos lares estaría dispuesta a ayudarnos sin hacer demasiadas preguntas. Gaditana de pura cepa y con un carácter bastante bohemio, disfrutaba escandalizando a todo el mundo por haberse hecho amiga de muchos jefes de peñas flamencas y atreverse a acompañarlos en sus parrandas.

Paco sabía que era precisamente en las tabernas cercanas al puerto donde ellos solían cantar y bailar para los marinos que, cansados de sus largas travesías, acudían a desquitarse del salitre, la brea y la falta de cariño, y por eso precisamente la llamó.

Con su ayuda y un poco de suerte, esa misma tarde encontraríamos al capitán que, sin poner demasiados reparos y a cambio de un buen fajo de billetes, cumpliera con el peligroso cometido que le queríamos encomendar.

El balneario de la Caleta, apoyado sobre unas finas pilastras, desde lejos parecía revolotear entre las gaviotas. Sus cúpulas puntiagudas lo asemejaban a cualquier casa colonial en la India. Su estructura semicircular abrazaba al mar.

Apostados en su azotea, nos detuvimos a ver cómo el mar engullía al sol. Aquella inmensa bola de fuego fue desapareciendo entre las dos fortalezas que flanqueaban la Caleta hasta teñir el cielo de un naranja intenso. Su fulgor, reflejado en los charcos que la marea baja había dejado sobre las rocas, encendió mil antorchas entre las barcas de pescadores varadas junto a la playa.

La voz de Micaela nos sacó de nuestro ensimismamiento:

—¡Y pensar que el general Sanjurjo estará en este momento viendo la misma puesta de sol que nosotros desde su calabozo en Santa Catalina!

¡Con el ajetreo del viaje había olvidado por completo que después de conmutarle la pena de muerte por la de cadena perpetua era justo allí donde lo tenían confinado! ¡Si los hermanos estuviesen con él, qué cerca los tendría!

El chistar de alguien a nuestra espalda contuvo mi comentario. Eran dos gitanos. El mayor, trajeado y con el sombrero calado hasta los ojos, escondió la mirada hasta que Micaela fue a saludarlo efusivamente.

Aquel hombre nos dio un repaso de arriba abajo, nos dedicó una sonrisa desdentada y pasándose el bastón de la mano derecha a la izquierda por fin nos la tendió.

—Buenas noches.

Al ver que me quedaba absorta en la empuñadura labrada en plata del bastón, lo alzó orgulloso.

—Soy el cantaor más viejo de la provincia y este es mi cetro. Cuando muera he de pasárselo al más viejo que conozca.

Micaela nos interrumpió:

—Chiquito, ¿lo has conseguido?

Quitándose el sombrero arqueó las cejas.

—¿Hay algo que no haya conseguido yo en la vida? He traído a mi amigo Antonio Clavaín, el futuro rey de las chirigotas, que nos ayudará.

Mientras el joven agachaba la cabeza tímidamente, el gitano se sacó un reloj de cadena del bolsillo de su chaleco para pegárselo a la nariz. Micaela, con suma delicadeza, se lo apartó para mirarlo ella.

—Las siete. ¿Por qué rechazaste las gafas que te regalé la semana pasada?

—Aunque viejo, no he dejado de ser *pitingo*. ¿Cuándo has visto un gitano con gafas? Dentro de una hora actúo con los míos en el tugurio donde estará nuestro gachó. Según Antonio, es el *julay* de una langostera llamada Aviateur Le Brix que faena por esas aguas. ¿Los señores han traído el parné?

Sin dudarle saqué un abultado sobre del bolso.

—¡Quieta! ¿Quiere que se lo choren?

Lo guardé de inmediato.

Al llegar a la calle Plocia, justo detrás de la tabacalera, me detuve en seco. Las fachadas, llenas de chorretones negros, pedían a gritos una manita de cal; los faroles, a alguien que los prendiese, y las pocas macetas que colgaban de los tambaleantes enrejados, agua para sus disecados geranios. Unos metros por delante, Antonio, el chirigotero, y Chiquito, el cantaor, saludaban a diestro y siniestro.

Aquella callecita parecía un enjambre en plena ebullición. Cientos de cigarreras salían de la fábrica de tabacos con sus manos encallecidas de liar para engancharse de los brazos de los novios que a la salida las esperaban; las busconas apostadas en las puertas de las casas de citas tentaban a todo pantalón que se les acercase, y los

pescadores se desgañitaban gritando el precio de los mariscos que llevaban en sus carretillas.

Como nosotros, las tripulaciones de los barcos atracados en el puerto buscaban a la desesperada una silla libre donde reposar sus cansados huesos.

Pasamos de largo los «bares de niñas» y la taberna El Submarino para detenernos justo enfrente de La Ceba Gallega. A pesar de que aquel local, entre tienda de suministros para los mercantes y botillería, era uno de los más llenos, a Chiquito no le costó hacernos un hueco. Saludando al dueño, entró en la trastienda para aparecer con tres taburetes de feria que colocó justo al lado de un fornido marino francés. Supuse que no fue casualidad. Aquel hombre, por el sonrojo de su cara y la mirada vidriosa, debía de llevar horas sentado allí bebiendo.

Hablamos en francés desde el primer instante y, a pesar de su borrachera, no tardamos en llegar a un acuerdo. Por mucho menos de lo que pensábamos, su langostera fondearía cerca de punta de La Sarga la noche anterior a fin de año. Uno de sus marineros avisaría a los reclusos el mismo 31 para que a las doce en punto y mientras sonaban las campanadas estuviesen esperándolos en la playa para subir al bote que arriarían desde la langostera. Si todo salía bien, a las dos del 1 de enero llevaría anclas. Le entregué dos fotos de mis hermanos para que los pudiera reconocer. Me sorprendió saber que otras familias de los encarcelados nos habían precedido en el encargo y que ya tenía cerrados una veintena de pasajes para ese mismo viaje. Como al resto, los dejaría en algún lugar cerca de Lisboa.

Satisfecha y bastante segura de la palabra dada por el marino, nos despedimos con un apretón de manos. Al salir hice lo propio con Antonio y Chiquito, que ya cantaba por soleares a pleno pulmón.

Aquella noche dormí en el Atlántico y desayuné con mi cuñado contemplando un amanecer tan hermoso o incluso más que el atardecer del día anterior. No había dejado de dar vueltas a la cabeza durante toda la noche. Si el barco llegaba con los prófugos a Portugal, sería mejor esperarlos en Lisboa, así que sacaría un billete en el primer barco que zarpara de Cádiz con ese destino. Sabiendo que a mi padre no le agradaría la idea de que viajase sola, me costó convencer a Paco. Lo logré definitivamente cuando Micaela se ofreció a invitarme a su casa el tiempo que fuese necesario. Me despedí de Paco y telefoneé a mis padres para informarlos de mis nuevos planes, pero al poco descubrí que no se iban a cumplir de inmediato y que tendría que pasar una semana en Cádiz antes de que el primer barco de pasajeros zarpase con ese rumbo. Siete angustiosos días a la espera de una noticia.

Pasó fin de año, comenzó el treinta y tres, y nos preparábamos para celebrar Reyes cuando al abrir el *Abc* del 4 de enero pegué un respingo. ¡Lo habían logrado! Los fugados estaban en paradero desconocido y especulaban con la idea de que pudiesen haber desembarcado en la costa de Senegal. Los comandantes del Cánovas y las cañoneras Canalejas y Arcila, que iban tras ellos, habían sido destituidos fulminantemente por no haberles dado alcance.

Después de aquella noticia, procuré tranquilizarme a pesar de la incertidumbre. Imaginarlos a la deriva por el inmenso mar me encogió el estómago. Si no estaban en Senegal, ¿dónde estarían? Quizás dieron un rodeo para despistar o quizá el capitán francés, en su desesperación, optó por deshacerse de ellos a punta de pistola. No sería la primera ni la última vez que aquellas cosas pasaban. Si no quería volverme loca, tenía que dejar, como fuese, de suponer despropósitos. Pero ¿cómo? Tan solo podía aferrarme a la palabra del marino mercante borracho al que apenas conocía.

Micaela, viéndome tan alterada, me aconsejó salir a hacer excursiones por los alrededores y me prestó un coche. Me convenció de que merecía la pena conocer San Fernando, El Puerto de Santa María, Sanlúcar, Rota, las playas de Chiclana o los pueblos de la sierra. Al no haber cesado el levante, opté por un destino tierra adentro, pero no duró mucho la aventura, ya que en un cruce de caminos topé con un control de la Guardia Civil que me dio el alto. Pensé que probablemente les parecía extraño ver a una mujer sola conduciendo por aquellas carreteras, pero el motivo era otro muy distinto: una insurrección de unos campesinos afiliados a la CNT en un pueblo llamado Casas Viejas los había obligado a cortar el tráfico de las carreteras para evitar la huida de aquellos que habían atentado contra el cuartel.

A mi regreso a Cádiz, dos hombres comentaban en una heladería de la plaza de San Juan de Dios lo que un primo del pueblo de al lado había oído. No pude evitar escucharlos. Estaban indignados porque la trifulca se había saldado con la muerte de un carbonero conocido como el Seisdedos y de todos sus familiares. Tan solo habían dejado viva a una mujer porque salió de la choza en la que estaban atrincherados con un bebé en brazos.

Micaela llegó con el billete del barco que me llevaría a Lisboa justo a tiempo para escuchar lo que comentaban.

—Aquí todo el mundo es muy exagerado. No les hagas caso. Estos, según lo cuentan, hacen de los culpables las víctimas.

Negué:

—¿No te parecen demasiados diecinueve muertos? Es cierto que España entera está sumida en la anarquía y estoy de acuerdo en que tienen que actuar con contundencia, pero esto... Si es verdad, fue una auténtica masacre.

Se indignó:

—¡Ni que la Guardia Civil fuese el coco! Qué manía con meterse con los únicos que velan por la paz. ¡Si su fundador, el duque de Ahumada, levantase la cabeza...!

Desplegó el abanico y comenzó a abanicarse desahogada. No pude más que reírme de su inesperada elocuencia.

—No me malinterpretes, que pienso igual que tú.

Lo cerró para darme en las manos un golpecito.

—«Ni heridos ni prisioneros. Los tiros a la barriga» es lo que algunos comentan que escucharon decir a Azaña al saber de lo de Casas Viejas. Nunca hablo de estas cosas porque me aburren soberanamente y no creo que con hablar por hablar

solucionemos nada. Pero si insistes, te resumo en tres frases lo que pasará.

La miré sorprendida a la espera de sus argumentos. De nuevo desplegó el abanico y comenzó a airearlo murmurando por lo bajo.

—El presidente del Gobierno designará a una comisión de investigación. Una delegación que, rendida a sus deseos, fingirá estudiar los hechos hasta que esta noticia sea desplazada por otra, y solo entonces aprovecharán para señalar como único culpable de la masacre a ese pobre capitán Rojas, exculpando por completo al presidente. Pero... y eso qué nos importa.

Sonreí.

—Ya me extrañaba verte tan repentinamente involucrada en la política.

Negó.

—De vez en cuando me pierdo. No lo puedo evitar. Anda, toma el billete. El barco sale esta misma tarde y pasado mañana desembarcarás en Lisboa. Espero que para cuando llegues ellos ya estén allí. Suerte y cuídate.

Cádiz, enero de 1933

+

Querido Borja:

Lo primero es felicitarte el Año Nuevo. Sé que te hubiese gustado acercarte a celebrar las Navidades con nuestros padres y que no te dejaron en el hospital. Tranquilo, este fin de año no ha sido lo que nadie hubiésemos deseado. Consuélate pensando que al menos tú las has pasado con Cristina mientras otros las hemos pasado solos y echándoos mucho de menos, pero es lo que toca y el sacrificio bien merece la pena.

Por la única que lo siento es por mamá, que por lo que me cuenta Elisa es la que peor lo ha llevado pensando en todos los que le faltábamos. Gracias a Dios, Teresa se acercó a verlos con Alvarito y eso consiguió disipar a ratos su melancolía. ¡Lo que no consiga un niño! Te prometo, hermano mío, que el año que viene no será igual. Si hay algo a lo que me niego es a hacer un drama de estas fiestas, y estoy segura de que el año que viene nos desquitaremos de esta desazón todos juntos. Ya verás cómo pasado el tiempo recordaremos estos días como una efímera pesadilla.

Tú me preguntas por los hermanos y yo a ti por tu pierna. Ahora lo que debes hacer es restablecerte completamente de tu caída de caballo para recibirlos como se merecen, porque te prometo que en menos de lo que piensas estarán a tu lado.

Papá ha pensado que lo mejor es que viajen a Burdeos. Allí podría gestionar e incluso ampliar sus negocios de vinicultura en Francia. Sé lo que estás pensando. Es verdad que ellos, militares de pro, de vinos no tienen ni idea, pero dadas las circunstancias hay que reinventarse y, quién sabe, lo mismo alguno de los dos llega a convertirse en un prestigioso enólogo. Lo último que quiere papá son

desocupados en casa y, aunque no sé muy bien si están preparados para este tipo de negocios, estoy segura de que con lo inteligentes y constantes que son se harán con el cotarro en menos que canta un gallo.

¿Que cómo organicé «su viaje»? Pues es largo de contar. Además son detalles que prefiero no escribir ante el riesgo de que esta carta sea interceptada. Prefiero contártelo con pelos y señales cuando nos veamos la próxima vez. Ahora tan solo te puedo decir que todo se precipitó cuando el 19 de noviembre pasado el Abc publicó que el Gobierno estaba planteándose repatriar a los presos para que sirviesen como ejemplo de escarmiento a todo el que pensase en sublevarse, y como comprenderás preferimos cualquier cosa a eso.

Si te soy sincera, aquel era el acicate que necesitaba para convencer a nuestro padre de que delegase en mí para tan importante misión, y por nada del mundo quiero defraudarle. Después de haber movido mil hilos sin éxito, han depositado en mí su última esperanza y te prometo que no les fallaré.

Aquí en Cádiz tienen un sentido del humor envidiable. La ciudad emana alegría por sus cuatro costados y no le falta de nada para ser un lugar de ensueño. Cuatro baluartes defendiendo el mar, una muralla aislándolos de la mundanal tierra, palacios escondidos entre las callejas del casco antiguo, jardines, playas kilométricas y plazas que te trasladan a los tiempos de nuestros abuelos. Todo eso por no hablar de sus gentes, que son lo mejor de todo y de lo más variopintas. He conocido gitanos, cantaores y bohemios artistas donde los haya. Y aquí he encontrado a una amiga que me ha acogido desde el primer momento como a una hermana. Se llama Micaela y es ella precisamente la que más me ha ayudado a moverme en esta ciudad. Cuando todo se calme, te traeré a conocerla.

Mañana salgo de viaje con la esperanza puesta en la mar. No te puedo decir a dónde por si las cosas se truncasen, pero sí que allí donde espero encontrarme por fin con los hermanos. Si todo sale bien, en menos de lo que piensas, oirás nuestros pasos por el corredor del hospital en dirección a tu habitación.

Mientras, cuídate, hermano, que cuando llegue te quiero ver corriendo como una gacela. Un abrazo enorme de tu hermana que te quiere.

María

P. D. De «tu niña» no puedo contarte nada. Pregunta a Pelingo, ya sabes que nuestra hermana Elisa es mucho más amiga suya y quizá se esté carteando con ella.

AFLIGIDA ESPERA

Apenas deshice el equipaje en el hotel Avenida Palace, sonó el teléfono. Era un amigo periodista de la agencia Havas al que había llamado para que me informase de todas las noticias que le pudiesen llegar a él sobre la fuga, temiendo que difiriesen en algo de lo que los periódicos en España estaban contando. La impaciencia me reconcomía las entrañas.

—¿Sabes algo nuevo?

Carraspeó.

—¡Acaban de desembarcar en Setúbal y los veintinueve prófugos gozan de buena salud!

No me lo podía creer.

—¿Es de fiar tu fuente?

—Nuestro corresponsal en Madrid tiene buenos contactos. Mañana saldrá publicado en todos los medios.

¡Por fin! Mis peores temores se disipaban por completo después de catorce eternos días esperando noticias de ellos. Procuré tranquilizarme.

—La región es grande; ¿sabes dónde exactamente?

—Al parecer los han dejado entre las ocho y las nueve de la noche muy cerca de un fortín en ruinas de un pueblo de pescadores llamado Sesimbra. Está a unos 35 kilómetros de la capital.

—¡Te debo como mínimo una cena en cuanto vaya a París! Salgo de inmediato.

A punto estaba de colgarle cuando oí su voz gritando:

—¡Espera, María! Allí ahora deben de ser las diez. Si sales ahora, te cruzarás con ellos. El alcalde del pueblo los está ayudando. Ha puesto a su disposición un autobús y es muy probable que estén a punto de llegar a Lisboa.

—Te estaré eternamente agradecida, Pierre.

Colgué definitivamente. Me puse la chaqueta y bajé las escaleras a toda velocidad.

Nada más llegar a recepción, me sorprendió cómo corrían las noticias. El vestíbulo estaba atestado. Entre el bullicio pude distinguir alguna que otra cara de amigos que hacía más de un año que no veía. La mayoría eran los que, desencantados con el advenimiento de la República en España, se habían exiliado afincándose en Sintra, Cascais o Estoril a la espera de que las cosas cambiasen.

Todos estaban con una copa en la mano para que, en cuanto apareciesen los fugados, brindásemos por ellos. De repente se hizo el silencio y se abrió un pasillo entre la multitud. Intenté acercarme a la puerta, pero me resultó imposible y opté por ponerme de puntillas.

Entre unas veinticinco polvorientas gorras militares caminaban los cuatro civiles que por su complicidad con el alzamiento habían sido detenidos con ellos. Reconocí al teniente coronel Martín Alonso, al comandante Maqueira, a Fernández Silvestre (el hijo del general muerto en Annual), pero ¿y ellos, dónde estaban? Por fin, después de unos eternos segundos de angustia, distinguí la inconfundible nuca de Jaime.

¡Con razón me costó reconocerle! Jamás le había visto con semejantes barbas, tan delgado y sucio. Diríase que venía de la mismísima guerra. Intenté llegar a ellos, pero un batallón de periodistas me empujó para fotografiarlos. Mi hermano, al no esperar que nadie de la familia estuviese allí, conversaba animadamente con don Alfonso de Borbón y León, el primo del rey, Justo Sanjurjo, hijo del general, y Carlos Maturana. Al verme por fin alzar la mano en lontananza, los cuatro se abrieron paso para darme alcance.

Al abrazarle con todas mis fuerzas, un pestilente olor a bodega marina me trepanó la pituitaria. Aun así no pude contener las lágrimas. Jaime me las secó atento con el envés de su mano y sonrió.

—¿Has venido sola?

Asentí mientras tragaba saliva para poder articular palabra.

—Cuando os detuvieron, hubo orden de arresto domiciliario para vuestros familiares y papá ha tenido que permanecer enclaustrado en casa bastante tiempo. Ahora que habéis escapado prefiere no pasearse demasiado, no sea que tomen represalias. Intentarán veros cuando las cosas se calmen.

Alzando la vista a un lado y otro, busqué a Íñigo. No tuve que preguntarle.

—Se ha quedado, María. Alguien tenía que distraer a la guardia el día de fin de año para que los demás pudiésemos escapar y se ofreció voluntario.

—¡Cómo pudiste dejarlo! ¡Pagué a ese capitán para que os sacara a los dos!

Chistó inquieto.

—Ten cuidado, hermana. Hemos acordado decir a la prensa que nadie nos ayudó a huir para evitar que os acusen de complicidad. Si alguno te oyera...

Suspiró.

—Si hay alguien que de verdad siente lo de Íñigo soy yo. No puedes imaginarte cómo subí a ese barco dejándole atrás. No hubo más remedio. El director de la prisión había invitado a cenar a los oficiales de más alto rango y rehusar hubiese levantado sospechas.

Altruista, soñador y amante del riesgo como era, sabía que Íñigo no le había dejado otra opción. Le miré de arriba abajo.

—Tenemos que pensar cómo decírselo a todos en casa. Antes creo que te sentará bien un buen baño y un afeitado. Te dejo mi habitación. La compartiremos hasta que encontremos otro cuarto para ti.

Cogiéndole de la mano, le guie. No supo negarse y con cara de resignación quedó con sus compañeros para celebrar el éxito de la fuga más tarde. Apenas cerré la puerta, me dispuse a llamar al servicio de habitaciones para que le trajesen algo de

comer. Él mismo me obligó a colgar.

—Déjalo. Nos hemos puesto las botas de queso, chorizo, pan y dulces en el autobús de camino hacia aquí. ¡No sabes lo generosos que han sido los del pueblo de Sesimbra con nosotros!

Le llené la bañera de agua caliente y dejé la puerta entreabierta para que pudiésemos seguir hablando sobre la aventura que acababan de vivir. Le oí chapotear.

—¡Nunca pensé que un buen baño fuese tan gratificante! Solo me falta un pitillo para ser totalmente feliz.

Lo encendí y se lo llevé suponiéndolo púdicamente rodeado de espuma. Dio una profunda calada y suspiró. Sentada en el borde de la bañera, no pude contenerme:

—¿Cómo tardasteis tanto en llegar? Casi os damos por muertos.

Me acarició la mano bromeando:

—Si supieras que hubo un día que incluso me dio por cantar el *Adiós a la vida*, no me dirías eso.

—Capaz eres. ¿Y no te tiraron tus compañeros por la borda?

Sonrió.

—Ya me conoces; prefiero hacer mofa de las desgracias que echarme a llorar. De verdad que siento haberos tenido en vilo, pero no dependía de nosotros. Vagamos por la inmensidad del mar durante casi mil ochocientas millas para despistar a los que nos perseguían. Fue tanta la incertidumbre que incluso tuvimos que racionar los alimentos y el agua por si aquello se prolongaba.

—Al saber que la langostera había llegado a Francia sin vosotros, pensamos que os habían arrojado por la borda.

Se rio.

—El capitán era rudo, pero no tanto. Fue él quien decidió despistar a las cañoneras que nos perseguían abarloándonos en plena altamar a otro barco pesquero para cambiarnos. Hasta tres veces tuvimos que hacerlo. Una verdadera odisea.

—No tiene gracia. No sabes lo que me costó contratarle.

—Te lo agradezco, pero tarde o temprano lo hubiésemos logrado solos. De hecho, si no huimos antes fue por no implicar a nuestro máximo carcelero, el capitán Regueral, que al ser compañero de promoción de Íñigo nos trató lo mejor que pudo. ¡Por eso le invitó a la cena de fin de año! Claro que, si no lo hubiese hecho, ahora lo mismo estaría con nosotros. Después de nuestra huida espero que no lo hayan destituido por el bien de los que allí han quedado.

Suspiré.

—Siento decirte que ya lo han hecho. Justo antes de que llegaseis me comentaron en el vestíbulo que en su lugar han mandado a un tal Aceytuno. Seguro que no será tan benevolente como su antecesor. De todos modos, por lo que nos escribías en tus cartas, más que presos erais como bereberes entre las jaimas del desierto.

Negó:

—Procuraba dulcificaros las cosas convirtiendo nuestra vida en una aventura,

pero lo cierto es que, a excepción de algunas prebendas, no pasábamos de ser meros reos. Como tales, teníamos que regresar a dormir a unos barracones cuajados de ratas, cucarachas y chinches. Y de la comida, no hablemos. Menos mal que la noche de nuestra detención a Íñigo se le ocurrió coger algo de dinero. Al menos nos ha dado para pagar las dos pesetas con diecinueve que nos cobraban al día por un rancho que, aunque cuajado de cochinillas, era mucho más nutritivo que el engrudo destinado a los presos. Aparte de eso, todo bien. Ten en cuenta que somos hombres de milicia y, como tales, estamos acostumbrados a la austeridad más absoluta.

Al incorporarse para salir de la bañera me di la vuelta. Envuelto ya en una toalla de cintura para abajo, se sentó a mi lado en la cama.

—Dejemos el pasado y pensemos en el futuro. Ahora no puedo volver a España. ¿Sabes si papá tiene algo previsto? Yo había pensado que quizá podría viajar a Berlín. Podría sacarme definitivamente el título de piloto y administrar las rentas de los alquileres de los sesenta pisos que tiene allí.

Negué.

—Papá pensó que lo mejor sería que los dos os fuerais a alguno de los *châteaux* que tiene en la Borgoña para iniciaros en el negocio de los vinos. ¡No sé aún cómo les voy a decir que Íñigo no ha venido contigo! En Francia estarás más cerca de Cristina y de Borja.

—Borja sé que está en el colegio de Burdeos. Pero Cristina... ¿qué hace allí?

—Cansada de buscar una orden en Madrid donde ingresar con la que está cayendo, ha decidido regresar a Francia. Provisionalmente vive enclaustrada en el colegio de la Asunción, donde le han dado albergue y un hábito morado. Así se siente útil al estar un poco más cerca de Borja. Sobre todo ahora que, debido a una caída de caballo, anda postrado en cama.

—¿Qué le pasó?

—Fue al rehusar en un salto. Al principio no parecía nada, pero ahora le duele mucho la rodilla. Le han hecho radiografías y, al no encontrar ningún hueso roto, dicen que debe de ser algo muscular. Tiene que guardar reposo al menos los tres meses que dura el tratamiento de descargas eléctricas que le están dando para recuperar el movimiento.

Melancólico, se acarició los dos muñones de su mano.

—¡Hay que ver qué cantidad de cosas me he perdido los últimos seis meses! Mientras no le amputen la pierna... Seguro que no es nada al lado de mi accidente en Viñuelas. Nuestra afición ecuestre nos pierde. Visto lo visto, no me queda otra que reunirme con ellos.

Bromeé:

—Estando los cuatro allí, papá y mamá no tardarán en unirse con Elisa. Mientras, hazme un favor y no tientes al enano con todas esas locuras que te rondan la cabeza. Desde que os detuvieron está empeñado en ser militar para vengaros y, tal como está el patio, intentamos convencerle de que siga caminos más calmos. Quizá el de

abogado, como papá.

Me miró con escepticismo.

—Conociendo cómo odia hincar los codos, lo dudo.

Me levanté.

—Voy a bajar a recepción a ver si hasta mañana pueden prestarnos algo más digno que ponerte. Mientras, hazme un favor y llama tú a casa. Les alegrará oírte. Yo no sé cómo decirles lo de Íñigo.

Tirándome del brazo me obligó a sentarme de nuevo.

—Les contaré que Íñigo solía ir acompañado por el capitán Fernández Silvestre, que era el director de fugas, así que aprovechará la próxima ocasión para subirse al barco. ¿Sabes que esta no es la primera vez que intentamos escapar? A punto estuvimos de lograrlo a mediados de septiembre. No llevábamos ni quince días presos cuando el capitán de un barco nos pidió por adelantado un millón y medio de pesetas que no teníamos, y tuvimos que desistir. La segunda vez tampoco logramos llegar a un acuerdo económico, así que a la tercera ha ido la vencida. Te aseguro que habrá más oportunidades porque los barcos que faenan en esas costas se ofrecen voluntarios a diario. Si se les paga, no hay problema.

Dudé.

—Ahora las cosas han cambiado y no sabemos si el tal Aceytuno les dejará tanta libertad como su predecesor.

Bromeó:

—Te digo que lo lograrán, y no seas agorera. Yo, particularmente, con tal de que Aceytuno siga tolerando la izada de la bandera republicana con todos los presos vestidos de rojo y amarillo, como muestra de nuestra repulsa, me conformo.

—Mira que sois *tocape*...

—Hermanita, ¿y esos modales?

—Hasta eso estoy perdiendo por vuestra culpa. No puedo evitar preocuparme.

—Pues deja de hacerlo o contagiarás a papá y mamá.

Saliendo de la habitación, repetí su máxima.

—Todo menos inquietarlos.

Al tiempo que me arrojaba una almohada, me jaleó:

—¡Así me gusta, María!

Cuando subí con ropa limpia, me recibió sonriente.

—Ya está. Saben que he llegado y mamá está haciendo las maletas para reunirse con nosotros en Francia lo antes posible. Vendrá solamente con Elisa porque nuestro padre tiene decomisado el pasaporte y no ha conseguido que le levanten el arresto domiciliario. Esperará pacientemente en casa a que esto deje de ser noticia.

—¿Cómo se han tomado lo de Íñigo?

Se encogió de hombros.

—Mal. Al menos les consoló saber que allí el riesgo de fuga es inminente y que salir no le resultará tan difícil como creían.

Después de un momento de silencio sacudió la cabeza como queriéndose despegar los malos pensamientos.

—Saldrá pronto. Ya lo verás. Para entonces estaremos todos aguardándole con los brazos abiertos. ¡No me has comentado que Teresa esperaba otro niño! Ella también se ha puesto al teléfono. Me ha dicho que le hubiese gustado acompañar a mamá, pero que como está de casi siete meses el médico le ha recomendado reposo. Me ha prometido que, en cuanto tenga a nuestro segundo sobrino, subirá a Biarritz para que podamos conocerle. Solo nos falta sacar un billete de barco que sin hacer escala en España nos lleve a Francia.

La suerte quiso que zarpara a la mañana siguiente.

Burdeos, enero de 1933

+

Jaime:

Sin «querido», porque en estos momentos no me sale el cariño por ninguna parte. ¡Ya me lo ha dicho mamá y no me lo puedo creer! Me hierve la sangre por dentro. ¡Te prohíbo terminantemente que vengas a Francia sin Íñigo! Si te veo aparecer en este dichoso hospital sin él, te partiré las dos muletas sobre la espalda. ¿Cómo lo pudiste dejar atrás? ¡Qué poco compañerismo! Yo jamás lo hubiese hecho. Lo que me extraña es que María no te haya partido la cara al encontrarte. Tan valiente y osado como te creía, ahora para mí no eres más que el rey de los cobardes.

Te admiraba, hermano, eras el espejo en el que quería verme reflejado, pero siento decirte que hoy me has defraudado. Tanto o más que a papá y mamá. Se me ocurren mil improperios para dedicarte, pero son de tal calibre que me tiembla la mano al intentar escribirlos y prefiero decírtelos a la cara en cuanto te tenga enfrente.

Mamá intentó disculparte por teléfono, pero no hay excusa que valga. A partir de ahora, y hasta que podamos de nuevo abrazar a Íñigo, recuerda que cada paso en libertad que des se lo deberás a su espíritu de sacrificio. Nuestro hermano es discreto y, conociéndole, no creo que pretenda jamás vanagloriarse de esta estupidez que habéis hecho, así que a ti te toca conmemorarlo. Solo espero que nunca tengas que lamentar de verdad el haberle dejado atrás.

¡No puedes irte de Lisboa sin haber amañado con otro barco su rescate! O mejor... ¿Por qué no te embarcas tú como miembro de la tripulación de uno de esos pesqueros y aprovechas la oportunidad para sacarlo una noche de esas sin luna en las que las langostas faenan por los alrededores de Villa Cisneros? Anoche soñé que te ponías una escafandra del tipo de las de Julio Verne en Veinte mil leguas de viaje submarino y lo liberabas. No sé... Quizá las eternas horas de tedio que paso aquí tumbado me estén licuando el cerebro.

Después de un breve paréntesis le he dado a leer esta carta a Cristina y me

prohíbe mandártela. ¡Con lo que me ha costado escribirla! Dice nuestra monjita particular que ya debes de estar viviendo tu propio calvario y que yo no soy quién para juzgarte.

Perdona, hermano, si he sido demasiado sincero. Por favor, no hagas caso de lo que te digo al principio. La verdad es que estoy deseando verte y que me cuentes tu particular odisea de primera mano. Olvida mi ímpetu, pero necesitaba desahogarme con alguien por esta nueva desgracia y te ha tocado a ti hacer de puching ball.

Ven pronto a ver a este tullido que te espera con los brazos abiertos.

F. Borja

LA IMPOTENCIA DE UN EXILIO

Al entrar en la inmensa sala del hospital preguntamos por *monsieur* Borja. La expresión de confusión de la jefa de enfermeras era evidente, pero antes de que pudiera contestarnos, oímos la sonora carcajada de nuestro hermano.

—Hace mucho que desistí de que pronunciasen la jota. Aquí me conocen por François.

Estaba recostado en una cama, al fondo de la habitación, leyendo algo que supuse un poco más secreto que los tebeos que compraba en la cuesta de Moyano. Según nos acercamos, lo escondió entre las sábanas.

Haciendo amago de incorporarse, tomó las muletas que estaban apoyadas en la mesilla. Al posar el pie en el suelo, no pudo evitar una mueca de dolor e impotencia. Malhumorado, se echó de nuevo.

Gruñó:

—Ya podéis decirles a nuestros padres que no tiren más el dinero; que estas malditas descargas eléctricas no sirven para nada. Mirad cómo tengo la pierna. El muslo es un pellejo y la pantorrilla parece gelatina.

Estaba delgadísimo y las hendiduras de sus pómulos resaltaban las ojeras de varias noches de insomnio. Cristina nos había dicho que el tratamiento eléctrico era tan doloroso que en cada descarga tenían que ponerle un palo entre los dientes porque se negaba a que le administrasen anestesia. «Sin sufrimiento, nada se consigue», solía decir el cabezota con esa alma de mártir que le caracterizaba. A pesar de todo, no había perdido la sonrisa.

—¡Jaime, cómo me alegro de verte! Estoy deseando que me cuentes cosas de la morería y de los peligros que pasaste en tu huida. Lord Byron a tu lado fue un advenedizo.

Ya estaba con sus sueños de juventud. Su enfado inicial aparentemente se había esfumado. Tras quitarme el alfiler del sombrero, le besé en la frente y tomé asiento en la silla. Procuré no mencionar a Íñigo.

—Sería más instructivo que te hablase de cómo hace años logró serenarse en Tetuán cuando, como tú, tuvo que permanecer durante meses tumbado en una cama con el cráneo partido por un accidente en sidecar. ¿Es que no podéis opositar a otra cosa que no sea jugaros la vida? Pensad en mamá. Si seguís así, un día la mataréis de un disgusto.

Como siempre hacía para escapar de mis reprimendas, me lanzó un beso al aire.

—¡Qué sería de ti sin unos hermanos tan aventureros de los que alardear! ¡Qué es la vida sin peligro! Es como la comida sin una salsa donde mojar pan.

Definitivamente, ya me había desarmado.

—Acabaré por resignarme ante vuestros despropósitos. No sé bien si a la fuerza o por agotamiento, porque ya empiezo a tener complejo de loro repitiéndoos una y otra vez lo mismo.

Borja, ignorándome por completo, guiñó el ojo a Jaime. Solamente me escuchaba por respeto. Sabía que aquellos consejos de prudencia caerían en saco roto porque él seguiría venerando a sus hermanos mayores.

Los apresurados pasos de nuestra madre se sintieron en el corredor y no tardó en cubrir de besos al enfermo. Los celos que, soterrados desde la infancia, acosaban a Jaime con respecto a su hermano pequeño emergieron.

—Cualquiera diría, mamá, que no te alegras de verme después de lo que he pasado.

No pude más que intervenir susurrándole al oído:

—No seas injusto. Desde que os detuvieron no ha hecho otra cosa que pensar en vosotros, en cómo estaríais, en cuándo volvería a veros. Y ahora sigue con la espina clavada en el corazón de qué pasará con Íñigo.

Nuestra madre, cabizbaja, le agarró de la mano.

—Dices que fue Íñigo el que te cubrió la retaguardia el día que huiste de aquel presidio saharauí, pero he estado pensando sobre ello y lo dudo. Alguna razón más debe de haber que se me escapa.

La expresión de desconcierto de Jaime fue elocuente. Mamá, después de aquel reproche a bocajarro, volvió a abrazar a Borja. Jaime salió arrastrando los pies, mordiéndose la lengua y con los puños cerrados. Él no sabía que mamá hacía tiempo que se había ganado el beneplácito de decir todo lo que se le pasaba por la cabeza sin que nadie se atreviese a reprochárselo. Quizá aquella era su peculiar forma de liberar la tensión acumulada durante los últimos meses.

Al rato regresó sobre sus pasos. Estaba mucho más calmado. Como si aquella conversación no hubiese tenido lugar, sacó cuatro entradas de teatro de su bolsillo y se las tendió a nuestra madre.

—Las vendía un hombre en la calle de enfrente. Me encantaría que me acompañaseis el jueves por la tarde a ver *Britannicus*, de Jean Racine.

Borja asintió.

—Yo la vi antes del accidente y os la recomiendo. Es una tragedia ambientada en la Roma clásica. Por mí no os preocupéis. Esa tarde, con que se quede uno me basta. Desgraciadamente, esto va para largo, y es mejor que os turnéis si no queréis acabar de mí hasta el gorro.

Mamá, arrepintiéndose de su actuación con Jaime, se acercó a él, le acarició la cara mirándole muy de cerca y como si aún no se creyese que lo tuviese a su lado le dio un sentido, silencioso y largo abrazo. Nunca había derrochado con nosotros demasiadas carantoñas y precisamente por eso aquel gesto representó para él mucho más que cualquier palabra que hubiese pronunciado; le hizo recuperar la sonrisa.

La tarde del teatro me tocó a mí el turno. No me importó, ya que por fin

aprovecharía para hablar a solas con el enfermo. Como no llovía, salimos con una silla de ruedas a dar un paseo por el jardín y me senté en un banco a su lado. Ya cómodos, fui derecha al grano:

—Ahora que no está mamá, deja de fingir. ¿Qué tal estás?

Resopló.

—A ti no te lo voy a negar. Aburrido. Sé que os esforzáis para entretenerme y os lo agradezco, pero estoy deseando salir para poder conocer *la nuit* en Burdeos, algo impensable en el internado.

No hacía falta que me dijese quién se lo había contado, ya que Jaime se desquitaba de sus meses de cautiverio saliendo todas las noches de parranda para reunirse con un grupo de francesitas que, según él, andaban apasionadas por todo lo español.

—Aparte de eso, solo me entretienen las noticias que publican los periódicos de París. Pero dejando a un lado todo esto...

Sacó un papel del bolsillo de la bata dispuesto a leérmelo. Estaba claro que ya era un hombre, con todas y cada una de sus debilidades. El crujir de la hoja centró mi atención de nuevo en su mano. Tragó saliva y, mirándome fijamente a los ojos, me rogó discreción. Asentí al tiempo que desde lejos y por su estructura adiviné la esencia de lo escrito.

—Si es un poema, deberías leérselo a Cristina, que es la que sabe de estas cosas.

Recité de memoria una de sus estrofas:

—«Corazón de mujer / que no sabe querer, / que no sabe entender / toda el alma y el ser / de las ansias de amar, / no se puede llamar / corazón de mujer».

Su ceño fruncido lo decía todo. Ahora él quería ser el centro de atención sin compararse con nadie. Refunfuñó:

—Los míos son para una mujer, no para Cristo.

Sin perder un momento más, comenzó a leer:

—«No sé si serás algo en mi camino, / si en tu vida siquiera contaré, / si Dios separa nuestro destino. / No sé...».

Sonreí mirándole de reojo.

—¿Se puede saber a quién va dirigida?

—¡Curiosa! Lo sabrás con una condición: consigue convencer a papá de que me saque de este colegio de San José de Tívoli y me lleve de regreso a España.

—No creo que pueda. Aún no te lo ha dicho, pero, tal y como se encuentran las cosas, está pensando en pedirte plaza el año que viene en el colegio de Santa Genoveva de Versalles. Es lo lógico, ya que en cuanto Íñigo consiga escapar de Villa Cisneros, seréis cuatro los hermanos que viviréis en Francia. Después de eso, quién sabe. Él se resiste a que, como tantos, nos exiliemos, pero es evidente que las circunstancias nos están obligando a ello. Consuélate pensando en que estarás mucho más cerca de París y allí conocemos a mucha gente.

—Eso estaría bien siempre y cuando la educación de los jesuitas no fuese tan

estricta. Si al menos me firmasen un permiso para salir los fines de semana... Además, ¿por qué papá no quiere que siga los pasos de los hermanos en la milicia?

—Creo que no necesito aclarártelo.

—Es igual. Suspenderé y no conseguiré la media necesaria para ser admitido.

No pude callarme:

—Es una pena que con lo inteligente que eres te empeñes en perder el tiempo. Papá quiere empezar a comercializar el armañac de sus viñedos y podrías ayudarle practicando aquí para ser un futuro empresario. Entiéndelo. Teme como a la lepra la ley de expropiación de tierras que están a punto de aprobar en España y busca otras salidas.

No se resignaba en absoluto.

—¡Soy español y viviré y lucharé por España hasta la muerte! Qué tontería lo de la expropiación. Por lo que he leído de esa ley promulgada en septiembre del año pasado, él no está inmerso en ninguno de los requisitos por los que pueden proceder. Sus jornaleros no se quejan de sus salarios. Tienen casa propia en la misma finca para vivir junto a sus familias, cantina, capilla y hasta una escuela con maestro para que sus hijos puedan aprender a leer, escribir y contar como Dios manda. ¿Dónde pueden estar mejor? ¿El Estado acaso les promete todo eso? Está claro que no, pero muchos se dejan engañar por la falacia que les asegura que la tierra será para quien la trabaje sin explicarles que, aparte de labrarla, plantarla y cosecharla, hay que invertir en ella para poder sacarle un rédito.

Le interrumpí:

—Papá representa todo lo que ellos odian. ¿Sabes que se están planteando la posibilidad de aprobar la expropiación a los grandes de España sin ningún requisito ni indemnización posible? Esa es la medida populista que más rédito electoral les da y las consecuencias no les importan en absoluto. Cuanto antes te hagas a la idea, mejor. Si el Gobierno de la República sigue en sus trece, emigrar a Francia será nuestra única opción. Amén de que estaríamos mucho más cerca del rey.

Torció el gesto. Su reconocida valentía no le eximía de ese temor que todo hombre tiene a lo nuevo. Aquello significaría hacer las maletas para siempre sin mirar atrás. Supondría dejar definitivamente todo y a todos los que hasta entonces conocíamos. Un billete hacia el exilio sin fecha de regreso. Incapaz de aceptar lo que le explicaba, me cogió de la mano.

—Ya verás como todo se soluciona y en menos de lo que piensas estamos de nuevo en casa. Además, ¿de qué sirve preocuparse antes de tiempo!

Era demasiado joven para entender muchas cosas, y ante su juvenil terquedad preferí mudar mi gesto de preocupación por un semblante un poco más esperanzador.

—¿Qué hay de ese poema? Aún no me has dicho a quién va dirigido.

Intentó de nuevo levantarse. Le empujé.

—Espera a que vengan los de rehabilitación y prométeme que no lo intentarás solo, o vamos a tener un disgusto.

Negó alzando el papel:

—No puedo esperar tanto. Si lo hago, la señorita a la que va dedicada este verso me verá cojo, y me niego en absoluto. ¡Con entrega, tesón y constancia todo se consigue!

Le corregí:

—Son buenas virtudes en su justa medida y tiempo. ¿No será por ventura la afortunada destinataria de tus versos una jovencita rubia de ojos azules? ¿No se llamará Rafaela por casualidad?

Su sonrisa dejó al aire las paletas separadas que tanto le caracterizaban.

—¿Es lo que te gustaría para mí?

—No es a mí a quien le tiene que gustar.

Bromeó:

—Pues, hermanita, te quedas con las ganas de saberlo.

Le pegué un pescozón, sin insistir más.

A la semana de aquello y ya recuperado el pasaporte, nuestro padre apareció de improviso. Fue él quien decidió que sería mejor que Borja dejase el hospital, nosotros el hotel y todos juntos nos fuésemos a vivir al *château* Larose Trintaudon. Era uno de los viñedos que recientemente había comprado cerca de Burdeos y, según él, merecía la pena inaugurarlo con la familia casi en pleno. Borja, desde allí, siempre podría acercarse a Burdeos para sus sesiones de tratamiento eléctrico.

Los siguientes meses, incapaz de estarse quieto, papá se dedicó a mejorar y experimentar con las cepas y a introducir a Jaime en el negocio de sus vinos. Por un momento temí que estuviese preparando el terreno para nuestra definitiva mudanza.

Los días que Borja tenía tratamiento solíamos salir en dos coches. En el primero lo acompañábamos papá y yo por ser los más madrugadores. Le dejábamos en el sanatorio, comprábamos la prensa y nos íbamos a desayunar a un conocido café que había en Burdeos muy cerca de la casa donde murió Goya.

Allí, esperando a los más dormilones, que venían en el segundo automóvil, los dos aprovechábamos para leer todo tipo de periódicos. Conociéndole, no solía dirigirle la palabra hasta que se tomaba el primer café, no fuese a recibir un gruñido por respuesta.

Los primeros que ojeaba solían ser *El Debate* y el *Abc*, para luego contrastar sus noticias con las internacionales de los principales periódicos franceses. Después de una visión general y ya en el segundo café, se tomaba su tiempo para regodearse en el artículo de Gil Robles en particular. Según él, era el único que sabía poner el negro sobre el blanco sin temores de ningún tipo.

Apenas se nos unían los demás, la apacible lectura terminaba. Mi madre, antes incluso de sentarse, se hacía con los diarios para pasar las primeras hojas de golpe, detenerse brevemente en las esquelas y terminar devorando los ecos de sociedad. Era extraño comprobar cómo de un tiempo a esta parte había cambiado tanto. Tan amante como había sido de los asuntos de gobierno mientras nuestro padre fue senador, ahora

demostraba su aborrecimiento refugiándose en noticias más livianas que le hiciesen olvidar, entre otras muchas cosas, que Íñigo aún seguía preso.

A sus espaldas le escribíamos con frecuencia. Tenían que ser cartas en clave que no hablasen de temas conflictivos porque sabíamos que antes de entregárselas pasaban por la censura de sus carceleros y, dependiendo del contenido, llegaban o no a su destinatario. Así, Jaime, por ejemplo, le escribía como si fuese Borja, confiando en que los vigilantes, al ver el remite de un colegio, no le diesen demasiada importancia. Íñigo reconocería su caligrafía. Aquello entrañaba un riesgo, ya que podía dar una pista de su ubicación a las autoridades que aún buscaban a los prófugos de Villa Cisneros, pero no pudimos negárselo. Era su manera de amainar el cargo de conciencia que tenía por haberle dejado atrás en la fuga.

Todos los desayunos eran de ese corte. A pesar de no andar demasiado lejos de nuestra querida España, después de varios meses en Francia la echábamos de menos. Fue a finales de junio, terminado el curso de Borja y medianamente restablecido, cuando por fin decidimos regresar. No sabíamos entonces que, a pesar de su fortaleza y juventud, las secuelas de aquella caída se harían notar en un futuro de lo más inoportuno. Solo Jaime, por su condición de prófugo, se quedaba en el exilio y desde Alemania solía mandarnos cartas para que se las reenviásemos camufladas a Íñigo.

Viñuelas, 5 de septiembre de 1933

Querido Íñigo:

Estoy mucho mejor y ya camino como una gacela a la espera de empezar otra vez el colegio en Francia. Esta vez, y muy a mi pesar, me mandan a Versalles. Espero que estas Navidades pueda abrazarte a mi regreso, ya que son muchos los que hablan de una posible amnistía para vosotros. La fecha no se sabe, pero descuida, que estamos a la expectativa.

Aquí no se habla de otra cosa que de la última decisión del príncipe de Asturias. ¡Don Alfonso ha decidido abdicar para casarse con una señora cubana que conoció en Suiza mientras se recuperaba de su última recaída! Como supondrás, estamos indignados. Allá él. Don Alfonso, aparte de estar enfermo de cuerpo, parece cojear en muchos asuntos de los que al espíritu conciernen. ¿Es que no se da cuenta de que actuar así es tirarse piedras sobre el propio tejado? Más ahora, tal y como están las cosas. Supongo que los reyes tampoco estarán demasiado contentos con la decisión de su primogénito. Son muchos los que le excusan diciendo que al tener la espada de Damocles de la hemofilia en su sangre es mejor así, ya que podría engendrar hijos aún más frágiles que él, pero yo no lo creo. Eso solo es una manera más de disfrazar el temor al sacrificio con bondades. Creo que su afán de superación deja mucho que desear. Siempre es más fácil tirar la toalla, y él parece ser un verdadero artista en ello. La artífice de semejante impropiedad se llama Edelmira Sampedro. ¡Si al menos la susodicha fuese más jovencita! Pero es un año mayor que él. Mamá dice que, si de verdad esa mujer le quisiese, se habría quitado

de en medio voluntariamente. Como ha renunciado a su título de príncipe, los reyes le han dado el de conde de Covadonga. El caso es que esa ambiciosa cubana no tenía nada que perder. Se debe de estar frotando las manos ahora que ya es condesa consorte. Algo que probablemente jamás se atrevió ni siquiera a soñar. Lo cierto es que esto en nada ayuda a la familia real a consolidarse entre los que somos tradicionalmente monárquicos. Si ellos no cumplen con los sacrificios que una corona demanda, ¿cómo esperan que los demás apenquemos con lo que se espera de nosotros?

Papá dice que con toda seguridad don Jaime también renunciará por ser sordomudo, así que solo nos queda el refugio de don Juan. Te aseguro que él sí sabrá cumplir como príncipe de Asturias. No podemos olvidar que la milicia le ha formado en el sacrificio, y ya lo demostró cuando supo que no podía seguir sus estudios en la Armada española e ingresó sin demora en la Royal Navy.

Y hablando de otras cosas en general y nuestra gran empresa en particular... Me refiero a esa de la que, desgraciadamente, solo somos accionistas minoritarios. Esa que nos trae de cráneo desde que nació hace dos años y que después de cuatro intentos diferentes de gobierno por parte de sus consejeros no termina de funcionar. ¿La localizas? Bien, pues te diré que a principios de junio amenazó el Verrugas con dimitir de su cargo de presidente. Esperábamos entonces poder elegir a otro gestor con más capacidad, pero aquella efímera esperanza se esfumó a los tres días, cuando el Botas decidió ratificarle en su cargo. ¡No sabemos en qué piensa, porque es la cuarta oportunidad que le da! Si el Verrugas tuviese un ápice de dignidad, hubiese presentado entonces su incondicional dimisión para que todos pudiésemos elegir a otro en su lugar. No lo hizo, pero el tiempo pone todo en su lugar y los desmanes a los que la empresa está sometida al final han obligado al Botas a disolver el consejo y convocar unas elecciones en las que todos los accionistas tendremos voto. Todos, incluidas mamá y las hermanas, porque será la primera vez que dejarán a las mujeres decidir también sobre el destino de la empresa.

Como puedes suponer, están ilusionadísimas, sobre todo María, con ese afán de madre que la caracteriza. Ni Elisa ni yo podremos votar por nuestra minoría de edad, pero todo se andará. Cristina, tan mística como siempre, dice que, si su voto sirve para terminar con los sacrilegios y liberar al mochuelo perdido de entre las ramas del olivo, lo ejercerá con gusto.

¡Quizá ahora y aunque seamos minoría consigamos por fin una renovación total en la cúpula dirigente! Papá lo tilda de utopía, pero yo no desisto. El articulista del Abc preferido de nuestro padre se postula como nuestro candidato preferido. ¿Te lo imaginas de presidente? Es nuestra mejor opción, dado que sabe muy bien lo que se cuece en la industria parisina y seguirá los dictámenes que desde allí sus sabios consejeros le manden.

Esperaré a noviembre, hermano, y te contaré más detalladamente si por fin conseguimos enderezar las cosas. Mientras, cuídate y escíbeme cuando puedas.

Un abrazo muy fuerte de tu hermano, que te echa de menos,

F. Borja

LA LIBRE ELECCIÓN

Hacía casi ocho meses que no pisábamos la capital. Nada había mejorado, a excepción de una cierta esperanza que muchos de nuestros amigos emanaban al estar a las puertas de las elecciones. Se nos presentaba la oportunidad de acabar con todas esas intenciones reformistas con las que el Verrugas nos había amenazado, y no la íbamos a desperdiciar.

Aquel otoño, los muros de los edificios más representativos de la ciudad desaparecieron bajo una costra de sucia propaganda electoral que, noche tras noche, se engrosaba, pues cada partido pegaba su proclama sobre la de sus opositores, y así sucesivamente. En una pared hoy se leía «Viva el rey»; mañana, «Viva la República»; pasado, «Votad a las derechas», y al otro, «Votad a las izquierdas». Un verdadero mareo de información que a nadie convencía, ya que todos teníamos muy claro de qué pie cojeábamos. Entre los papelotes y las otoñales hojas que alfombraban las calles, las aceras amanecían como verdaderos estercoleros.

La mañana del 19 de noviembre, las cinco mujeres de casa, incluida Teresa, que iba con la pequeña Imelda en su cochecito, nos dispusimos ufanas a ejercer ese derecho al voto que por primera vez en España se nos había concedido. Si no hubiera sido por la presencia de mi padre, aquello hubiese parecido un verdadero matriarcado. Echamos de menos a los tres chicos, pero sus condiciones de preso, fugado y menor de edad les imposibilitaban acompañarnos.

A nuestro favor teníamos que mientras los partidos de derechas estaban decididos a pactar, los de izquierdas andaban a palos entre ellos. Por otro lado, la CNT aconsejaba la abstención y eso, sin duda, nos ayudaría aún más.

Los meses anteriores los había pasado leyendo todo lo que en mis manos caía referente al sufragio universal. Aquello era un hito en la historia y no era para menos. Cuando en la Constitución del treinta y uno a las mujeres se nos reconoció el mermado derecho de poder ser votadas sin votar, dudé de que un solo hombre accediese a elegir a un miembro del sexo opuesto para gobernar, pero me equivoqué.

Fueron Clara Campoamor, Margarita Nelken y Victoria Kent las que consiguieron ocupar sus primeros escaños, abriendo una gloriosa fisura en la que tendríamos que seguir profundizando.

Ser votadas y poder votar no fue fácil. Tuvimos que escuchar cosas tan absurdas como que nosotras solo éramos el vivo reflejo de la pasión, la emoción y la sensibilidad; que desconocíamos lo que era la reflexión o, lo que es peor, que el histerismo no era para nosotras una enfermedad, sino algo inherente a nuestra naturaleza, y precisamente por ello recurriríamos a nuestros maridos, padres o confesores para saber qué elegir.

La verdad es que detrás de aquel telón de menosprecio hacia el sexo femenino solo se escondía un temor: que el consejo de la Iglesia inclinase la intención de sus feligresas hacia las tendencias más conservadoras. ¡Qué estupidez pensar así! ¿O es que los hombres de izquierdas no tenían mujeres a las que manipular?

La indignación que me provocaba el saber que de nuevo se ponía en entredicho nuestro libre albedrío me carcomía las entrañas. Y lo peor era que la abanderada de aquellas obsoletas ideas era una congénere. ¡Dichosa Victoria Kent! Muy a su pesar, aquel día, por primera vez en la historia, siete millones de españolas elegiríamos nuestro destino. Meter la papeleta en la urna fue una verdadera satisfacción.

Pegados a la radio, impacientes, escuchamos las noticias. Tardaron en hacer el recuento, pero por fin el triunfo estaba claro. ¡La coalición de derecha no republicana había arrasado con doscientos diputados, los centristas de Lerroux habían conseguido ciento setenta y la izquierda al completo apenas un centenar! Por fin la Iglesia católica quedaría protegida de las incineraciones a las que se había visto sometida, quedaría abolida la dichosa reforma agraria que pretendía dejarnos en la indigencia e Íñigo y Jaime podrían entrar en España con la cabeza bien alta, ya que en el programa electoral se habían comprometido a dar la amnistía por los delitos políticos.

Era tanta la alegría que incluso nos atrevimos a soñar con la posibilidad del regreso de la familia real, algo que se nos borró de la mente al saber que Lerroux y Gil Robles habían pactado y, como mi padre vaticinó, don Alejandro, al ser centrista y menos radical, sería el nuevo presidente.

Aquel era un faro de luz que, si no fulgurante, había que mantener encendido como fuese. Lo celebraríamos en cuanto estuviesen todos definitivamente en casa.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, la apertura de las Cortes fue tranquila pese a los temores de muchos. La Virgen debió de ayudar a ello. Yo, como en otras ocasiones, fui la encargada de ir a recoger a Borja a la estación del Mediodía.

De camino a casa me contó mil y una cosas de nuestros amigos exiliados en París, a los que veía con frecuencia a pesar de la amenaza de expulsión de su rector si persistía en su afán de hacer novillos. Desde la cercana Versalles, la tentación de visitar la Ciudad de la Luz era grande y no se podía resistir. Allí se entretenía buscando novias para Íñigo y Jaime, y le preocupaba que, rezagados, llegasen tarde para cobrarse las mejores piezas, ya que las rondaban mil y un moscones. De vez en cuando, coincidía con las infantas, que nos mandaban recuerdos.

Cuando por fin se calló, pude hablarle de la sorpresa que le tenía preparada. Aquella misma tarde había quedado con Rafaela y su hermana Maruchi justo debajo del Nuevo Club, en el recién abierto café Ivory. Seríamos de los primeros clientes, ya que su dueño no pensaba hacer la inauguración oficial hasta finales de mes.

Sentados a la espera de que llegasen, no pudo disimular su impaciencia. No sabía si Rafa le había contestado a ese poema de amor que meses atrás le mandó mientras estaba convaleciente en el hospital, pero su aceptación a la invitación dejaba claro que alguna carta más entre los dos debían de haberse escrito.

Como Borja, ella también había cambiado mucho y, a pesar de ese dulce rostro añorado, su cuerpo ya era el de una mujer. A sus dieciséis años, sus hermanas mayores la debían de haber aleccionado sobre cómo resaltar sus virtudes sin parecer osada. Su traje de chaqueta color ciruela se ceñía a su diminuto talle con un cinturón. Y, discreta en sus aderezos, solo llevaba en la solapa un broche con la medallita del Sagrado Corazón, dos pendientes de perlas, un tono suave de carmín en los labios, medias de seda con costura trasera y medio tacón en sus zapatos.

Los primeros instantes en que se vieron uno sentado frente al otro resultaron comprometidos, ya que ella, tímida por naturaleza, apenas musitaba una palabra ante las chanzas y bromas forzadas de Borja.

Mi hermano evitaba la posibilidad de un incómodo silencio con mil palabras huecas, mientras ella hacía todo lo posible para no encontrarse directamente con su mirada. Centró su atención en una reluciente placa que había colgada a la derecha de la puerta de entrada. La voz del dueño nos interrumpió.

—No sé si la señorita logra leerla desde aquí, pero en ella he querido rendir un homenaje a los arquitectos que hicieron la obra. ¿No cree que se lo merezcan?

Asintió mientras el hombre, orgulloso, quiso seguir vendiéndonos el moderno local.

—Ahora hace frío y lo tengo cerrado, pero aunque no lo crean, cuando mejore el tiempo, el escaparate entero desaparecerá.

Consiguió captar mi atención.

—¿Quiere decir que toda esta pesada fachada de mármol, cristal y metal es como una persiana?

Asintió satisfecho:

—Fue su padre el que precisamente me puso en contacto con los ingenieros que diseñaron esa compleja maquinaria de fornidas poleas.

Borja no pudo evitar alardear sobre ello.

—No me extraña, ya que su pasión frustrada siempre ha sido la ingeniería industrial. ¡Si vieseis su despacho! Suele estar lleno de emborrnados planos que solo él entiende.

Rafa por fin se atrevió a intervenir:

—¿Y tú has heredado las mismas inquietudes?

No pude más que reírme.

—No, Rafa, a él la vocación por la milicia casi no le deja tiempo para pensar en otra cosa.

A Borja no le sentó bien el menosprecio. El dueño se despidió de nosotros invitándonos a todo lo que tomásemos esa tarde. Apenas se alejó, Borja de nuevo monopolizó la conversación. Rafa, ante la imposibilidad de meter una cuñita, de nuevo alzaba la mirada hacia los artesonados de exótica madera rojiza que cubrían los techos.

La inseguridad los coartaba y pensé que quizá tendrían que madurar un par de

años más antes de comprometerse. Nos despedíamos cuando la música ambiental de la radio cesó para dar paso a un comunicado. Desde detrás de la barra, el dueño subió el volumen. ¡Otra insurrección liderada por la FAI y la CNT en Aragón y La Rioja!

Me preocupé. La insurrección del Alto Llobregat, el drama de Casas Viejas y ahora esto. Estaba por ver cuántos huérfanos dejaban esta vez. ¡Algo había que hacer! O estaba claro que no cesarían hasta conseguir someternos a su temible comunismo libertario. ¿Qué libertad era esa que demandaban cuando el pueblo acababa de acudir a las urnas y ni siquiera les daban tiempo a constituir el nuevo Gobierno?

Nos despedimos de Rafa y de su hermana Maruchi. Esta última, sumamente alterada por la noticia, calmó su desasosiego zampándose en tan solo cinco minutos una caja entera de bombones.

Borja y Rafaela se despidieron fríamente aun sabiendo que probablemente no se verían de nuevo hasta el verano siguiente. Quizá entonces...

Pensaba distraída en cómo podría yo hacerles vencer esas inseguridades de juventud cuando a punto estuvo de atropellarme un coche oficial que salía disparado de las Cortes. No pudimos ver a su ocupante, pero, por lo fuertemente custodiado que iba, debía de tratarse del mismísimo presidente.

La llama del faro que prendimos en las pasadas elecciones empezaba inexorablemente a flamear. A la semana supimos que la terrorífica cifra de bajas se cerraba en ochenta y nueve muertos y más de ciento cincuenta heridos.

El día que aquella enfermiza niña llamada República cumplió tres años de vida nadie lo celebró con demasiado entusiasmo. Para intentar infundir ánimos, el presidente del Gobierno por fin se decidió a cumplir con su promesa electoral de otorgar la amnistía a todos los presos declarados enemigos de la República. Igual quedaban libres los alzados en armas en la «Sanjurjada» que los anarquistas y los comunistas. ¿Cómo podían comparar a nuestros hermanos con aquellos mequetrefes? El desconcierto fue tal que el presidente tuvo que dimitir.

Una semana después, allí estábamos la familia casi en pleno esperando expectantes a que la humareda de la locomotora del tren se disipase para localizar a los recién llegados. Aunque polvorientos, tostados por el sol, calzados con alpargatas y bastante desarrapados, los reconocimos de inmediato. Todos a una corrimos al encuentro de Íñigo.

Su aspecto no era tan preocupante como temíamos después de un año y nueve meses confinado en aquel desierto del Sahara. Jaime, que había vuelto nada más conocer la noticia de su amnistía, se fundió con él en un largo abrazo que apenas nos dejó espacio a los demás. Por fin liberaba ese cargo de conciencia que le había acompañado desde la noche que lo dejó atrás en la prisión.

Íñigo, ávido de noticias después de tanto tiempo aislado, se empeñó en ir a escuchar a Calvo Sotelo en la que sería su primera intervención como diputado del Congreso. Hacía una semana escasa que había regresado para ocupar su escaño, y todos suponíamos que tendría muchas cosas que decir a favor del rey.

No fuimos los únicos que tuvimos esa idea. Temerosos de haber llegado demasiado tarde, nos pusimos a la cola que había formada en la escalinata de las Cortes. A nuestra derecha e izquierda, los pétreos leones que nos escoltaban imponían más que respeto.

Tal y como se presentaban las cosas, conseguir un asiento de los pocos que dejaban al público para asistir a sus sesiones parlamentarias sería una verdadera odisea. El ujier de la entrada anunciaba el completo y nos rogaba al resto que despejásemos la zona cuando por el rabillo del ojo vi cómo Íñigo se dirigía a un hombre que, cruzado de brazos, observaba impertérrito todo lo que estaba ocurriendo. Le susurró algo al oído, el individuo asintió y mi hermano Íñigo le metió solapadamente un par de billetes en el bolsillo.

Aquel hombre nos hizo una discretísima señal para que le siguiésemos. Lo hicimos sin preguntar más. Yo ni siquiera había reparado en él, ¿cómo entonces mi hermano supo que se trataba de un guardia de seguridad camuflado? ¿Qué le habría dicho para sobornarle con tanta facilidad? La dureza con la que la vida lo había tratado últimamente debía de haberle aguzado los sentidos.

Atrás quedaban una docena de personas protestando a grito limpio. Tras los pasos de nuestro guía, dimos la vuelta a la fachada. Tenía las llaves colgadas del cinturón. Entramos por una discreta puerta que utilizaban los funcionarios. Ya dentro, recorrimos varios pasillos de servicio hasta llegar a unas estrechas escaleras que daban a la parte noble. Abajo se oía aún el murmullo de los visitantes que estaban a la espera de ser guiados. Al ser los primeros en entrar, elegimos los mejores asientos del gallinero.

Los diputados empezaban a ocupar sus escaños. Impresionaba pensar que en aquel hemicycleo de terciopelo vino burdeos se dirigía la vida y el destino de todo el país. ¿De verdad eran conscientes de su gran responsabilidad? La voz de mi padre disipó mis pensamientos señalando a un lugar preciso.

—Ahí está el hombre en el que tenemos que confiar para la instauración de la monarquía.

El término me confundió:

—Dirás restauración.

Negó:

—La restauración avivará el recuerdo de un pasado que nadie quiere revivir. Para muchos, restauración es sinónimo de retroceso. Si queremos que don Alfonso vuelva, tendrá que ser instaurado. Hay que convencer a todos de que la monarquía no es tan mala como piensan si corregimos los errores pasados.

A decir verdad, no entendí muy bien la diferencia entre los dos términos, pero me callé al ver subir a Calvo Sotelo al estrado. Saludó con siete palabras repletas de contenido: «Señores diputados, todo llega en la vida».

Nos quedamos a todo el debate, que, como siempre, acabó por ser frustrante, dado lo desasistidos que estábamos los monárquicos de Renovación Española.

A excepción de la noticia de la muerte del infante don Gonzalo en agosto, desangrado por la dichosa hemofilia en un leve accidente de tráfico junto a su hermana Beatriz, el verano transcurrió tranquilo. Por fin, desde hacía dos años, todos pudimos pasarlo juntos entre Villa Santillana, Lazcano y San Sebastián.

Borja se unió a nosotros después de haber compartido unas veladas trapenses con sus amigos en la abadía de Cîteaux de Dijon. Según mamá, aquellos ejercicios espirituales le habían venido muy bien para pensar si verdaderamente, una vez terminados sus estudios, seguía deseando ser militar.

Aquellas vacaciones, el pequeño se ganó el apodo del Pupas al aparecer un día en el balneario de Elgorriaga con una aparatosa venda en la cabeza. Lo que al principio nos alarmó, luego solo resultó tapar una diminuta brecha que se hizo al frenar el tren de golpe para no atropellar a un incauto.

Nunca se había comportado así, pero intuí que lo que pretendía no era otra cosa que impresionar a Rafa con su desdicha. Otro torpe juego de seducción frustrado, pues ella, aunque lo vio, siguió plácidamente bañándose junto a Elisa, hasta que ya cansadas de nadar salieron de la piscina y, envueltas en un albornoz, se acercaron a saludarle.

Entre pestaños y forzados galanteos, los dos jóvenes pasaron el resto del verano aprovechando cualquier ocasión para hacerse los encontradizos en el tenis, en las carreras de caballos por la playa, en los partidos de pelota vasca o jaleando a las traineras.

Al despedirse al final del verano, entre bromas y risas, Borja le prometió regresar pronto para cortejarla, y no admitiría un *no* por respuesta. Ante la pública propuesta, Rafa se limitó a sonreír. Aquel otoño del treinta y cuatro sería el último en que Borja nos dejara para volver a Francia y terminar, por fin, sus estudios.

Y no hacía ni dos meses de su partida cuando Rafaela, alarmada, le escribió para contarle entre otras muchas cosas cómo en su Asturias natal los mineros se habían alzado en armas invadiendo el palacio de su familia en Gijón. Apenas lo supo, Borja llamó a casa preocupado por si algunas de las cuerdas del endeble columpio en el que nos balanceábamos se hubiesen roto. Fui yo misma la que cogió el teléfono.

—¡El Alto Llobregat, Casas Viejas, La Rioja, Aragón y ahora Asturias! ¿Qué ha ocurrido en Oviedo, María? Dime la verdad.

Me extrañó que ni siquiera saludase. Procuré sintetizar para que la conferencia no le costase un ojo de la cara.

—Es curioso lo que te inquieta la política últimamente. ¿Te refieres a la huelga general convocada el pasado octubre? Tranquilo, no ha tenido el éxito que esperaban y, aparte de en Asturias, solo ha habido algún altercado en Barcelona.

Procuré evitarle los escabrosos detalles de lo acontecido en la costa cántabra.

—¡Figúrate que Companys llegó incluso a proclamar el Estado catalán en una república federal! Y has oído bien. He dicho *federal*, y es que aquí cada uno apellida a las cosas como le viene en gana. El caso es que las aguas se han amansado y España

sigue tan unida como antes. Si no te dije nada fue por no preocuparte.

Insistió:

—Bien, bien. Pero... ¿y en Asturias?

La niña de sus ojos le tenía en vilo.

—Allí no faltó un *prenda* entre los insurrectos. Anarquistas, comunistas, sindicalistas y socialistas a una la montaron bien montada. Dicen que Largo Caballero fue en la sombra el verdadero artífice de esta conjunción de almas, porque no acepta que la derecha haya triunfado en las urnas.

Su voz sonó un poco más pausada:

—Sé que arrancó el 5 de octubre, pero ¿tienes más detalles?

Intenté simplificarlo al máximo:

—Mientras los mineros se hacían con más de veinte cuarteles de la Guardia Civil, los de las milicias obreras se encargaron de los guardias de asalto que protegían Oviedo. Durante cuatro días, y como Atila en sus mejores tiempos, no dejaron títere con cabeza. Redujeron la ciudad a cenizas, quemaron la universidad, la biblioteca, el teatro Campoamor, y dinamitaron el tesoro catedralicio. No podía faltar un ataque a la Iglesia en toda regla. El caso es que en solo tres días consiguieron hacerse con casi toda Asturias y, lo más temible, con el dominio de las fábricas de armas de Trubia y La Vega. Diez días después de haber prendido la llama, el devastador incendio contaba con más de treinta mil obreros y mineros que bailaban al son de aquellas huestes endemoniadas.

—¿Y el Ejército?

Suspiré.

—Los pocos que allí están destacados intentaron aplacarlo, pero fue tan sorpresivo el ataque y tan grande el desbarajuste que pronto se replegaron para esperar refuerzos.

—¿Sabes algo de lo que pasó en Gijón?

Sonreí a sabiendas del porqué de su preocupación.

—Los de allí no tenían tantas armas como los de Oviedo, así que tuvieron que conformarse con hacer alguna que otra barricada, paqueos aislados y, eso sí, allanar algunas casas notables como la de los Revillagigedo. Poco más, ya que a los dos días atracó en su puerto el crucero Libertad y con solo un batallón los amedrentaron. Si es lo que te preocupa, te puedo decir que la madre de Rafaela ya ha recuperado su palacio. Oviedo, en cambio, fue harina de otro costal.

Le oí resoplar al otro lado del hilo telefónico.

—¿Es que no se ha acabado? ¿Es que no se dan cuenta de que muy pronto saldrán de allí para tomar el resto de España? Tengo que regresar, María.

—En todo caso, seríamos nosotros los que nos iríamos contigo.

—Eso es cobardía. ¿Qué dice Íñigo?

—Espera órdenes de sus superiores. Tranquilízate. Al parecer el Gobierno está resuelto a adoptar medidas enérgicas. Por ahora, han llamado a los generales Goded y

Franco para que terminen con ellos desde el Estado Mayor. Dicen que ambos conocen el terreno y tienen experiencia en este tipo de revueltas. Por lo poco que Íñigo me cuenta, se están planteando traer a la Legión y los Regulares desde Marruecos como refuerzo. Espera a ver cómo termina todo esto y ya te diremos.

Se indignó:

—No sé si podré esperar aquí cruzado de brazos. ¿Es que no ven que esta huelga no es más que un golpe de Estado camuflado? Un sangriento atentado contra esa democracia por la que todos piaban. Y pensar que el rey se fue para evitar el derramamiento de sangre de cualquier español.

Suspiré.

—Confiemos en que todo termine pronto.

Gruñó:

—Muy confiada te veo cuando solo se necesita una leve brisa para que las ascuas, con el descontento general, enrojezcan y vomiten llamas. Me temo muy mucho que este fuego no se podrá extinguir tan fácilmente como los anteriores. Ya verás como las lenguas de fuego de esta insurrección terminarán por calcinar España.

Intenté calmarle:

—Cualquiera diría que estás leyendo el *Apocalipsis*. No será para tanto cuando papá, con lo precavido que es, nos sigue teniendo aquí. Te mantendré informado si pasa algo nuevo.

Comenzamos a tener interferencias y aceleré la despedida.

—¿Tienes pensado venir pronto?

Le oía entrecortado:

—¡Mucho antes de lo que te puedas imaginar! ¡Ya he conseguido la segunda bola negra del rector! No digas que he llamado, que luego me regañan por todo lo que gast...

Se cortó. Con el auricular aún en la oreja pensé en sus últimas palabras. ¿Segunda bola negra? ¿Significaba eso que le habían echado del colegio? Si era así, mis padres aún no estaban enterados. La voz de la telefonista me comunicó que, si quería seguir con la conversación, tendría que esperar debido a la demora. Lo dejé, segura de que, si era así, muy pronto lo tendríamos de regreso.

Versalles, noviembre de 1934

+

Querida Rafa:

Otra vez la distancia me consume, y más cuando leí tu carta al llegar de París y me enteré de la revolución de tu Asturias natal. Sé por experiencia cómo os debisteis de sentir ante la posibilidad de que os arrebatasen el palacio de Gijón porque, aunque no lo creas, desde el advenimiento de la República nuestro padre parece estar preparándose para que la calamidad no le coja desprevenido y, aun sin quererlo, a

veces nos contagia sus temores.

Estaba preocupadísimo por ti y antes de sentarme a contestarte he llamado a María. Es ella la que me ha tranquilizado al decirme que este terrible maremoto ya ha pasado. ¡Qué barbaridad! ¡Creo que se ha llevado por delante la vida de casi dos mil personas! Y yo me pregunto... ¿Por qué se empeñan en cambiar de nombre a las cosas si por su magnitud aquello fue un golpe de Estado en toda regla? Lo siento por los cuatrocientos guardias civiles, por los de Asalto y por los martirizados sacerdotes que murieron intentando calmar las aguas. ¡Solo espero que los tribunales juzguen como es debido a los veinte mil detenidos que tienen en los calabozos! Aunque dice María que ya han soltado a muchos de ellos sin apenas interrogarlos por lo desbordados que están. Parece que impunidad y anarquía andan de la mano, y así nunca podremos salvar a España de esta debacle.

He sentido muchísimo no haberlo sabido antes para haberte podido animar durante esos largos días de angustia. De todas maneras, no hay mal que por bien no venga, y sin ser consciente me has hecho un inmenso regalo. Saber que al menos en los momentos de desasosiego piensas en mí me halaga, pero... ya sabes que soy ambicioso. Quiero más y no me conformaré con ser para ti un mero confidente epistolar.

Sé que una vez más me vas a contestar que corro demasiado, que aún somos jóvenes y que tenemos mucho tiempo para conocernos mejor, pero yo, por mucho que lo intento, no puedo poner freno a esta desazón a la que me sometéis. Desde el primer día que te vi allí, agazapada entre tebeos y libros en la cuesta de Moyano, supe que eras diferente a todas las mujeres que antes había conocido, y cada carta que me escribes me lo corrobora.

En el trayecto en tren de París a Versalles suelo mirar al campo y regodearme en estos paisajes pensando en ti, sin tener aún muy claras tus verdaderas inclinaciones hacia mí.

El último día que nos vimos apenas pude esperar a que te quitases los guantes para tenderte la mano, y en esa décima de segundo que duró nuestro casto saludo disfruté acariciándote con mi pulgar. Cerrando los ojos, aún hoy imagino el tacto de tu piel en la mía y un extraño cosquilleo me atraviesa el estómago. No veo el momento de volverlo a experimentar, y, sin embargo, cada vez que sueño con que algún día esa efímera caricia se prolongará, me asalta el recuerdo de nuestra última despedida. Fui todo lo respetuoso que pude al rozarte, pero a ti te bastó un segundo para poner distancia entre los dos. Sin duda fue por esa timidez que te caracteriza y que a mí me enloquece. Sonrojada, disimulaste, y con suma delicadeza para no despeinarte, te quitaste las peinas que te sujetaban el sombrerito. Una ráfaga de viento te despeinó y yo me permití la licencia de apartarte un mechón de la frente. Aún guardo el tacto de tu melena entre mis dedos. Como ves, evocar tus recuerdos me da fuerzas para seguir adelante en este exilio educacional al que mi padre me tiene sometido.

He pensado mucho en ese día. Quizá hablé demasiado de banalidades, de deporte, de la política y otras muchas cosas que tal vez a ti no te interesen demasiado. Perdóname si te incomodé, pero es que no sabía muy bien cómo hacerte ver lo que sentía sin pronunciar una sola palabra ante la exasperante expectación de nuestras hermanas. ¡Dichosas chaperonas! Si nos hubiesen dejado a solas tan solo un segundo, te hubiese susurrado al oído las mil cosas que no me atrevo a escribir. Esas que sin tenerte frente a mí soy incapaz de pronunciar. Podría habértelo demostrado si me hubieses sostenido la mirada un instante, pero tampoco lo hiciste. Supongo que fue más por evitar una situación incómoda que nos comprometiese que por tu propia voluntad, pero ahora más que nunca necesito que me lo aclares. Sobre todo después de habernos despedido como simples amigos.

Rafa, dame una esperanza para seguir atizando este fuego. Una brasa incandescente que me ilusione lo suficiente como para seguir soplando y poder encender por fin esta llama contenida que me arde en las entrañas, sobre todo ahora que vuelvo a Madrid para siempre. Sí, Rafaela. No me siento orgulloso de cómo lo he logrado, pero no me han dejado otra opción. Si tú confías en mí para escribirme sobre tus desvelos, yo también quiero hacerte partícipe de mis secretos. Mi última escapada a París sin permiso del rector me ha costado otra bola negra. Es la segunda y la que, según las ineludibles normas del colegio, los obliga a mi expulsión. No sé cómo se lo tomarán en mi casa, pero a mí me basta para hacer ver a mi padre, por fin, que no sirvo para estudiar Derecho, como le hubiese gustado. Quizá ahora me permita seguir los pasos de mis hermanos en la milicia. Ya veremos...

Espérame hasta entonces. Otro casto beso.

F. Borja

BARNIZ DE MELANCOLÍA

Temí el castigo que nuestro padre impondría a Borja por su pésimo comportamiento. Me sorprendí al comprobar que no hubo más reprimenda que la de solicitar su ingreso en el internado del colegio de los agustinos de El Escorial para que preparase el examen de ingreso en la academia militar. ¿Y su brío de antaño? ¿Qué fue de su interés porque estudiase Derecho? Si alguno de los mayores hubiésemos sido expulsados de un colegio, habría sido durísimo.

La edad y las preocupaciones le estaban mellando. Ya solo le quedaban fuerzas para implorarnos templanza e indiferencia cada vez que algún follonero nos insultaba con ganas de pelea. Y es que aquellos desalmados, cargados de prejuicios y a sabiendas de la impunidad creciente, aprovechaban la mínima oportunidad para dar rienda suelta a sus peores instintos.

Fue ese temor precisamente el que nos tenía achantadas. Un miedo que terminó por restringir solapadamente nuestras salidas al centro. El mismo que nos obligó a quedar en casa de las amigas en vez de en el parque del Retiro, las verbenas o los paseos. El mismo que aquellas Navidades impulsó a mi madre a escatimar en adornos navideños en las fachadas por si llamábamos la atención. Como si aquel palacio mudéjar en pleno paseo del Prado número dieciocho fuese a pasar desapercibido por ello.

El día 24 cenamos temprano para poder escuchar de boca del reverendo Alegre la misa del gallo y comulgar. Por extraño que pudiese parecer, nos acostamos pronto porque queríamos estar descansados para al día siguiente celebrar el nacimiento de nuestro Señor en casa de los Alburquerque. La multitudinaria comida de Navidad que habían organizado en el campo para todos nuestros amigos monárquicos, alejados de la gran ciudad, nos daría un respiro para escuchar música, cantar y bailar sin temor a incomodar a nadie.

No faltaba un amigo, y desde un principio vimos claro el afán de muchas niñas por encontrar un buen partido entre los invitados. Nuestros mayores, sentados todos juntos a una mesa, vigilaban expectantes nuestros paseos al bufé y qué mesa elegíamos para tomar asiento.

Fueron varias las que, incapaces de disimular sus querencias, hicieron malabares para coincidir con Íñigo y Jaime mientras ellos, plato en mano, huían de cualquier compromiso demasiado serio. Fue entretenido comprobar su habilidad para zafarse del acoso al formar un corrillo de amigos en el que el monopolio sobre política, caza o milicia en las conversaciones terminó por hacerlas desistir.

Al contrario que ellos, Borja se esponjaba sentado entre cinco señoritas que le reían todas las gracias. Tonteaba con unas y otras sin dejar de vigilar la entrada.

Esperaba a alguien que ya en los postres se retrasaba. El flirteo se eclipsó en el preciso instante en que vio entrar a las hermanas Revillagigedo al completo.

Rafa llevaba el mismo vestido de muselina blanca con topos que hacía muy poco yo había visto entre los patrones del libro *El corte de París*, de Lizarriturri, un discreto collar de perlas y, sobre los hombros, una capelina de color castaño. Llevaba recogido el pelo a ambos lados de las sienes y su rostro, despejado, era el de un verdadero ángel.

Borja, que ya estaba un poco piripi, no dudó un segundo en dejar a sus entusiastas compañeras de almuerzo para ir a saludarla. Pitillo en una mano y copa en la otra, le plantó un beso en cada mejilla. A lo que ella respondió con una tímida bajada de mirada. El viaje desde Madrid en un solo automóvil y embutida entre sus hermanas hizo que se le durmieran las piernas y necesitaba estirarlas. Encaminó sus pasos hacia el jardín mientras él, incapaz de contener su impulso, apenas esperó unos segundos para seguirla. No pude evitar salir a cotillear.

Atardecía cuando entre los setos los oí charlar animadamente. La confidencialidad de sus cartas había conseguido mermar aquella timidez enfermiza que la caracterizaba en un principio.

—Ya verás, Rafa, en el monasterio de El Escorial estudiaré como nunca lo he hecho para ingresar en la academia militar. Estoy deseando vestirme de cadete de caballería, y cuando tenga mis cordones rojos, lo primero que haré será llamarte para pasear de tu brazo hecho un figurín.

—¿En caballería? ¿Puedes montar después de tu accidente?

Se agachó y se alzó la pernera del pantalón para alardear de cicatrices. La delgadísima canilla no pareció acomplejarle en absoluto. De pie, en equilibrio y a la pata coja, dio una vuelta alrededor de ella.

—¿Lo ves? Estoy prácticamente recuperado y amo todo lo que suene a equino, así que ¿por qué no hacerlo?

Tropezó y fue ella la que lo sujetó para que no se diera de bruces contra la fuente. Él aprovechó la oportunidad para abrazarse fuertemente a Rafa. De nuevo ella lo empujó suavemente para salvar las distancias. Contrariado y cabizbajo, se frotó la pierna.

—A ti no te puedo esconder que aún me duele a veces, pero guárdame el secreto o tendré problemas para pasar las pruebas médicas de acceso.

Al asentir, él aprovechó para mirarla fijamente a los ojos, besarla lentamente en la mejilla y susurrarle al oído:

—¿Habría alguna posibilidad de por fin quedar contigo a solas?

Pude percibir cómo ella, mirando sobre su hombro y sin atreverse a contestar, buscaba desesperadamente la aparición de una tercera persona que la liberase de tener que responder a Borja. Aquellos ojos azules rezumaban retraimiento.

¡El botarate se estaba precipitando de nuevo! Sin pensarlo dos veces, decidí ayudarla a pasar el mal trago saliendo de entre los parterres. Llevaba dos copas de

champán en las manos y se las tendí.

—¡Me alegro de encontraros!

Aliviada por mi oportuna aparición, suspiró soltando todo el aire que en sus pulmones había almacenado por la tensión y tomó una para darle un sorbo. Cristina apareció por el otro lado de la fuente.

—¡Aquí estabais! Menos mal, porque la orquesta me estaba dando un dolor de cabeza... Llevo tanto tiempo enclaustrada en la paz del rezo y el silencio que me aturullo entre tanto gentío. Estos acontecimientos solo me sirven para reafirmarme en mi decisión de profesar.

Si los pensamientos se oyesen, el grito de Borja nos hubiese dejado sordas: «¡Inoportunas! ¡En mala hora venís a incordiar!».

Borja y yo nos conocíamos bien y mi sarcástica sonrisa le demostró que yo no acababa de llegar. Aunque enfadado, no pudo hacer otra cosa que disimular.

—Cristina, te presento a Rafaela. Te gustará porque es cristiana, muy devota y de comunión diaria. Rafaela, esta es mi hermana Cristina, que como te ha dicho aborrece las multitudes y no ve el momento de encontrar la paz de un claustro.

Rafaela le dio dos besos, e intentando ser afable metió la pata del todo:

—¿No estabas con las benedictinas francesas?

Cristina sonrió.

—Tú lo has dicho: estaba, pero por circunstancias que no vienen al caso tuve que regresar a casa.

Borja la interrumpió:

—Lo dices como si fuese un sacrificio. ¡Con las ganas que tenía yo de despedirme de una vez por todas de los gabachos! A ver si descansas y das con esa regla que cumpla tus exigentes expectativas y te permita ingresar. Porque, a este paso, lo tuyo acabará por convertirse en la vocación más abnegada.

Cristina le contestó crispada:

—Ya he dado con ella. No busco porque mis rezos han sido escuchados.

Recitó de memoria uno de sus poemas:

*¡Hazlo tú todo en mí! Que yo te sienta
ser en mí dirección y disciplina.*

*Hazlo tú todo en mí. Que estoy sedienta
de ser canal de tu virtud divina.*

Y añadió:

—Don Cipriano me ha guiado con sus sabios consejos y, si todo va bien, muy pronto ingresaré en el convento de las jerónimas de la calle Lista. Tengo la intención de tomar los hábitos en el mes de la Virgen.

Miró a Rafa.

—Puedes venir, si quieres, a mi ordenación.

Rafaela sonrió.

—No faltaré.

Borja supo entonces que, con solo dos palabras, la niña de sus ojos se la había ganado. Los cuatro regresamos al salón, donde él no perdió la oportunidad de presentársela a mis padres, a nuestra hermana Teresa y a Íñigo.

De regreso a casa, pensativo y callado, escuchó a Elisa comentar la buena impresión que Rafaela había causado a nuestros padres y que los mayores apenas habían sacado a una sola niña a bailar. No añadí nada al respecto, pero esperaba que con el tiempo Borja fuese correspondido por ella como se merecía.

Para sorpresa de todos, acostumbrados a sus suspensos desde no recordábamos cuándo, aprobó a la primera su ingreso en la academia en Salamanca. No sabía aún los resultados de sus exámenes cuando encargó el uniforme. Pendía de una percha fuera de su armario para poder tenerlo permanentemente a la vista.

El día que recibió los resultados le faltó tiempo para estrenarlo y salir a la calle a lucirlo. Íñigo le recordó la recomendación que recientemente les habían hecho, después de los altercados de Alcalá de Henares, de no salir uniformados si no era estrictamente necesario. Allí un grupo de exaltados amenazaron de muerte a los oficiales de caballería y a sus familias, pero a él aquello no le importó en absoluto. ¡Cómo poner cortapisas a todos aquellos sueños de juventud! Desde aquel día, el resto de sus trajes de chaqueta quedaron relegados al olvido más absoluto en un rincón del armario.

Y pasaron las estaciones. Una mañana de finales de septiembre, en uno de sus permisos, salí tras mi hermano pequeño con la esperanza de que hubiese quedado con Rafaela, pero nuestro cadete encaminó sus pasos hacia la calle Carretas para meterse en un oscuro local donde yo no me atreví ni a asomar la nariz.

Ingenua de mí, al principio pensé que quizá habría quedado con aquella pizpireta modistilla que le hacía de pareja en una academia de baile a la que me comentó que asistía. En el segundo piso podía leerse el cartel que la publicitaba.

Estaba a punto de regresar sobre mis pasos cuando me detuve en seco al comprobar que en el mismo portal entraba una mujer sospechosa de latrocinio. Esperé en silencio y a una distancia prudencial para verificar que no era la única. Muy tonta tenía que ser para no darme cuenta de que aquel cartel simplemente era una tapadera para ocultar otro tipo de negocio. Uno de aquellos en los que iniciaban a los jóvenes en todo tipo de artes amatorias para saciar sus apetitos más bajos.

Al principio no quise darle más importancia de la debida, pero no pude evitar preocuparme al comprobar que no había un fin de semana en que no las visitase. Por su asiduidad, debía de haberse convertido en uno de sus alumnos «de baile» más aventajados.

Sin saber muy bien cómo atajar el tema, recurrí a Íñigo para que le llamase al orden.

—Tienes que hacer algo. En cuanto llega de permiso, corre a ese antro que tan enganchado lo tiene. Una canita al aire tiene un pase, pero él está preso de la lujuria

más absoluta. Tanto que hace más de cuatro meses que ni siquiera intenta ver a Rafaela.

Íñigo procuró tranquilizarme.

—Menos mal, hermanita, que cuando los mayores comenzamos con nuestras andanzas, tú nunca lo supiste. Ten en cuenta que todo esto es nuevo para él. Te puedo asegurar que en muy poco tiempo comenzará a buscar otras cosas diferentes.

Me indigné:

—¿Te refieres a otro lupanar de esos?

Sonrió de nuevo.

—¡Qué palabra tan rebuscada! Ya es mayorcito y tú no deberías espiarle. ¿O es que crees que en Salamanca no hay lugares parecidos?

—¡Allí no le dejan salir del cuartel con tan poco control!

Suspiró.

—Déjalo estar. Es lógico que le tiente la novedad. Se cobrará todas las piezas que se le pongan a tiro hasta cansarse, y entonces se relajará. Hazme caso. Siempre es mejor que un hombre pruebe todo tipo de néctares antes de matrimoniar que echarlos en falta después de casado.

Me irrité ante tanta relajación:

—¡Como si eso fuese una garantía! Si sigue así, perderá la oportunidad de encontrar a una buena mujer. Pero claro..., es más fácil pagar que dedicarse a conquistar a una niña de las que nos gustan.

Íñigo sonrió ante mi ingenuidad.

—Te sorprendería la cantidad de conocidas que, jugando a virtuosas señoritas, son tiernas de inglé. Tranquilízate, que todos hemos pasado por esto y sabemos muy bien diferenciar a las mujeres dignas de las que no lo son.

Negué:

—La entrepiera os puede. Borja es tremendamente impulsivo y el mundo está cuajado de desafortunados enlaces.

Los pasos del aludido acercándose por el pasillo nos obligaron a callarnos. Al verle entrar, Íñigo arqueó las cejas y musitó:

—No quieras ser nuestra madre, María.

Le contesté rápido:

—¡Pues no pienso quedarme cruzada de brazos!

—No voy a seguir discutiendo porque a terca no hay quien te gane, hermanita.

Cansada de su comportamiento, que no cambiaba, una tarde de finales de octubre cogí por banda a Borja para que me acompañase a un anticuario. Quería que me diese su opinión sobre una espada que había localizado y que quizá pudiésemos regalar a nuestro padre en su próximo cumpleaños. No era fácil regalar a quien prácticamente todo lo tenía, pero aquello le gustaría para engrosar su importante colección de armaduras. Por otro lado, y en secreto, Elisa recogería a Rafa y a alguna de sus hermanas para simular un encuentro fortuito. Quizás verla de nuevo le haría olvidar

sus perniciosos quehaceres.

Nada más sonar la campanilla anunciando nuestra entrada, el anticuario, que estaba sentado al fondo, levantó la mirada por encima de sus gafas. Sobre la mesa isabelina tras la que estaba había mil objetos a la remanguillé, pendientes de etiquetar. Cerró el libro antiguo en el que se concentraba como si fuese un espécimen de mariposa en extinción, y se levantó despacio.

—Este incunable me tiene absorto desde hace varias horas. ¿Qué los trae por aquí?

Apoyándose en un precioso bastón de caoba se acercó a nosotros.

—Venía a ver la espada que me enseñó hará dos semanas.

Haciendo memoria asintió y encaminó sus arrastrados pasos hacia una vitrina. Con mucho cuidado para no tirar la colección de cajitas de porcelana que cubría las dos coquetas a ambos lados del estrecho pasillo, le seguimos. Abrió, no sin dificultad, la herrumbrosa cerradura, desenfundó la espada y nos la mostró.

—De estos y otros vestigios que venden los arruinados para subsistir nos abastecemos los anticuarios.

Tomó la ficha que había debajo de la vitrina.

—Esta en particular viene de la quiebra de los duques de Osuna. Como ven, es un hermoso estoque de plata con motivos vegetales. Pertenece a la escuela italiana y está catalogado como el que el papa Inocencio VIII le regaló al II conde de Tendilla cuando acudió a Roma como embajador de Fernando el Católico. Data de 1486.

Borja la acarició.

—¡Por cierto! Ahora que lo pienso, si no se la quedan, llamaré al duque del Infantado. Don Joaquín seguro que estará interesado, ya que suele comprar todo lo que haya pertenecido a sus antepasados.

No pudimos evitar mirarnos en silencio, sabiendo que si le revelábamos que éramos sus hijos, con toda seguridad nos subiría el precio. Sin darle tiempo a más divagaciones, cerramos el trato rápidamente.

Andaba ya empaquetándolo cuando de nuevo sonó la campanilla. A nuestra espalda oímos un batiburrillo de voces. Eran Elisa y tres de las hermanas Revillagigedo, que como por sorpresa paraban en el mismo anticuario. Rafaela, sin reparar en nuestra presencia, corrió a una mesa camilla.

—Mirad este mantón. ¡Cómo se parece al de mamá! Si no fuese porque ayer mismo lo llevaba sobre el brazo al salir a cenar, diría que es el suyo.

El anticuario, entregándonos la espada ya empapelada, se dispuso a atender a las recién llegadas.

—Pues está claro que no lo es, ya que este lleva aquí más de dos años. ¿Quiere que le diga de dónde procede exactamente?

Bajo el tapete encontró la ficha.

—Aquí está todo perfectamente inventariado porque yo, señorita, nunca compro nada de dudosa procedencia.

Rafa, azorada, se explicó:

—No me malinterprete. Es uno de los que más me gustan y me ha extrañado encontrar otro tan exacto.

Borja la miraba, medio escondido entre dos estanterías. Con su despiste de los últimos meses, cayó en la cuenta de que ella aún no le había visto uniformado. Y se dejó ver, como si entrara en escena.

—¡Qué casualidad, Rafa! Si te gusta, te lo regalo.

Su hermana Maruchi pegó un brinco.

—¡Cómo estás de guapo de uniforme!

Borja, alzando la cabeza, se pavoneó:

—Solo me falta lucirlo por el paseo del Prado del brazo idóneo. Rafaela, ¿quieres acompañarme? Me lo prometiste la última vez que nos vimos.

Ella se puso a la defensiva.

—¿Con las hermanas?

Borja torció el gesto.

—No era mi idea, pero si no hay más remedio...

Rafa, ahora sentada sobre una mecedora, se fijó en un extraño cartel que anunciaba una exposición ya pasada del museo Moma de Nueva York. El cuadro que lo ilustraba nada tenía que ver con los bodegones y escenas clásicas que pendían de las paredes de su casa.

El anticuario se ilusionó al comprobar que reparaba en él.

—¿Qué le parece?

Ladeó la cabeza concentrándose. Contestó sin miedo a pecar de poco entendida:

—Sinceramente, no le encuentro sentido. Esos relojes derretidos, la mosca, las hormigas y el mar. Es como si el pintor quisiese plasmar extraños sueños. Dicen que la depresión mundial en la que estamos estimula a los artistas para reflejar sus sentimientos, pero no tengo ni idea de lo que este puede querer plasmar en el lienzo.

El marchante lo explicó:

—El autor lo tituló *La persistencia de la memoria*. Tan solo pretende desafiar el paso del tiempo. ¿Sabe algo del surrealismo? Es de un joven catalán llamado Salvador Dalí. Promete. No hace mucho que tuve la oportunidad de conocerle en la Residencia de Estudiantes. Muy al contrario que muchos de sus amigos, que basan su producción artística en una determinada ideología política, él no trata de convencer a nadie de nada.

Borja le interrumpió:

—¡Como deberían hacer todos los artistas de verdad! El arte es una cosa y la política, otra muy diferente. A Dalí le conocí en un café de París y es tremendamente excéntrico.

Rafa asintió sin separar la mirada del cartel. Los pensamientos se le escaparon en forma de un susurro demasiado audible.

—Pues para mí que debería ir al oculista.

El anticuario se rio a carcajadas.

No pude evitar intervenir:

—Todo va por modas, y supongo que a esta también nos acostumbraremos. ¿Os acordáis de la Belle Époque? Vosotros erais aún niños, pero yo todavía recuerdo cómo, a pesar de que al principio le costó subirse a ese carro, mamá terminó por vestirse como las mujeres del resto de Europa, peinarse como ellas e incluso bailar a su ritmo.

Borja, ya en la puerta, nos acució.

—Vamos, niñas, que tengo prisa y no creo que este sea el mejor lugar para estar de charleta.

Nos despedimos del anticuario, cogimos el paquete y nos dispusimos a salir dejándole con ganas de más conversación. Elisa nos animó:

—¿Nos tomamos algo en el café Gijón? ¿Qué mejor lugar para tanta asturianina? Quién sabe, lo mismo incluso vemos a Celia Gámez. Allí podemos comentar una revista italiana que llevo en el bolso donde hablan de todos los pormenores de la boda de don Juan en Roma.

Las Revillagigedo asintieron entusiasmadas. Las bodas de la familia real últimamente daban para mucho cotilleo. Aquella sería la tercera que celebraban ese año después de la de doña Beatriz con Alessandro Torlonia, ese mismo enero, y la de don Jaime con María Emanuela de Dampierre, dos meses después.

Borja, ante el cariz que tomaban las cosas, debió de cambiar de idea y, dándose un golpe en la frente con la palma de la mano, me interrumpió.

—Mañana me lo cuentas, hermanita. Me voy al gimnasio. Perdona, Rafa, pero acabo de recordar que había quedado con un amigo. Lo siento de verdad, ya quedaremos otro fin de semana que venga a Madrid. Me hubiese gustado mucho acompañaros, pero me esperan para un combate de boxeo y no puedo dejar plantado a mi contrincante. Es un deporte que me ayuda a desfogarme de la tensión que tenemos en la academia.

Inclinando la cabeza se despidió de todas en general, sin dar un mínimo trato de preferencia a Rafa como en tantas otras ocasiones. Al no llevar la bolsa de deporte no pude evitar taladrarle con la mirada. De sobra sabía que no sería pegando puñetazos como se disponía a relajarse. Aún cascabeleaba la puerta cuando se dio la vuelta.

—Rafaela, en mi próximo permiso te llamo sin falta.

Ella se limitó a asentir, mientras que yo contuve el impulso de pegarle un buen pescozón. En fin, como Íñigo había dicho, sería cuestión de esperar a que el inconsciente sentase la cabeza. Al fin y al cabo, los cotilleos de la sociedad no eran lo que más le podía importar.

Salamanca, 9 de noviembre de 1935

Querido Jaime:

¿Cómo van las cosas por Alemania? Me han dicho que has comprado varios

edificios de pisos en Berlín para alquilar y que ahora estás pensando en invertir en una fábrica de maquinaria. Solo te digo que papá está entusiasmado con la idea. Tiene la mesa del despacho llena de planos de antiguos inventos de los suyos que desea patentar y empezar a construir. No sé cómo se hizo abogado pudiendo haber sido ingeniero industrial. ¿Y tus clases de piloto? ¿Tienes ya el título? No sabes cómo chuleo con las salmantinas cuando les cuento que muy pronto tendré un hermano aviador. Cuando les digo que tu instructor fue alumno del mismísimo Barón Rojo, caen rendidas a mis encantos.

Y hablando de encantos, ¿qué tal las germanas? Supongo que se dejarán un poco más que las españolas. Estoy deseando que vengas y me cuentes todo sobre sus complacencias, porque aquí, en casa, con tanta hermanita acechando, es complicado despistarse. Sobre todo cuando se empeñan en ennoviarme con una niña muy especial que por extraño que te parezca sigue haciendo lo imposible por mantener las distancias. Es lo que tienen las niñas bien. Hablaría con Íñigo de estas cosas, pero María anda dándole la lata para que me guíe por el buen camino y no quiero comprometerle. A ver cuándo te dignas a venir a vernos y me asesoras sobre cómo conquistar a una señorita en particular que me tiene loco, porque a las otras ya las tengo dominadas.

Lo dicho, hermano, ven pronto, que te echo de menos. Un fuerte abrazo.

F. Borja

LA PENÚLTIMA CACERÍA

Durante los siguientes meses intentamos aparentar tranquilidad a pesar de que aquel fino velo de temerosa prudencia se iba engrosando. ¿No vivíamos en una España democrática y libre? ¿Por qué entonces ese miedo a expresar públicamente lo que pensábamos?

Me enervaba comprobar cómo algunos de nuestros conocidos terminaron por acostumbrarse a llevar aquella mordaza con tanta naturalidad. ¿Es que no se daban cuenta de que voluntariamente se estaban sometiendo a aquel violento enmudecimiento? Si seguíamos así, solo sería cuestión de tiempo el que los monárquicos quedásemos relegados al ostracismo más absoluto.

Nuestras esperanzas de triunfo cada vez se veían más mermadas; sobre todo desde que la coalición de toda una derecha unida se vio frustrada al no querer ni los de la Falange ni los agrarios unirse con los demás partidos. Ni siquiera los argumentos de hombres tan insignes como Benavente, Pemán, Ramiro de Maeztu o el mismo Julio Palacios consiguieron convencerlos. ¡Los muy zoquetes! ¿Es que no se daban cuenta de que así nunca lograríamos gobernar?

La esperanza que en un principio depositamos los jóvenes en nuestros políticos se desmoronó. Azaña, Lerroux, Martínez Barrio, Samper, Chapaprieta o Portela, ¿qué más daba el nombre del presidente en cuestión? Por la velocidad vertiginosa en que se sucedían, eran como cuentas de un collar a punto de romperse. En apenas cinco años de República ya habíamos pasado por once Gobiernos y prácticamente ninguno había conseguido traernos la paz.

Y llegó el día en que Calvo Sotelo, aquejado de la dolorosa ciática que le produjo la infructuosa lidia, comenzó a preparar lo que sería un definitivo golpe de timón. Los nombres de los generales Franco, Fanjul y Goded se susurraban como sus adalides, pero resultó que estos no se sintieron preparados y, sin negarse a ello, le rogaron paciencia. Después de aquello, solo nos quedó la alternativa de acudir de nuevo a las urnas en febrero. Sabe Dios que, al contrario que otras veces, esta lo hacíamos como corderos rumbo al degolladero.

Aquel día se demostró que, desgraciadamente para las mujeres, en las elecciones pasadas no fuimos las que dimos la victoria a la derecha, porque en estas ganó la izquierda y el Frente Popular de nuevo entronizó al Verrugas.

Mi padre decidió desquitarse de la reciente debacle organizando una montería en Viñuelas. Quizá fuese la última que podríamos dar y no íbamos a desperdiciar la ocasión. Si definitivamente el Gobierno de izquierda conseguía aprobar la reforma agraria, probablemente ese fuese el último grato recuerdo al que poder asirnos en tiempos venideros.

Los preparativos nos tuvieron tan entretenidos que apenas encendíamos la radio o abríamos un periódico. Aquel sábado me levanté al amanecer para dar mi matutino paseo a caballo antes de que los invitados empezasen a llegar. Pocas cosas me brindaban más libertad que galopar por entre las encinas, persiguiendo manadas de gamos, o sobre los cantos rodados del arroyo, salpicándome de su frescor.

Me acercaba a las cuadras al paso cuando oí el motor del primer automóvil. Tras él venían el resto de los invitados. Bajo el cenador del jardín, los secretarios, lista de invitados en mano, escribían sus nombres en las papeletas que *a posteriori* meterían en un sombrero para hacer el sorteo de puestos.

El olor a migas con chorizo, café y pan recién horneado que habían preparado para el taco entre los setos de boj me abrió el apetito. Desde lejos pude distinguir a Rafa, Maruchi y Victoria Revillagigedo. Venían vestidas prácticamente igual, con unos zapatos de cordones abotinados hasta el tobillo, faldas pantalón, blusas blancas rematadas con puntillas y sendas capas austriacas. En lo único que probablemente se diferenciaban era en los broches de plumas, perdices, cochinos o cartuchos que llevaban cosidos a las cintas de sus sombreros.

Sentada a la amazona sobre la silla, me fue fácil liberar la pierna derecha de su corneta y descabalgá. Sin esperar al mozo de cuadras, yo misma aflojé la cincha a Epona, le di un terrón de azúcar que llevaba en el bolsillo, unas palmadas en el cuello, la besé en los morros y la llevé al abrevadero. Aquella yegua hacía tiempo que se había convertido en mi más discreta confidente.

Me dirigí a los vestuarios para cambiarme las botas antes de ir a saludarlas, pero no tuve tiempo. Andaba con el talón de la bota metido en el descalzador cuando aparecieron junto a Borja, que, llave en mano, se dirigía al armero para coger su rifle y una caja de balas. Como un gallo en el corral, ya había empezado a pavonearse:

—Me ha tocado una punta de la escuadra. ¿Quién quiere acompañarme? Ven, Rafa, que seguro que me traes suerte. Si nos entra una pieza medalla de oro, te dejo tirarla.

Sonrió.

—¡Ni hablar! Que al ser mi primera pieza me harían novia, con todas las guarrerías que eso implica. ¿Es verdad que rajan la barriga a la presa, le sacan las tripas y te las restriegan por la cara y el pelo?

Su cara de repugnancia solo de pensarlo fue todo un poema. Borja soltó una carcajada.

—A mí me lo hicieron con tan solo doce años y no lo recuerdo tan desagradable. Si no quieres tirar, ven de todos modos. Aunque, ya puestos, es una pena que no quieras probar porque a mí, particularmente, me encantaría hacerte novia.

El doble sentido de la frase le hizo pegar un respingo. Corté por lo sano:

—Déjate de zalamerías y dinos cómo es que has conseguido escaparte del cuartel en Salamanca.

Me contestó lo que yo ya sabía.

—Aunque os parezca mentira, la sacrificada vida de la milicia puede llegar a ser bastante cómoda si te organizas. En teoría solo tengo permiso los domingos, pero este fin de semana he cambiado a algunos compañeros sus guardias nocturnas de entre semana por las mías de día. La semana que viene me tendré que tragar cuatro guardias nocturnas, pero me compensa. Por nada del mundo podría haberme perdido mi primera montería en compañía de esta bella dama.

Rafa bajó la mirada como queriendo desaparecer de la faz de la tierra. Me anudé los zapatos y me puse en pie para recriminarle.

—¡Qué empalagoso eres cuando quieres! Si va contigo, será la única, porque el resto teníamos pensado dar un paseo acompañando a las realas para luego adelantarnos y esperaros en el taco. ¿Qué prefieres hacer, Rafa: venir con nosotras a hacer un poco de ejercicio o quedarte sentada sobre un peñasco cubierto de musgo durante horas al acecho de una buena presa?

No lo dudó.

—Haré lo que decidan mis hermanas.

Borja, sin esperar respuesta, me taladró con la mirada, pegó un portazo al armero, se cargó el rifle al hombro y salió mascullando entre dientes.

—Pues tú te lo pierdes.

Cuando regresó cuatro horas después junto a los cazadores de la primera escuadra, parecía haber olvidado todos sus resquemores. Se empeñó en llevarnos a la explanada donde habían dispuesto todas las piezas para fotografiarse con Rafaela frente a su medalla de oro. Ella, ligeramente arrepentida por no haber estado, le prometió que la próxima vez no se lo perdería. Aquello les bastó para terminar de limar asperezas.

Nos dirigimos al salón de armaduras, donde el segundo taco nos aguardaba. Aquella estancia, a pesar de ser descomunal, resultaba acogedora. El olor a jara, tomillo y romero que se filtraba por las ventanas entreabiertas lo inundaba todo.

Una inmensa chimenea chisporroteaba bajo el arco de la sacristía del antiguo enterramiento de Beltrán de la Cueva. Papá lo había comprado hacía años en el derribo de la iglesia de San Francisco de Cuéllar y, como si de un sencillo paquete se tratase, se lo había regalado a mi madre para su casa de ensueño. Acostumbrado a los retos, para él trasladar unas piedras de semejante tamaño no supuso ningún impedimento.

¡Qué mejor lugar para exponer su colección de armaduras que el sepulcro de un gran guerrero! Sus cañones, balas, carros, caballos enjaezados y caballeros impresionaban. Lo que más le llamó la atención a Rafa fue la armadura de un niño de apenas cinco años, por lo pequeña que era.

Borja, preso de esa verborrea que le caracterizaba, alardeaba de todo sin parar.

—Ya veréis. Os voy a enseñar nuestras últimas adquisiciones. Las descubrí yo en una de mis escapadas a París desde aquel internado en Versalles donde me tuvieron enclaustrado. Fue en un anticuario llamado Dumillae que, para mi sorpresa, tenía las

armaduras completas del cuarto y quinto duques del Infantado, con los paramentos de los caballos incluidos.

Ya frente a las esculturas policromadas de los caballos y los maniquís armados, acariciaba el metal de la pernera de uno de ellos.

—¡Papá no se lo podía creer cuando se lo dije! Claro que... aquello me sirvió de excusa para poder escaparme con más asiduidad de aquel insufrible internado.

No pude contenerme:

—Asiduidad que te costó una bola negra y la expulsión.

Gruñó. Desde que había regresado de Francia no asimilaba las bromas sobre su capacidad del mismo modo. Al contrario que cuando era más joven, ahora intentaba destacar en todo y no iba a admitir un solo comentario que lo denostase delante de Rafaela.

—Gracias a ello pude al fin entrar en la academia militar. De no haber sido así, seguro que ahora estaría estudiando en la Universidad de la Sorbona.

Rafa, callada, se detuvo ante la vitrina que contenía la espada del conde de Tendilla que le habíamos regalado a mi padre hacía poco tiempo y que ella conocía. Borja no se daba cuenta de que Rafa también estaba al tanto del pasado de su familia y, sin embargo, no alardeaba de ello a todas horas. ¡Cuándo aprendería a no solapar sus inseguridades con ese orgullo mal entendido! Si quería vanagloriarse de algo, debía hacerlo de sus propios logros y no de las viejas glorias de nuestros ancestros. Si así pretendía conquistar a Rafaela, ¡iba listo!

Terminó la excursión frente a la armadura del conde duque de Olivares y Rafaela le sorprendió con una pregunta que le dejó sin habla:

—¿No fue este uno de los enemigos de tu familia?

Los ojos de Borja se abrieron como espejos ante la imposibilidad de contestarle, y es que se necesitaban muchos años para conocer minuciosamente los cinco siglos de la historia de nuestra familia. Aclaré sus dudas sin obligarle a pecar de ignorante:

—Sí, señorita. El dueño de esta armadura era el valido de Felipe IV que se propuso terminar con el duque de Lerma, pero este, mucho más audaz —citó textualmente las crónicas—, «se vistió de colorado para no ser condenado».

Borja seguía atónito, lo que me hizo explicarme:

—Se hizo cardenal.

Su «¡Ah!» le delató. Nervioso, procuró enmendar su evidente ignorancia pasando a un momento de la historia que dominaba mejor. Corrió entonces a coger el marco de plata que había sobre la mesa. En la fotografía aparecía el rey junto a mi padre y otros cazadores en la misma explanada donde acabábamos de estar y, al frente, un montón de piezas.

—¿Sabes que probablemente esta fue su última montería antes de exiliarse? No es el primer rey que caza aquí y confiemos en que no sea el último.

Le interrumpí:

—Esperemos que la de hoy no sea también nuestra postrera reunión.

Me ignoró para seguir con lo suyo.

—En el archivo tenemos documentación que demuestra que ya en tiempos de Carlos V este era uno de sus cotos de caza preferidos. Tres mil hectáreas de dehesa de encinas dan para mucho, como verás.

No sabía si era timidez o inseguridad, pero aquel comentario lo hizo parecer banal. ¿A qué venía hablar de extensiones?

Una voz inquisitorial resonó en la entrada. Mi padre traía apuntados en un folio, por un lado, los nombres de todos los cazadores y cuántas presas había conseguido cobrar cada uno y, por el otro, las mil ideas que le rondaron la cabeza durante la espera en el puesto.

—*Vanitas vanitatis*.

Mi padre había dejado un reguero de barro seco que una de las doncellas, escoba y recogedor en mano, barría diligentemente. Ambrosia le esperaba con un par de zapatos limpios dispuesta a cambiárselos apenas tomase asiento.

Asentí dando la razón a mi padre.

—Borja, estas niñas te podrían hablar de su palacio en Gijón, de cómo ellas pueden ver el mar desde sus ventanas y bajar a la playa para dar paseos. Eso es algo que nosotros no podemos hacer en Castilla, ¿verdad?

Ellas humildemente asintieron.

El resto de los cazadores empezaron a llegar. La mayoría no perdía un segundo para acudir a la chimenea a frotarse las ateridas manos. Nuestra madre bajó entonces a saludar a todos. Rafaela, al reparar en el broche de su hombro, no dudó en preguntarme:

—¿Fue dama de la reina?

—De la reina María Cristina.

—Lo reconozco porque mi madre lo fue de Victoria Eugenia. ¿Qué será de ella?

Mamá le sonrió.

—Seguro que estará bien. Aún recuerdo el día que conocí a tu madre. Fue el 31 de mayo de 1906, cuando ella salía tras la futura reina después de haberla ayudado a vestirse para la boda. Terminada la ceremonia, formamos parte de la comitiva real camino de palacio en las dos carrozas que has visto en las cocheras. La expectativa era tremenda y las calles estaban atiborradas de curiosos que arrojaban flores al paso de los recién casados cuando un ramo envenenado rompió de sopetón aquel mágico momento de cuento. Fue, si mal no recuerdo, a la altura del número 88 de la calle Mayor.

Rafa asintió:

—Aunque yo no había nacido, en casa cuentan que dos de mis primas perdieron la vida en ese atentado.

Mamá siguió narrándolo como inmersa en un sueño:

—Probablemente las dos más jóvenes de entre los vientres muertos que hubo. ¡Con lo radiante que estaba la reina un momento antes, al salir de los Jerónimos! El

espectáculo era dantesco. El humo, el polvo, los gritos y los relinchos de los caballos blancos manchados de sangre nos cegaron durante un angustiioso momento hasta que por fin, y gracias a Dios, comprobamos que los reyes estaban bien a pesar de que la pobre reina llevaba todo el vestido de novia cubierto de sangre. Luego supimos que el asesino fue un anarquista llamado Mateo Morral.

Borja interrumpió:

—Aquel debió de ser el padre de todas esas cucarachas que hoy salen de las alcantarillas para matar. ¡Si desde las pasadas elecciones las reyertas callejeras se han saldado ya con cien vidas y más de quinientos heridos y aún no se han cerrado las listas!

Papá intervino:

—Hazme un favor, hijo, y tengamos la fiesta en paz. Hoy hemos organizado esta cacería para olvidar, y por un día declaro estos temas tabú.

Suspiró:

—Mañana será otro día.

La verdad es que no merecía la pena continuar. Había que disfrutar como fuese del resto de la jornada eludiendo cualquier otro tema escabroso de los que con frecuencia nos quitaban el sueño, y lo conseguimos.

Enfrascados en nuestros quehaceres diarios, llegó el mes de junio. Concretamente, el día del Sagrado Corazón. Los católicos, cansados de vivir amedrentados por los que no lo eran, decidimos celebrarlo como Dios manda. Para ello, engalanamos los balcones de nuestras casas con los reposteros que lo simbolizaban. Sabíamos que aquel simple gesto bastaría para provocar a los más violentos, y por eso, al regreso de misa, mi madre rogó a los chicos que evitasen salir a la calle, salvo que fuese indispensable.

Borja, incapaz de estar un segundo tranquilo, apenas esperó cinco minutos para desobedecerla y escaparse por la puerta de servicio camino de un bar cercano a la puerta del Sol, donde había quedado con unos amigos. No pude detenerle, pero me prometió no meterse en líos.

No habría pasado ni media hora cuando desde la salita sentí el paso acelerado de sus botas subiendo las escaleras de dos en dos y el subsiguiente portazo. Alcé la vista de mi labor para comprobar si nuestra madre lo había oído.

Nada. Seguía concentrada en la lupa que había atornillado al bastidor de su bordado, tarareando la pegadiza música que hacía un segundo sonaba en el gramófono. Aproveché que el disco se había terminado para levantarme sin despertar sospechas, darle a la manivela y poner uno nuevo. Mamá, concentrada en enhebrar, me dio las gracias. Dejé mi aparataje de encaje de bolillos sobre el escabel y sin decir nada subí de puntillas al cuarto de Borja.

Allí estaba, sentado sobre su cama, jadeando, despeinado, con los nudillos despellejados y un pañuelo sobre la boca para contener la sangre que manaba de su labio partido. No le cabía un cardenal más en el cuerpo. Mi mirada recriminatoria le

obligó a explicarse.

—No digas nada, María. Te juro que no lo hemos provocado nosotros. Nada más pedir el primer vermú entraron tres individuos con palos, estacas y escupiéndonos a la cara un sinfín de blasfemias que soy incapaz de repetirte. Ya sabes..., de esas que taladran el corazón.

Le quité el pañuelo de la boca para ver si necesitaba puntos.

—Como comprenderás, fui incapaz de mantenerme de brazos cruzados ante semejante sacrilegio y les partí la cara. Pero no te preocupes, porque en cuanto las sirenas de los guardias de asalto empezaron a oírse, todos a una nos escabullimos entre el gentío de las calles colindantes. Uno me seguía muy de cerca, pero cejó en su intento cuando me vio coger el tranvía en marcha. No tendría ganas de seguir corriendo.

—¿A dónde fuisteis?

Musitó:

—Al principio pensamos en ir al Negresco, pero había tantos hombres en la barra vestidos con mono que preferimos meternos en La Granja del Henar para ver si hacíamos unas risas con los humoristas que frecuentan el lugar.

—¿Cómo se os ocurre? ¿No podíais haber ido al Recoletos, donde paran los nuestros? No. Preferíais acercaros lo más posible a los cafés que visitan los asiduos del Ateneo. Entrar allí de uniforme es provocar, y lo sabes.

Con mucho cuidado para no hacer ruido, salí un momento en busca del botiquín. Al regresar se había quitado las botas y estaba tumbado en la cama.

—No se lo digas a mamá, por favor.

En silencio y limpiándole las heridas, le dejé recuperar el resuello.

—Está claro que la llegada del verano lo caldea todo. Hay que andarse con mucho cuidado, Borja, sobre todo ahora que Calvo Sotelo ha defendido con valor nuestros ideales echándole en cara al Verrugas el caos en que nos tiene sumidos.

Se indignó:

—¡La inseguridad seguirá creciendo mientras se obceque en quitarnos poder a los militares y la Guardia Civil para dárselo a los de sus milicias militares! Esto es exasperante. Nos sentimos injuriados. ¡Se merece lo que se cuece!

Mirando a la puerta por si hubiese alguien del servicio cerca, le chisté.

—Ten cuidado, hermano, que las paredes oyen. El caso es que ha amenazado a nuestro candidato con nombrarle máximo inductor de cualquier alzamiento contra el Gobierno que pudiese haber.

—¿Tan público es ya?

Asentí.

—Calvo Sotelo, sin amedrentarse en absoluto, hoy le contestó a Azaña que el único responsable del devenir de España será él. Poco más pudo añadir, ya que el presidente de las Cortes lo llamó al orden.

Negó:

—Sigo pensando que nuestros políticos hablan demasiado y actúan poco. Tengo unas ganas de...

De nuevo le tapé la boca con el pañuelo ensangrentado.

—¡Calla, por Dios! Si la situación sigue por estos derroteros, desgraciadamente tendrás la oportunidad de hacer todo lo que quieras y más.

Suspiró cabizbajo.

—Tiempo, tiempo y más tiempo. Me carcome la desesperanza. Llevo tanto tiempo oyendo hablar de dar un buen golpe que ya no me lo creo.

—Ya no es igual. Piensa que las amenazas en el Parlamento han llegado incluso a ser de muerte.

Me expliqué en susurros:

—Algunos aseguran que después del llamamiento al orden se oyó la voz de una mujer aseverando que Calvo Sotelo había hablado por última vez. Era Dolores Ibárruri.

Apretó los puños.

—Será idiota. ¡Con razón apodan a esa comunista la Pasionaria! ¡Cómo una mujer así puede estar sentada en el Parlamento! ¿La detuvieron?

Negué defraudada.

—La jalearon sus compañeros de asiento. Para ellos, todo lo que pueda sonar a intimidación descuella. Lo único que hicieron fue borrar sus palabras del diario de sesiones.

Se quedó pensativo.

—Bueno. Si es así, esa arpía ya puede rezar para que no le ocurra nada a Calvo Sotelo, porque sería la primera sospechosa.

No pude evitar reírme.

—¿Rezar esa atea? No seas ingenuo. Ella, como todos sus secuaces, no tiene otra cosa en mente que acabar con los monárquicos. ¿Qué mejor manera para ello que deshacerse de nuestro diputado en las Cortes?

Le desinfectaba la herida de la boca cuando me apartó la gasa.

—¿Cómo vamos a pretender la paz en las calles si nuestros gobernantes a punto están de llegar a las manos?

—Algunos incluso se han atrevido a justificar su derecho legítimo a la violencia como diputados. Es vergonzoso.

Borja suspiró.

—Si ellos tienen ese derecho, yo también. No me hables más de lo que dicen en las Cortes porque ya no me importa en absoluto. Estoy harto de ellos y de sus debates.

Sacudiendo la cabeza cambió de tema:

—¿Te das cuenta de que esta paliza no me la han dado por defender al rey, sino a Cristo? Como dice papá, todo en su justo orden. La rodilla derecha para Dios y la izquierda para el rey.

No pude evitar el sarcasmo.

—¡Si ahora va a resultar que tenemos al mismísimo Cid en casa!

Confundía la valentía con la loca osadía y estaba tan eufórico que ni siquiera parecía dolerle la paliza recibida. Después de comprobar que no tenía ninguna brecha en la cabeza, con mucho cuidado le bajé el pantalón para ver cómo tenía su pierna enferma. Aparte de un raspón, nada más.

Sonrió.

—¿Sabes lo mejor?

Negué.

—Lo mejor de todo es que Rafa me ha visto pelear. Al salir, la vi entre los curiosos y aproveché para gritar «¡Viva Cristo Rey!». Lo hice para que se sintiese orgullosa de mí.

—¿Orgullosa? Un loco inconsciente es lo que debió de pensar que eras.

Bajó la cabeza.

—No entiendes nada, María. Rafa hoy se habrá enamorado de mis valores y valentía.

No pude evitar darle una colleja.

—De tu idiotez, dirás; que así no se consigue otra cosa que enardecer el odio en la calle y dar la razón a aquellos que nos acusan de violentos.

—Fue en legítima defensa.

—Tiene que haber otra manera de conseguir las cosas, aunque te cueste reconocerlo. Esto, Borja, ya no es una guerra de lapos y mojicones. Esto es mucho más serio. Sé que lo harás a disgusto, pero tendrás que aprender a morderte la lengua más de una vez para de verdad triunfar. Mira a nuestro hermano Jaime, por ejemplo, que por su terquedad y negarse a desfilar frente a la bandera republicana sigue sin poderse reincorporar al Ejército. Es bueno defender nuestros ideales siempre y cuando lo hagamos con cabeza, y pegarse en un bar nunca ha demostrado mucha inteligencia.

—Pues es él precisamente el que me dio estas lecciones de guerrillero, y las he seguido a pies juntillas.

—Es un arriesgado. Si quieres imitar a alguien, copia a Íñigo. Deja la soberbia a un lado y abraza la humildad. Te sorprendería comprobar lo que se logra enarbolándola.

—Pareces nuestra hermana Cristina sermoneándonos desde detrás de la reja. Lo único que sé es que cada vez que agacho la cabeza aparece alguien dispuesto a pisoteármela, y no estoy dispuesto a aguantarlo. Valoro tus consejos, hermanita, pero me quedo con los de Jaime.

Alzó la mirada al cielo haciendo memoria.

—¿Cómo era el lema de Jaime? ¡Ah, sí! «Busca, husmea, pega y corre tanto hacia delante como hacia atrás si es preciso». Cuando son más los enemigos, suple la minoría con inteligencia, y cuando ya les hayas hecho daño, agazápate al igual que un

instante antes embestiste. Así siempre podrás atacar de nuevo salvaguardando tu honor.

Me miró de reojo sonriendo.

—Lo mismo hago en mis clases de boxeo. ¡No sabes cómo he echado de menos hoy mis guantes!

Desesperada, pegué un taconazo en el suelo:

—Así le ha ido a él. Primero, preso; después, desterrado en Alemania y Francia, y hoy andando de aquí para allá en busca de su lugar, sin encontrarlo. Ya tenemos bastante con un hermano desorientado. ¿Quieres terminar igual?

Pensó un segundo.

—¿Qué me propones, entonces? ¿Esperar de brazos cruzados mientras vapulean mi honor?

Suspiré sin querer seguir discutiendo.

—No abuses de la palabra «honor», no vayamos a arrugarla.

—Ya sé, hermana, que Jaime es un idealista y que Íñigo, en cambio, por juzgarlo un deber, ha accedido a firmar lo que, si bien ha supuesto un sacrificio, le ha permitido conservar su puesto en el Estado Mayor porque para él, como para mí, el Ejército no sirve a la República, sino a la nación. Y por eso ya es capitán. Pero yo, si puedo elegir, me quedo entre los dos.

Bufé desesperada:

—¡Siempre soñando con imposibles! Si sigues sin comprender que los tiempos no están para tentar a la suerte, vas a conseguir matar a nuestros padres a disgustos.

Cerré el botiquín y me marché mientras él, como siempre, bromeaba:

—Gracias, María. Tú siempre tan dispuesta a cuidarnos; con esa ansia que tienes por ser la madre de todos. Ahora que te veo pertrechada de vendas y ungüentos, no te sentaría mal un uniforme de enfermera. Así podrías tener cientos de sumisos enfermitos a los que manipular, dar consejos y cuidar. ¡Cómo iba yo a fardar con una hermana con toca y otra con cofia!

El portazo hizo temblar el marco. ¿Quién iba a pensar por aquel entonces que muy poco tiempo después me vería vestida así?

EL DETONANTE

Aquel anochecer esperábamos con verdadero entusiasmo en el chaflán del número 18 de la calle Atocha a que se abriesen las puertas del Teatro Calderón. Se representaba *Monte de abrojos*, de José Castellón, la obra ganadora del premio Duque del Infantado en 1930 y que por fin su autor vería interpretada por la compañía de Enrique Borrás. Carmen Muñoz Gar haría el papel de Isabela.

La cola de gente daba la vuelta a la siguiente esquina. Me alegré de ello, ya que el aforo completo que anunciaba el cartel dejaría cuantiosos beneficios. En menos de media hora las mil almas que esperaban con nosotros ocuparían los asientos de sus seis pisos.

Las coloridas vidrieras de Maumejean, iluminadas desde el interior, difuminaban las apresuradas sombras de los que dentro se disponían a quitar los cerrojos. Alcé la vista para admirar una vez más su soberbia fachada con balaustradas, guirnaldas, medallones y cariátides.

Aprovechando que mis padres no venían esa noche, Borja había invitado a Rafaela al palco presidencial, que solíamos ocupar como propietarios del teatro. Hacía casi diez años que mi padre lo había comprado y había decidido cambiarle el nombre de Odeón por el de Calderón, uno de los poetas que más admiraba.

Aún recordaba la inauguración. Se estrenó con *La otra honra*, de Benavente. Aquel día, María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles arrancaron los aplausos del público durante más de una hora con su soberbia representación. Papá, siempre avanzado a su tiempo, pensaba seriamente en modernizarlo para convertirlo en el cine más grande de Madrid. Era el futuro y a él no le pasaba desapercibido.

A mi espalda, Borja se lo contaba a Rafaela. Por primera vez en mucho tiempo había dejado colgado su uniforme para vestirse con un impecable traje príncipe de Gales y un sombrero que, según él, le hacía ser la envidia de la *perancia*. Llevaba un clavel prendido de la solapa.

Al sentarnos me percaté de cómo Rafaela miraba el fresco que coronaba el patio de butacas.

—Es de Demetrio Monteserín, el mismo artista que pintó el telón principal.

Asintió.

—Parece una ventana abierta al cielo. Desde aquí se aprecia mucho mejor que desde el patio de butacas.

Asentí intuyendo que no debía de ser la primera vez que entraba en el Calderón.

Apenas se apagaron las luces, Borja aprovechó para correr su silla hasta quedarse prácticamente pegado a ella. Esta vez, apoyada en la balaustrada, no hizo amago de separarse, quizá porque era la primera ocasión que no la acompañaba ninguna de sus

hermanas. No hacía ni una semana que mi hermano, después de invitarla a la verbena de la Paloma, había vuelto refunfuñando porque de nuevo sus chaperonas le habían coartado cualquier posibilidad de cortejo.

Terminada la obra, permanecemos sentados un rato a la espera de que la sala se fuese vaciando y así, con más tranquilidad, poderle enseñar los recovecos más secretos del teatro: el escenario, la tramoya, los vestuarios y los camerinos, donde los actores aún estaban cambiándose y desmaquillándose.

Fue en uno de esos angostos pasillos donde topamos con un admirador que por su parecido podría haber sido el rey. Llevaba en la mano un ramo de flores para una de las actrices. Fingí curiosidad por saber quién era la destinataria para adelantarme a la pareja y regalarles un poco de esa intimidad que Borja ansiaba. Desde mi posición, aunque no podía verlos sí podía escucharlos, así que agucé el oído.

—¿No es increíble el parecido de ese hombre con don Alfonso?

Rafa me sorprendió con su comentario.

—Los dos sabemos que no es posible. Cada vez estoy más convencida de que no volverá. Haríamos bien en dejar de imaginárnoslo en cada esquina. ¿Y si regresa y luego resulta ser como su bisabuelo Fernando VII, que pasó de ser el Deseado a convertirse en el Rey Felón?

Borja se mostró disconforme.

—Aquel se fue a sabiendas de que los gabachos nos invadían. Dejaba abandonados a sus súbditos para que defendiesen solos el fuerte, y le importaban un bledo las vidas que aquello se cobraba. Don Alfonso es diferente. Se fue precisamente para que reinase la paz entre los españoles. Aquí no hay extranjeros usurpadores.

—¿Cómo que no? ¿Y qué me dices de los rusos que andan ensuciando las mentes de todo el que los escucha? A la vista está que solo les falta el canto de un duro para dar el pistoletazo de salida a una contienda entre hermanos. ¿Cuál es su respuesta?

Borja calló un instante para excusarle de nuevo.

—Tal y como están las cosas, se encuentra maniatado. Si regresase ahora, se complicarían las cosas mucho más. Además, no suponía yo que estabas entre los dubitativos.

—Simplemente escucho a mis mayores. No quiero recordarte que en casa siempre hemos sido monárquicos, pero hay cosas que están cambiando, y si antes se brindaba a todas horas por Dios, España y el rey, ahora cada vez son menos los que mentan al tercero.

—Yo seguiré haciéndolo pase lo que pase.

La voz de ella sonó más taimada.

—Y yo también, Borja. No me malinterpretes. Solo son dudas que expreso en alto. Saber que ellos viven plácidamente en París, Roma o Ginebra y, en cambio, nosotros...

El breve silencio que continuó me hizo suponer que Borja no desperdiciaba la ocasión para abrazarla. Me pareció oír un beso rápido y fugaz. Debió de dárselo en la

mejilla. A punto estuve de darme la vuelta para mirarlos, pero me contuve. Ella bajó el tono de voz:

—Pase lo que pase, prométeme que no harás locuras.

—¿A qué te refieres con *locuras*?

—El inminente alzamiento es un susurro a voces. Lo que no sé es si seremos nosotros o los rojos los que prenderán la mecha, pues también hay rumores sobre un golpe por su parte.

Borja parecía halagado al saberse en los pensamientos de ella.

—Si eso ocurre, ya sabes a qué árbol me arrimaré.

Sonó otro casto beso, casi como el de las amas a un recién nacido. Ella susurró:

—¿A cuál?

—Tomaré partido por los que luchan por Dios y por España. Cuando triunfemos, ya veremos qué hacemos para traer al rey de vuelta.

—¿Crees de verdad que esto se puede arreglar a la fuerza?

—Está claro que ya no puede ser de otro modo. O ponemos remedio o los cadáveres de los asesinados acabarán por alfombrar las calles.

La voz de ella sonó preocupada:

—Si vas a participar, espero que esta vez estéis mejor organizados que en la «Sanjurjada».

—¿Me lo dices a mí, que tuve que soportar el presidio de mis dos hermanos en Villa Cisneros? No te preocupes, Rafa. Algo bueno ha de tener que el descontento general haya crecido en estos cuatro años, y es que tendremos muchos más adeptos.

Finalmente, el hombre del ramo de flores tocó a una de las puertas y entró ufano. Era la de Carmen Muñoz, la actriz principal. Ya no pude continuar disimulando y al darme la vuelta para intervenir los encontré del brazo el uno del otro.

—No he podido dejar de escucharos. Déjalo ya, Borja, que no creo que esta noche sea para hablar de esas idioteces.

Borja sonrió.

—¡Ay, hermanita! Me quito una noche el uniforme y te olvidas de a qué me dedico. No son idioteces y quiero que sepas, por muy poco que te guste, que en caso de guerra seré el primero que acudirá al frente.

Mirando con arrebató a Rafa a los ojos le preguntó:

—¿Querrás ser mi madrina entonces?

Ella me miró a mí, le apretó el brazo a él hasta clavarle las uñas y por fin le contestó indignada:

—Da gracias a Dios de que no sepamos lo que es una guerra y reza para que nunca la vivamos.

Estaba claro que lo que él había querido dedicarle como un halago a ella la enervó. Opté por cambiar de tema e interrumpir lo que amenazaba con ser su primera discusión de enamorados.

—Rafa, ¿iréis al norte este verano?

Asintió.

—Pasado mañana nos vamos a San Sebastián. Estoy deseando alejarme de este polvorín en el que se ha convertido Madrid.

Borja se mostró entusiasmado:

—Entonces, ¿no vais a Deba o a Gijón?

Negó.

—Después de lo que pasó hace año y medio, no está el horno para bollos y mamá ha alquilado una villa en Donostia.

Borja no pudo disimular su alegría al pensar que la tendría cerca.

—Iré a visitarte desde Zarauz, si no decide nuestro padre este año mandarnos a Francia como algunas veces ha insinuado. No comprendo cómo vamos a participar los jóvenes en la revolución si nos vamos con el rabo entre las piernas.

Guardó silencio comprendiendo que de nuevo acometía temas farragosos que todos queríamos evitar.

Pensativos, los dos subieron al coche. Aquella niña de ojos claros me gustaba cada vez más para mi hermano, tanto que no podíamos dejarla escapar. Desde la calle Atocha la llevamos a su casa en la calle Sacramento.

Me quedé en el coche para que pudieran despedirse. Borja tuvo que reprimir su deseo de abrazarla al oír las inoportunas risitas de sus hermanas escondidas entre los cortinajes que daban a la balconada.

El sereno abrió el portón cuando fue su madre la que se asomó a una ventana para darnos las buenas noches. Iba envuelta en una bata de raso cuajada de puntillas. Era una mujer elegante y campechana que, según mi madre, a todos hacía reír con su fantástico sentido del humor y su innata naturalidad. Concha Ulloa, a pesar de ser viuda desde los treinta y dos años, casada por segunda vez y con nueve hijos en el mundo, no se había amedrentado en absoluto. Mis padres nos habían contado cómo, una fatídica noche, cenando en ese mismo palacio, tuvieron la desgracia de presenciar el macabro accidente que terminó con la vida de su primer marido. Estaba asomado al hueco de la escalera avisando al cochero para que trajesen el coche de uno de los comensales cuando alguien llamó al ascensor y este, al bajar, lo decapitó. Es algo de lo que nunca hablamos con sus hijas, dado que Rafa debía de tener entonces unos cinco años y su hermano pequeño no habría cumplido los dos.

Regresábamos ya a casa cuando oímos una fuerte explosión. Santiguándome con una mano rogué a Dios para que no hubiese muertos, mientras que con la otra sujeté a Borja que, aferrado a la manivela de la puerta, se disponía a salir disparado.

—Quieto ahí. El mal que pretendiesen hacer ya está logrado y tú no pintas nada en ese entierro. Tengamos la fiesta en paz.

Desgraciadamente, aquel sobrecogedor sonido era tan habitual en las noches de Madrid que lo único que podíamos hacer ya era dar gracias a Dios por no haber sido alcanzados. Desde las pasadas elecciones, los de las bombas cada vez estaban más activos. El día anterior, sin ir más lejos, habían tirado una en medio del paseo

Imperial y hoy, vaya usted a saber dónde. No debía de estar muy cerca, dado que no se oyeron gritos de alarma o los gemidos de los heridos como en otras ocasiones.

Acabábamos de llegar a casa cuando un estruendo aún mayor nos sobresaltó de nuevo. Esta vez hizo retumbar los cristales. Estábamos asomados a las ventanas intentando atisbar de dónde provenía cuando la *mademoiselle* de mis sobrinos Álvaro, Imelda e Íñigo irrumpió en el salón con el más pequeño berreando entre sus brazos. Traía la cara desencajada.

—¡Son ráfagas de ametralladoras y cañonazos! Quedaron grabados en mi memoria cuando de niña los oía en la Gran Guerra. ¡No me digan que ya ha empezado! *Mon Dieu*. ¡He de regresar a casa!

Borja, sonriente, entró desde el balcón.

—Tranquilas, no es más que el ruido de unos camiones al pasar por la calle adoquinada cargados con vigas de hierro y la casualidad de la explosión del escape atorado de un automóvil al arrancar justo aquí al lado.

Aquella noche me acosté con la sensación de que aquel espeluznante sonido bien podría ser una premonición.

El 13 de julio, con un calor de justicia en Madrid, amanecí con la intención de abordar el tema de nuestras vacaciones; aquellas que se rezagaban semana tras semana sin un motivo aparente. Era la primera vez que aún estábamos en la capital por esas fechas y no comprendía el porqué. Me dirigí al comedor y me encontré a mi padre desayunando.

El mayordomo le trajo el periódico sobre una bandeja de plata. Un *Abc* que él abrió dándole gracias a Dios de poder hacerlo un día más y ante la expectativa de que en cualquier momento fuese incautado por el Gobierno.

El día anterior habían cerrado el *Ya* y solo era cuestión de tiempo que el diario monárquico por excelencia fuese el siguiente en caer. Nada extraño, ya que no sería la primera vez que la censura aplicaba multas, obligaba a visar algún artículo o procedía a precintar un periódico entero. Ya lo hicieron cuando Juan Ignacio Luca de Tena se vio envuelto en los altercados del Círculo Monárquico al principio de la República y otra vez al año siguiente durante más de tres meses. Ahora temíamos que a la tercera fuese la vencida.

Apenas vio la portada, gritó:

—¡Han matado a Calvo Sotelo!

La inmensa esquila que ocupaba su cabecera lo dejaba claro. Me santigué. Mi padre intentaba dar una explicación lógica a su muerte:

—Esto no puede ser más que una venganza por el asesinato ayer mismo de ese guardia de asalto. José Castillo, creo que se llamaba. Pero... ¡si no está demostrado quién lo mató! Además, ¿no se lo achacaban a los falangistas? ¿A qué viene entonces el ensañamiento con este buen católico?

Íñigo entró en el comedor. Venía de la calle.

—A nada, padre. El objetivo era lo de menos. Al parecer fueron primero a casa de

Gil Robles y al no encontrarlo decidieron dirigir sus pasos a casa de don José. A la vista está que este no tuvo tanta suerte.

Una foto del cadáver de Calvo Sotelo junto a un médico en la siguiente página reflejaba la atrocidad. Compungida por la imagen, cerré el periódico. Íñigo siguió contándonos lo que había oído.

—Esta vez no hay ninguna duda de quién es el responsable porque en la camioneta donde se lo llevaron iban sentados varios guardias de asalto y miembros de la milicia paramilitar socialista. Varios testigos han identificado a dos de ellos como afines a Indalecio Prieto.

Mi padre aún necesitaba confiar en la justicia.

—Siendo así, le llamarán pronto a declarar.

Íñigo negó:

—No lo creo, padre. El muy ladino tiene una coartada perfecta porque esa noche estaba en Bilbao.

—Qué más dará eso. Igualmente podría haber ordenado el asesinato antes de salir.

Íñigo se encogió de hombros.

—Pues se ha mostrado de lo más sorprendido al recibir la noticia. Dicen que les daba igual a quién matar, querían que fuese el líder de algún partido de la derecha y le tocó la china al máximo dirigente de Renovación Española, nuestro partido.

Papá pensaba en silencio y cabizbajo. Íñigo prosiguió:

—Según me ha contado su hija Enriqueta al ir a darle el pésame, todo fue muy rápido. Entraron en su casa con una orden de detención y le pidieron que los acompañara a la Dirección General de Seguridad. Ahora se ha comprobado que la orden era falsa. Él preguntó de qué se le acusaba y les advirtió de su inmunidad como diputado, pero eso a ellos no les importó. Al final lo sacaron de casa, pese a las súplicas de su mujer para que no se lo llevaran.

Se bebió un zumo de naranja para recuperar el resuello.

—Los serenos vieron la camioneta salir despepitada por la calle Velázquez abajo hasta llegar al cruce con la calle de Ayala, donde sonaron dos tiros. Dicen que los descerrajó en la cabeza y a bocajarro uno de los guardias que se sentaba tras él. Allí se perdió su pista, pero está claro que debieron de dirigirse al cementerio del Este, donde arrojaron el cadáver bajo unos cobertizos. Se llevaron su maletín, sabe Dios para qué.

Solo pude balbucear:

—¿Y su mujer?

—Ha identificado fotográficamente a un capitán llamado Condés, pero una de dos: o se lo ha tragado la tierra o las fuerzas de seguridad lo protegen. Dicen que los más folloneros ni siquiera dejan depositar su cadáver para el velatorio en la Academia de Jurisprudencia, de donde era presidente, y aún lo tienen en la cámara mortuoria del cementerio.

Padre pensaba en alto:

—Sabía que ocurriría algo así, pero no esperaba que fuese tan pronto. Llevamos cientos de cadáveres en toda España y más de cuatrocientos heridos a causa de la inseguridad, pero este asesinato es el colofón. Este, sin duda, es el detonante que todos andaban esperando. Nos culparán a nosotros de haber empezado, pero han sido ellos los que con esta vileza han provocado la guerra. Estoy seguro de que Prieto está a la cabeza de esta artimaña. Cuando un diputado ordena la muerte de otro sin que rueden cabezas, ya no hay legitimidad que avale al Parlamento. ¿Qué va a hacer el pueblo sino imitar a sus representantes en las Cortes?

Se terminó el café para mirarnos a los ojos fijamente.

—Definitivamente, ha llegado el momento. Es cuestión de días o quizá horas. Escúchame, María, porque tu madre con toda probabilidad se pondrá muy nerviosa. Las mujeres de esta casa, a excepción de Teresa, que se debe a su marido y mañana se marcha a Biarritz, y Cristina, que se niega a dejar el convento, prepararéis de inmediato el equipaje para marcharos a Requesens. Allí estaréis a tiro de piedra de Francia, y la frontera no estará tan vigilada como las salidas de esta ciudad. En el caso de que tuvieseis que cruzarla, he dispuesto todo con mis administradores de Burdeos para que no os falte de nada. De todas maneras, y por si esto se prolonga más de lo esperado, llevaos todas las joyas. Así, en caso de necesidad, siempre podréis empeñarlas o venderlas.

Sus palabras sonaban como si ya estuviésemos en guerra. Protesté:

—¿Y vosotros?

—Nos quedaremos. Yo tengo que terminar de arreglar unos asuntos e Íñigo y Jaime quieren estar aquí por si el bien de España se lo demanda. En cuanto podamos nos reuniremos con vosotras. Mandaré a Borja cuando llegue de Salamanca para que os escolte en caso de necesidad, y no hay más que hablar.

Gruñí disconforme.

—Quedaros aquí sería una locura, ya que Madrid se convertirá en una ratonera y cualquiera, por muy de confianza que sea, podría delatarnos. Como mucho, dentro de tres días os quiero fuera, así que haced rápido las maletas.

Mientras nosotras empacábamos, papá y los hermanos acudieron al entierro de Calvo Sotelo, como no podía ser de otra manera. Allí, Antonio Goicoechea, compañero de partido del difunto, fue el encargado de su epitafio. Al leérmelo Jaime, se me erizó el vello:

No te ofrecemos que roguemos a Dios por ti; te pedimos que ruegues tú por nosotros. Ante esa bandera colocada como una cruz sobre tu pecho, ante Dios que nos oye y nos ve, empeñamos solemne juramento de consagrar nuestra vida a una triple labor: imitar tu ejemplo, vengar tu muerte y salvar a España.

La reacción de los asistentes después de sentir suyas aquellas palabras no se hizo esperar y en solo unos minutos organizaron una multitudinaria manifestación en pleno centro de Madrid. Los guardias de asalto, al principio, la intentaron disolver pacíficamente, pero ellos hicieron caso omiso y, enardeciéndose los ánimos en la

confluencia de Goya con Alcalá, a tan pocas manzanas de donde Calvo Sotelo había sido asesinado, los guardias la emprendieron a tiros con los manifestantes. Cinco muertos y treinta y cuatro heridos sembraron el caldeado corazón del barrio de Salamanca sin que nadie señalase a los culpables.

El eco de muchos españoles pidiendo justicia rebotaba contra el muro de sordera que el Gobierno había tejido a su alrededor. Los muy ingenuos declararon el estado de alarma sin comprender aún que esta vez el incendio se haría crematorio.

Apresuradamente cerré los baúles. Madrid era como una olla a presión a punto de estallar. Me asomé a la ventana con el oscuro presentimiento de que quizá fuese la última vez. Hasta las espontáneas risas que normalmente se oían en las terrazas de las cafeterías del paseo del Prado daban la impresión de ser fingidas, y es que ya no convencía a nadie el viejo refrán de que «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». Por mucho que algunos intentasen disimular, la tensión se olía y solo un milagro podría evitar lo inevitable. ¿Cómo podíamos quedarnos cruzados de brazos ante el asesinato de los valientes defensores de nuestros ideales?

Tuve que tragarme las lágrimas cuando aquella mañana nos despedimos de los hombres de la casa en la estación del Mediodía. Y no pude retenerlas cuando papá evocó su despedida de cuando éramos niñas dibujándonos la señal de la cruz en la frente. Habían transcurrido años desde la última vez; y que también se la hiciera a nuestra madre nos dio que pensar.

MIEDO AL DESTIERRO

Una antigua leyenda aseguraba que en aquel castillo vivió el señor de todo el Pirineo con su familia, y que guardaba multitud de secretos, entre los cuales se encontraba un pasadizo subterráneo por el que solían salir sus moradores sin que nadie lo advirtiera. Un oscuro túnel que por mucho que buscamos nunca encontramos.

Llevábamos tan solo tres días viviendo prácticamente atrincheradas en aquel enclave medieval del Alto Ampurdán, sin tener otra cosa que hacer que rezar para que las cosas se calmasen, leer, pasear recogiendo flores por los bosques y luchar con el tramontano que azotaba los valles cercanos al monte Neulós, cuando empecé a agobiarme.

Aquella apatía no era por falta de ideas, sino porque mamá nos había pedido a Elisa y a mí que no hiciésemos demasiado evidente nuestra presencia en el pueblo hasta pasados unos días. Aunque no lo dijo, era obvio que temía que el alzamiento pudiese cogernos desprevenidas. Prueba de ello era que ella misma apenas había puesto un pie fuera de las murallas.

Sintiéndonos como debió de hacerlo la infanta Catalina junto a su madre, Juana la Loca, en Tordesillas, decidimos empezar a programar excursiones al Rosellón y otros pueblos del Ampurdán. Allí nadie nos reconocería y pasaríamos tan desapercibidas como mamá deseaba. Además, en cuanto llegase Borja, nos serviría de escolta.

El teléfono recién instalado en la entrada nos despertó. Corrí a cogerlo.

—Buenos días os dé Dios.

Era Cristina, que llamaba como si fuese mediodía. Sin duda, las monjas y nosotras no llevábamos el mismo horario.

—¿Sabes qué hora es?

—No llevo reloj, pero la intuyo, ya que nos preparamos todas para laudes, pero no sé si llegaremos a rezar juntas las vísperas. No tengo mucho tiempo. Escucha, porque ya son muchas las hermanas que han salido de sus celdas para ir a la capilla y precisamente hoy no quiero llegar tarde.

—¡Las tres de la mañana! Espero que sea importante porque mamá debe de haber sufrido un infarto al escuchar el teléfono.

—Lo es, hermana; si no, no te hubiera llamado.

Susurraba. Por cómo sonaba su voz daba la impresión de que estaba tapando el micrófono con la mano. No debía de querer que el resto de las monjas la oyesen, a pesar de que entre ellas no se permitían los secretos.

—La madre superiora me ha despertado a media noche para que os pidiese ayuda antes de hablar con el resto de las hermanas en el refectorio.

Acostumbrada como estaba a la calma del convento, se tomaba demasiado tiempo

para todo. Al oír interferencias en el teléfono temí que se cortase antes de haberme enterado del porqué de su advertencia. La apremié:

—¡Por Dios, Cristina, ve al grano!

Suspiró.

—¡Qué impaciencia, hija mía! Déjame explicarme. El caso es que don Cipriano, nuestro capellán, nos ha ordenado que colguemos los hábitos y nos vistamos de calle. Supongo que tiraremos del montón de ropa que tenemos para caridad, pero dudo que sea suficiente.

La interrumpí indignada:

—¿Y me llamas a estas horas para eso? ¡Qué idiotez, Cristina! La humildad está bien, pero ¿por qué ahora pretende el capellán disfrazaros de pobres con lo bien que os sienta el hábito?

Me faltó tiempo para morderme la lengua al darme cuenta de la tontería que estaba diciendo. Me temí lo peor. Su voz sonó calmada:

—Olvídate de lo de la ropa. Necesito que pienses en las casas de nuestros amigos de confianza que podrían dar cobijo por un tiempo a alguna de mis hermanas. Al parecer, otra vez están entrando en iglesias y conventos con intenciones sacrílegas y el arzobispado teme por nuestra honra y vida.

Sin poderlo remediar se vino abajo.

—¡Por Dios, María! ¿Te das cuenta de que con esta precipitación dejamos en sus manos la iglesia, el convento y hasta el cadáver incorrupto de nuestra mentora, doña Beatriz Galindo? Temo por ella. Con lo que les gusta desenterrar a los cadáveres para mofarse de ellos...

Arrepentida por el odio que la embargaba, procuró calmarse.

—No vale la pena ni mencionarlos. ¿Sabes que estoy pensando en escribir su biografía? *La primera maestra de España*. ¿Qué te parece?

Me enfadé:

—¡Que debes centrarte, Cristina! Que igual me hablas de la Latina que de un peligro inminente. ¡Qué capacidad para irte por las ramas! Dime, ¿dónde estás tú ahora?

—¡Qué pregunta! ¿Dónde voy a estar? ¿Te has olvidado acaso de que hice mis votos perpetuos hace tan solo tres meses? Sigo aquí, junto a mis hermanas, y me preocupan las dificultades a las que se enfrentan. Muchas son de fuera de Madrid y no tienen familia a quien recurrir. A ellas no les importaría sacrificarse, pero una orden es una orden y tenemos que acatarla. Un infierno que no entiende de respetos a Dios nos acecha.

Suspiró antes de continuar.

—¡Ayúdame, hermana! Despierta a mamá para que te dé la dirección de todos los que conocemos en el barrio de Salamanca. Tienen que ser almas lo suficientemente caritativas como para exponerse. Dile que, si es necesario, las podrían contratar como parte de su servicio: como doncellas, cocineras o sirvientas. Son humildes y eso a

ellas no les importa. Yo he intentado hacer memoria, pero me temo que mi lista es anticuada por todo el tiempo que he pasado relegada de cualquier tipo de actos sociales.

Sonaba angustiada.

—¡Ahora mismo despierto a mamá y a Elisa y nos ponemos a ello! ¿Sabes algo del resto?

—Borja, recién llegado de Salamanca, almorzó ayer con Íñigo y Jaime, se fue a pollear al Club de Campo y a última hora de la tarde vino a despedirse de mí porque en dos horas pretendía coger el tren nocturno a Barcelona. Esta vez no ha traído a Rafaela; creo que porque se ha ido con su familia de veraneo a San Sebastián. Si no ha habido ningún imprevisto, llegará hoy a Requesens. ¡Qué edad! ¿Te has dado cuenta de que siempre me deja para el final?

—¿Y de papá sabes algo?

—Se ha ido a Granada a acompañar a la tía Fernanda al entierro de su marido. ¡Parece mentira que, estando tan preocupado como estaba, se haya ido justo en el peor momento!

Las interferencias comenzaron de nuevo.

—¿Me escuchas, Cristina? Cuídate, reza por todos nosotros y estate atenta al teléfono, que te llamaré en cuanto tenga la lista.

El pitido continuo me demostró que la llamada se había perdido. No hizo falta despertarlas porque al darme la vuelta me las encontré a las dos con los ojos tan abiertos como un búho. Les expliqué lo que pasaba y allí mismo sacamos agenda, papel y lápiz para apuntar todos los nombres, direcciones y teléfonos que se nos ocurrieron.

Media hora después llamé a Cristina para darle una lista de unas treinta personas, con la duda impronunciable de que cabía la posibilidad de que muchos de ellos ya ni siquiera estuviesen en sus casas.

Consciente de que todo se precipitaba y sin decir nada a mi madre para no angustiarse más, me dispuse a seguir las directrices que en secreto me dio mi padre la noche antes de despedirnos. Bajé a las cocheras para pedir a Jordi que llenase el depósito del automóvil y al mozo de cuadras que en todo momento tuviese ensillados dos mulos y un par de caballos, por si acaso el automóvil nos fallaba en el momento más inoportuno. Por último, subí a mi cuarto y metí en un bolsón todas las joyas y el dinero que teníamos.

El resto del día lo pasé en silencio, atarida por la impaciencia y atisbando desde las almenas a la espera de que Borja apareciese. Presa de la preocupación, intentaba disipar los mil y un pensamientos que me asaltaban. ¿Y si no llegaba a tiempo? ¿Y si los de la CNT o las FAI se le adelantaban? Por primera vez deseé que aquel rocoso aburrimiento perdurase por siempre.

Desde que llamó Cristina al amanecer, mamá y Elisa no se habían despegado del runrún de la radio. Cerrando los ojos, intenté acogerme al sosiego de la puesta de sol.

Al abrirlos de nuevo, el rojizo tono del cielo me cuajó las entrañas de temerosos auspicios. ¿Por qué diantre no llegaba? Algo le debía de haber pasado.

Ya de noche cerrada oí el lejano motor de un coche acercándose. Distinguir a un taxi me tranquilizó relativamente, ya que nadie con malas intenciones vendría en este tipo de transporte.

Borja entró jadeando.

—Lo siento. Me enteré del alzamiento en el tren hacia Barcelona y, al llegar a la Ciudad Condal, en vez de hacer el transbordo preferí presentarme en el cuartel por si me necesitaban.

¡Quise matarlo! Mamá le miraba horrorizada. La pobre aún no había tenido tiempo de asimilar que, de haber guerra, todos sus hijos varones se verían involucrados en ella. Después de beberse de un trago un vaso de agua, continuó:

—El más próximo era el cuartel de Montesa. Es el que está muy cerca de la plaza de toros Monumental. Me cayó como un jarro de agua fría que el coronel me contestara que no eran necesarios mis servicios porque tenía el cuadro completo. Me ofreció aposentamiento, pero ¿de qué me serviría quedarme allí cruzado de brazos? El siguiente tren a Figueras no salía hasta las dos, así que aproveché para acercarme a La Cala y tomarme un arroz caldoso que estaba para chuparse los dedos. ¡Y aquí estoy!

Me salió del alma:

—¡Y nosotras aquí en vilo! Podías haber llamado. Pero mira qué hora es. ¡En algo más te has tenido que entretener!

Sonriendo me dio un sonoro beso en la mejilla.

—Querida María, eres como un sabueso. ¡Qué rectitud! Si sigues así, solo te faltará un moño en el pelo para convertirte en la loca de la torre de *Jane Eyre*.

Sonrió ligeramente de lado, como siempre hacía, antes de reconocer que se había despistado un poco más.

—La verdad es que, de camino aquí, no se habló de otra cosa en mi departamento que de los rumores que corrían sobre los movimientos del Ejército en África, así que al llegar a Figueras le pedí al taxista que antes de traerme a casa hiciese otra parada en el cuartel. Para vuestra tranquilidad os diré que me dijeron lo mismo que en Barcelona.

Mamá se indignó:

—¡Así que nos tienes como tu última opción! ¡Mira que tu padre te dio órdenes claras!

—Las cosas eran diferentes cuando me mandó venir. No me malinterpretes, mamá, pero primero tengo que cumplir con mi deber como el cadete que soy.

Cabizbaja, estalló como en pocas ocasiones lo hacía.

—¡Tu obligación ahora no es otra que protegernos de cualquier peligro, y ese momento, desgraciadamente, ha llegado! Lo siento, pero dado que eres el único hombre de la casa, te ha tocado ejercer como tal. ¡Esto ya no es un juego, Borja!

Borró la sonrisa de su boca, chasqueó la lengua y, comprendiendo por primera vez cuál era el orden de las cosas, la abrazó.

—Te prometo que cuidaré de vosotras hasta poneros a salvo. Pero después no me pidas que me quede.

Mamá se desesperó.

—Solo te pido precaución. ¿Y si los de este cuartel son del otro lado? Esto, mal que nos pese, tiene todos los visos de ser una guerra fratricida.

Pensativo asintió:

—¿Sabes lo que me dijo el coronel al que me he presentado en Figueras?

Cambió el tono de voz imitando la del aludido:

—«En este momento no sé si soy faccioso o no lo soy, pues yo he declarado el estado de guerra por orden de Barcelona».

Suspiró.

—Vengo de la academia, madre, y sé lo que se cuece. Yo, como ha de ser, estaré del lado de los que nos prometen salvaguardar a Dios y poner orden en España. Ha llegado el momento de luchar por nuestros intereses y no me voy a quedar cruzado de brazos a la espera del devenir de las cosas.

Subí el volumen de la emisión de Radio Barcelona. El general Goded se confesaba derrotado y aconsejaba a los suyos la rendición inmediata. Borja se abalanzó sobre ella protestando:

—¡Tiene que ser mentira! Cómo podéis tener sintonizada esta bazofia. Hoy más que nunca debemos cotejar la información. Dejadme buscar Unión Radio Sevilla y ya veréis cómo cambian las noticias.

Por fin, después de unos minutos exasperantes, dio con el dial. La señal era muy deficiente y apenas se entendían algunas palabras sueltas entre un sinfín de interferencias. A punto estaba de desistir cuando oímos una voz limpia y clara repitiendo la proclama. Era la del general Queipo de Llano jaleando la conquista de aquella ciudad.

Dudé.

—Quizá esté anticipando la victoria. ¿Por qué hemos de creerle a él y no a Goded? Ese hombre siempre ha estado metido en líos. Primero fue relegado a la reserva al enfrentarse abiertamente con el Gobierno de Primo de Rivera. Luego, exiliado por su participación en la cuartelada de Cuatro Vientos al intentar bombardear el Palacio Real, y cuando pudo regresar, ¿qué hizo?: ser nada menos que el jefe del Cuarto Militar del Verrugas. ¿Y ahora se alza contra todo lo que hace tan poco defendía con su propia vida? No me fío de él, Borja. Ayer, republicano. Hoy, a nuestro lado. ¿Qué hará mañana?

Borja me corrigió:

—No es el único republicano defraudado. ¿O es que olvidas que Sanjurjo también lo fue? Mola, que no es dudoso, se fía de él, así que no desconfíes tú. Y no hay más que hablar. ¡Como el único hombre que soy en esta casa os prohíbo terminantemente

que oigáis emisiones enemigas! ¿Para qué? Si solo ensalzan sus victorias acallando las nuestras. Lo he estudiado en la academia y lo llaman *guerra psicológica*. Sus tiros son el desaliento del enemigo y se ha demostrado en la historia que puede acabar con cualquiera. No os dejéis influenciar por esas patrañas. ¡Si han llegado incluso a asegurar la disolución del Ejército, y aquí estoy yo! A partir de ahora, no nos fiaremos de nadie ni de nada.

Mamá, en su ingenuidad, le interrumpió:

—Quizá podemos enterarnos de algo leyendo nuestros periódicos.

No pude más que defraudarla.

—Tampoco, mamá. No te lo quise decir, pero después de la incautación del *Ya* y *El Debate*, el *Abc* y *El Siglo Futuro* han seguido su misma suerte. Sus rotativas ahora lo único que deben de estar imprimiendo son panfletos para los rojos.

Borja quiso animarla.

—No te preocupes, ya verás como esto termina pronto. Además, ahora nos queda la edición del *Abc* de Sevilla, ya liberada. En cuanto llegemos a Francia buscaré la manera de que nos lo manden aunque sea con retraso.

Suspiró.

—¿Cómo nos enteraremos entonces de lo que pasa con tu padre y tus hermanos? ¿Y con Cristina? A estas horas deben de haber dejado el convento y no tengo un teléfono donde llamarla. ¿Habrás podido reubicar a todas sus hermanas?

Precisamente fue el timbre del teléfono lo que la interrumpió. Corrí a cogerlo.

—Van a por ustedes. ¡Salgan ya! ¡Eviten como al diablo la carretera porque el paso por la frontera está fuertemente custodiado por la Guardia Civil y la Guardia de Asalto! ¡Huyan o quizá no vivan para contarlo!

De fondo se oía claramente el bullicio de una taberna. Me sonaba a la voz de Frígola, la guardesa. Iba a preguntarle si era ella cuando colgó. Al darme la vuelta, todos me miraban expectantes. Intentando mantener la compostura sin demasiado éxito, grité:

—¡Rápido, Borja, asómate a ver si viene alguien!

Se guardó la cajetilla de cerillas de a diez en el bolsillo, apagó en el cenicero el Bisonte que tenía en la comisura de los labios, cogió unos prismáticos y subió las escaleras a la almena de dos en dos. El pueblo tan solo estaba a siete kilómetros del castillo y desde allí se divisaba. Apenas tardó dos minutos en bajar.

—¡Se acercan dos camionetas de las descubiertas! Por la cantidad de teas que se ven encendidas deben de venir unos veinte hombres.

El viento nos trajo el lejano murmullo de su apasionado cantar. Por un segundo nos miramos los unos a los otros en silencio. El temido momento había llegado. Susurré:

—¡Olvidaos del coche! Tenemos que intentar ser lo más discretos posible, no vaya cualquiera del servicio a delatarnos. Todo está dispuesto en las cuadras. Borja, llévatelas, que yo bajaré ahora mismo.

Con el corazón en la boca corrí a mi cuarto a por la bolsa de las joyas y el dinero, y sin nada más que lo puesto bajé corriendo. Al llegar, mamá y Elisa ya estaban subidas en sendas mulas y Borja me esperaba en uno de los caballos con las dos riendas de ellas entre las manos. Me crucé la bolsa a modo de bandolera, monté y espoleé a mi yegua.

Mamá y Elisa, presas de un paralizador pánico, se dejaron llevar como marionetas incapaces de protestar.

Aquella noche de luna nueva, galopamos a ciegas por entre grandes rocas y matojos hasta llegar al pilón de la frontera. Ni la luna parecía querer iluminar nuestros pasos. Allí Borja, repentinamente, tiró de sus riendas para frenar en seco. Cuando me paré a su lado me tendió las de la mula de mamá.

—Aquí os dejo. He cumplido con la promesa que le he hecho a papá. Ahora me dispongo a presentarme en el primer cuartel que encuentre.

—¡Estás loco! No serás capaz. ¿No has oído por la radio que esta zona es roja? ¿Acaso quieres perder la vida el primer día de contienda? Ven con nosotras, y con más calma, ya en Francia, decidimos según estén las cosas. Desde allí siempre podrás coger un barco e irte a Andalucía para unirme a los sublevados. Quedarte aquí sería un suicidio.

El hipido de mamá llorando nos hizo separarnos un poco de ellas.

—Mírala, Borja. ¿No se te parte el corazón? Ponte en su lugar. Bastante se sacrifica dejando a papá, a Cristina y a los hermanos aquí, sin saber qué suerte les espera en Madrid, para que tú ahora vengas con estas. Entiendo tus razones. Yo me iría sola con las dos, pero mamá no querrá salir de España sin ti.

Las voces de nuestros asediadores sonaban un poco más allá de los matorrales. Susurré sumamente enojada:

—¡Con tu tozudez nos estás poniendo en peligro de muerte! ¡Por Dios! Déjate ya de sandeces, que tenemos que irnos.

De nuevo la miró. Su elegante figura de siempre, ahora encorvada, a punto estaba de desmoronarse sobre la mula. Repentinamente, y como si un rayo de compasión le hubiese recorrido el cuerpo, se puso recto al tiempo que sentenciaba:

—De acuerdo. Al otro lado de la frontera dejo mis ilusiones, un uniforme de cadete casi sin estrenar, mis insignias de caballería y mis cordones rojos, pero me llevo lo principal, y es el espíritu que hace honor a esos ropajes. Regresaré a por ellos después de haberos puesto a buen recaudo.

Aquel fue el primer panegírico de los muchos que Borja pronunciaría en tiempos venideros. Una amalgama de buenos principios con forma de daga que forjaban su sentido del honor. Soltando todo el aire que tenía estancado en los pulmones ante la incertidumbre, espoleé a la yegua.

—Sabias palabras, hermano. Te prometo que la próxima vez no seré yo la que te impida cumplir con tu deber.

Después de aquello no nos atrevimos a parar de nuevo hasta culminar la primera

colina francesa. Allí, por fin, miramos atrás para despedirnos de nuestra patria con un nudo en el estómago. No sabíamos a ciencia cierta cuándo regresaríamos.

El amanecer podría haberme traído ese pensamiento positivo que animase a mi familia, pero no lo encontré, así que permanecí callada con la vista anclada en lontananza. Solo le pude dar gracias a Dios por el cálido clima, sin querer imaginar siquiera cómo lo hubiésemos pasado haciendo lo mismo en pleno invierno. Aun así, las lágrimas humedecieron nuestros ojos.

Una vez reiniciada la marcha, solo el sonido del crujir de los cascos de los animales al chocar contra las piedras del sendero de bajada nos acompañaron la siguiente media hora, hasta que al fin distinguimos una luz. A ojo de buen cubero estaríamos a una media hora de Le Boulou, pero los caballos jadeaban y teníamos que descansar. Miré a mi madre. Tambaleante a lomos de su mula, casi no se mantenía erguida sobre el animal. Fue en ese instante cuando decidí pedir asilo a los propietarios de aquella casita perdida en el campo.

Los hospitalarios señores Benzome nos acogieron con gusto. Se sorprendieron de que todos hablásemos a la perfección su idioma y, al contrario que otros de sus compatriotas con los que topamos más adelante, no quisieron hacer negocio con la angustia del exiliado. Las noticias de la guerra española habían cruzado la frontera y sabían que muy probablemente no seríamos los únicos en pedirles una habitación en los próximos días. Eran ancianos, habían vivido la Gran Guerra y por eso habían decidido ofrecer asilo a todo el que se lo solicitase, independientemente de la ideología que albergase.

UNA FRONTERA DE IDA Y VUELTA

Al atardecer del día siguiente, los Benzome se ofrecieron amablemente a llevarnos en su automóvil al balneario de Le Boulou. Les quisimos regalar las yeguas y las mulas, pero solo las aceptaron en depósito, advirtiéndonos de las carestías que nos esperaban y a sabiendas de que muy probablemente las necesitaríamos después de la guerra, así que siempre podríamos ir a recogerlas una vez terminada la contienda.

De camino, Borja procedió a abrir un sobre que mi padre le había entregado poco antes de salir de Madrid. En él había un buen fajo de francos y un pliego con las instrucciones que teníamos que seguir en el caso de una obligada huida.

La sensación de inseguridad que padecimos la aciaga noche anterior parecía empezar a darnos una tregua cuando de golpe y porrazo vino a asfixiarnos de nuevo. Frente a la puerta principal del balneario estaban aparcadas dos camionetas con matrícula española que me hicieron recelar.

Reservábamos en recepción dos habitaciones cuando oímos las carcajadas de sus ocupantes en el comedor. A pesar del biombo que lo separaba de nosotros, los vi reflejados en un espejo. Posándome el dedo sobre los labios hice una señal a Borja para que se percatase del peligro. Mamá empalideció.

Vestidos con monos y mal afeitados, una veintena de hombres brindaban botella en mano. En aquel momento estaban distraídos, pero no tardarían en descubrir nuestro reflejo encontrado. Tendiéndome las llaves, Borja me murmuró al oído:

—Reconozco a dos de ellos. Son representantes de la CNT en Requesens. Sube con ellas, que yo voy a intentar averiguar algo más. Solo abre la puerta si estás segura de quién puede ser. Yo llamaré con cuatro golpes. Si al amanecer no he aparecido, salid con el máximo sigilo y llévatelas lo más lejos posible.

Le agarré del antebrazo, pero se zafó atravesándome con la mirada. Asentí consciente de que probablemente no había otra posibilidad.

Para cuando por fin escuché los cuatro golpes en la puerta ya habíamos cenado en unas bandejas que nos trajeron de la cocina, y mamá y Elisa roncaban a pierna suelta. Susurró para no despertarlas:

—Lo siento, pero no he tenido paso franco hasta ahora.

Se acercó a la bandeja y cogió una manzana que mordió con ansia, y con la boca aún llena masculló:

—Como me temía, eran nuestros persecutores.

Tragó.

—Al parar aquí para preguntar, se encontraron con otros integrantes del Frente Popular. Son de los que, al contrario que nosotros, han cruzado la frontera por el País Vasco huyendo de los sublevados y ahora pretenden entrar de nuevo en España por la

zona roja.

Ni siquiera se me había ocurrido pensar en ello. ¡Qué ingenuos fuimos al pensar que solo por cruzar la frontera podríamos sentirnos seguros!

—Si eso es verdad, Borja, tenemos que ser sumamente precavidos porque no serán los últimos que nos encontremos.

Asintió antes de tragar el segundo bocado. Por el ansia con la que masticaba, estaba claro que no había cenado.

—Si los hubieses visto mofándose de cómo habíamos huido con el rabo entre las piernas dejando en sus manos el castillo... Intentaron sonsacar a los que allí dejamos sobre nuestro paradero, y al no soltar prenda les dieron una buena tunda de palos. Duele escucharlos porque no se les cae la blasfemia de la boca y han disfrutado de lo lindo quemando el retablo de la capilla y saqueando. ¡Los salvajes de ellos han incinerado hasta la cosecha! ¿De qué se creerán que van a comer?

Mamá se revolvió entre las sábanas. Chisté para que bajase el tono de voz.

—Les dio el amanecer buscándonos hasta que terminaron por pensar que debíamos de habernos convertido en fantasmas. Si ahora nos descubren, estoy seguro de que ni siquiera se detendrán a pensar que estamos en territorio neutral. Quizá disfrazándonos les podríamos dar esquinazo.

Negué.

—Mamá se negará. Mírala, con ese corte de pelo a lo Latour y su perfil de María Antonieta se delataría aunque fuese vestida de campesina. Está claro que no podremos salir hasta que se vayan.

Hicimos turnos para las guardias en la puerta de la habitación hasta que al amanecer del día siguiente oímos alejarse a las camionetas. En cuanto se posó el polvo del camino, mamá bajó corriendo a llamar por teléfono a casa para ver cómo andaban los de Madrid. Marcó una y mil veces hasta que, derrengada por la desesperación, desistió. Estaba claro que las comunicaciones se hacían imposibles. Fue entonces cuando tomé el relevo y la casualidad quiso que la llamada enganchase a la segunda.

—¡Mande!

Dudé un segundo y colgué sin poder disimular. Los tres me miraban expectantes. No les pude mentir.

—No he reconocido la voz y sus maneras no eran las de nadie del servicio.

Borja musitó:

—Eso solo puede significar que nuestra casa de Madrid ha debido de correr la misma suerte que Requesens.

Ante la mirada aterrada de nuestra madre no pude evitar darle un codazo. ¡Qué estaría siendo de sus obras de arte, de nuestros enseres personales, de la biblioteca! Imaginar a los milicianos con la cabeza metida en nuestros armarios, rompiendo nuestras fotografías o leyendo nuestra correspondencia personal me hizo sentirme como violada. Mamá nos sacó del momentáneo ensimismamiento.

—Por Dios, María. Intenta llamar a Biarritz. Allí está tu hermana Teresa. Ella quizá sepa algo de papá, Cristina y los hermanos.

No tardé en conectar con ella. Se alegró de que hubiésemos podido salir de España y nos esperaba ansiosa. Al comprobar que, aunque deslavazadas, tenía noticias de ellos, puse el auricular en medio del círculo que formábamos para así poderla escuchar todos a la vez. A mi madre se le iluminó la cara. La voz de Teresa sonaba tan clara como lejana. Aguzamos el oído.

—No he podido hablar directamente con ellos. Lo poco que sé es por un informador de la red de espionaje que mi suegro ha empezado a tejer.

No resultaba extraño que a Andes le hubiesen comisionado para ese cometido habiendo estado tan cerca del rey en el exilio. Siguió hablando:

—Paco me ha dejado aquí con los niños y se ha marchado a recoger al príncipe de Asturias a Cannes.

Por lo que sabíamos, hacía tres meses que don Juan había regresado de su viaje de novios y se había establecido en Villa Saint Blaise.

—El príncipe está al tanto de todo. Lleva días queriendo entrar para alistarse en el Ejército. Su ayudante, José Luis Roca de Togores, se ha ofrecido a acompañarle, pero aún es arriesgado, así que Paco ha ido a convencerle de que espere hasta que desde aquí le puedan preparar el terreno reuniendo una escolta de fieles que le parapeten.

Mamá la interrumpió:

—¡Por Dios, Teresa! ¡Déjate de don Juan y dinos qué sabes de los de Madrid!

—Perdona, mamá, creía que estabais al tanto. Papá apenas tuvo tiempo de coger en Granada el último tren que llegaba a Madrid después de enterarse del alzamiento en África. Jaime e Íñigo le esperaban apostados en la puerta de casa para salir disparados en cuanto él llegase. ¡No os podéis imaginar la tensión que han debido de vivir!

»Madrid hace días que está sumida en la más absoluta anarquía. Íñigo sabía dónde estaba su lugar, pero la indecisión de muchos de sus superiores que aún no tenían claro de qué lado ponerse le impulsó a dejar colgado su uniforme en el armario y vestirse de civil para acompañar a Jaime y a nuestro padre a un escondrijo seguro. No podían confiar en casi nadie, así que se dejaron guiar por nuestro fiel Antonio Ballesteros que, llevando su familia tres generaciones de porteros en casa, era el más de fiar.

Mamá suspiró.

—Bendito sea.

Teresa continuó de un tirón.

—Cinco minutos después de salir asaltaron la casa. Fue la última pinche de cocina que contratasteis la que, junto con su novio, guiaba el paso de los bandidos. Antonio los llevó a una fonducha cerca de la Cava Baja, donde al recibir el pago por adelantado de quince días ni siquiera les pidieron su identificación. Allí se dispusieron a esperar siempre alerta. Antonio se ofreció a llevarles comida a diario,

pero ellos lo rechazaron por no implicarle aún más. Por muy arriesgado que fuese, serían ellos los que saldrían a procurársela.

»Fue precisamente durante una de estas fugaces escapadas cuando se encontraron en una esquina a Pedro Martínez y a Magdalena Poggio, que se ofrecieron a darles cobijo en su casa. Aceptaron acuciados por la necesidad, ya que al salir del hostel vieron como un hombre a lo lejos los miraba con recelo. Estaban prácticamente seguros de que los había reconocido. Los Martínez les vinieron como caídos del cielo porque, al regresar a la fonda a recoger lo poco que tenían, vieron que una camioneta de milicianos apostada frente a la entrada los esperaba.

»Ya en casa de sus benefactores, comprobaron que no eran los únicos refugiados. En la cocina, entre fogones, se encontraron sin ir más lejos a una de las hermanas de Cristina.

Mamá la cortó:

—¿Y qué es de Cristina?

—Está bien. Sor María les dijo que ellas habían tenido suerte, porque otras muchas monjitas se encontraron con las puertas de la lista que les disteis cerradas.

Mamá no daba crédito.

—¿No estaban?

—Digamos que tuvieron que sufrir con resignación el desaire de varios de los que creímos nuestros amigos al negarles asilo en su casa. Cristina está en casa de los Pérez Quesada, que, como sabéis, tienen el respaldo de la inmunidad diplomática argentina.

Sentí haber tomado como amigos a los que ya habían demostrado con creces no serlo. Después de un breve momento de rabia contenida, preferí excusarlos convenciéndome a mí misma de que probablemente el miedo había podido con su buena voluntad. Estaba claro que la guerra sacaría a relucir lo mejor y lo peor de cada uno. Mamá se mostró impaciente.

—¿Crees que podríamos llamarlos?

Teresa no lo dudó.

—Las comunicaciones con Madrid son prácticamente imposibles, pero quizá si telefoneáis a casa de los López Quesada, al ser ellos miembros de la Embajada argentina y vosotros estar llamando desde Francia, la recepcionista os dé conexión. Hacedlo por la noche, que a veces los hermanos van a ver a Cristina.

En cuanto colgamos, empecé a marcar el número de aquella casa. Esperamos durante horas a que nos la pasasen. El resto ya se había marchado a dormir cuando por fin sonó el teléfono. Me alegré enormemente al escuchar la voz de mi hermano Íñigo, que, aprovechando las sombras de la noche, se había acercado a ver a Cristina y quiso hablar él primero conmigo.

—¿Cómo estáis, hermana? ¿Llegó Borja a tiempo? Estábamos muy preocupados por vosotras.

—Lo mismo que nosotros por vosotros. Estamos ya en Francia con él. ¿Cómo

estáis?

—Todos bien, a Dios gracias. Supongo que has hablado con Teresa y ya sabes de nuestros avatares. Pero tenemos que ser cautelosos con las llamadas porque dicen que las están interceptando. De todas maneras, mañana mismo nos mudamos de nuevo para no implicar a nuestros amigos. Las milicias populares se pasan las noches irrumpiendo en la mayoría de las casas de nuestros conocidos para arramplar con todo y llevárselos detenidos. Tener un crucifijo sobre la cama, un escapulario colgado en el cuello, un periódico atrasado del *Abc* o una simple foto de los reyes dedicada en un marco son razones suficientes para proceder a ello, y no quiero imaginar qué les harían a los Martínez si nos encuentran en su domicilio. ¡Están tirando a gente a las jaulas de los leones de la Casa de Fieras del Retiro!, quemando más iglesias y asaltando todas las propiedades que hemos dejado desprotegidas.

Hablaba acelerado y como queriendo condensar mil palabras en un minuto.

—¿Dónde os vais?

—Papá y yo, a un pisito de la calle Alfonso XII que tiene la Embajada checoslovaca, donde Formanek, el representante del embajador ausente, nos ha brindado asilo político. Jaime no cabía y se refugiará en la Embajada noruega. Una vez allí, intentaremos manteneros informadas, aunque me temo que cada vez será más difícil.

Suspiró.

—Todas las embajadas en Madrid han sido tremendamente generosas a excepción de la soviética. Y eso que los milicianos, a sabiendas de que en ellas ya no cabe un alfiler, han asaltado ya la de Finlandia, Perú y Turquía.

—¡Qué barbaridad! ¿Es que nadie les ha dicho que es atentar contra sus países?

—No escuchan. Algunos embajadores han intentado explicarles que, al contrario de los rusos, su particular ideología política nada tiene que ver con dar asilo a personas con problemas; que de ser los mismos milicianos los que les pidiesen asilo, ellos también se lo darían. Pero ya sabes cómo son. No atienden a razones.

Pensé rápido:

—¿Y a Viñuelas? ¿Por qué no fuisteis allí?

—Por lo mismo que vosotros salisteis del castillo de Requesens. Es un paraíso demasiado apartado de la civilización y mucho más vulnerable que cualquier escondite en la ciudad. Además, según nos han contado, también ha sido expoliado.

Intenté buscar mentalmente un lugar seguro de entre todos los que nuestro padre poseía.

—¿Y de Monclova, Manzanares, La Calahorra o el Carmen de los Mártires sabes algo?

Solo pudo susurrar.

—Supongo que solo se salvan los de las zonas liberadas y, aun así, no sé en qué condiciones estarán.

A pesar de andar todos dormidos, grité:

—¡No es posible que no nos quede nada! La fortuna de mamá, la herencia de papá, su incansable trabajo para restaurarlo todo y ponerlo en producción. ¿Te das cuenta de que esto no es nada al lado de la quiebra que sufrió al ver desmoronarse toda la empresa de aguas? Entonces era más joven y lo sobrellevó como mejor pudo, pero ahora... ¡Me niego a pensar que no nos quede nada!

Suspiró.

—Solo son cosas materiales, hermana. Olvídate de todo eso. Recuerda las lecciones de humildad que siempre han intentado inculcarnos. Reza para que todos sigamos bien, para que esta guerra sea corta y para que podamos salir pronto de Madrid para reunirnos con vosotros. Intenta suavizar las cosas a mamá y evitarle más disgustos de los precisos. Sabiendo que os vais a Biarritz, intentaré ponerme en contacto con vosotros dentro de unos días, pero no volváis a llamar aquí, no vayáis a complicar más las cosas.

—Calcula que no llegaremos hasta dentro de tres o cuatro días, ya que son casi trescientos kilómetros los que tenemos que recorrer. Trata de llamarnos entonces porque a mamá le encantará escuchar vuestras voces.

—Lo intentaré, aunque no puedo prometerte nada.

Comenzaron las interferencias.

—Con Dios, Íñigo.

—Bonita palabra, sobre todo aquí, que en la calle ni siquiera se le puede mentar. Adiós, hermana.

Incapaz de conciliar el sueño después de hablar con él, vi el amanecer. Todas las pesadillas que tuve la noche del advenimiento de la República se materializaban ahora pensando en lo que ellos estarían sufriendo. Aquella guerra serviría de excusa para vengar antiguas rencillas entre vecinos matándose entre sí.

Visto lo que nos encontramos en Le Boulou, hicimos el viaje a Biarritz con todo tipo de precauciones. Aquel balneario no fue el único lugar en el que coincidimos con los rojos, y es que toda la línea de la frontera francesa con la española, a pesar de hallarse protegida por la cordillera de los Pirineos, estaba siendo transitada de este a oeste y al revés, según la querencia de quien la recorriese. Marchaban, por un lado, los que huían simplemente de la guerra; por otro, los rojos que huían del avance de los sublevados desde Irún hacia Cataluña, y, por último, los que, como nosotros, salían de Cataluña para entrar por la frontera vasca en cuanto fuese nacional.

Pasamos por Perpiñán para ver a los Lacroix, que tenían parte del dinero que papá les había dejado en depósito en caso de necesidad, y fueron ellos los que nos llevaron a Toulouse, donde sacamos unos billetes en el «sleeping-tabla» a Biarritz.

Llegamos a las seis de la mañana. A pesar de la intempestiva hora, Teresa estaba esperándonos para llevarnos a Villa Eugénie. Nos abrazó en el andén como si llevara siglos sin vernos. A partir de entonces, a cada reencuentro y despedida le poníamos el corazón de la que podría ser la última. Al preguntarle si tenía noticias nuevas de los de Madrid, nos dijo que llevaba dos días intentando comunicar con las embajadas de

Checoslovaquia y Noruega, pero había desistido del intento, ya que resultaba imposible.

Aquella misma mañana nos fuimos todos al Hôtel du Palais a tomar algo. Fue una alegría encontrarnos a varios amigos, entre los que se hallaban los hermanos Linares, que venían del casino a almorzar. Ellos, como nosotros, al tener casa en Francia, también se habían refugiado en ella. Borja no veía el momento de regresar a España. A escondidas de mi madre estuvo indagando sobre sus intenciones, y para mi desesperación Guigo le dijo que al día siguiente tenían pensado cruzar la frontera por Dancharinea para llegar a Pamplona y ofrecerse allí de enlace. Aún era muy joven para alistarse, pero sabía que necesitaban informadores que no llamasen demasiado la atención y quería ofrecerse voluntario. Borja le susurró algo al oído, a lo que él asintió.

Nada más entrar en casa sonó el teléfono y fue él precisamente el que corrió a cogerlo. Al no tener en el pequeño cuarto espacio nada más que para uno, el resto nos arremolinamos en el pasillo. La alegría fue inmensa cuando, al darse media vuelta y con ojos risueños, vocalizó que era papá. No pudimos escuchar algo que le susurró ni lo que él le debió de contestar. Después, no dijo nada más. Asentía nervioso una y otra vez mientras nosotras esperábamos el turno. Mamá, no pudiendo retener su impulso un segundo más, por fin le arrancó el teléfono de las manos.

—¡Joaquín!

Las lágrimas se le saltaron cuando un segundo después se cortó. Borja esperó a que se calmase para hacernos partícipes de su conversación. Mamá aún se enjugaba la cara cuando la cogió de las manos y la guio al salón que lindaba con el invernadero. Sin duda, aquel angosto pasillo no era el lugar más idóneo para mantener una conversación. Elisa, Teresa y yo los seguimos.

La tumbó en una *chaise longue* y se encendió un cigarro. Le mirábamos atónitas sin comprender muy bien a qué se debía tan repentina parsimonia. Se acercó al mueble bar. Tomó la botella de cristal de bohemia y se sirvió un coñac, le dio un sorbo y dictaminó.

—Gracias a Dios, están todos bien. Incómodos por el hacinamiento, pero seguros. Desde las ventanas ven como los milicianos vigilan noche y día sus salidas a la espera de que algún claustrofóbico asilado ponga un pie fuera para detenerlo. Pero podéis estar tranquilas porque no saldrán hasta estar seguros de poder hacerlo sin riesgo de ser cazados. Mientras papá mata las horas dibujando planos, Íñigo estudia y Jaime canta y baila para animar a los más desolados. Más no me ha podido contar porque solo disponía de dos minutos.

Mamá balbuceó:

—¡Por qué no me lo has pasado!

Borja la besó en la mejilla.

—Porque la próxima vez serás tú misma la que le cogerás el teléfono, ya que yo no estaré aquí.

Mi madre le miró aterrada. No se anduvo por las ramas.

—Me voy al frente y tengo su permiso. He quedado con papá en que los Andes os cobijarán en su casa de Biarritz hasta que se libere San Sebastián. Solo entonces podréis regresar.

Mamá pegó un respingo.

—¡Espera un poco, hijo!

Insistió:

—Hace tan solo una hora dudaba si dejaros, pero ahora que sabemos que papá y los hermanos están a salvo, debo cumplir con mi deber.

Mamá se empezó a enfadar.

—¿A salvo en dónde? ¿En una embajada de la que no pueden salir por temor a ser ajusticiados?

La desesperación de mamá casi me hizo olvidar la promesa que le realicé la noche que cruzamos la frontera huyendo de Requesens, cuando por primera vez quiso regresar para unirse al ejército. Entonces le convencí de que era un suicidio, pero ahora que el frente noroeste avanzaba, no dejaría pasar la oportunidad de colaborar en esa victoria.

Borja la besó otra vez.

—Mamá, no me pidas algo que no podré cumplir. Todos los hombres útiles para la guerra están en el frente.

Suspiró.

—Podrías esperar al menos unos días y unirme al séquito de don Juan para entrar.

Chasqueó la lengua.

—No, madre. Me adelantaré y le esperaré en Pamplona. Ya verás, mamá, como todo termina antes de lo que te puedas imaginar.

Una lágrima rodó por su mejilla. Negaba cabizbaja e incapaz de suplicarle una vez más.

—Compréndelo, por favor. Si todos nos rezagamos, los rojos nos comerán por los pies y nunca más podremos regresar a casa. ¿Eso es lo que quieres? Tú misma me has educado cristiano, español y monárquico. No me pidas ahora que olvide las virtudes que me forjaron.

Como si a golpe de besuqueos fuese a convencerla, insistió:

—En vez de desanimarme, deberías alentarme. Es hora de demostrarles lo que somos y lo que valemos. Voy a la guerra con el espíritu de un soldado en su primer año de cruzada y, solo por eso, Dios me protegerá.

Media hora después, ya en el vestíbulo, mamá seguía aferrada a su cuerpo como una lapa a su roca. Borja intentaba separarse interponiendo entre ellos un pequeño macuto. Musitó nervioso al oír el claxon de un automóvil que fuera le esperaba.

—En la frontera le prometí a María que no me iría sin dejaros a buen recaudo. Ya he cumplido. Ahora, por favor, no me hagas las cosas más difíciles todavía.

—Es como si todo lo tuvieses pensado de antemano. ¡Qué prisa por dejarnos!

Se dirigía hacia la puerta cuando le detuve.

—¡Espera!

Todos me miraron sorprendidos al comprobar que también cargaba con una maleta. Sabía que mis palabras terminarían de taladrar los ya heridos sentimientos de mamá, pero no pude callarme.

—Voy contigo.

Borja frunció el ceño.

—No puedes, María. Tienes que quedarte cuidando de mamá y Elisa.

Procuré bajar el tono de voz para no dar la sensación de enfadada.

—¿He de recordarte que tengo treinta y seis años y, como mujer soltera, puedo elegir por mí misma? No me mandes, Borja, que casi podría ser tu madre. Tú lo has dicho hace un momento. Ellas están a salvo. Llevo días pensándolo y, como tú, me siento incapaz de quedarme en Francia con la que está cayendo. Me alistaré como enfermera en el frente; en primera fila si es necesario.

Besé a mamá, a Teresa y a Elisa, y empujando a mi hermano salí por delante. En el auto esperaban los hermanos Linares. Atrás dejamos los sollozos de mamá junto a las dos únicas hijas que la acompañaban de los siete hijos que tenía. Frené un segundo. Pensé de nuevo en todo lo que dejaría de hacer si me quedaba allí y, tragando saliva, continué. En el bolsillo llevaba una pequeña pistola cargada y un mapa de la ruta que seguir.

En silencio, continuamos el trayecto hasta que dos kilómetros antes de llegar nos cruzamos con otro coche que nos hizo señales para que parásemos. La frontera estaba vigilada y aún ondeaba la bandera tricolor. El chófer se detuvo a la espera de una indicación. Guigo se la hizo y, dando marcha atrás, se subió en el prado para dar la vuelta.

—Lo intentaremos mañana. Si no queréis volver a Biarritz, podéis dormir esta noche con nosotros en Villa Adriana. Hendaya está mucho más cerca y mis abuelos estarán encantados de invitaros.

Borja le obligó a parar, le tendió la mano para despedirse y se bajó.

—Gracias, Guigo, pero yo sigo a pie. Ya veré por dónde puedo cruzar campo a través.

Hacía menos de una semana que lo habíamos hecho a caballo desde el norte de Cataluña y estaba claro que no le asustaba en absoluto repetir la hazaña.

Intenté retenerlo.

—Piénsalo. Qué importa un día más.

Me convenció de que le acompañase con muy pocas palabras.

—Hendaya está demasiado cerca de Biarritz. ¿Crees que mamá no se enterará de que estamos en casa de los Linares? ¿Serás capaz de despedirte de ella otra vez?

Su poderoso argumento, unido a mi instinto maternal para guiarle en sus desatinos, disipó todas mis dudas. Despidiéndome de nuestros amigos, le seguí en su locura.

Se perdía el coche en lontananza cuando me sentí desvalida. Allí estábamos en medio de un monte, en la vereda de una carretera de la que tendríamos que separarnos para no ser descubiertos y sin saber muy bien por dónde atajar. ¡Menos mal que llevaba un mapa! Lo desplegué sobre el pilón que señalizaba el kilometraje. Norte, sur, este y oeste. ¡Se me había olvidado la brújula! Borja me tranquilizó asegurándome que había aprendido a orientarse por el sol en los campamentos. Incauta de mí, me lo creí.

Subimos, bajamos, vadeamos ríos y, después de dos horas caminando sudorosos y agotados, topamos con otro pilón de la carretera que indicaba que solo estábamos a cien metros de nuestro punto inicial de partida. ¡En dos horas, cien metros! Lo hubiese matado allí mismo si no llega a ser por el ruido del motor de otro automóvil que se acercaba.

Los dos hombres que iban en dirección a la frontera se detuvieron para preguntarnos en inglés si necesitábamos ayuda. Por sus acentos, uno era inglés y el otro, norteamericano. Eran corresponsales de guerra y venían a cubrir las noticias relativas a la contienda para sus respectivos periódicos. Se acababan de enterar por el pastor del caserío donde habían parado a comer de que aquella aduana acababa de caer en manos de los nacionales, y eso les facilitaba el paso a Pamplona.

¿Y si no fuera cierto? Con mucha sed, hambre y calor, decidimos subir a su auto sin pensarlo dos veces. Borja por primera vez agradeció que mi padre le hubiese mandado dos años a Inglaterra. Nos aceptaron contentos al saber que contarían con un traductor que les facilitase la entrada.

No tardamos en divisar el puente que hacía las veces de puesto fronterizo. A un lado, los gendarmes franceses, y al otro... No conseguíamos desde nuestra posición divisar los colores de la bandera que ondeaba. De hecho, ni siquiera la habían izado. Tampoco se veían a simple vista guardias. Parecía desierto. Quizá fuese porque debía de hacer tan solo una hora que habían cambiado de custodios y, arriada la tricolor, no habían tenido tiempo de izar la roja y gualda.

Por si acaso, aprovechamos un momento de descuido en que los gendarmes intentaban entenderse con los periodistas para cruzar los pocos metros que separaban un país del otro. Con el corazón desbocado caminábamos despacio, plenamente conscientes de que aquella podría ser nuestra primera y única oportunidad. Se me empezaron a nublar los pensamientos. ¿Y si los de la garita no eran de los nuestros? Nos pedirían la documentación y, al no tener tiempo de comérsela como tantos aconsejaban hacer en momentos de peligro, nos detendrían.

Estábamos ya en un punto sin probable retorno cuando los carabineros salieron al exterior con la bandera bicolor, la ataron a los cabos del mástil y la izaron. Resoplamos al unísono. ¡Hacía tanto tiempo que no la veíamos ondear!

Al ver el teniente el carné de Borja y mi pasaporte, no solo nos dieron la bienvenida, sino que además nos invitaron a un chato de vino, queso de Idiazábal y pan.

Los corresponsales se unieron a nosotros cinco minutos después. El teniente se animó.

—Es extraño que al venir no se cruzaran con los dos carabineros del Frente Popular que aquí estaban haciendo guardia antes que nosotros. Dos tiros al aire y salieron corriendo hacia Francia como alma que lleva el diablo.

Dando un trago a la bota sonreí.

—Me alegro de no haberlo hecho. Pero le digo que, tal y como están las cosas, seguro que intentarán entrar de nuevo por Cataluña. Más o menos volverán sobre nuestros pasos. Es curioso que todos al final hacemos las mismas cosas, del derecho o del revés.

El teniente me corrigió:

—Del derecho, del revés o según el color de la bandera que les toca defender, dependiendo de donde vivan. Que son muchos los pacíficos que hoy se juegan la vida sin saber ni siquiera por qué.

Borja rio.

—¿Llama usted pacífico al cobarde?

Aquel hombre bigotudo negó.

—Llamo pacífico al que no quiere vela en este entierro y por narices está en él. Tenga en cuenta que cuatro de cada diez españoles aún son analfabetos, y le aseguro que son muchos los que en los pueblos, viendo como se tienen que enfrentar a sus propios hermanos, aún no entienden cómo ni por qué hemos llegado a esto.

—Será por ignorancia.

—No se lo discuto, pero el caso es que las cosas son como son, y así como unos luchan por unos ideales, hay otros que, simplemente, se dejan llevar por lo que los rodea.

Intentando apaciguar ánimos, quise dar un viraje a la conversación:

—¿Qué pensarán los gendarmes franceses de este trasiego de españoles que tienen?

A Borja le salió del alma:

—¡Procurarán sacar el máximo provecho, como siempre han hecho a lo largo de la historia!

Le corregí:

—No generalices. ¿O es que ya te has olvidado de la generosidad de los Benzome?

Miré a los periodistas, que a las claras no entendían una palabra.

—Lo cierto es que se han declarado tan neutrales como estos dos, así que ni nos ayudarán ni dejarán de hacerlo.

El teniente intervino:

—Algunos aseguran que tendremos como aliados a Mussolini y a Hitler. Dicen que no tardarán en mandarnos munición y hombres, pero no sé si llegarán a implicarse tanto como lo están haciendo los rusos con los rojos.

Puntualicé mirando de reojo a nuestros acompañantes:

—Los trapos sucios hay que lavarlos en casa. Creo que España nunca debería hipotecarse con extranjeros que luego querrán cobrarse la deuda.

El teniente, encogiéndose de hombros, dio a entender que no comprendía mucho mejor que los corresponsales lo que intentaba decirle. Así que lo dejé por imposible.

EL TRASIEGO DE UNA GUERRA

Terminada la comida, continuamos el camino en el coche de los dos periodistas que se dirigían a Pamplona. El teniente de los carabineros les concedió sendos salvoconductos a cambio de que nos llevasen hasta el final del camino sin poner objeciones.

El inglés, vestido con unos pantalones *nikers* y una cámara colgada del cuello, al enterarse de que éramos monárquicos quiso saber algo más sobre las infidelidades de don Alfonso para con Victoria Eugenia de Battenberg. En Inglaterra corría el rumor de que Ena, cansada de sus diferencias, se planteaba una separación definitiva en toda regla.

Sin ningún tipo de reparo, evité mi respuesta pidiéndole perdón por haber pensado en un primer momento que era un corresponsal de guerra y no un mero cronista social. Una cosa era lo que dijésemos u opinásemos nosotros en privado de la familia real y otra muy diferente lo que diríamos en público. No insistió.

Aun así, este periodista resultaba mucho más elegante que el otro. El estadounidense era de esos que fumaban a todas horas en pipa a la vez que mascaba chicle con la boca abierta. Llevaba el sombrero calado hasta las cejas y hablaba con un tono extraño, parecido al que cualquiera podríamos tener al colocarnos una pinza en la nariz.

Este en particular se extrañó al ver que Borja llevaba en el macuto un ejemplar de *Colmillo Blanco*, de Jack London; y es que, como muchos extranjeros indocumentados, venía a España con la idea preconcebida de que todos los españoles éramos unos «analfabestias».

Teníamos un viaje entero por delante para demostrarle lo equivocado que estaba y de paso, en venganza por su desprecio, le haría ver con sarcasmo la pena que me daba que ellos, al contrario que nosotros, no tuviesen demasiada historia de la que tirar. Tan poca que procuraban adquirirla a golpe de talonario. Ejemplo claro de ello fue el intento de comprar el castillo de La Calahorra en Granada y que, gracias a que mi padre se les adelantó, no lo consiguieron. Me descompuso cuando alardeó del poderío de su país y me dijo que aquel no era el único y que, al no haberse podido hacer con La Calahorra, estaban tratando de comprar el patio entero del castillo de Vélez-Blanco para llevarlo al Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. Aquel hombre era el despotismo en persona. ¡Y pensar que papá en más de una ocasión había pensado emigrar a Estados Unidos! Ya era tarde, pues estábamos metidos de hoz y coz en la guerra. Una guerra que, por primera vez desde su inicio, vivíamos en primera persona y no a través de las ondas de una radio o por lo que nos contaban por teléfono. A nuestro paso por los pueblos y aldeas, los civiles nos saludaban con el

brazo en alto y enarbolando la bandera roja y gualda. Entre ellos y las ruinas del avance del ejército, deambulaban los soldados victoriosos dispuestos a continuar a las órdenes de lo que dispusiese el general Mola desde Aragón. El objetivo principal era llegar lo antes posible a Irún y así poder afianzar la frontera con Francia.

Entre un pueblo y otro, una procesión de gentes cargadas con muebles y enseres personales en carretas entorpecía el tránsito por la carretera. En cada parada, Borja intentaba averiguar algún dato más preguntándoles a los soldados rasos. Aquellos poco más sabían aparte de las órdenes que les tocaba cumplir. Por fin dimos con un oficial, y por él nos enteramos de que de África había llegado un contingente de 35.000 hombres, entre legionarios y tropas regulares marroquíes, para ayudarnos. Estos ya se encontraban en Sevilla, y el general Yagüe estaba organizando su avance inmediato hacia Extremadura y el valle del Tajo con la intención de liberar Toledo y así estar a tiro de piedra de Madrid.

Cada cosa nueva que averiguábamos se la transmitíamos a los periodistas para que tomasen buena nota de lo rápido que lograríamos vencer. Una vez terminamos de calmar la curiosidad del americano, Borja no hizo otra cosa que hablarme de Rafa. Estaba preocupado por ella, ya que San Sebastián, donde estaba veraneando, aún no había sido liberada. Estaba deseando verla, y si para ello tenía que ofrecerse voluntario para luchar en aquel frente, lo haría sin dudarlo.

Muy pronto perdí la cuenta de los puestos de vigilancia que pasamos. En todos ellos los requetés, con sus boinas rojas y sus novísimos fusiles, nos pedían nuestra identificación. Borja aprovechaba para salir del coche el primero y desplegar sobre el capó el arsenal de documentación que llevaba en los bolsillos. Empezaba por su cartera militar, con fecha de expedición del 20 de enero en Alcalá de Henares, que lo identificaba como alumno de caballería; seguía con el talonario de cincuenta vales para viajar en ferrocarril emitido por el Ministerio de Guerra; añadía su pasaporte, tramitado en San Sebastián en agosto del año anterior, los salvoconductos y las estampas del Cristo de los Desamparados, del de las Batallas y de san Miguel. Eso terminaba por dejarles claro de qué lado estábamos y nos levantaban la barrera.

Nada más llegar a Pamplona, nos despedimos en la plaza del Castillo. Los periodistas se fueron en su coche, yo me dispuse a reservar en el hotel La Perla y Borja se fue corriendo a presentarse en la comandancia. Nos veríamos a la hora de la cena.

Me alegré de llegar a tiempo para reservar las últimas dos habitaciones que les quedaban con baño individual, algo extraño por aquel entonces.

El recepcionista fue el que me informó de que la Cruz Roja estaba impartiendo unos cursillos acelerados a las mujeres que, como yo, ansiaban formar parte del grupo de las Damas Auxiliares de Sanidad Militar. Cuanto antes comenzase, mejor.

Me dirigí al inmenso edificio que a las afueras, no muy lejos de la catedral, había sobre un promontorio. Si no fuese por la descomunal cruz que ornamentaba su fachada principal, hubiese parecido más una fábrica que otra cosa. Debajo de ella y

sobre el soportal se podía leer «Hospital Alfonso Carlos».

Aquel sanatorio llevaba el nombre del candidato que los carlistas hubiesen querido como rey, siguiendo la línea hereditaria del hermano de Fernando VII en vez de la de Isabel II. Menos mal que el rey Alfonso XIII y su tío Alfonso Carlos habían firmado, hacía cuatro años, un acuerdo de paz entre los legitimistas y tradicionalistas, para que todos los monárquicos se uniesen en un solo bando contra el ateísmo de la República, con independencia de sus preferencias. Rodeada como estaba de sus boinas rojas, me sentí protegida.

Antes de entrar, me detuve frente a su inmensa portada para alzar la vista y observar el lugar que desde ese mismo momento me daría la oportunidad de colaborar en la contienda. Los cientos de ventanas dispuestas en una hilera delataban la verdadera función de aquel edificio que hasta hacía dos semanas había sido el seminario conciliar, y que el obispo había entregado a la causa describiéndolo como «un requeté más al servicio de Dios y de España».

Estaba novísimo. De hecho, se había inaugurado tan solo hacía tres meses y los seminaristas, al salir de vacaciones, nunca supusieron que sus celdas serían ocupadas por los heridos de guerra quince días después.

En el vestíbulo, me sorprendió la luminosidad que se filtraba por todos aquellos ventanales. Buscando el lugar para alistarme, pasé frente a una de las capillas y aproveché para pedir al Señor que intercediese para que todos encontrásemos pronto nuestro lugar en la contienda. Me alegré de ver a tantos hombres rezando fervorosamente el rosario y los acompañé durante la letanía que tocaba para luego seguir con mi propósito.

Al salir, topé con una de las mujeres de la confederación católica, que me ofreció la posibilidad de impartir alguna clase en los cursos de catecismo que estaban organizando. Con toda la amabilidad que me fue posible, le hice ver que mi intención principal no era otra que la de ayudar en enfermería y que, de todas maneras, alababa su iniciativa porque así los enfermos sanarían en cuerpo y alma de una sola vez. No insistió.

Después me dirigí a las oficinas donde debía dar mis datos. Allí tomó nota de mi nombre uno de los cuatro sacerdotes que quedaban, mientras otras muchas mecanógrafas elaboraban los ficheros de altas y bajas de aquel día. Frente a mí, había sentados en un banco varios jóvenes mutilados que, ante la frustración de haber sido declarados inútiles para luchar apenas iniciada la contienda, venían a ofrecer sus servicios como voluntarios. Fue precisamente uno de estos el que me fue asignado para guiarme por aquel laberinto de pasillos.

Estaba deseando empezar y se me hizo eterno el paseo de casi una hora que di junto a ese joven, que entusiasmado se detenía en cada cuarto, hasta terminar en las terrazas de arriba. Allí paseaban varios de los heridos que, levemente restablecidos, ya podían caminar por sí mismos o con muletas.

Me detuve un momento para mirar el paisaje. Serpenteaba a nuestros pies el río

Arga, y mi guía, emocionado por la vista, empezó a señalar una por una las montañas: las cumbres de Dos Hermanas, la de San Miguel de Aralar, conocida por ser la senda del ángel que tantos soldados como Borja veneraban, y, más allá, los picos de Osquía, la sierra de Andía, las peñas de Echauri, la Higa de Monreal, Izaga y Mendillorri.

Después de aquella intensa lección de geografía, por fin me llevó a ver a la jefa de enfermeras. Estaba sentada en una mesita a la entrada de una de las inmensas salas de enfermos. Para mi sorpresa, había mucha más ocupación de lo que nunca hubiese creído. Y eso, recién comenzada la guerra. Estaba claro que en muy poco tiempo las duchas manos de las religiosas no bastarían. Altiva, me tendió la mano, a lo que yo respondí sumisa, entregándole la carpeta con mis datos personales.

—Buenas tardes, María. Soy María Isabel Baleztena. Veamos.

Callada, esperé a que leyese detenidamente la ficha que de mí habían elaborado en las oficinas. En ella constaba que sabía leer y escribir, mecanografía, francés e inglés, coser y bordar, montar a caballo y tirar. Ella sería la que decidiría, según mis aptitudes, si me destinaba a oficinas, cocina, ropería, limpieza, farmacia, sala de rayos X o enfermería. Humildemente, no quise hablar de mi procedencia para no tener un trato preferencial. Esperaba que no fuese demasiado exigente, pues yo no quería otra cosa que estar en las salas de enfermos o en los quirófanos.

La analicé para hacerme una idea de cómo abordarla y hacérselo saber. Doña María Isabel, sin duda, era una de esas mujeres serias, trabajadoras y responsables a las que todo el mundo respetaba y nadie, ni siquiera las monjas, se atrevía a contradecir. Una mujer afable que no se andaba por las ramas, quizá porque el tiempo allí no le sobraba a nadie. Cerrando la carpeta me miró fijamente a los ojos.

—Bien. Con estas cualidades solo podría destinarla a oficinas o a ropería. Pero... ¿qué es lo que le gustaría?

No lo dudé.

—Un lugar en esta sala u otra similar. No me asusta la sangre y aprenderé rápido. Asintió.

—No lo dudo. Con lo que se avecina necesitamos enfermeras cualificadas, así que tendrá que esforzarse. Solo depende de usted demostrar lo que vale en el menor tiempo posible.

Miró a mi particular lazarillo.

—Llévala a la sala de primeras curas. Allí dará su primera lección.

Sonreí.

—No la defraudaré.

—Estoy segura de ello. Tome este vale y pase antes por ropería. Allí le entregarán su uniforme.

Al entrar en los sótanos donde debían facilitarme mis nuevas vestimentas me sorprendió la cantidad de mujeres que allí había. Monjas y seglares daban lo mejor de sí mismas con abnegación. No solo se afanaban planchando y lavando en unas

máquinas industriales las sábanas y las vendas sucias, también zurcían y remendaban a mano o a máquina los uniformes ensangrentados, quemados y agujereados que de las salas de los enfermos les mandaban para poder darles un segundo uso. Se avecinaban tiempos de carestías y aquello era el mejor ejemplo de ello.

Me cambié en un pequeño cuarto que las enfermeras tenían reservado para descansar. Una estancia que en el futuro no volvería a ver más que de soslayo, dado que no había demasiado tiempo para el reposo.

Vestida por completo de blanco, con la toca de enfermera revoloteando al viento, colgué en el perchero de la entrada mi capa azul con su cruz de Borgoña y, arremangándome, me dispuse a comenzar.

Entraba en aquella estancia del dolor dispuesta a todo. No solo a ser la que los curara, sino también a ser su hermana si fuese necesario, su paño de lágrimas, su escritora de cartas, la lectora incansable de los insomnes, la oyente de sus desconsuelos y, sobre todo, su animosa muleta. Como una niña ávida de conocimientos, pensé que allí practicaría mejor que en ningún otro sitio. Soñaba con contener hemorragias, aliviar el dolor o ayudar a morir en paz a los soldados que no tuviesen remedio. Pero en ese momento la sala estaba vacía. A la espera de que sonase la campana anunciando la llegada de nuevos pacientes, decidí acercarme a la contigua. Allí mis compañeras atendían a heridos ya operados.

En cada uno de sus compartimientos había una cama con cabeceros de barrotes blancos. Me acerqué a la primera. Su ocupante, con la cabeza entera vendada, no se percató de mi cercanía. A los pies de su cama había una ficha colgada con su nombre, procedencia y el mal que padecía. Las sábanas impolutas envolvían con su embozo unas rasposas mantas con tres franjas azules en los costados. Como todo mobiliario tenían una pequeña mesilla de noche para compartir cada dos y un humilde crucifijo colgado en la pared para velar por sus almas. Sobre una balda esquinera, las monjas habían colocado una pequeña Virgen con el niño en brazos a modo de altarcillo, con un reclinatorio enfrente y varios jarroncitos donde muchos enfermos que ya podían pasear colocaban las flores silvestres que traían del campo.

Hasta el fondo de la sala, la misma escena se repetía muchas veces, como si estuviese reflejada en dos espejos enfrentados.

A la espera de que alguna de mis compañeras viniese a darme una ocupación, busqué a un enfermo en particular con el que hablar. La mayoría eran jovencísimos, y el que no tenía la cabeza o el torso vendados tenía amputado algún miembro. No necesité demasiado tiempo para darme cuenta de cómo cada uno tenía su peculiar manera de afrontar el quebranto. Estaban desde los que orgullosos enarbolaban sus muñones alardeando de haber sido de los primeros en ofrecer su sacrificio a España hasta los que, mucho menos maltrechos, seguían sin pronunciar palabra, con la mirada perdida y casi en estado catatónico. Pavor me daba imaginar qué escena era la que tenían anclada en la mente.

La paz de aquella estancia se vio truncada repentinamente por el tintineo de la

campana que anunciaba la llegada de nuevos pacientes. Recordé los dictámenes de doña María Isabel y corrí a la entrada.

Si mi primer contacto con los enfermos fue duro, aquello resultó sobrecogedor. No sabía por dónde empezar ni a quién atender primero, pues todos venían destrozados. Después de un momento de pánico silencioso, el sentirme como un estorbo en medio de aquella agonía me impulsó a moverme con rapidez. Con un ojo en el enfermo y otro en mis compañeras, elegí a los menos malos para estrenarme. Podría haber tenido miedo a dar un paso en falso, pero no lo tuve porque comprendí que no intentarlo aceleraría la muerte de cualquiera. Aquel tortazo de trágica realidad me enseñó en apenas un segundo a endurecer mi alma lo suficiente como para mantener el pulso firme sobre aquellos maltrechos cuerpos.

El trabajo y mis ansias por aprenderlo todo el primer día fueron tan fuertes que no pude regresar al hotel hasta bien entrado el atardecer. Allí, en la cafetería, estaba Borja esperándome. Fumaba contento un cigarrillo tras otro y, como yo, ya se había despojado de las ropas de civil. Sonrió al verme.

—Ya veo que a ti también te han vestido para la ocasión. Estás guapísima con ese uniforme impoluto, y veo que no has tenido que cosértelo tú misma. Esa blancura de la ropa refleja la caridad, el sacrificio, la lealtad, la prudencia y la vigilancia que se os demanda a todas las enfermeras. Mira, en cambio, yo. ¡No sabes la rabia que me da el haberme dejado mi flamante uniforme en Requesens! Este es el único que me han podido proporcionar en el cuartel del Batallón de Sicilia. ¡De dónde lo habrán sacado!

Se puso de pie para que lo pudiese ver mejor. Descolorido, polvoriento y remendado en varias partes, realmente daba la impresión de haber sido pisoteado por un tanque. Lo complementaba con un cinturón anudado y sin hebilla que apenas le ceñía la guerrera y unas cuarteadas botas.

A pesar de todo, sonrió.

—Mira. El pantalón es de dos tallas más que la mía, al gorro le faltaba el borlón y las polainas están comidas por las polillas.

Dándole un repaso de arriba abajo, solo pude bromear:

—¡Con lo *pollo pera* que a ti te gusta ir! Espero al menos que esa pistola del nueve largo esté puesta a punto. ¿Cómo vas a empezar la guerra hecho un desarrapado? Sinceramente, creo que un uniforme nuevo te infundirá más ánimo aún del que traes. A mí no me importa que te gastes el dinero que nos ha sobrado del viaje a Pamplona para encargarte un uniforme en condiciones.

Apagó el cigarro, dio un sorbo al café.

—Gracias, hermanita. ¿Qué tal te ha ido a ti? Yo he tenido la inmensa suerte de encontrarme con el comandante Malcampo. Es uno de los que estuvieron presos en Villa Cisneros con Jaime e Íñigo, y he apelado a él para que me manden lo más cerca posible de San Sebastián. Espero que me hagan caso. Así podré entrar victorioso en casa de los Revillagigedo para ver a Rafa el día que caiga en nuestras manos.

Después de haber descubierto en el hospital lo que nos llegaba de la contienda, me asustaban las ganas que tenía de irse a primera línea de fuego, pero no le dije nada. Desde la plaza del Castillo oímos el repicar de las campanas de la catedral que llamaban a misa y decidimos acudir.

A la salida topamos con un soldado que nos tendió un sobre. Lo abrió nervioso. Lo leyó, sonrió y asintió.

—Querida María, hoy nos vamos a dar un homenaje. Te invito a cenar antes de acudir al frente.

La voz me tembló:

—¿Ya?

—Malcampo me ordena incorporarme a una compañía que sale a las cinco de la tarde de mañana en un tren rumbo a Beasain. Por lo que muy a mi pesar, cuando llegue el príncipe de Asturias a Pamplona, no estaré. Espero que le des mis recuerdos a don Juan.

—¿A Beasain? Ya es casualidad que vayas a ser tú el que liberes Lazcano. Estarás tan cerca...

Asintió contento, quizá porque, al contrario que yo, aún no había tomado un contacto tan directo con la realidad de la guerra.

Al día siguiente fui al hospital, pedí permiso para salir a mediodía y le acompañé a encargarse un uniforme nuevo para cuando regresase y a despedirle en la estación. Por todo potaje llevaba un morral con varios botes de leche condensada, una manta blanca, algunas chokolatinas y una barra de pan.

No pude más que reírme.

—¡Qué nutritivo! Han debido de verte tan delgado que te quieren engordar con azúcar. Procura comer fruta y verdura si no quieres terminar mal.

Gruñó. Desde niño siempre le había costado comer. Aquel placer era como si le aburriese. Ignoraba que muy pronto sabría lo que es padecer hambre.

Me despedí.

—Intentaré hablar con mamá para decirle que estamos bien. ¿A qué hora crees que llegarás?

Dudó.

—Por la última vez que hice este viaje, sobre las ocho de la tarde, pero ya sabes cómo han cambiado las cosas.

Le abracé con fuerza.

—Ojo avizor, hermano.

Sonó el pitido de partida y, tras echarse el macuto a la espalda, me besó en la mejilla.

La primera semana solo pisé el hotel para dar un breve descanso a mis huesos, pues, al no estar Borja, apenas nada me retenía allí y prefería acelerar mi aprendizaje en el hospital echando horas.

Mi preocupación fue en aumento cuando comenzaron a llegarnos heridos del

frente donde él estaba. Por muy halagüeñas que fuesen las noticias, el goteo no cesaba. El director del hospital, don Andrés Martínez, había reclutado a otros muchos médicos que, como nosotras, trabajaban a destajo.

Por aquel entonces, los armarios estaban llenos de medicamentos, el poderoso azul de metileno con el que desinfectábamos las heridas antes de operar no faltaba y no teníamos problemas para alojar a nadie, pero aquel hospital de sangre, que a finales de julio era como un palacio de salud, se fue transformando con los días, y lo que en principio fue amplitud se estrechó.

Entregada en cuerpo y alma a la causa, no tardé demasiado en obtener mi título oficial de medicinas, inyecciones, curas, asepsias y vendajes, y la especialización de ayudante de quirófano. Confiaba en que en un futuro no muy lejano me diesen la dirección de una de las salas, a pesar de no pertenecer al selecto grupo de las veteranas Margaritas de Navarra, las dueñas y señoras del hospital. Aquellas carlistas de pro a las que admiraba no podían esconder su predilección por los requetés, a los que colmaban de cuidados en detrimento, a veces, de los pobres regulares. Una pequeña injusticia que, si yo conseguía tener un poco más de poder, intentaría remediar.

Las Margaritas hacían de todo. Trabajaban como cantineras en el reparto de alimentos de la intendencia, como enfermeras administrando las medicinas y como ángeles de la caridad con libre albedrío para elegir al que recibía la donación. Las tomé como un ejemplo desde el primer momento porque, dejando a un lado a tradicionalistas y a liberales, o a don Carlos y a don Alfonso, éramos todas cristianas monárquicas y ahora estábamos unidas. No merecía la pena recordar viejas rencillas, al menos hasta que llegase el momento de, terminada la guerra, instaurar la monarquía.

Fue una mañana de finales de julio cuando mis temores más profundos se hicieron realidad. Allí, en una esquina, había un soldado que por su propio pie había bajado del camión sin necesidad de camilla. Apoyado en una esquina y con el brazo izquierdo vendado, reconocí aquella afilada nuca por las orejas de soplillo que asomaban. ¡Era Borja, que en menos de una semana de contienda regresaba herido! Corrí a auxiliarlo, pero me rechazó:

—Déjalo, María, atiende antes a todos los que están peor que yo; puedo esperar.

Era como si en una semana hubiese envejecido tres años. La lozanía de su juventud le había abandonado, los pómulos se le habían marcado aún más y el pantalón que hacía una semana parecía dos tallas más grandes ahora pendía como de una percha. Hasta su sonrisa abierta de siempre me resultaba diferente. ¡Qué había sido de esas paletas separadas! Al ver que me fijaba en su boca, sonrió.

—Un compañero de trinchera, en pleno fragor de la batalla, me arreó un culatazo que me juntó los dientes. Aún me duele la mandíbula, pero eso no es nada. Por Dios, atiende a los demás, que ya tendremos tiempo de comentarlo.

Sin advertirle, tiré fuerte de la venda, arrancándole la costra seca. Una leve mueca

le hizo aparentar dolor. Inmediatamente, empezó a sangrar de nuevo. La bala le había atravesado el brazo limpiamente, con una trayectoria de entrada y salida, pero no parecía haberle afectado demasiado a la movilidad de ningún músculo. Le pedí que esperase para atender a los más graves y, cuando terminé, yo misma le guie a la sala de curas para desinfectarle la herida. Apenas se sentó, empezó a contarme:

—Desde que me despedí de ti han pasado mil cosas. Al contrario de lo que pensamos en un primer momento, no fuimos directos a Beasain. El tren nos dejó cerca de Echarri y desde allí nos llevaron en camiones a unas casas abandonadas por los migueletes en el alto de Lizarrusti. Allí dormimos para empezar a andar al día siguiente hasta llegar a Ataun. Atrás dejábamos Navarra para entrar en nuestra querida Guipúzcoa y casi tocar nuestra casa cuna en Lazcano. No me preguntes por qué, pero al anochecer, caminando entre los inseguros bosques, me vino a la mente aquella canción que tú me enseñaste de niño, y tararearla me calmó.

Hice memoria.

—¿Para engañar al miedo?

Asintió.

—Solo la tarareaba sin letra por el temor a que alguien me pudiese acusar de cobarde. Y eso que la letra era precisamente la que me infundía valor, pero cómo explicárselo a los demás. El día de Santiago Apóstol, paramos en una posada del camino, donde había un grupo de Margaritas que nos dieron una especie de escapulario de hierro con la imagen del Sagrado Corazón, que prometimos proteger con nuestra vida. Los llaman *detentes* porque, según ellas, son como talismanes que nos protegen al entrar en combate. Todos los requetés llevan uno y pensé que a mí no me sobraría. Había muchas mujeres jóvenes entre ellas.

Suspiró.

—Entre tantas, esperé verla, pero no la encontré. ¿Sabes algo de ella?

Me hice la despistada.

—¿De Rafa?

Asintió.

—Debe de seguir en San Sebastián y, como bien sabes, aún no ha caído, aunque no tardará mucho. Poco más; de papá, Cristina y los hermanos, que siguen escondidos en Madrid. Pero... deja de preocuparte por los demás y dime cómo te han herido.

Adquirió un aire de lo más circunspecto.

—Prefiero no entrar en detalles, querida hermana, para no herir tu sensibilidad. Es mi manera de quitar hierro al asunto. Tan solo te diré que en las trincheras, si no eres tú el que quitas la vida, te la quitan. Eso es lo que nos impulsa a disparar sin más. Llámalo legítima defensa si quieres. Es como un juego en el que la fortuna tiene mucha más relevancia que el ser un buen tirador. Si nos detuviésemos a pensar que las dianas son hombres, enloqueceríamos.

Le tembló la voz y se sumió en un repentino silencio. Aproveché para pegarle el

último tirón de la venda que le quedaba pegada a la herida. No sería yo la que le preguntase si ya había matado a alguien. Como testigo directo de lo que a diario recibíamos en el hospital, tampoco le preguntaría por las bajas. Refranes como «ojos que no ven, corazón que no siente» o «lo que no se menciona no existe» se convertirían en mi particular divisa para subsistir. Por ello, intentaba eludir de un modo u otro a todo el que se empeñaba en narrarme con pelos y señales lo recientemente vivido. El silencio de un herido o su profunda mirada acuosa bastaban para imaginarlo, y no necesitaba escucharlo.

Echando mano del azul de metileno, comencé a desinfectarle la herida antes de ponerle una venda nueva.

—No sabes lo que voy a disfrutar contándoos a papá y a los hermanos cómo tomé el palacio y el pueblo de Lazcano. En cuanto termine, me siento a escribirles.

Suspiré sin querer decirle que los de Madrid jamás recibirían esa carta que se disponía a redactar porque no tendría manera de mandársela. Parecía disfrutar evocando el recuerdo.

—Que quede entre nosotros: si te he de ser sincero, no nos costó demasiado, y si esta guerra es siempre así, la tenemos ganada. La mayoría de las mujeres del pueblo vinieron a preguntarme por cuándo vendrían nuestros padres. Están ansiosas por tener trabajo de nuevo.

Sentí contradecirle.

—Lo que no saben las infelices es que, después del expolio que hemos sufrido, casi no tendrán para pagar los sueldos de la mitad de las que contrataban antes.

Con el brazo sano me pegó un pellizco.

—¡Agorera! Deja ya las lamentaciones y piensa que esto terminará mucho antes de lo que creemos. Por el avance de las tropas nacionales ya hemos recuperado lo que tenemos en Andalucía y nuestro querido Lazcano. El resto no tardarán en devolvérselo.

—No seas tan optimista y ándate con cuidado. Mira a tu alrededor, Borja. Escuchándote, cualquiera diría que disfrutas jugando a los soldados. Si todo es tan fácil, no sé qué haces aquí herido. Hoy has tenido suerte, pero...

—No sigas por ahí, hermana. Las guerras no se ganan con pesimismo.

—Eres un loco.

Sonrió.

—Deja de refunfuñar. Por cierto, al bajar del camión he topado con Pilar Martínez Campos y María Rosa San Rafael. ¡Qué maravilla todo lo bueno que hay en este hospital! No sabes cómo alardeé ante ellas de mi primera herida de guerra, de mi bautismo de sangre y de mi redención.

Tanta pasión me dolía y enorgullecía a pesar de sonar a suicidio, pero eso es lo que tiene la juventud. Una osadía sin medida. Curado, desinfectado y con su brazo en cabestrillo, le despedí.

—Ahora, Borja, deberías cambiarte esa camisa manchada de sangre. Tengo

guardia esta noche, así que te veo en La Perla a la hora de desayunar.

—¿Y el alta?

—Aún no estás para eso. Anda, vete a descansar.

—Escribiré a Elisa para contarle todo y que ella se lo diga a mamá.

—Edulcora lo que puedas y evita lo escabroso, por favor.

Sonrió.

Pamplona, 30 de julio de 1936

+

Queridos Íñigo y Jaime:

Os escribo porque necesito compartir esto con vosotros y que os sintáis orgullosos de una vez por todas del enano de la casa. Nadie mejor que vosotros para entender mi euforia y valentía.

¡Me he bautizado de sangre! ¡Quién iba a pensar que, después de todo lo que anduvimos por los montes, sería justo en Lazcano! Casualidades de la vida, supongo. Los días anteriores habíamos oído en la lejanía algún que otro tiro aislado, pero yo aún no había tenido la oportunidad de probar mi pistola del nueve o apuntar con mi fusil.

Como supondréis, estaba deseando entrar en el pueblo y ver qué había sido de nuestra casa y de los monasterios que la escoltan. Pensé que lo primero que haría al hacerlo sería ir a las tumbas de nuestros antepasados para rezar al almirante Oquendo y pedirle el valor necesario para participar en la contienda.

A las puertas de la villa, dispararon varios francotiradores que, apostados estratégicamente en los campanarios, intentaban impedirnos el paso. No duró demasiado la lucha, ya que, al comprobar que éramos muchos más, optaron por la retirada. Solo pudimos apresar a un miembro de la Guardia Roja que corría despavorido a esconderse en el bosque. Atrás dejaban dos coches repletos de fusiles, ametralladoras, pistolas y munición. Fue nuestro primer trofeo de guerra sin tener que lamentar una sola baja.

Los pocos que se atrevieron a salir a la calle nos miraban con cierta desconfianza. El recelo desapareció cuando don Salvador gritó mi nombre. A pesar de mi aspecto infecto después de algunos días de caminata, el párroco me reconoció y vino corriendo a la fila para abrazarme. Tras él, apareció Feliciano, la hija de Francisco Altolaquirre, el administrador del palacio, que entre balbuceos desesperados trataba de explicarme que a su padre se lo habían llevado detenido los republicanos a Beasain por haber tratado de impedir que entraran a saco en nuestra casa. Imaginaos su cara. Las lágrimas se le escapaban. La tranquilicé con la promesa de que al día siguiente iríamos a liberarlo para traerlo de regreso sano y salvo. Mientras tanto, le pedí que procurase ocupar sus pensamientos en otras cosas, como, por ejemplo, en hacer todas las camas del palacio para dormir esa

noche a cubierto con mis compañeros de lidias. Lo celebraron todos porque aún teníamos los huesos calados del relente de la noche anterior, cuando nos vimos obligados a dormir en un destartalado caserío perdido en el monte. ¡Si la hubieseis visto! Su impulso la llevó a cubrirme la cara de besos mientras el resto de las gentes del pueblo no sabían muy bien si llamarla al orden o sonreír. Al ver que yo la abrazaba, se relajaron.

Esta guerra, si algo ha hecho, es acercarnos a todos. ¡Estaban felices de que hubiésemos llegado a liberarlos! Sus vivas nos regocijaron. Apenas tardé cinco minutos en cambiar las banderas que ondeaban en el ayuntamiento y nuestra casa por la roja y gualda.

Serían las seis de la mañana cuando, después de un buen descanso, nos pusimos en marcha hacia Beasain. Le había prometido a Feliciano que liberaría a su padre y así lo haría. Amanecía. Don Salvador subió a la torre de la iglesia, oteó y con un gesto nos advirtió del paso libre.

La estrategia estaba trazada. Nuestro primer objetivo sería tomar los hotelitos de ingenieros de la fábrica donde el enemigo había montado su cuartel. Avanzábamos poco a poco por los maizales cuando comenzó el fuego cruzado.

Siento decir que el comandante Malcampo, vuestro compañero en el presidio de Villa Cisneros y el que me ayudó, por ser vuestro hermano, a entrar a sus órdenes, fue el primero que cayó justo después de abatir al jefe de los enemigos. Martínez Irujo tomó el relevo.

A excepción del endeble parapeto que nos ofrecía el sembrado, poco más nos salvaguardaba del silbido amenazador de aquella ráfaga de balas. Ellos, en cambio, nos disparaban desde los tejados de las edificaciones. Como reptiles, íbamos arrastrándonos cuando de reojo vi a mi compañero pegar un brinco. Ni siquiera tuvo tiempo de musitar un gemido. Había caído fulminado por un tiro en el cráneo a tan solo un metro de distancia de mi posición. A lo lejos oí la orden de frenada. Por un momento cesaron los tiros. El latir de mi corazón desbocado casi se hizo audible. Tumbado junto al cadáver de mi compañero, me encontré con su mirada inerte. Mi propia respiración le levantó el flequillo. No pude más que cerrarle los ojos. Pensé que, si algún día me toca el turno, me gustaría morir de la misma manera. Lo arrastré hacia un agujero que me serviría de trinchera natural y lo tapé con mi manta, y tuve que dejar para un momento de más calma mis rezos por él. A la espera de la orden de avance, cargué de nuevo los cinco cartuchos del mosquetón y me encendí un pitillo. A la orden de avance, lo tiré y me puse de pie entre los maizales para comenzar a disparar.

Diréis que estoy loco, pero mis compañeros necesitaban un aguijón que los estimulase y decidí ser yo su acicate, encomendándome a Dios. Solo el tiro que me dieron en el brazo izquierdo consiguió que me agachase de nuevo entre las altas plantas. Herido y todo, continué adelante la siguiente media hora que tardamos en tomar la plaza, y por mi mismo pie entré en el dispensario que las hermanas

bernardas improvisaron en su convento.

Como podéis comprobar, estoy bien, cuidado por nuestra hermana María en el hospital de Pamplona y deseando que me den el alta para seguir luchando hasta que podáis venir a ayudarme. Mientras, dadle un abrazo a papá de mi parte y cuidaos.

Vuestro hermano, que os quiere,

F. Borja

LA VISITA DEL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Plaza del Castillo. Pamplona
1 de agosto de 1936

La noche fue larga y complicada y no pude llegar a la plaza del Castillo, número 1, hasta casi las once de la mañana. Borja aún me esperaba para desayunar. A su lado, vi sentados a dos hombres. El que estaba de espaldas a la plaza era de gran envergadura e iba vestido con un mono de la Falange y la chapela roja de los requetés, y el otro..., ¡el otro era Paco, nuestro cuñado! Entonces caí en la cuenta de que el que estaba de espaldas debía de ser don Juan de incógnito.

Con tanto trasiego los últimos días se me había olvidado que, si todo iba bien, vendría a unirse a nuestro ejército en el momento menos pensado. Era 1 de agosto y la casualidad quiso que Borja, aunque herido, estuviese de regreso.

Iba a reverenciarle cuando me lo impidió. Se levantó y, apartando la silla de la mesa, me pidió que me sentase a su lado. Estaba claro que deseaba pasar lo más desapercibido posible.

—Me alegro de verle, señor.

Con esa voz grave que le caracterizaba, casi habló en susurros.

—Y yo de habernos encontrado. Me hubiese encantado quedarme más rato para recordar viejos tiempos, pero, desgraciadamente, me tengo que ir para evitar conflictos innecesarios. Al parecer, un requeté me ha reconocido y, según los nobles navarros que me acompañan, se ha enfadado por llevar su boina puesta. Quizá no ha sido un acierto intentar taparme la cara con ella.

En ese momento llegó un coche que aparcó enfrente.

—Adiós, amigos. Suerte.

Sin darnos tiempo a despedirnos, subió junto a su primo José Eugenio de Baviera al auto y desapareció escoltado por otros hombres que habían estado sentados en la mesa de al lado. Paco, nuestro cuñado, tomó asiento de nuevo. Pesarosos de un encuentro tan breve, queríamos saberlo todo. ¿Cómo consiguieron entrar en España?

—Tengo poco tiempo porque le he de seguir en otro coche que saldrá en un cuarto de hora, pero procuraré resumíroslo. Hace cinco días, le llamamos para comunicarle que al fin lo teníamos todo preparado para cruzar la frontera. Debía personarse en Biarritz lo antes posible. El señor estaba tan impaciente que solo hizo un alto en el camino para despedir a su madre. Del rey obtuvo sus bendiciones por teléfono, ya que estaba de viaje en Checoslovaquia. Cuando departía con la reina, le avisaron de que doña María, debido al nerviosismo de la situación, se había puesto de parto. Decidió regresar a Cannes para tranquilizarla, besar en la frente a su primera hija y salir despeitado para Biarritz.

Borja le interrumpió:

—¡Ha sido niña! ¿Y viene aquí a jugarse la vida? Dios le ampare para engendrar

un chico o de nuevo tendremos los monárquicos problemas sucesorios.

Asintió.

—Sí, la llamarán Pilar. Pero no hay nada en el mundo que le importe más ahora que su participación en esta guerra.

—No es extraño, dado que, si ganamos, será la oportunidad que esperábamos para que regresen.

Prosiguió.

—El caso es que ayer llegó a las once de la noche a Biarritz. Para no levantar sospechas, en vez de en casa, durmió en la de Andrés Soriano, y a las seis de la mañana hemos salido para cruzar por el puesto fronterizo de Dancharinea antes del amanecer con la identidad falsa de Juan López, un trabajador de este hotel.

—La verdad es que La Perla será digno de recordar para la posteridad con tanto ilustre huésped.

Incómodo por mi interrupción, siguió.

—No ha sido fácil, pero aquí estamos. Hemos llegado esta mañana sobre las diez y media, y si no os hemos visto hasta ahora, ha sido porque hemos estado atrincherados en la habitación de don Carlos de Borbón, el cuñado del príncipe, que, como ya sabréis, se recupera de su herida. Apenas hemos estado una hora aquí, el tiempo suficiente para que don Juan se cambiase de ropa, y ya nos tenemos que marchar. Su impaciencia es increíble.

—Más le valdría haberse quedado con su traje gris, que fíjate qué lío se ha armado por llevar la boina roja y ese mono azul con el yugo y las flechas bordadas que, por cierto, no le favorece nada.

—Fue la mujer del aviador Ansaldo la que se empeñó en que se calzase la boina, y al asomarse al balcón de la esquina le vieron los del Círculo Tradicionalista. Desde allí mismo lo increparon por ser indigno de llevarla y por eso ha tenido que irse tan rápido. ¡Dichosa boina! Solo espero que al menos en Burgos le acepten como miembro del ejército, pues no sueña con otra cosa que luchar en el frente de Somosierra, quizá con los hombres del general García Escámez. No sé..., ya os contaré.

Su coche llegó. Le prometí ir a ver a Teresa y a los niños a Biarritz en cuanto se liberase San Sebastián. Nos despedimos con otro de esos abrazos que te hacen desear guardar el aroma del ser querido junto a ti, por si no lo volvieses a ver. En ese momento no sospechaba que lo vería muy pronto, a la noche siguiente.

Era ya muy tarde. Cenábamos en el comedor cuando a través de los ventanales distinguimos los faros de un automóvil deteniéndose frente a la vidriera. Era el mismo que despedimos el día anterior. Dejó a sus ocupantes junto a la fachada del hotel. Venían demacrados y la alegría se había borrado de sus semblantes por completo.

Don Juan bajó y, sin parar, se dirigió a la habitación número 69, donde dormía su cuñado. Estaba claro que no quería hablar con nadie.

Miré mi reloj preocupada por la hora. Mi turno nocturno en el hospital se acercaba y no quería retrasarme. Todos los monárquicos, tradicionalistas y liberales, terminamos raudos el postre para salir disparados a enterarnos de lo que ocurría. Cacé a mi cuñado Paco haciendo la reserva en recepción. Tenía la llave de la habitación 105 en la mano. Solo me bastó una mirada solícita para que se explayara.

—Sube corriendo conmigo y te cuento. Todo ha sido tan rápido que ni siquiera hemos tenido tiempo de asimilarlo.

Le seguí con paso acelerado escaleras arriba.

—Ayer, cuando nos despedimos, el señor no paró hasta llegar a Burgos. Allí solo quiso tomar un tentempié en casa de unos amigos y acercarse a la catedral a rezar para que todo fuese bien antes de salir de nuevo disparados hacia el parador de Aranda de Duero. El plan era dormir a pierna suelta antes de salir temprano hacia el frente.

—¡Con tanto nervio no pegaríais ojo!

Negó.

—Apenas llegamos, se nos presentó un teniente de la Guardia Civil. El pobre hombre se quedó perplejo al reconocer a don Juan cuando bajó del coche. No entendía nada. Había recibido órdenes expresas de impedir como fuese que llegásemos a Somosierra. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que algo no iba bien.

Suspiró antes de detenerse frente a la puerta donde don Juan estaba.

—El teléfono sonó en cuanto entramos en el parador. Era el general Dávila para comunicarnos, de parte del general Mola, que no se nos ocurriese proseguir el viaje. Al coger el teléfono el príncipe y preguntarle el porqué, solo supo decirle que después de mucho pensarlo habían decidido que su presencia podría traer más complicaciones; que esperase; que mientras, podría servir a España desde fuera. Le solicitó encarecidamente que no se opusiese a ello y que regresase lo antes posible a Francia, antes de que nadie supiese de su presencia. Don Juan no ha podido hacer otra cosa que cumplir. Está molido moralmente. Y ahora, retírate, que tengo que llamar a la puerta.

Me fui agradecida por su información y sumamente compungida. ¿Significaría aquello que, aun ganando la guerra, algunos no querrían a los reyes de regreso?

Al volver de mi guardia nocturna supe que don Juan apenas durmió cinco horas antes de dejar Pamplona al amanecer. ¡Sabía Dios cuándo le volvería a ver! Borja me dijo que la despedida fue silenciosa, discreta y emotiva, ya que todos los monárquicos se asomaron a las ventanas de sus habitaciones para dar un cabezazo.

Nunca supimos si Mola lo rechazó por miedo a las represalias de los carlistas, que al saber de la implicación de don Juan podían decidir abandonar las filas de los sublevados, o por sus republicanas convicciones de antaño. El caso es que, por un motivo u otro, el príncipe vio frustrado su sueño de participar en la contienda.

Sin darse por vencido, lo intentó de nuevo cuatro meses después. En esa ocasión

fue el general Franco el que se lo impidió, argumentando que, por la singularidad de su persona, no podría nunca servir a España como un simple oficial de la Armada porque el entusiasmo de unos y la oficiosidad de los otros dificultarían su propósito. Sin duda, debía sacrificar sus tan nobles anhelos patrióticos.

Don Juan se fue para no volver y la guerra continuó para los demás. Borja, en particular, nada más recuperarse de su herida en el brazo, de nuevo se despidió de mí. Amparé mi soledad trabajando a destajo en el hospital. Solo descansaba para dormir, lavarme, comer y leer detenidamente las cartas que él me enviaba.

El 23 de agosto, en Andoain, le sobrevolaron muchos aviones en dirección a San Sebastián. Se preguntaba de nuevo cómo lo estaría pasando Rafaela. El 8 de septiembre me trajo su misiva, desde los alrededores del monte Estenaga, su amigo Lorenzo Gómez Acebo que, prendado de una de mis compañeras, no perdía un permiso para venir a visitarla. Fue la última vez que le vería, ya que, como otros tantos, murió a los pocos días de regresar al frente.

Temí entonces que Borja, al perder a uno de sus mejores amigos, se derrumbase, pero no lo hizo. Sin apenas mencionarlo, siguió escribiéndome puntualmente. ¿A quién iba a escribir sino a mí? Era la única que recibiría su correspondencia, dado que el resto de la familia continuaba en Francia o escondida en Madrid.

Fue entonces cuando comencé a puntear con alfileres sobre un mapa su posición según los remites. No quería perderle la pista y, consciente de que cada vez se estaban alejando más de Pamplona, empecé a plantearme pedir un traslado a la retaguardia de la línea de fuego; así al menos podría acercarme a verle en los momentos de tregua y no sentirme tan sola.

Pasaron los días y la hilera de alfileres iba creciendo. Después de hacerse con el monte Buruntza sobre Lasarte y el monte San Marcial, el 5 de septiembre liberaron Irún y al día siguiente, Fuenterrabía. Un duro golpe para los rojos, que prefirieron quemar las dos ciudades antes de dejarlas en sus manos, y es que aquellas eran las principales plazas que tenían para abastecerse desde la frontera.

En su carta del 12 de septiembre, y aún apenado por el fallecimiento de Lorenzo, pude intuir entre líneas sus ganas por aferrarse a las buenas noticias. ¡El día 13 entrarían en San Sebastián! No tenía otra cosa en mente que celebrar junto a Rafaela su reciente ascenso. ¡Tenía tantas ganas de verla! Me pedía encarecidamente que le mandase los distintivos de alférez para que ella misma se los cosiera al nuevo uniforme.

Los Revillagigedo vivían en una villa enfrente de la playa de Ondarreta llamada Itoca. Al prepararle el paquete, añadí de mi cosecha nuevos correajes, unas botas con sus espuelas, una pistolera que compré a un talabartero y un paquete de ropa interior. Imaginarle hecho un figurín vestido de oficial del Batallón de Montaña de Arapiles nº 7, 4ª Compañía, me arrancó una sonrisa. Prefería no plantearme el porqué de aquel vertiginoso ascenso porque probablemente se debería a las numerosas bajas de sus superiores durante las últimas semanas.

Al cabo de los días, tuve que comprar otra caja de alfileres para seguir punteando sobre el mapa. En la carta del 23 de septiembre se encontraba al pie del Ernio y me contaba cómo después de varias noches durmiendo a cielo raso por fin pudo catar por unas horas la cama caliente de un caserío. Me aseguraba que las columnas de su derecha habían tomado Zarauz. Desde su posición podía distinguir que nuestra bandera ondeaba en la casa de los Borghetto. No alcanzaba a ver Villa Santillana, pero estaba seguro de que papá se alegraría al saber que nuestra casa también había sido recuperada. Aquel día se despidió con letra apresurada, rogándome que hiciese todo lo posible por ir a Biarritz a recoger a mamá y a Elisa para llevarlas a la liberada Donosti. Rafa se encargaría de prepararles el terreno.

Apenas tardé cuatro días en conseguir el permiso, los salvoconductos y los billetes de tren para cumplir con los mandatos del único hombre de la casa, por muy joven que fuese. Como él, deseaba ardientemente reunir de nuevo, al menos, a la mitad de la familia, ya que de los de Madrid casi no teníamos noticias nuevas.

Al llegar a Biarritz, mi madre y mis hermanas me esperaban ansiosas y con el equipaje hecho. Como Borja me había pedido, antes de salir llamé a Rafa para avisarla de nuestra inminente llegada. Su voz me sonó alegre:

—¿Te has enterado de que ya he sido nombrada su madrina de guerra oficialmente por la Junta de Defensa?

Me alegró comprobar que, según se acrecentaba la confianza entre las dos, ella iba superando aquella timidez de antaño.

—No sabes cómo me alegro. Llegaremos mañana. ¿Sabes cuándo bajará Borja de nuevo a San Sebastián? Mamá está deseando verlo.

Dudó:

—Nunca se sabe. La última vez tan solo estuvo aquí dos días. Aparece siempre de improviso. Pero me alegro de que la próxima vez también estéis vosotras para recibirlo. Hemos quedado en que iremos sin falta a la iglesia de Santa María a dar gracias a Dios por las últimas victorias. Podríamos acercarnos todos juntos. Me dijo que, si todo va bien, intentaría venir la semana que viene. Todo depende de cómo esté el frente. ¡Mañana! ¡Qué alegría se llevará cuando os vea! Salgo corriendo a reservaros hotel.

Al colgar, suspiré con parte de sus palabras ancladas en mi mente: «Si todo va bien». Sería mejor no dar un segundo pensamiento a aquellas sencillas palabras que tan funestos presagios podían traer.

Al día siguiente cruzamos la frontera en un humilde tren de cercanías conocido como el Topo. El mismo que unía Hendaya con San Sebastián. Fue increíble comprobar la cantidad de patriotas españoles que, como nosotros, ardían en deseos de regresar.

Rafa nos esperaba en el andén para acompañarnos dando un paseo, dado que la mayoría de las calles estaban cortadas. Contratamos a un porteador para que nos siguiese. Nos había reservado en el hotel Continental porque en el María Cristina y el

Londres, los preferidos de mamá, no quedaban habitaciones libres esa noche. Era evidente que San Sebastián ardía en fiestas. Estaba lleno a rebosar. De camino hacia el hotel pasamos frente al Kursaal. Estaba tomado por los requetés que aún seguían de celebraciones. Al cruzar la calle por poco nos atropella un destartalado «tiznao» cargado de soldados que alegres nos piropearon. Era uno de esos trastos a punto de desmoronarse decomisados al ejército popular, pero aquello a nadie parecía importarle.

Al llegar al paseo de La Concha, las cuatro nos quedamos en silencio mirando al mar. La bahía, ajena a los infortunios que nos rodeaban, seguía tan hermosa como siempre. A pesar de que el agua debía de estar helada, aún había algún osado bañándose. Solo una cosa cambiaba en el paisaje de antaño, y es que, en vez de predominar las traineras, el mar estaba cuajado de gasolineras patrullando la costa, pequeñas lanchas que dejaban decenas de estelas entrecruzadas.

Repentinamente, mamá asió de la mano a Rafa. Quería saber más de Borja y hasta ese momento no se había atrevido a preguntarle, por no incomodarla.

—¿Cómo está? Dinos la verdad. ¿Se le nota pesaroso por lo de Lorenzo? ¿De verdad ha adelgazado tanto?

Sonrió ante el bombardeo de preguntas sin saber muy bien por dónde empezar.

—Ya sabes cómo es tu hijo, Isabel. Se queja principalmente de las diferencias que existen entre los soldados de su bando. Dice que los suyos se sienten gravemente necesitados hasta de las cosas más esenciales, cuando ven como llegan camiones repletos de provisiones y las Margaritas reparten injustamente los alimentos entre sus requetés del alma.

Asentí:

—Es algo que estoy intentando erradicar en el hospital dando preferencia a los regulares, pero no hay manera.

Mamá suspiró:

—Lo tendremos que remediar.

Rafa sonrió.

—Yo, sinceramente, creo que exagera. Prueba de ello es que, cuando llegó a casa la primera vez, en el macuto llevaba entre la ropa sucia una caja de galletas, un chorizo, un hueso casi entero de jamón y dos pellejos de vino. Aparte del desorden, está claro que así, morir de hambre, no se muere. No quiso decirme quién se lo dio. Probablemente porque debió de ser una de esas Margaritas de las que tanto se queja.

Elisa sonrió indiscretamente.

—Dios sabe qué le diría el seductor a la señorita en cuestión para que le regalase tanta cosa.

Le pegué una patada disimuladamente. ¿Y si Rafa se ponía celoso? La verdad es que no parecía estarlo. Mamá suspiró de nuevo.

—Unos tanto y otros tan poco... ¿No crees, Rafa, que quizá las más jóvenes también deberíais colaborar?

Asintió:

—Yo, por ahora, me he apuntado con mis hermanas solteras en el Hospital General Mola a unos cursos acelerados de enfermería. Duran tan solo dos meses y ya somos casi doscientas las que, si Dios quiere, antes de Navidad podremos llevar la insignia de dama auxiliar de Sanidad Militar prendida en la capa. ¿Por qué no te apuntas, Elisa? Bueno, siempre que no seas como mi hermana Maruchi, que se marea al ver la sangre y por eso la mandaron a ropería.

Elisa negó:

—No es mi caso.

Rafa sonrió como recordando algo.

—La pobre Maruchi... Mira que lo intentó, pero de allí también la echaron porque a los dos primeros calzoncillos que le dieron de prueba les cosió la bragueta de arriba abajo. Así que hoy le toca fregar suelos de rodillas.

Mamá se reía todavía a carcajadas cuando Rafa recordó algo que se le había olvidado mencionar.

—Por cierto, Borja me ha dicho que en el monte ya empieza a arreciar el frío y agradecería que le comprásemos ciento cincuenta pares de calcetines, otras tantas bufandas, pasamontañas y guantes. Me ha insistido en que los guantes sean de tela porque con los de lana se les resbala el fusil de las manos.

Alzó la mirada como haciendo memoria.

—También necesita un chubasquero oscuro como los de los pescadores. Ha insistido en que sea oscuro porque con los claros son como dianas en un campo de tiro.

No pude evitarlo:

—¿Quiere que vistamos al batallón entero?

Mamá no lo dudó:

—Ante el vicio de pedir está la virtud de no dar.

Rafa sonrió.

—Mañana podríamos quedar y os acompaño a la sastrería de José Ciriaco. Es una de las pocas tiendas que aún conservan los precios asequibles de antes.

Ante la extrañeza de mamá, le expliqué:

—Mamá, son muchas las cosas que han subido de precio desde el inicio de la guerra. Es por el temor que hay al desabastecimiento, y el que no corre vuela. El maldito estraperlo se aprovecha de la necesidad. ¿Dónde quedamos?

—¿Os parece a la hora de desayunar para tomar un chocolate con churros en el café Xauén? En la avenida de España. Está muy cerca de vuestro hotel y así, antes de ir a encargarse la chaqueta a la sastrería, podríamos comprar los calcetines en la mercería La Villa de Bruselas.

Nos despedimos conscientes de que, aun conociendo la ciudad como la palma de nuestra mano, esta había cambiado y sería mejor dejarnos guiar por Rafaela.

MADRINAS DE GUERRA

Muy a mi pesar, agoté el permiso. Aquella noche sería la última que pasaría junto a ellas antes de regresar al hospital, y aún no habíamos recibido noticias de Borja. Como cada tarde, llevamos a nuestra madre a misa de ocho para luego, ya anocheciendo, irnos a cenar al restaurante Nuri.

Mamá había pedido a Rafa que nos trajese a Ana Rosa Linares. Con el trasiego de la llegada, se le había olvidado por completo entregarle el pasaje que sus padres le dieron en Biarritz para que su niña embarcase lo antes posible rumbo a San Juan de Luz. Así como nosotros andábamos todos desperdigados, ella era la única de su familia a la que la guerra había sorprendido visitando a sus amigas, las Gómez Acebo, en San Sebastián.

La pobre andaba angustiada porque las circunstancias la habían obligado a ampliar su invitación de una semana a los ya casi tres meses que llevaba abusando de su hospitalidad. Además, con el reciente entierro de Lorenzo, el hermano de sus anfitrionas y amigo de Borja, ya se sentía como un estorbo en la casa. Agradeció infinitamente el poder al fin regresar con los suyos.

A los postres, le contábamos a Ana cómo su hermano Guigo servía de enlace al servicio secreto cuando, tras los cristales ahumados de la entrada, me pareció distinguir la sombra de una silueta conocida. ¡Era Borja!

Mamá abrazó a su hijo con lágrimas en los ojos. Le siguió Elisa, que, emocionada, después de un minuto achuchándole seguía sin querer soltarle. Le costó zafarse.

—Pelingo, déjame saludar a las demás, que pareces una boa constrictor.

Aunque aquel apodo a ella no le gustaba demasiado, sonrió. Borja siguió dando la vuelta a la mesa para saludar a Ana Rosa, a mí y, por último, a Rafa con un beso tan suave en la mejilla que me hizo intuir que su cercanía se debía de haber estrechado en su última visita.

Rafa tenía razón. Aun desaliñado, embarrado, ojeroso y con un corte de pelo atroz que le resaltaba aún más los prominentes pómulos, no había perdido la lozanía. ¡Se había dejado bigote! Un bigote estrecho que le hacía parecer mayor.

—Aquí me tenéis de esta guisa. Como podéis comprobar por mi aspecto, la guerra me ha hecho un hombre.

El uniforme nuevo que le había mandado le estaba holgado a pesar de habérselo encargado a medida tan solo hacía un mes; la canilla le bailaba en las botas y los corrajes se bamboleaban sobre su pecho como las cuerdas de un columpio.

Al sentarse, se sacó un pequeño libro del bolsillo de la chaqueta para tenderse a Ana Rosa. Eran el diario de guerra y el pasaporte militar de Lorenzo.

—Ana, te lo doy antes de que se me olvide, ya que sé que vives en su casa y a punto estás de marcharte. Yo aún necesito un tiempo de consuelo para poder ir a darles el pésame sin perder la compostura. Te agradecería que se lo dieras a su madre; les reconfortará tenerlo. Murió como un héroe. El resto de sus pertenencias las he dejado en el guardarropa del casino. Luego las recogemos.

Asintió guardándose en el bolso. De un tiempo a esta parte, todos, sin pretenderlo, nos habíamos convertido en los emisarios de cualquiera que a nuestro lado estuviese. Tal y como estaban las cosas, jamás nos cuestionábamos, por muy dolorosa que fuese, la entrega de una carta, un enser o un paquete. De entre los trescientos que cayeron en Escaltzu, Lorenzo fue su recuerdo más doloroso; su primer luto. Con él perdió al compañero de sus juegos de infancia, de juventud y de rauda madurez. Prueba de ello fue el papel de luto que utilizó para escribir durante todo el mes siguiente.

Sentado a la mesa, cogió un plato de pastas que nos habían traído con el café y empezó a devorarlas. Mamá hizo una seña al metre.

—Nosotras ya hemos terminado, pero pide lo que quieras.

Borja se hizo con la carta para recorrer sus líneas en un segundo. Con la boca hecha agua, musitó:

—¿Puedo pedir dos segundos?

Madre sonrió.

—Y dos primeros si quieres, pero luego no te quejes de una indigestión.

Importándole muy poco las consecuencias, no se contuvo. Solo cuando terminó, Borja se vio en la obligación de dar una explicación para no quedar como un muerto de hambre ante Rafa.

—Comprendedlo. El racionamiento al que estamos sometidos nos obliga a acumular reservas en los días de permiso.

¡Y pensar que de niño había que perseguirle para que comiese! Mamá le miraba con ternura.

—Aparte de hambriento, ¿qué tal en el frente?

Dudó por un segundo.

—Bien, si olvidamos que, aparte de comer como pajaritos, solemos dormir casi todas las noches a cielo raso.

Calló un segundo.

—La última vez que dormí a cubierto fue en una venta de Iturrioz. Compartir el colchón con un millón de voraces chinches, iluminarme con una vela que pinché en un clavo del muro y utilizar de bacinilla un bote de tomates en conserva vacío fue un verdadero lujo. A los que se quejan, yo siempre les digo que de buena educación es amoldarse a cualquier situación. Lo que llevo peor es el frío.

Mamá le acarició la mano.

—En el hotel tenemos preparado todo lo que nos pediste.

Se la asió fuerte.

—Mis compañeros de lidias te lo agradecerán.

Mamá suplicó:

—¿Y en el frente?

Suspiró.

—No es algo de lo que me guste hablar, pero, si insistes, te contaré, por ejemplo, lo que nos pasó ayer mismo. Así quizá te hagas una idea de lo que es un día cualquiera de ofensiva y no me vuelves a preguntar.

Bebió un trago de vino y, sin demasiadas ganas, continuó:

—Primero, y como casi siempre, nos atacaron durante aproximadamente una hora con la artillería de cañones a morterada limpia. Nosotros respondimos como se merecían. Luego se hizo un silencio que el enemigo aprovechó para gritar desde su trinchera blasfemias y sandeces que el pudor me impide repetir, y, finalmente, terminamos la ofensiva a tiros indiscriminados de fusiles y ametralladoras para cubrir el cielo de una mortífera lluvia de balas. A ojo de buen cubero, calculamos que entre los suyos y los nuestros serían unos 56.000 disparos los que efectuamos, y... ¡fíjate, madre, que de todos me libré!

Mamá se santiguó y él bajó el tono de voz:

—Después de seis horas de esa guisa, quisimos celebrar el triunfo con una buena botella de coñac y quince días de permiso, pero nos tuvimos que conformar con un chato de vino y estos dos días que voy a disfrutar a vuestro lado antes de regresar.

Ante la cara de espanto de mamá, Borja no pudo más que levantarse para cogerla y darle un beso en la mejilla.

Elisa le increpó:

—Supongo que siempre vas cubierto.

Bromeó:

—Desgraciadamente, soy testigo de que las balas son mucho más incómodas que el casco, así que en primera línea de fuego jamás me lo quito.

Insistió:

—¿Sabes que dicen que al hermano mayor de doña María le mataron por no llevarlo?

Asintió.

—Aún le estoy viendo despidiendo a don Juan en Pamplona. Estaba en los montes de Éibar. Su generosidad al prestarle el casco a un compañero que lo había perdido le costó la vida. No, hermanita. No tengo ni una pizca de ganas de morirme. ¡Amo la vida y aún me quedan muchas chicas bonitas por conocer!

Miró a Rafa de reajo. Trajeron los platos y, mientras engullía la cena, nosotras aprovechamos para hablar de otras cosas más triviales. Nos hubiese gustado prolongar la velada hasta altas horas de la noche, pero estaba agotado y tuvimos que retirarnos a dormir.

Al día siguiente, no le dejamos ni a sol ni a sombra, conscientes de que cada hora, cada minuto y cada segundo a su lado era como un precioso tesoro que había que

disfrutar, no fuesen a arrebatárnoslo. Ya impecable y con el uniforme lustroso, nos acompañó a misa. Él no perdía la oportunidad de asistir para confesarse, desahogar el alma, fortalecer el cuerpo y así poder subir de nuevo al monte en paz con Dios.

Al anochecer, los dos nos despediríamos en la estación para dirigirnos a nuestros destinos; él, con rumbo al frente, y yo, hacia el Hospital Militar de Vitoria, donde me habían destinado desde el de Alfonso Carlos. Rafaela fue la única que quiso acompañarnos, porque mamá dijo que no quería pasar otro mal trago y evitaba las despedidas con cualquier excusa.

La casualidad quiso que ambos trenes nos esperasen a cada lado del mismo andén. El de él saldría un poco antes que el mío. Le di un fuerte abrazo y, mirando el reloj, busqué una excusa para dejarle despedirse de ella a solas.

—Rafa, voy a buscar mi departamento. Dejo la maleta y salgo. Aún falta media hora para que parta, así que todavía tenemos tiempo para charlar un poco más.

Me alejé rebuscando en mi bolso. Me encendí un pitillo, di un rodeo y aproveché para parapetarme disimuladamente tras una carretilla repleta de maletas con la esperanza de que me dieran una pista de cómo iba realmente su relación.

Borja miró a derecha e izquierda y, al no verme, intentó besarla en los labios apresuradamente. Ella no solo le rechazó, sino que además lo empujó para salvar las distancias. Su ceño ligeramente fruncido, su sonrojo y su mirada vidriosa no dejaban lugar a la duda. Estaba enfadada, pero... ¿cuál sería el motivo? A todas luces, me había perdido algo por el camino. Ingenua de mí, por un segundo pensé que su silencio se debía a no haber podido disfrutar ni de un segundo de intimidad con él, y ahora apenas les quedaba tiempo. Pero descarté definitivamente aquella romántica idea cuando la vi sacar un sobre arrugado de su bolsito para, indignada, metérselo con desdén en el bolsillo de la pechera.

Sonó el aviso de la marcha del tren. Borja, a falta de tiempo para leer aquel mensaje que ella le dejaba, insistió de nuevo en su afán, pero ella ladeó la cara. Fue un beso rápido, un leve roce de labios en su mejilla que a él le bastó para pegar un saltito de alegría y a ella para sonreír disimuladamente antes de que subiese al vagón. Ya en marcha, Rafa le gritó:

—¡Lee lo que te dejo! ¡Dame una explicación convincente de eso y ya veremos! ¡Si quieres algo más de mí, esta vez no solo vas a tener que luchar en el frente!

El chirriar de las ruedas del tren sobre la vía hizo crujir nuestros dientes. Entre la humareda, distinguimos a Borja, asomado a la ventanilla del último vagón, negando y señalándose el oído. Sonreía tan alegre y ufano como antes de que aquel culatazo en el frente le uniese las paletas.

Ella, incapaz de mantener la ofuscación en pie, borró el entrecejo fruncido de su frente, suspiró y musitó:

—Cuídate, Borja.

Me acompañó la media hora que tardó en salir el mío. Evité preguntarle sus últimas palabras a mi hermano porque esperaba que ella me lo aclarase, pero no lo

hizo. Se le notaba un viso pausado de melancolía en el tono de voz. Al despedirse, no pudo evitar mirar a la vía por donde el tren de Borja había desaparecido. Era como si su desasosiego se hubiese quedado anclado en el último vagón.

7 de octubre de 1936

+

Querida Rafa:

Apenas te dejé en la estación de San Sebastián, leí tu carta y no di crédito. Y pensar que, ingenuo de mí, eran palabras de amor. ¡Cómo esperaste hasta el último momento para entregarme aquel poema y la foto de esa mujer sin darme tiempo a explicaciones! No sabes cómo siento haberlos dejado olvidados en el bolsillo de mi pantalón cuando lo entregué en tu casa para lavar. Supongo que no sirve de nada decirte que los iba a tirar, pero que las ganas de verte nada más llegar me nublaron la mente y se me olvidó por completo. Es como si buscaras una excusa lo suficientemente importante para olvidarme y así poder presentar tu renuncia como mi madrina que eres.

Me gustaría decirte todas estas cosas mirándote a los ojos, pero no puedo aguantar hasta verte. No me dejes, Rafa, porque aquí, cuando la muerte me ronda, tú eres mi único sostén. Mi ángel de la guarda, aquella que me infunde valor cuando lo necesito, precaución cuando el peligro me acecha, e ilusión cuando la tristeza intenta devorarme. Eres mi madrina, mi única madrina de guerra, la de verdad, la que llevo siempre junto a mi detente y la estampa de Cristo pegada a mi corazón.

Sé que eres buena y que no me abandonarás, pero no puedo evitar que la inseguridad después de aquella despedida me carcoma robándome las pocas horas de sueño que nos permiten. Necesito urgentemente que me escribas para disipar esta duda y no dejarme llevar por la desesperación.

Respecto a esa foto y ese poema, te doy una explicación que espero que te satisfaga, y te prometo que seré sincero en cada una de mis respuestas.

A tu pregunta de si me he anunciado en algún periódico para buscar otra madrina de guerra, te contesto que sí. Sé que es algo absurdo teniendo en cuenta que ya poseo la mejor madrina de guerra con que nadie pudiese soñar. Lo hice un día de borrachera con los amigos en que nos dirigimos todos a una al diario para anunciarnos. Era una broma, un pasar el tiempo entre risas y absurdas elucubraciones de hombres. Ten en cuenta que tengo muchos compañeros que están lejos de sus casas y sin tanta suerte como yo, y sueñan con una mujer con la que compartir sus desvelos, por lo que se agarran a un clavo ardiendo. Te juro que mi intención no fue otra que la de empatizar con ellos. Jamás pensé que alguna chica me contestaría, pero pasó y me resultó tan gracioso su primer poema que no quise defraudarla. ¿Has visto la foto que me mandó? Está junto a su madre en un jardín y

aparece tan pequeña que apenas se puede ver su cara si no es con una lupa. Esa no es una foto que mande una mujer con ganas de flirteo, te lo aseguro.

Transcribo su poema para que lo leas detenidamente. Borra todo el enojo en tu corazón y luego me dices si en sus palabras ves una segunda intención que no sea infundirme ánimos para enfrentarme a la guerra.

Soy chiquita, morenita y muy chatita.

Ligeramente gibosa, ¡pero garbosa!

*Ojos que son dos luceros,
pequeños y traicioneros.*

*Los dos son separatistas,
con bastante poca vista.*

*Tengo una boca preciosa,
pero le falta una cosa...*

*Una muela y cuatro dientes;
¡bah!, pequeños accidentes.*

Espero tus noticias desde Vigo y te tuteo porque, aunque aún no nos conozcamos, el usted aumenta la distancia y me asusta muchísimo.

Conchita

Yo en sus palabras solo vislumbro sus ganas de hacerme sonreír. ¿Qué hay de malo en ello? Ni siquiera sé si su nombre es verdadero o si su foto es la de una prima. Las cosas son así en tiempos de guerra y cualquier cosa que nos haga olvidar el drama que estamos viviendo está aceptada. Por favor, no seas tú la que me ponga cortapisas.

Tú eres mi única madrina de guerra. Dices que si hay algo que detestas en un hombre es la mentira, y te aseguro que no te miento. Que te creías hasta ahora mi única confidente, y te prometo que solo a ti te cuento ciertas cosas. A ti solo te hago partícipe de mis glorias, miedos, inquietudes y morriñas. Podrías estar celosa de mi amor a Dios, a la patria o al rey, pero nunca de mi inclinación hacia otras mujeres, porque no las hay. ¡Cómo puedes ni siquiera compararte!

¿Quieres saber lo que le contesté a Conchita? Te lo diré, aunque eso no me lo hayas preguntado. Le dije que soy más feo que Azaña y que en Madrid estuve escondido en Leganés hasta que pude salir de la zona roja. Son mentiras inocentes que no llevan a ninguna parte. Te divertirá saber que, en vez de mi foto, le he mandado una caricatura de un hombre de unos setenta años con los pies enormes, de pobladas barbas, prominente barbilla, gafas y con una nariz inmensa. Y puedes estar tranquila porque ni siquiera sabe mi nombre, ya que me anuncié con el seudónimo de Un Hombre.

Déjame, para compensarte de este sinsabor, escribirte solo a ti un poema que surja de mi corazón y no del chiste. Si después de leerlo sigues enfadada, te dejo que presentes tu dimisión como mi madrina de guerra. Un beso.

DE LA MANO DE UN ENLACE, LA ESPERANZA

Vitoria
1 de diciembre de 1936

Desde Vitoria me enteré de mucho más de lo que acontecía en Madrid gracias a un enlace del servicio secreto que la casualidad quiso poner en mis manos. Era un joven de apenas dieciséis años que, aun herido en Madrid, milagrosamente había conseguido burlar todos los controles hasta llegar a Vitoria para informar. Como a Borja hacía unos meses, me tocó hacerle la primera cura. Tenía que sacarle la bala que todavía tenía alojada en el muslo y, aunque estaba superficial, preferí darle morfina antes de introducir la pinza. La droga le desinhibió, y a mi pregunta de cómo andaban las cosas por la capital, contestó vomitando una a una las vivencias de sus últimos dos meses en Madrid.

—Siento decirle que las noticias no son demasiado halagüeñas. Las detenciones de los que no han huido a tiempo se recrudecen por días y ya ni siquiera estoy seguro de que los asilados políticos estén a salvo.

Preocupada por mi padre y los hermanos, ahondé en la herida. Esta sangró a borbotones y tuve que pedirle a él mismo que se limpiase con la gasa. Empapándola sin inmutarse, prosiguió:

—Lo peor viene con el anochecer. Los milicianos aprovechan el toque de queda para expoliar las casas de toda familia con cierta relevancia social y que no esté afiliada abiertamente al Frente Popular. Tan solo respetan las de los médicos por la cuenta que les trae y la necesidad que de ellos tienen. Encontrar en sus registros un crucifijo, una humilde joya no entregada a la causa o una simple foto con tiznes de opulencia les basta para detener al cabeza de familia y los hijos mayores y llevárselos a la checa más cercana para interrogarlos. Han sembrado la ciudad de ellas y convertido los sótanos de nuestras casas, edificios públicos y conventos en improvisados calabozos.

El tintineo de la bala en la palangana le hizo volverse.

—Gracias. ¿Me la puedo quedar? Ya casi éramos amigos.

Asentí enhebrando la aguja. Solo frunció el ceño cuando empecé a coserle.

—¿Por dónde iba...? Son contados los que regresan a casa. Después de pasar varios días incomunicados, suelen trasladarlos a la cárcel más cercana; ya sea la Modelo, la de San Antón, la de Porlier o la de Duque de Sesto. Todas funcionan igual y, por el número que hemos calculado de detenidos, sus muros deben de estar a punto de resquebrajarse.

Corté el hilo y procedí a vendarle.

—Es horroroso. Sus mujeres, aterradas, ni siquiera se atreven a preguntar por ellos, no vayan a tomar represalias en su contra. Pero lo más preocupante de todo es lo que viene pasando desde el atardecer del pasado 7 de noviembre.

Hice un nudo con la gasa mientras él seguía preso de una extraña incontinencia verbal.

—Aquel día comprobamos que comenzaban a cargar presos a montones en camionetas y, sospechando que eso no podía traer nada bueno, decidimos seguir las a una distancia prudencial.

Tragó saliva.

—¡Los están llevando a cientos a los pueblos de Paracuellos y Torrejón para fusilarlos! Poco o nada les importa que la mayoría sean civiles, jóvenes de apenas quince años o ancianos de noventa. Estremece oír desde la lejanía el estruendo de los pelotones de fusilamiento desde el ocaso hasta el amanecer, y es que los paseillos del principio de la guerra se están transformando en espeluznantes sacas. En tan solo un mes hemos perdido la cuenta de los desaparecidos, pero, por el ritmo que llevan, ya han debido de sobrepasar los dos mil. No sé. Quizá pretendan ganar esta guerra quedándose solos. Tengo que volver.

Se santiguó para repentinamente enmudecer. Si aquello era cierto, solo sería cuestión de tiempo que también entrasen en las embajadas. Aproveché su silencio para intervenir.

—¿Le puedo acompañar? Tengo a mi padre y a tres hermanos aún en Madrid y quiero sacarlos de una vez. Sale una ambulancia esta misma noche desde Vitoria hacia el puerto de montaña de Guadarrama cargada de medicamentos y a recoger heridos. Puedo arreglarlo para que vayamos en ella. Luego solo depende de usted ayudarme a cruzar las líneas del frente.

Me miró muy serio mientras se bajaba la pernera del pantalón. Gracias a Dios no había perdido la movilidad de la pierna y apenas cojeaba.

—Admiro su valor, pero acompañarme es una locura. Solemos trabajar solos para no levantar sospechas. Todo es cuestión de improvisación y eso, en parejas, es prácticamente imposible. Aquí será más útil.

—Pero...

Calló por un instante. Parecía meditabundo.

—¿Dónde están sus familiares?

No parecía dudoso, así que me arriesgué a darle la información.

—Los hombres, repartidos entre la Embajada de Noruega y un piso franco que tiene la Embajada checoslovaca en la calle Alfonso XII. Mi hermana Cristina está alojada en casa de unos amigos de la Embajada de Argentina. Mis noticias son de hace unos meses; después nos ha sido imposible contactar con ellos, por lo que no sé si se habrán mudado.

Negó.

—Es demasiado peligroso salir, así que, si no los han pillado, aún deben de seguir en el mismo sitio. Favor por favor. Si me facilita un pasaje en esa ambulancia, yo me comprometo a intentar sacar a uno de ellos. Me encantaría decirle que es pan comido, pero desgraciadamente no le puedo prometer nada, excepto que lo intentaré en la

próxima operación que montemos.

No daba crédito a mis oídos. ¡Así que era cierto que algunos conseguían salir de Madrid a pesar del asedio! Solo a uno de ellos. Pero... ¿a cuál? No me sentía capaz de elegir, aunque sabía que Íñigo, después de lo que hizo en Villa Cisneros, jamás huiría dejando atrás a mi padre. Aquel joven pareció leerme el pensamiento.

—No es necesario que me dé un nombre. A su hermana la descarto de raíz, ya que, tal y como están las cosas, es la que más segura se encuentra. A la Embajada noruega también porque es de las más vigiladas. Solo me queda el piso, y antes tengo que ver si por un casual lo han registrado. Si no es así, antes de lanzarme a tumba abierta tendré que comprobar otras tantas cosas sobre el terreno. Ya sabe, si tiene demasiado expuestas las puertas de salida a la calle, si estas se hallan cerca de una boca de alcantarillado o cualquier otra alternativa ventajosa.

Me perdía y no quise saber más detalles. Si todo salía bien, ya me los contarían ellos una vez en casa.

—Se lo imploro, déjeme acompañarle.

—¿Estamos hablando de escapar de una jaula con barrotes de acero y usted quiere meterse en ella? Hágame caso, déjelo estar y facilíteme el viaje en esa ambulancia.

Bajamos las escaleras al tiempo que le ayudaba a ponerse la chaqueta. En el bolsillo le metí las fotos que tenía de ellos siempre guardadas en el delantal para que, llegado el momento, los pudiese reconocer. Junto a las cocheras, la ambulancia ya cargada estaba a punto de salir. El conductor era un antiguo trabajador de Lazcano y solo me bastó susurrarle la petición al oído para que asintiese. A toda velocidad, el muchacho se acomodó entre las cajas de medicinas. Antes de cerrar el portón trasero me despedí de él con unas simples gracias.

—No me las dé. Es solo un favor por otro.

Apenas sonó el portazo, Luciano arrancó y se puso en marcha. Sus luces desaparecieron entre la niebla que aquel día todo lo ensombrecía, y pensé que no diría nada a nadie excepto a Borja. Él se alegraría de la posibilidad de una fuga, siempre consciente de que esta podría truncarse; mi madre, en cambio, daría por exitosa la empresa mucho antes de tiempo y aun a riesgo de una mayúscula decepción. Aquella guerra, que al principio pensamos efímera, iba ya para cinco meses y no tenía visos de terminar, así que no valía la pena alimentar falsas esperanzas.

En cuanto me di la vuelta para entrar de nuevo al hospital, topé con una compañera que venía a entregarme una escueta nota. Era de Borja y, como siempre, llegaba a través de uno de sus compañeros, herido en Azpeitia. Al saber que estaba tan cerca de Loyola, la cuna de San Ignacio, lo imaginé más seguro que en ningún otro lado. Los sobres se le debían de haber terminado porque estaba escrita en una pequeña cuartilla arrancada del muelle de un cuaderno y doblada en cuatro. La caligrafía se intuía apresurada. Quería vernos.

Inmediatamente después de leerla llamé a mamá para avisarla; me cogió Elisa el teléfono.

—¿Cómo está mamá?

—Me desespera. Nada más despertarse, cada mañana me pide que baje a recepción a pedir las listas de bajas y desaparecidos en el frente, y no hay manera de impedirselo. Me hace leérselas hasta tres veces y no se levanta hasta estar segura de que Borja no aparece en ellas. Después, se viste y me obliga a acompañarla a dar el pésame a las familias de los que conocemos. ¡Ya no sé qué hacer para disipar esa angustia en la que vive sumida!

No quise comentarle nada de lo que el joven enlace me había contado.

—Y de Madrid ¿sabéis algo?

—Nada.

—Dile que Borja llegará mañana a Alzola. Espera vernos. Yo iré directamente desde aquí.

—¡Qué alegría, hermana! Voy corriendo a decírselo.

A punto estaba de colgarme.

—¡Espera! ¡Borja me pide que lleves a Rafaela!

—¡Allí estaremos las tres!

De la emoción, ni siquiera se despidió.

Azpeitia, 26 de noviembre de 1936

+

Querida María:

Perdóname, hermana, por las manchas de chorizamen, huevo y barro vil que violan la albura de este pergamino, pero estoy escondido en la trinchera, a buen resguardo de los paqueos y las descargas ocasionales con que nos amenazan, entremezclando comida, quehaceres y pólvora.

Te escribo rápido para decirte que la semana que viene el día dos me dan permiso para bajar al balneario de Alzola a despiojarme, bañarme en sus medicinales aguas y, si ha lugar, a encontrarnos con nuestras familias. ¡No sabes cómo me gustaría veros a todas allí, incluida Rafaela! Dile a Pelingo que confío en ella para que se la traiga.

Después de nuestra despedida en la estación, sigo in albis. Me ha escrito, pero no termina de dejarme claras sus intenciones. A veces tengo la impresión de que no han servido de nada mis disculpas, abrirme a ella por entero y decirle todo lo que, según los métodos de conquista, uno ha de callarse para no parecer un romántico empedernido antes de tiempo.

No sé. Quizá no sirvo para hacerme el duro en este tipo de menesteres. Pero... ¿de qué sirven los consejos de templanza sobre el amor en estos tiempos en los que hoy vivimos y mañana lo mismo ni lo contamos? Todos viven el ahora como si no hubiese mañana y me es muy difícil arrinconar las pasiones en momentos tan endebles. Insístele a Elisa, por favor. No quiero veros aparecer sin ella. Dile que

traerla será para mí el mejor regalo que me puede hacer. Un abrazo muy fuerte de tu hermano, que te quiere,

F. Borja

UN REMANSO DE PAZ

Apenas llevábamos dos horas esperándole en la terraza, ojo avizor, cuando distinguimos, en lontananza, a un grupo de unos siete soldados cruzando por el puente de piedra que vadeaba el río Deba. Por sus andares y extremada delgadez, resultó inconfundible. Mamá no apaciguó su angustia hasta estar segura de que era él.

Importándole muy poco lo embarrado, sucio y demacrado que venía, le cubrió el rostro de besos. No hacía tanto que le habíamos visto por última vez, pero a ella se le hizo un siglo. Él se dejó achuchar, restando importancia a su entusiasmo. Cuando al fin consiguió zafarse de aquel apasionado recibimiento, vino a saludarnos a las demás, guiñando disimuladamente un ojo a Elisa para darle las gracias por haber conseguido traer a Rafaela. Después, nos pidió media hora para adecentarse.

Le esperamos en el café que daba a los baños. A lo lejos se escuchaban, entre una nube de vapor fantasmagórica, los chapoteos de los que tomaban las aguas termales. A pesar de ser diciembre, manaban a veintinueve grados de las entrañas de la tierra, así que los bañistas no debían de tener frío.

Borja no tardó en aparecer ufano, vestido con la ropa limpia que le había llevado y oliendo al agua de lavanda que Rafa le había regalado. Nada más sentarse, rebuscó en la chaqueta para sacar otra de esas cuartillas cuadrículadas.

—Rafa, te lo prometí la última vez que nos vimos y aquí lo tienes. Es un poema. Verás que nada tiene que ver con lo que le escribo a mi otra madrina.

Azarada, cogió la cuartilla y se la guardó en el manguito de piel donde se calentaba las manos.

Ligeramente contrariado, preguntó:

—¿No lo lees? Es bueno. No sé si tanto como los de mi hermana Cristina, pero yo también algo he debido de heredar de nuestro antepasado, Garcilaso de la Vega.

¡Ole la humildad! Mi mirada de indignación no le amedrentó en absoluto. Vaya donjuán estaba hecho. Sin percatarse de su reticencia, insistió:

—Me harías el hombre más feliz del mundo.

Ella, sin saber qué decir, bajó la mirada. Pero... ¡cómo podía ser tan patoso! Si aquello era una declaración de amor, podía haber esperado a un momento de mayor intimidad. De nuevo, intenté ayudarla:

—Deja que primero lo lea con detenimiento. Tú mejor que nadie deberías saber que la poesía es la mayor enemiga de la premura. Si, como has dicho, esos versos son un regalo, Rafa es su única dueña ahora y libre es de guardárselos para sí misma. Respecto a su calidad, sin leerlos siquiera, te digo lo mismo que Zorrilla le aconsejó a nuestra abuela después de leer los versos de papá. ¿Cómo era?

Hice memoria:

—«Anímale sin coartarle, pero tampoco dejes que se enorgullezca demasiado de las alas que tiene porque siendo paloma aún no ha llegado a águila».

Sonrió.

—En casa del herrero, cuchillo de palo. ¡Hay que ver qué poca confianza demuestras en las dotes de tu hermano pequeño! Pero, por una vez, te doy la razón. Es verdad que estas palabras son solo para Rafa.

La miró directamente a los ojos.

—Solo espero que después de leerlas me perdones por haber tonteado con otras. Me hubiese gustado habértelo dado a solas, pero ya ves que no nos dejan ni a sol ni a sombra.

La pobre Rafa ya no sabía dónde meterse. Sin levantar la vista del mantel, escondió aún más sus manos en el manguito de *mouton*. Reflejaba en silencio sus ganas de desaparecer. Corté por lo sano:

—Son confidencias entre vosotros dos que nada nos interesan a las demás. Déjalas para más tarde porque no eres tú el único que has traído un regalo.

Elisa, ansiosa por darle de una vez lo que le habíamos llevado, sacó un bolsón que tenía escondido debajo de la mesa.

—Veamos. Esta vez no teníamos tu lista, así que, como sabemos que cada vez que os trasladan tenéis que cargar con todos vuestros enseres a la espalda, hemos intentado ser lo más prácticas posible. Aquí tienes un maletín de aseo nuevo. El primero que te llevaste debe de estar despeluzado del todo. Otro jersey sin mangas que mamá te ha tejido y un crucifijo con todo tipo de bendiciones.

Sonrió.

—¿En diciembre? Mamá, me voy a pelar de frío.

Ella misma se levantó para sacar un amplísimo capote que aireó al viento como si el de un torero se tratase.

Borja la abrazó fuerte:

—¿Cómo sabías que me lo habían robado? No sé dónde ni cuándo porque solo me di cuenta de ello la primera noche gélida que lo busqué. Intenté comprar uno de segunda mano a un chamarilero que anda de estraperlo ofreciendo todo tipo de cosas a los combatientes, y el muy ladrón me pidió nada menos que ochenta pesetas. ¡Por ese precio me compro yo cuatro para estrenar!

Levantándose, se lo puso sobre los hombros.

—Gracias, mamá. No es el reglamentario, pero me servirá.

Mamá le miró con ternura.

—Me alegro de que te guste, porque según se prolonga esta guerra, no sabes lo difícil que se está poniendo conseguir según qué cosas. Lo importante es que es oscuro, como tú siempre pides, para pasar desapercibido, y de un paño tan grueso que ni siquiera deja pasar una gota de agua. Ni te imaginas lo que pienso en ti cada día que amanece lloviendo.

Elisa, nerviosísima, la interrumpió:

—Déjame, mamá, que le dé lo mío. ¡Esto sí que te va a hacer ilusión! Las tenía guardadas en Zarauz y de camino hacia aquí hemos parado a recogerlas.

Sobre la mesa puso dos cajas, una pequeña y otra de mayores dimensiones.

—Alguien me dijo que allí arriba matas el tiempo escribiendo en *La voz de Arapiles* alguna que otra cosa para tus compañeros. Con esta multicopista y mi réflex SLR tus reportajes no tendrán parangón.

Borja la besó en la mejilla.

—¿No es esa máquina de fotos la que te regalaron en tu último cumpleaños? Te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo, Pelingo.

Se indignó:

—Pues a ver qué hacemos, porque en nuestro cuarto del hotel en San Sebastián ya no cabe un alfiler y no pienso regresar con ellas. A ti te van a servir más que a mí. Además, que yo ahora con mis estudios de anatomía apenas tengo tiempo de hacer más cosas.

Borja la abrazó.

—Esto no es una cosa práctica ni de primera necesidad, pero lo acepto porque me servirá para entretenerme en horas calmas. Gracias a esta multicopista, la gacetilla tendrá una mayor tirada. ¡No sabes cómo queda de manoseado el ejemplar que escribo a mano después de haberlo leído medio batallón!

Elisa bromeó:

—Prefiero no imaginarlo siquiera. ¿Te harás una foto con tus compañeros de batalla? Si traes el carrete la próxima vez, te lo podría mandar a revelar. Así, cuando nos hables de ellos podremos ponerles cara.

Asintió sin querer comentarles lo mucho que, desgraciadamente, cambiaban.

Pasamos el resto del día pegadas a él y disfrutando al ver cómo gozaba de nimiedades como comer, charlar o bañarse. Y es que la contienda le había enseñado a valorar multitud de cosas en las que antes ni siquiera reparaba. Aquella vez, la secreta intención de no mencionar la palabra *guerra* se cumplió, a pesar de que esta se empeñaba en recordarnos su presencia con alguna que otra explosión.

Sabiendo que al amanecer Borja nos dejaría de nuevo, esperé a que todos durmiesen para ir a su habitación. Quería decirle que Rafa, a pesar de haber accedido a venir, seguía recelosa, y deseaba regañarle por tener una tercera madrina de guerra, una tal Teresa; él mismo me lo había confesado. De la primera sospecha había salido airoso, pero... ¿qué pasaría si Rafa descubría aquello?

Sin embargo, lo encontré tan abatido que preferí no sacar el tema a colación. Ya habría otra oportunidad. Ante todo y antes de despedirle, quería que me recitase de viva voz los versos que le había dedicado a Rafa. Me hizo prometerle que no los repetiría. Su voz sonó grave y sincera:

Quise coger tus manos en las mías, pero fue tu ademán duro y severo.

Me retiraste tú las manos frías, pero espero.

Busqué ansioso el cariño en tu mirada como avaro en sus arcas el dinero.

*En tus ojos azules no hallé nada, pero espero.
Busqué el contacto ardiente de tu boca como busca el caminante su sendero.
Erré el camino, tropecé en la roca, pero espero.
Quise escuchar palabras de cariño y tembló de pesar mi cuerpo entero
cuando tú me dijiste: «No seas niño». Pero espero.
Fue muy larga la espera, fue muy triste, pero tu juramento fue sincero
cuando al fin aquel día me dijiste: «Te quiero».*

Envidiosa, deseé en secreto que alguien alguna vez en mi vida me hubiese dedicado palabras semejantes. Nunca se lo reconocería.

—Es precioso, Borja. Si es verdad que en algún momento te ha dicho que te quiere, seguro que ahora está sentada en la cama leyéndolo una y otra vez. Respecto a la rima..., qué te voy a decir.

Se sinceró:

—No me lo ha dicho. Se me resiste como gato panza arriba. ¿Crees que después de leer el poema accederá a ser algo más que mi madrina?

—Sinceramente, creo que, si quieres que te tome en serio, no puedes poner palabras como esas en su boca. ¡Sobre todo si nunca las pronunció! Quizá si le prometes que no escribirás más a las otras madrinas...

Sonrió.

—Pero ¿cómo voy a defraudar a las otras? Además, ella es mucho más para mí y, aunque no lo demuestre, lo sabe.

Mirando al cielo como un niño juguetero, sonrió.

—Estás muy seguro de ti mismo. Así no vas a llegar a ninguna parte. Mira que me gusta esa niña, pero la vas a fastidiar.

Me acarició el dorso de la mano.

—Déjame a mí, hermana, que yo sé más que tú de estas cosas.

Asentí reconociendo a regañadientes mi poca experiencia en amores.

—Si tú lo dices... ¿Cuándo volveremos a verte?

—Procuraré pasar las Navidades con vosotras, pero aún no se lo digas a mamá, no vaya a hacerse ilusiones y luego resulte que no nos dan permiso.

—Si quieres, hago un par de llamadas a los altos cargos. No te lo pueden negar estando nosotras tan cerca.

Rechazó taxativamente mi propuesta.

—No apareceré en San Sebastián si no nos lo dan a todo el batallón, porque sería como hacer de menos a los demás y por nada del mundo quiero que me tachen de privilegiado. Si ellos no pueden celebrar el nacimiento del Señor con sus familias, será mejor que no lo hagamos ninguno.

Preferí no discutir.

—Si es así, ¿qué te gustaría que te mandásemos?

Ante mi oferta, se desperezó levemente.

—Con capones, champaña y armañac de nuestros viñedos cenaremos como reyes.

¡Ah! Y recuerda que los paquetes, como las cartas, tienen que venir abiertos para que los cursen.

Cerró los ojos para abrazarse a la almohada y mascullar:

—Ahora déjame disfrutar de esta mullida cama, que no sé cuándo volveré a catar otra parecida.

Apenas habría pasado un minuto cuando ya roncaba a pierna suelta. Le besé en la mejilla, le dibujé la señal de la cruz en su frente tal y como mi padre lo hubiese hecho, cerré el libro que estaba leyendo cuando entré en su habitación y apagué su lamparita de noche.

A las seis de la mañana, le vi salir de nuevo junto a sus compañeros.

NAVIDAD DE AÑORANZAS

San Sebastián
24 de diciembre de 1936

Fue frustrante ver cómo mamá pasó el día entero pegada a la recepción del hotel María Cristina esperando a que el teléfono de la centralita sonara. Cada vez que lo hacía, pegaba un respingo. Esperaba ansiosa una mirada de la telefonista, y al no recibirla, se sumía de nuevo en un sepulcral silencio.

Habíamos pensado esperar a Borja para inmediatamente salir con él a cenar a Lazcano, pero no llegaba. Anocheceía cuando el resto de los huéspedes empezaron a aparecer vestidos de fiesta para celebrar la Nochebuena en una cena de gala que había organizado el hotel. Decidí tomar cartas en el asunto y, botella en mano, le tendí una copa de vino. Se la bebió de golpe y, sin mediar palabra, me la tendió para que se la rellenase. Lo hice una, dos y tres veces, y esperé a que surtiera efecto. Ella apenas bebía, así que no tardaría. A los veinte minutos, parpadeó un par de veces y, por primera vez, me sonrió. Era el momento. La cogí de la mano.

—Madre, déjalo ya. No esperes un milagro. Hace dos meses que no sabemos nada de los de Madrid. Las comunicaciones están cortadas y no llamarán.

Negó cabizbaja.

—Lo sé. Pero ¿y Borja? Nos prometió que vendría.

Se puso el sol y las lámparas de todo el hotel se encendieron de golpe.

—No depende de él. Te aseguro que si no está aquí es porque no ha podido, pero no te preocupes, porque yo misma me he encargado de que celebren la Nochebuena y la Navidad como Dios manda.

Me miró sorprendida.

—Previniendo que no pudiese venir, anteayer les mandé capones, turrónes, armañac y champaña suficiente como para emborrachar a todo su batallón.

Me apretó la mano.

—¿Estás loca? Eso solo logrará relajar su guardia. ¡Y si los ateos de nuestros enemigos aprovechan el día de Navidad para atacarlos por sorpresa! Ellos no celebran el nacimiento de nuestro Señor.

Le rellené la copa de nuevo.

—Una cosa es en lo que crean y otra muy diferente que dejen de apuntarse a las celebraciones cristianas. Como todos, y con lo que puedan, brindarán esta noche y mañana descansarán.

Ya con la lengua un poco pastosa, negó de nuevo.

—Yo así no quiero celebrar nada.

¡Qué terquedad!

—¿Y nosotras? Mira a Elisa.

Asomada a la ventana, miraba en silencio la calle ya oscura.

—¿Crees que no está tan preocupada como tú? Igual o más, pero no por eso dejará hoy de cenar e ir a la misa del gallo. Además, ¿qué pasará con Miguel Altolaquirre? No necesito recordarte que es tu ahijado y por eso profesó como fraile benedictino en el convento de Lazcano. Te comprometiste con él a no faltar a su primera misa del gallo y ese momento ha llegado. ¿Le vas a defraudar a él también? Ya verás cómo te reconforta escuchar su sermón y los cantos gregorianos.

Apelar a su sentido del deber surtió efecto. Sin mediar palabra, asintió y se levantó para de inmediato tambalearse un poco por los efluvios del alcohol. Me tomó del brazo y nos dirigimos hacia donde estaba Elisa, en la que también se apoyó. Así, escoltada por las dos hijas que a su lado quedábamos, por fin conseguimos sacarla del hotel. El chófer sonrió al vernos. Llevaba todo el día esperándonos y debía de estar deseando llegar a casa.

A todo lo que daba el automóvil, recorrimos los cuarenta y dos kilómetros que separaban Lazcano de San Sebastián. A eso de las diez, llegamos. La mesa ya estaba dispuesta. Cenamos rápidamente y nos dirigimos a misa. Rezar la animó, y creo que nunca en la vida escuchamos una misa del gallo con más devoción. Al regresar a casa, nos acostamos, pero ninguna durmió. En el silencio de la noche, sus discretos sollozos y el crujir de la madera bajo nuestros pies al deambular por los pasillos se hicieron más evidentes que nunca. Apenas desayunamos, hicimos el camino de regreso. La mujer que estaba a cargo de la centralita, al vernos llegar, salió de detrás del mostrador para venir a darnos la noticia.

—Señora duquesa, su hijo llamó anoche a eso de las doce menos cuarto. Esta mañana ha mandado un telefonema, pero le hemos comunicado que estaban ausentes.

Me agarró tan fuertemente del brazo que pude sentir sus uñas clavarse sobre la manga.

—¿Te das cuenta, María? Ha pasado la noche solo. Buscando nuestro consuelo, probablemente se las ha visto y deseado para llamarnos, y al hacerlo... no estábamos. ¿Y si no volvemos a verle? ¿Y si...?

La abracé.

—Mamá, no te culpes por nada. Ya verás como hoy llama otra vez.

No lo hizo, y ella ni siquiera se despidió de mí. Yo me tuve que ir a Vitoria a trabajar con el dolor de su silencio anclado en el alma, pero al llamar esa noche a Elisa, me dijo que mamá andaba mucho más tranquila. Habían recibido una carta muy animada de Borja contándole que, al amparo de las trincheras, se habían comido y bebido todo lo que yo les mandé.

Me la resumió. Después de cenar, y escuchando a lo lejos las celebraciones del enemigo, pensaron que, como ellos, también estarían entretenidos, así que subieron a escuchar misa en un caserío destrozado a cañonazos que había en retaguardia. El páter decidió dejar el rezo del rosario para el día siguiente, plegó el altar de campaña y les dejó bailar a los unos con los otros al son del acordeón del médico. Él tuvo que regresar a la trinchera a las tres, porque le tocó guardia de cuatro a cinco de la

madrugada, y fue entonces cuando aprovechó para escribirnos metido en su saco y a la luz de una vela casi consumida, sin posibilidad de recambio. La mañana del veinticinco fue muy tranquila; pudo dormir como un bendito. Finalizaba la misiva con su lema preferido: «Una madre: España; una novia: la muerte; un amigo: el fusil».

—¿Cuánto calcula que tardará en venir? Te lo digo para coincidir con él.

—No menos de veinte días. Así que tampoco pasará Fin de Año a nuestro lado. Quizá tampoco Reyes. En la posdata, por si acaso, nos felicita a Teresa y a mí por nuestros cumpleaños, y a mí me aconseja que no estudie más anatomía, que con una hermana enfermera, se refiere a ti, ya vamos sobrados. No sé si leerte el final.

—Dime.

—«Dios nos libre de las balas y de las hermanas enfermeras».

Estaba claro que no perdía el humor. Sonreí.

—¿Le harás caso?

—¡Ni loca! Se tendría que acabar la guerra para que yo ceje en el intento.

Colgué pensando en cómo, inconscientemente, Borja había regalado a mi madre un día de sosiego. Ni siquiera la guerra había conseguido robarle ese carisma innato.

Y pasaron dos meses sin que pudiese ir a verlas, a razón de cuatro cartas por semana desde el frente. A mamá le parecían pocas. A él le hubiese gustado cumplir con su promesa de escribirle a diario, pero desgraciadamente no podía. Lo supe el día que al fin me trasladaron del hospital de Vitoria a la retaguardia del combate. Allí, nadie mejor que las enfermeras podíamos tomar la temperatura al frente. Intenté por todos los medios acercarme al lugar donde Borja se encontraba, pero solo conseguí quedarme a mitad de camino.

A mediados de febrero, Elisa me llamó para decirme que por fin le habían dado permiso para ir a San Sebastián. Yo lo conseguí esa misma tarde y cogí el primer tren para estar con ellas. Tenían una sorpresa guardada para nosotros que no quisieron revelarnos por teléfono.

Cuando llegué, Elisa y mamá me esperaban en la estación. Salimos corriendo a la puerta principal, donde los camiones con los soldados de permiso estaban aparcando. Al contrario que la última vez, nos preocupamos al verle bajar del remolque. No le hizo falta nada más que posar un pie en el suelo para que nos diésemos cuenta de su cojera. Mamá le cubrió la cara de besos.

—¿Cuánto te quedarás esta vez?

Venía de un humor de perros y, al no ver a Rafaela con nosotras, su enfado se acentuó.

—No lo sé. La pierna que me lesioné montando a caballo en Francia se está resintiendo. He intentado disimularlo, pero los dolores son tan insoportables que mis superiores, al darse cuenta, me han obligado a pedir la baja.

Una voz detrás de nosotros nos sorprendió:

—Anímate, que ya verás como en nada estás de nuevo corriendo.

¡Era Cristina! Corrimos los dos a abrazarla. Borja se entusiasmó:

—¿Y papá y los hermanos?

Ella negó cabizbaja.

—¡Cómo habéis podido escondérmelo! Se me hace tan raro verte sin hábito...

¡Pero si ya te ha crecido el pelo y todo! ¿Cuándo has llegado?

—Salí de Madrid con documentación falsa. En el salvoconducto aparecía como hija de los Pérez Quesada. Han sido mis benefactores durante estos meses y les debo todo. ¡Y pensar que antes de la guerra casi no los conocíamos! Cada vez que me acuerdo de todos aquellos amigos que nos negaron su refugio la noche que tuvimos que abandonar el convento amenazadas de muerte...

Agarrada al rosario, cerró los ojos concentrándose en disipar esos recuerdos. Suspirando prosiguió:

—Dios los tenga en su pensamiento. Como una familia de las más unidas, hicimos el trayecto de Madrid a Alicante en un autobús para embarcar después en la torpedera *Tucumán*, que nos llevó a Marsella. Pudimos hacerlo gracias a que la Embajada argentina tiene un acuerdo secreto con su capitán para sacar a sus ciudadanos de esta guerra, y yo me colé entre ellos. No he podido venir antes porque las plazas son contadas. El resto ya lo podéis suponer. Me faltó tiempo para vadear la frontera por la parte francesa y entrar de nuevo.

—¿Por qué papá y los hermanos no han aprovechado la oportunidad?

No quise preguntarle delante de mamá si por casualidad en su huida había tenido algo que ver el enlace al que le facilité el viaje en la ambulancia. Su frustración fue clara.

—Demasiado riesgo. Los milicianos saben que en las embajadas hay muchos refugiados y las vigilan noche y día para detener a todo el que intente huir. Pero no os preocupéis, porque sé de buena tinta que lo están intentando y aprovecharán la mínima oportunidad para venir.

Disimuladamente me guiñó un ojo. Supe entonces que aquel joven debía de haberse puesto en contacto con ella y que debía de estar haciendo lo imposible por traerlos, pero mi hermana, como yo, tampoco quería anticipar buenas noticias que pudiesen truncarse por el camino. A pesar de que mamá se estaba poniendo nerviosa, Borja siguió indagando.

—¡Qué alegría tener por fin noticias de primera mano! Dime, ¿tenemos aún casa a la que regresar algún día?

Cristina dudó un segundo antes de continuar. No pude evitar hacerle una señal disimulada para que tamizara lo peor, no fuese a darle un síncope a nuestra madre.

—En pie sigue. En parte gracias a Carmen, Concepción y Vicente, que, haciéndose pasar, como el resto de la servidumbre, por adeptos al Frente Popular, me han ido informando.

El salvador inicial de papá y los hermanos me vino a la mente.

—¿Y qué ha sido de Antonio Ballesteros? Cuando esto termine, es otro al que le

deberemos gratitud eterna.

Cristina suspiró. Si quería que fuese suave en la narración, sobraban las preguntas. No se anduvo por las ramas.

—Lo seremos con su familia, porque a él lo mataron aquel mismo día al regresar a su casa. Alguien debió de verlo ayudándoles a escapar.

Regresó al tema principal:

—Si queréis saber algo más, solo os diré que Madrid ya no tiene nada que ver con lo que dejasteis atrás. Las barricadas cortan las calles y las casas de los barrios principales se han tornado lúgubres y destartaladas. Por poneros un ejemplo, os diré que mi convento es ahora una checa; Viñuelas, un cuartel, y nuestro palacio del paseo del Prado, la capilla ardiente, valga el sarcasmo, de varios personajes socialistas.

No pude reprimirme:

—¿Qué han hecho con nuestras cosas?

—Han robado lo más personal. De las obras de arte que había dentro y no quemaron al principio, se ha hecho cargo la Junta del Tesoro Artístico. Según dicen, las ha incautado para salvaguardarlas de los bombardeos y otros expolios. Las tienen guardadas entre el museo del Prado y el Arqueológico.

Borja trató de limar asperezas.

—Bueno, mamá, seamos positivos; piensa que allí, al menos, estarán bien custodiadas y que, si alguna vez tenemos posibilidad de recuperarlas, solo tendremos que demostrar que son nuestras.

A mamá se le saltaron las lágrimas.

—No quiero saber más, hijos míos. ¿Cómo podéis pensar en recuperar cuadros, tallas, tapices y alfombras si aún no hemos podido salvar a papá y los hermanos? Todo lo regalaría por tenerlos a nuestro lado.

Le tendí un pañuelo para que se limpiase la lágrima que rodaba por su mejilla.

—No nos malinterpretes, madre, que no es por banalidad, sino más bien por querer ocupar nuestros torturados pensamientos en otras cosas.

Suspiró.

—La verdad es que no sé qué haremos si algún día conseguimos regresar a Madrid.

Cristina la tranquilizó:

—Dios dirá. Además, piensa en que papá, a sus sesenta y seis años, de cabeza está hecho un chaval. Me han dicho que no deja de barruntar; según él, para matar las horas de encierro sin enloquecer. Pasa el rato escribiendo su testamento, haciendo cuentas, proyectos de todo tipo e inventarios. ¡Si hasta planea el ensanche de Madrid aprovechando todo lo que habrá de demolerse después de los bombardeos!

—Altruista hasta la médula, pero ¿cómo puede testar sin saber ni siquiera qué le queda?

—Dice que algún día esto terminará. No quiere que entonces la memoria le traicione y piensa dedicar lo que le quede de vida a recuperar todo lo que le han

arreatado. Siempre ha sido un hombre de retos, y esta guerra solo es un escollo más en su camino.

—Dios te oiga, hija mía.

Cristina asintió.

—Démosle las gracias porque, a pesar de las dificultades, aquí estás, madre, sentada junto a cuatro de tus siete hijos, y eso sin contar a Teresa, que no tiene más que cruzar la frontera para reunirse con nosotros. Ya verás como dentro de nada tienes a los dos que te faltan contigo.

La miré con cierto aire de reproche, ya que intuía que ella no tardaría mucho en buscar un convento en la parte liberada para enclaustrarse y abandonarnos de nuevo. Leyéndome el pensamiento y temerosa de que sacase el tema a colación, quiso desviar la atención.

—Yo ya os he contado todo lo que allí pasa y, por lo que he visto, aquí en el frente norte no os va tan mal. Teresa cuida de los peques, como es de rigor. María ya luce en su pechera, entre la cruceta de la capa, la Medalla Militar Colectiva de Huesca, y la Cruz Roja al Mérito Militar. ¡Qué bien nos repartimos, hermanita, tú ocupada en sanar cuerpos y yo entregada al rezo por la salvación de almas! Elisa, dejándose el pellejo en el sanatorio. Pero... ¿y tú, Borja? Cuéntale a tu hermana la monja cómo te has hecho hombre. Un pajarito me ha dicho que tu bautismo de sangre fue entre Lazcano y Beasain. ¡Ya es casualidad!

Le faltó tiempo para quitarle la palabra y contarnos una vez más, con pelos y señales, cómo reconquistó el palacio.

De repente, se quedó absorto y, como sin pensarlo, pronunció aquellas palabras que un tiempo después todas recordaríamos:

—Tú, que sabes de estas cosas, hermana... Hace tiempo que quería preguntarte algo; a ver si puedes ayudarme. Cristina, ¿crees que, si me dejo la vida en estos montes por Dios y por España, al llegar arriba el Señor me pondrá en la lista de los mártires, aunque la Iglesia no nos meta en ese catálogo?

Ella sonrió.

—Tenlo por cierto, hermanito, pero eres demasiado joven para pensar en la muerte.

—¡Cómo no he de hacerlo si casi a diario me salpica!

Viendo que mamá a punto estaba de desmoronarse de nuevo, le pegué un pescozón para que se callase. Repentinamente, recordó algo y se metió la mano en el bolsillo para sacar un papel arrugado y cambiar de tercio.

—Esclarecida mi duda, os voy a leer algo. Es la letra de un himno para la 4ª Compañía. Lo adaptaré a una música de la marcha de *Los voluntarios*. ¿Os la tarareo?

Ansiosas por olvidar el tema muerte de una vez, asentimos al unísono. No pudo ni leerla, pues al levantarse con el ímpetu que le caracterizaba, una mueca de dolor se dibujó en la comisura de sus labios y tuvo que sentarse de nuevo.

—¿De verdad te duele tanto?

—He aguantado hasta más no poder porque por nada del mundo he querido que me mandasen a retaguardia, y ahora que estoy aquí, solo pienso en cómo recuperarme lo más rápido posible. ¡Me niego a que me declaren incapaz para el Ejército ahora que tan cerca estamos de Bilbao! Mamá, apelo a ti para ello. Me han dicho que en San Sebastián hay un médico. El doctor Martín Santos, creo que se llama. Da tratamientos eléctricos parecidos a los que me curaron la última vez. Acudiré a él. Aprovecharé la estancia en su hospital para revisarme las muelas. La calidad del rancho está haciendo estragos en mi boca. Estoy deseando empezar, así que, si os parece, vámonos ya al hotel. No hay mal que por bien no venga, y estoy deseando ver a...

Iba a decir su nombre, pero al reparar en mamá rectificó.

—A todos nuestros amigos.

Sonreímos las tres hermanas a sabiendas de que el nombre no era otro que el de Rafaela.

LA IMPOTENCIA DE UN HERIDO

Durante casi dos meses disfrutamos de la presencia de Borja. Para nuestra madre, aquejada de aquel tortuoso reuma que entre el chirimirí y las lluvias constantes nunca remitía, su compañía se había convertido en la mejor medicina. Durante sesenta días, nuestro hermano pequeño se sometería a quince sesiones de descargas eléctricas que no terminaban de devolverle el movimiento completo de los músculos de su pierna.

Saber que sus compañeros estaban en el frente dándolo todo y que él no podía hacerlo le desesperaba. Exasperado, procuraba matar las horas de tedio entre la consulta del médico, las visitas a los parientes de los fallecidos, el Hospital del Generalísimo, donde reposaban sus compañeros heridos, o el de la Cruz Roja, donde se recuperaba su admirado capitán Cortázar. Allí, sus fugaces encuentros con Rafaela por entre los corredores le ayudaban a sonreír.

En su ausencia, mamá pasaba las horas tumbada en la cama del hotel, rezando el rosario junto a Cristina con la secreta esperanza de que el teléfono sonase dando alguna noticia de los de Madrid. Desde nuestra ausencia la noche de Navidad, cuando Borja llamó desde el frente, estar muy cerca de uno de aquellos aparatos se había convertido para ella en una verdadera obsesión. Para su desconsuelo, tan solo solía sonar una vez al día, cuando Teresa llamaba para ver cómo estábamos desde Biarritz, donde tenía a buen recaudo a sus niños.

La soledad la aterraba y cualquier noticia que implicase nuestro traslado fuera de San Sebastián la derrumbaba por completo. Por eso amordazábamos a Cristina para que no la hiciese partícipe de sus intenciones, al menos hasta que su partida fuese inminente.

Pero llegó el temido momento a mediados de abril, cuando el padre Torres le consiguió pasaje en un avión que, eludiendo sobrevolar la zona roja, tenía como destino Sevilla. Allí se enclaustraría en el convento de Santa Paula.

Elisa, por su parte, y a pesar de la ilusión que le hacía compartirlo, optó por ocultarle que había sacado sobresaliente en su licenciatura de enfermera y que probablemente la destinarían al mismo hospital de Vitoria donde yo había estado.

Con Cristina en Sevilla, Elisa en Vitoria, Teresa en Biarritz y yo en la retaguardia, no le quedaría ninguna hija en San Sebastián. No quería ni pensar qué haría si, además, Borja conseguía engañar, como se había propuesto, al juzgado de altas para regresar a la contienda.

Sabía que para evitar la total soledad recurriría a mí, pero yo era incapaz de dejar de cumplir con mi deber más de los dos días de permiso que me daban cada quince. ¿Cómo iba a dejarlo con la falta que hacíamos? No se lo contaba, pero después de diecinueve horas en pie al día e incapaz de sentarme ni siquiera a comer, solo

adoptaba la posición horizontal para caer rendida en mi saco de campaña y conciliar el sueño las cinco horas que restaban a la jornada. Tan agotada estaba que ni siquiera los sueños podían abrirse camino en mis pensamientos. En momentos de flaqueza, cuando más necesitaba fijar mi pulso para contener las hemorragias y los extintos hálitos del hombre que Dios en mis manos había puesto, pensaba en Elisa y en cómo ella, si yo conseguía salvar a ese hombre en particular, muy pronto lo recibiría en el hospital de Vitoria, y en cómo, sin pretenderlo, las dos estaríamos vinculadas por un glorioso afán: el de salvar una vida anónima. Sería tan solo una de entre miles, pero me bastaba. El reflejo de nuestro buen hacer quedaría escrito para nuestro recuerdo en el carné azul de Sanidad Militar e Inspección de Hospital de la Sección Femenina.

Pero ¿cómo se lo diríamos? Ninguna nos atrevíamos. Paraguas en mano y dispuestos a salir a dar un paseo desde el hotel María Cristina hacia la playa de La Concha, Borja decidió romper el hielo y allanarnos el camino a las demás. Impulsivo y temerario como nadie, le soltó a bocajarro que al día siguiente regresaría al frente. La efímera alegría de nuestra madre se disipó de inmediato.

—No fuerces las cosas, hijo. ¡Si al menos contase con la compañía de tu padre! Por Dios, deja que el tiempo ponga todo en su lugar.

No se dejó amedrentar.

—Tú mejor que nadie deberías saber que, por mi posición y en ausencia de mis hermanos, que aún no han podido ocupar su puesto, tengo el deber de dar ejemplo y de estar en la zona de máximo peligro. De algo hay que morir. ¿Qué mejor muerte que por Dios y por España? ¡Sobre todo ahora que estamos tan cerca de Bilbao!

Su audacia era exasperante.

—Desiste, hijo. Espera al menos un mes más. Después de Bilbao habrá otras plazas por las que ilusionarte. Olvida esa obsesión si quieres a tu madre. ¿Es que no ves que no puedes correr, que así serás el blanco más fácil?

En silencio, la escuchábamos preocupadas. Si las cosas seguían por esos derroteros, Cristina y Elisa tendrían muy difícil decirle que ellas también se irían. Mamá intentó buscar otra excusa para convencerle.

—¿No has pedido que te destinen al Tercio Irlandés para entrar en Madrid? Para eso parece que falta, y seguro que entonces ya puedes incluso saltar. ¡Deja ya, hijo mío, de buscar a la muerte, que te va a encontrar!

Gruñó.

—No te lo he dicho, pero las peticiones para ese destino son tantas que mis expectativas se han visto frustradas. Ya es vana la ilusión que me hice de liberar a papá y los hermanos. El frente norte es lo mío y por nada del mundo quiero perdérmelo.

—Dame tiempo al menos para comprarte lo que necesites. Tus compañeros lo agradecerán.

Aseveró:

—No puedo, madre. Además, tal y como tengo la pierna, no me conviene cargar

con demasiado peso. Apenas llevo lo reglamentario, unos prismáticos y una pastilla de mantequilla.

Intenté bromear para suavizar las cosas:

—Sabia elección. Te vendrá bien para untártela en los pies y evitar el roce de las botas, que más de una ampolla termina en septicemia y...

Me dejó con la palabra en la boca al salir despendolado y apoyándose en el bastón en dirección a la puerta del hotel. ¡No dábamos crédito a nuestros ojos! Aunque barbudo, desaliñado, ojeroso y con las gafas rotas, era él. ¡Era mi padre que, como el ángel más oportuno, venía a echarnos una mano!

Aún incrédulas, las demás tardamos un poco más en reaccionar. Aquellos ocho meses cautivo en un piso franco de la Embajada checoslovaca debían de haber sido un infierno para él.

Mamá, tan proclive como se mostraba al llanto, dejó de nuevo que las lágrimas se le saltasen. Le abrazó y, a pesar de estar en público, le besó en los labios mientras los demás esperábamos impacientes a que nos dejase un hueco. Repentinamente cesó en sus sollozos para asomar la cara sobre su hombro y buscar a alguien tras de sí.

—¿Y los chicos?

Papá la acarició con ternura.

—No ha podido ser esta vez, pero ya verás como pronto lo logran.

Primero de emoción y después de desesperación, al saber que los hermanos aún tardarían un poco más en regresar, volvió a derrumbarse. La ojerosa mirada de mi padre a través de los cristales de las gafas, uno de ellos roto, se tornó vidriosa.

—No puedes imaginarte, Isabel, lo complicado que ha sido. Tuve que permanecer despierto toda la noche a la espera de que el enlace que me mandó María pudiese lanzarme una pequeña piedra a la ventana para advertirme del paso libre. Eran las dos cuando oí la señal. Solo podía salir con lo puesto y por supuesto sin documentación. Con las luces apagadas de la escalera y a tientas, Íñigo me acompañó hasta la puerta de servicio que daba al callejón trasero.

Mamá, como siempre hacía cuando no tenía palabras de indignación que pronunciar, le clavó las uñas en el antebrazo. Él la besó en la mejilla.

—Isabel, te juro que lo hubiese traído conmigo, pero solo había sitio para uno. Dios sabe que le ofrecí mi lugar y que se negó por completo. Ahora sé cómo se debió de sentir Jaime al dejarle en Villa Cisneros y te suplico que no me lo echés en cara.

Mamá bajó la cabeza pesarosa.

—Y no lo hago, Joaquín. Perdóname.

Sonrió colocándole un mechón del moño que se le había soltado por detrás de la oreja. Los demás estábamos deseando que prosiguiese con la narración de su escapada, pero no nos atrevimos a insistir. Tampoco hizo falta.

—Bien. Por dónde iba... Salí a oscuras por la puerta. Aunque alguien había aflojado la bombilla del farolillo, pude distinguir su sombra. Allí estaba el Topo, sosteniendo la tapa de la alcantarilla abierta. Supe entonces el porqué de su apodo.

»Seguí a aquel joven sin titubear siquiera. Recorrimos no sé cuántos kilómetros con los pies empapados y prefiriendo no pensar demasiado en qué viscosidades estábamos pisando. Tan solo encendimos un mechero de cuerda para iluminarnos, a sabiendas de que las cloacas a veces también estaban vigiladas. No debía de ser la primera vez que aquel muchacho recorría esos túneles, porque se conocía el laberinto como la palma de su mano. A la media hora por fin salimos junto a la tapia de un cementerio. Allí nos esperaba un coche con el motor arrancado y otras tres personas en él. Tampoco les pregunté su nombre. Salimos de Madrid y continuamos viaje por senderos y pedanías sin asfaltar hasta llegar, al amanecer, a una brecha sin vigilar en el frente de la sierra. Allí dejamos el coche en el establo de una granja, subimos a caballo y cruzamos al lado nacional campo a través. Y aquí estoy.

Divertido por nuestra expresión, sonrió.

—Como veis, vuestro padre aún tiene fuelle para mucho más.

Le miramos de arriba abajo. La verdad es que venía en peores condiciones que Borja cuando bajaba del frente, pero no quisimos defraudarle. Verle junto a nuestra madre nos reconfortó a todos, sobre todo porque al fin estaría acompañada y los demás podríamos dedicarnos a lo que quisiésemos, sin temor a dejarla sola.

Llegado el momento, uno a uno fuimos despidiéndonos de ellos. Mi padre, incapaz de permanecer como ella junto a un teléfono a la espera de nuestras noticias, la convenció para que le acompañara. Había decidido viajar a Burdeos para visitar sus viñedos en Grande Canau, Pergaçon y Bedat. Aquello era lo único que teníamos seguro en nuestro haber y había que cuidarlo como un tesoro, por si acaso perdíamos la guerra.

No había pasado ni una semana desde que los despedimos cuando me llamó Teresa para decirme que a papá le había dado una hemiplejía. Aquello no era más que el reflejo en el cuerpo de las heridas que el inicio de aquella guerra le tatuó en el alma. La pérdida parcial de la movilidad de su lado izquierdo no le había impedido expresar su voluntad de ser trasladado inmediatamente a San Sebastián. Así, si se moría, lo haría en su tierra natal. Según Teresa, podíamos estar tranquilos, porque con el tesón y la constancia con la que se sometía a los ejercicios de rehabilitación, muy pronto veríamos síntomas de recuperación.

A sabiendas del cruento potaje que se cocía en el frente, preferí no comentárselo a Borja por el momento. Sus eternas cartas de antaño pasaron a la historia y ya solo me escribía escuetas tarjetas postales del frente de Navarra que mandaba a través de emisarios a Alzola. En cuanto podía, me acercaba al balneario para recoger el taco que se les había acumulado. Las conocía bien porque eran las mismas que se vendían con el objetivo de reunir donativos para los combatientes; las mismas en que destacaban las palabras *una patria, España, y un caudillo, Franco*, con un cuerpo de letra tan grande que casi no dejaban espacio para escribir. En ellas apenas decía nada más que que seguía bien, vivo, y que hiciera el favor de no dar crédito a ninguna noticia que le diese por muerto porque, según estas, ya le debían de haber matado

unas cien veces.

Por lo conciso que últimamente se mostraba, supuse que el zumbar de la artillería y los bombardeos no debían de dejarle un minuto para escribir, leer o hacer esos problemas de geometría que tanto le relajaban.

En los trémulos trazos de su caligrafía se le notaba agotado. Debía de estar desesperado por el lento avance, el mal tiempo y el alpinismo al que los sometían montaña arriba y montaña abajo. El dolor de su pierna le debía de estar matando, pero yo sabía, por cómo se fue, que prefería la muerte a que de nuevo le diesen de baja.

En mi pequeño plano seguí clavando alfileres según su remite. La hilera crecía desde Escoriaza a Arechavaleta, de Mondragón a Elorrio y, finalmente, se detuvo en Durango. A finales de mayo, ya debía de tener puesta la mirada en Amorebieta para llegar a Bilbao.

Revisando el montón de tarjetas postales, me extrañó no encontrar ninguna dirigida a Rafaela y aquello me preocupó. ¿Estaría enfadado con ella? Llamé a Elisa para preguntarle por papá y aproveché para averiguar si sabía algo al respecto.

—Algo de lo que supones pasa, porque la última vez que los vi juntos, en el Hospital del Generalísimo, discutieron. Borja entró en la sala buscándola justo cuando uno de los heridos andaba besándole la mano como un pájaro carpintero. Ya sabes cómo se ponen algunos a veces de cariñosos. Ella se dejaba, sonriendo, cuando Borja se acercó, recriminó al enfermo diciéndole que dejase a su novia en paz e intentó besarla sin percatarse de que yo andaba atendiendo a tres camas de distancia.

—¿Ella se dejó?

—No solo se lo impidió, sino que además le recriminó por haber mentido al tribunal de altas estando aún convaleciente. Él le contestó que, si ella seguía rechazándole, ya no encontraba un solo motivo para prolongar su estancia en San Sebastián. Le dijo que no le importaba morir porque la vida sin ella no tenía sentido, y salió enfadado de la sala. Cuando ya se había ido, Rafa me dijo que hasta que no terminase la guerra no quería comprometerse con nadie. En parte lo entiendo, porque no es plato de buen gusto ser una novia viuda.

Le colgué preocupada.

ADIÓS SIN REGATEOS

Peña Lemona. Vizcaya
4 de junio de 1937

Serían las diez de la noche y estábamos terminando de cargar las cajas de medicamentos para los primeros auxilios de los heridos en combate cuando me enteré de que los depositarían precisamente en Amorebieta, a muy pocos kilómetros de San Pedro, en Durango. Aquel era el mismo sitio donde yo había clavado mi último alfiler en el mapa que me ayudaba a localizar la posición de Borja, según sus remites, y no desaprovecharía la ocasión para verlo. Sin pensarlo dos veces, decidí subirme al transporte ofreciéndome voluntaria para el reparto.

Llevaba en pie desde las seis de la mañana de aquel día, estaba molida y mi turno terminaba en dos horas, pero la gran cantidad de heridos que aquel día recibimos en el hospital de sangre, procedentes de ese punto, me impulsó a ello. Hubiera sido pecado no aprovechar esa oportunidad para ir a verle.

Tenía dos días de permiso en los que había pensado visitar a mi padre, ya convaleciente en San Sebastián, pero lo dejaría para otra ocasión. Al fin y al cabo, él tenía a mi madre y, en cambio, Borja estaba solo. Ellos lo entenderían. Lo cierto era que estábamos a principios de junio y desde que se fue de San Sebastián a mediados de abril no había podido verle.

Nada más llegar a la retaguardia, pregunté por él. El tiempo que un soldado tardaba en ubicar a la 4ª Compañía de Arapiles en las faldas de una peña llamada Lemona me sirvió para analizar sobre el detallado plano el riesgo que mi hermano podría estar corriendo. No pintaba bien en absoluto. Una brigada navarra de las fuerzas republicanas la defendía con uñas y dientes desde la cima, y sus trincheras estaban reforzadas con triple alambrada.

Casualmente, alcé la vista justo cuando Borja entraba en la cercana tienda de campaña de telégrafos. Barbudo, sucio y en los huesos, fumaba con ansiedad, como si aquel fuese a ser el último pitillo de su vida. Su cojera se había acentuado. Entré justo a tiempo para oírle dictar:

—Estoy bien. Sin novedad, Borja.

—¡Se quejará de lo escueto!

Me abrazó con tanta fuerza que se pinchó el pecho con mis condecoraciones.

—¡Otra más! Hermanita, ¿es que quieres superar al Toisón de oro de papá? Enhorabuena. ¡A ver cuándo yo consigo una de esas!

Le miré con cariño.

—Recuerda que te llevo diecisiete años. Casi podría ser tu madre. No quieras correr tanto que, a tus veinte, tiempo tendrás de ello. Pero... ¿por quién es este brazalete de luto?

Se acarició el paño negro.

—Podría llevarlo por cualquiera, pero ayer nos enteramos de la muerte del general Mola y fuimos muchos los que decidimos ponérselo. La muerte de Sanjurjo en accidente de avión al despegar de Estoril, camino de Burgos, apenas empezada la guerra, los desastres de Goded y Fanjul y ahora el accidente, también de avioneta, de Mola en Alcocero, camino de Vitoria, nos están dejando sin generales. Dichosos aviones. Espero sinceramente que nuestro hermano Jaime no se empeñe en pilotar cuando consiga huir de Madrid, porque esos aparatos tienen un peligro...

—No te quejes, que gracias a las bombas que arrojan podemos seguir avanzando. ¿Cómo andan las cosas?

—Ayer perdimos Peña Lemona. Un paso atrás que los altos mandos se niegan a aceptar por ser ese pedrusco de máximo valor estratégico para romper en parte el cinturón de hierro de Bilbao. Lo cierto es que un poco más allá hay una fábrica de dinamita aún en poder del enemigo y dicen que hay que recuperarla a cualquier precio.

Me señaló la peña. A simple vista no parecía ser tan estratégica como aseguraban, pero no éramos nadie para cuestionar las órdenes de los altos mandos.

—Es esa que se alza amenazante y como un pegote en medio de ese valle.

Desde abajo se veían las múltiples fogatas que los republicanos parapetados entre sus rocas habían encendido para calentarse.

—¿Qué posición ocupas?

Sonrió.

—¿Lo dudas, hermanita?

—¿Vosotros abajo y ellos en posición dominante? Según lo veo, los de la primera línea estáis condenados a...

Me tragué la palabra mientras él ladeaba la cara mirándome de soslayo.

—¡No, Borja! Aún no te has repuesto por completo de lo de tu pierna. Hablaré con...

Me puso el dedo sobre los labios para susurrarme al oído:

—Hermanita, hazme un favor y no empieces como mamá. Si quieres, te recuerdo uno por uno los motivos que me impulsan a querer mantener esa posición, pero...

Suspiró.

—Estoy harto de repetirme.

Preferí cambiar de tema:

—¿Qué hacías antes de venir a poner el telegrama?

Incómodo por la pregunta, tiró el pitillo y aplastó la colilla de un pisotón.

—Escribía algo un poco más largo que ese telegrama.

Miró hacia atrás, donde dos de sus compañeros dormían envueltos en su saco al calor de las brasas de una fogata. Sobre una cercana piedra cubierta de musgo descansaba su macuto, y bajo él, para que no se volase, se podía entrever una carta a medio escribir. Aceleró el paso para cogerla y guardársela en el bolsillo. Al hacerlo, se le cayó una segunda misiva, ya guardada en un diminuto sobre cerrado. Me agaché

a recogerlo con el tiempo suficiente para leer el nombre del destinatario: «Duquesa del Infantado. Se ruega llevarla en mano, si es posible, en caso de que yo muera».

Tenía la mirada acuosa, pero no se le despegó la sonrisa de los labios.

—No te preocupes, hermana. No le des más importancia de la que tiene. Es algo que siempre hago antes de entrar en combate por si...

Por primera vez en mi vida creí adivinar un atisbo de miedo en sus ojos. Sabía que no era cierto lo que me decía y solo pude abrazarle con todas mis fuerzas.

Tragó saliva.

—Si pasase lo peor, recuérdale a nuestra madre que me confesé y comulgué hace tan solo una semana. Hoy he buscado al páter para repetir, pero no le he encontrado. Debe de estar desbordado dando extremaunciones.

Miró el reloj.

—No sabes, María, cómo me alegro de haberte visto, pero por desgracia tengo que volver ya a la trinchera.

Dos aviones nos sobrevolaron y el inmediato sonido de sus bombas no se hizo esperar.

—¿Y la otra para quién es? ¿Quieres que te las guarde?

Se las metió en el bolsillo.

—¡Ni hablar, cotilla!

Consciente ya de que sabía perfectamente lo que le esperaba y que nada excepto la muerte podría impedirle cumplir con su deber, solo pude cogerle de ambas manos y besárselas con la secreta esperanza de que algo interrumpiese ese más que peligroso devenir; un milagro quizá. Él también besó las mías para sostener mi mirada en la suya.

—No te preocupes. Hoy nos tuvimos que retirar, pero mañana será otro día. Te prometo que no les daremos el placer de vernos retroceder otro paso. Piensa que cuanto más alto llegue trepando por esa colina, más cerca estaré de Dios. ¡Y deja de apretarme tan fuerte las manos, que me vas a romper los dedos y a ver cómo aprieto el gatillo!

En mi afán por retenerlo a mi lado, casi le había cortado la circulación.

—Templanza, hermano, y no confundas el valor con la osadía, por Dios.

Echándose el macuto al hombro, salió corriendo. A unos cincuenta metros se detuvo para lanzarme un beso al aire y limpiarse con la manga de la chaqueta una traicionera lágrima de la mejilla.

Serían las siete y media cuando, ya subida al camión de vuelta, esperaba a que nos pusiésemos en marcha. No íbamos de vacío, ya que el lugar de las cajas de medicamentos que había traído la noche anterior lo ocupaban ahora cinco camillas. Mientras atendía a sus ocupantes junto a otra de mis compañeras, los rayos del amanecer se filtraban entre las cortinillas de atrás. Me asomé un segundo para escuchar el cercano tronar de la guerra y pensé que no podía marcharme, que aún me quedaba un día de permiso y que, aunque no descansaría bien, merecía la pena

gastarlo con Borja.

Justo delante de nosotros, los artilleros cargaban una hilera entera de armamento pesado. Últimamente, en la retaguardia había aprendido bastante sobre esos armatostes. Un poco más abajo había visto apostados varios morteros del cincuenta, del ochenta y uno y, a nuestro lado, algunos cañones del quince y medio. Solo un antiguo cañón desentonaba con el resto de la batería. Apenas reparé en él cuando el proyectil de su interior saltó en mil pedazos antes de ser disparado. No eran extraños este tipo de accidentes, dado el obsoleto estado de algunas de las piezas que nos habían mandado de Italia provenientes de la vieja guerra franco-prusiana. Sin freno ni recuperador, estaban siendo utilizadas como todas las demás. Quizá hubiese fallado la espoleta. No importaba. El caso es que, sin pensarlo dos veces, me despedí de mi compañera y salté del camión ya en marcha dispuesta a socorrer a los siete artilleros que la manejaban. Apenas se posó el polvo, comprobé que no había nada que hacer. Aquellos valientes pasaron a engrosar las listas de los caídos aquel día.

A lo lejos, la tierra saltaba en mil pedazos y yo no podía dejar de imaginar a Borja caminando a ciegas entre esa tenebrosa nube de polvo, sangre y humo. Ya de día, los aviones habían comenzado a bombardear, y recordé sin querer cómo Borja en alguna ocasión nos había descrito los diferentes capítulos de un ataque en toda regla. Uno a uno se iban cumpliendo. Después de los tres cuartos de hora que duró el tronar de la artillería, hubo un sepulcral silencio. Gritos de un lado y otro de la trinchera e inmediatamente después el traqueteo de las ráfagas de las ametralladoras que, posicionadas en la cúspide de Peña Lemona, no dejaban un centímetro sin cubrir. Miles de tiros que, como un chirimirí de balas, nadie podría esquivar. Alzando la vista a la peña, ya solo pude rezar y esperar a la orden de alto el fuego.

Cuando se ordenó, corrí hacia el lugar donde los camilleros iban depositando los cadáveres de los caídos para identificarlos. Aquella maldita huerta de un caserío de Amorebieta habilitada como puesto de socorro más parecía un insepulto cementerio.

La tenaza que sentí entre los pulmones y el estómago según iba enfrentándome a sus miradas inertes a punto estaba de ahogarme cuando, bajo la sombra de un árbol, reconocí el capote que mamá le había regalado a Borja.

Me acerqué muy despacio, con tembloroso pulso y los ojos cerrados, rogando a Dios para que no fuese él. Armándome de valor, finalmente tiré del paño para, inmediatamente, romper a llorar. Allí estaba, con los ojos aún abiertos. Le besé en la frente y se los cerré.

Viéndole así, dormido, procuré buscar una brizna de consuelo en su serenidad. Rezumaba paz por los cuatro costados. Quise adivinar esa medio sonrisa tan suya que parecía reflejarse en la comisura de sus labios. Sería porque Dios, agradecido por su entrega a él y a España, ya lo acogía en su seno. No pude más que dedicarle la que fue mi última reprimenda:

—Tozudo. Mira que te lo dijo mamá... Tanto buscaste a la muerte que al final fue ella la que te encontró.

Me santigüé, pedí a uno de los soldados que por allí andaban que me dejase un lápiz y escribí su identificación en la sencilla caja de pino lavado que me trajeron: «Borja de Arteaga. Alférez del Batallón de Montaña de Arapiles nº 7, 4ª Compañía, 2ª Sección. Llevar al Hospital del Generalísimo en San Sebastián».

Más que un ataúd, parecía uno de esos cajones donde antaño, y en tiempos mejores, guardábamos los mazos y aros del juego de *croquet*, pero todo menos que mis padres lo encontrasen en medio de aquel sembrado de muerte.

Solo me quedaba llamar a San Sebastián para darles la noticia. Sabía que no cabrían atajos ni medias tintas, y rogué a Dios que, habiéndome elegido a mí como pájaro de mal agüero, al menos me concediese el favor de que fuese papá el que me cogiese el teléfono. Me escuchó, y en tan solo dos horas, las que invertí en adecentarlo, aparecieron.

La impotencia que sentí al ver deshecha a mamá, sin poder hacer otra cosa que en silencio acariciarla, no se puede describir. Dios sabe que, de haber podido ocupar su lugar, lo hubiese hecho sin dudar. ¡Si aún no había cumplido los veintiuno! Pero de sobra sabíamos que sus caminos son inescrutables, y por grande que fuese la tentación de dudar de su benevolencia en esos momentos, ninguno de la familia nos lo permitiríamos. Así fue cuando perdimos a Sofía con solo quince años y así sería ahora. Ya más sosegada, recé a la Virgen María para que diese fuerzas a mamá y di gracias a Dios por habernos bendecido con su fe.

De camino, mamá pidió que el séquito funerario parase antes en Zarauz para recordar, por última vez a su lado, nuestra infancia feliz y abrazar a todos los que allí nos esperaban.

Apenas llegamos a la puerta principal del Hospital del Generalísimo en San Sebastián, los coches se separaron. Nosotros paramos en la puerta principal y el féretro lo llevaron a los sótanos para adecentar su cadáver y cambiarlo de ataúd.

En la escalinata principal nos esperaban su comandante, algunos de sus compañeros, que aun heridos habían hecho un ímprobo esfuerzo por levantarse, y multitud de amigos para darnos el pésame. ¡Cómo corrían las malas noticias! Busqué entre todas esas caras amigas la de Rafaela, pero no la encontré, por lo que decidí bajar a preguntar a la sala de enfermeras por si acaso estuviese trabajando en ese momento.

Caminando por entre los corredores, recordé las cartas que la noche anterior había estado escribiendo y aceleré el paso. Tenía que hacerme con ellas antes de que los servicios funerarios procediesen a cambiarlo de ropa, no fuesen a perderlas. Apenas entré en el cuartucho, me encontré a Rafa leyendo una de ellas con las manos temblorosas. Solo me tendió la que iba dirigida a nuestra madre. Saber que le dedicaba sus últimos pensamientos, con la cantidad de veces que ella le había rechazado, me hizo sentirme un poco celosa.

Dos silenciosas lágrimas corrieron por sus mejillas. Doblándola con mucho cuidado, la guardó en el bolsillo del delantal de su uniforme sin llegar a leérmela, y

me abrazó desconsolada. Así estuvimos un largo rato hasta que, ya más tranquilas, le pedí que me acompañase a donde todos aguardaban para el velatorio. Mamá, al saber que también le había escrito a ella, quiso darle un lugar preferencial en todos los actos funerarios y, como si de una hermana más se tratase, la sentó a nuestro lado. Ella esta vez no supo negarse.

Así como Rafa quiso guardarse para sí misma las últimas palabras de Borja, mamá quiso que las suyas se leyesen en voz alta para estremecimiento de todos los presentes.

+

Queridísima mamá:

Quisiera escribirte una larguísima carta, pero no puedo ni me siento capaz de hacerlo. Esta carta es una despedida, pues creo que esta tarde Dios me llamará. No entro en detalles de los que ya te enterarás. Lo único que quiero es decirte que tengas valor y que no llores por mí, pues estaré mucho mejor que en esta tierra.

Es duro el sacrificio, pero Dios y España nos lo exigen y no podemos regateárselo.

Dale un abrazo muy fuerte a papá. Dile que quisiera evitarle este nuevo disgusto, pero no puede ser.

Te abraza fuertemente tu hijo, que te espera allá arriba.

Adiós y ¡viva España!

F. Borja

Las solemnes palabras de mi padre destacaron entre los sollozos:

—No podemos llorar la muerte de Borja sin sentir un orgullo inmenso por lo que ha hecho. Su muerte no es para sentirla, sino para envidiarla. Ahora solo podemos esperar nuestro reencuentro eterno.

Conmovió tanto la carta que todas las radios y la prensa de las zonas liberadas nos pidieron retransmitirla como ejemplo de los valores que todo soldado debe reflejar ante una muerte segura. Papá aceptó. Con su permiso concedido, *La Voz de España* y el *Heraldo de Aragón* la publicaron en un lugar preeminente. *Habla España* también se hizo eco en la radio.

Sus palabras, como una ráfaga de luz, esperanza y ejemplo, sobrevolaron la península entre las ondas de todas las radios de la zona liberada. Íñigo y Jaime, aún escondidos en Madrid, lo supieron por la RNE que, recién fundada, emitía desde Salamanca.

Cristina, en Sevilla, se enteró por mi fatídico telegrama y, como era de esperar, puso a todas sus monjitas de Santa Paula a rezar por su alma.

Al día siguiente salimos a la calle para acompañarle en el que sería su último paseo a Lazcano. Una multitud se hacinaba en la puerta para rendirle un homenaje. Entre los más destacados estaban nuestra amiga la emperatriz Zita, el gobernador

civil, el gobernador militar y el presidente de la Diputación de Donosti.

El capitán de caballería Trino de Fontcuberta, el teniente Antonio Mutandas, su capitán Cortázar, ya levemente restablecido, y otros cinco oficiales mutilados, que habían sido compañeros suyos de lidias, quisieron cargarle en sus hombros para depositarlo en la carroza estufa funeraria.

Detrás salimos los demás, temerosos de que nuestra madre, con paso tambaleante, fuese a caerse redonda en cualquier momento. La bandera de España que cubría el féretro relucía mucho más que ninguna de las que ondeaban en los edificios de alrededor, y el desfile que le ofrecieron una sección de regulares, requetés, guardias civiles, flechas, pelayos y falangistas, y los ¡Viva a España! continuos nos consolaron.

Ya en Lazcano, y según la costumbre arraigada en casa de que las mujeres no asistiesen a los entierros, nos fuimos para dejar a los hombres darle sepultura. Desde la ventana atisbábamos, enjugándonos las lágrimas, cómo los niños del pueblo se acercaron para depositar varias coronas de flores junto a su féretro. En sus fajas se leían los nombres de los que nos mandaron la ofrenda junto a su pésame. La banda de música municipal tocaba la marcha fúnebre mientras los alcaldes de Lazcano, Beasain y Ataun le acompañaron hasta el convento.

A sus puertas varios monjes rezaban un responso. Lo dejamos de ver cuando cruzaron el umbral. A una, el doblar de las campanas de los conventos de los benedictinos, las bernardas y la parroquia de San Miguel cubrió el pueblo de un manto de sosiego. Tanto que la tenaza que me estrangulaba las entrañas desde hacía dos días dejó de dolerme y suspiré tranquila al saber que mi hermano por fin descansaba en paz. Ahora nos quedaba a los vivos el deber de cuidar de nuestros desconsolados padres hasta el día en que pudiesen reunirse con él.

Incapaz de conciliar el sueño, me senté aquella noche a responder a los primeros pésames. Con una pluma en una mano y el periódico en la otra, quise leer de nuevo un artículo del *Heraldo de Aragón* que me reconfortaba en particular:

Ahora que España vuelve a ser cantera de capitanes esforzados, nos parece otra vez como arca de grandes virtudes. Volvemos a escuchar otra vez el lenguaje de nuestros tiempos áureos, cuando la fe y el heroísmo cubrieron en la historia del mundo las mejores páginas, el español. En este lenguaje único acaba de hablar la raza. El sábado último, ha muerto en el frente de Vizcaya un hijo de los duques del Infantado. Ha muerto como un valiente, poniendo una vez más en evidencia la compenetración social entre la aristocracia y el pueblo; compenetración en el riesgo, en el sacrificio y en la fe. El glorioso alférez presintió su próximo fin. Precisamente, la víspera escribió, de su puño y letra, una impresionante carta a su madre. Del fondo de los siglos parece que hablamos desde ella, la España inmortal de los tiempos imperiales.

ÉL VIVE EN TI

Postrada en la cama, entornó los párpados. El esfuerzo de haber dedicado el día a recordar el doloroso recuerdo de los que probablemente fueron los años más difíciles de su larga vida la tenía casi exhausta. Preocupada, Julia, la enfermera, insistió en que descansase, pero ella la ignoró por completo. Prometerle que regresaría al día siguiente tampoco sirvió de mucho, ya que si alguno de sus defectos se había acrecentado con la edad era la terquedad.

—Tú sabes que habrá un mañana. Yo, en cambio, vivo cada instante como un regalo de Dios. Así que, después de todo lo que has leído, me debes un poco más de tiempo. El final te lo contaré yo. Me preguntaste el porqué de mi elección al hacerte partícipe de esta parte de mi vida y ahora es el momento de explicártelo. Te prometo que no te robaré más de media hora.

Aunque el resuello le faltaba, no pude negárselo. Con la mirada vidriosa recordó la muerte de Borja.

—Por mucho que lo intentaba, aún no podía hacerme a la idea de que nunca más volvería a ver esa sonrisa tan alegre y abierta. Al menos eso es lo que pensé entonces. Algo de lo que me desdigo ahora porque, si es cierto que este parche me tiene medio ciega, no hace falta fijarse mucho para darse una cuenta de que tú has heredado de él sus paletas separadas, esos sonrojados labios y una sonrisa imposible de eludir. ¡Si él hubiese sabido que tres décadas después de su muerte nacería una niña tan parecida a él!

Suspiró.

—Tú podrías haber sido esa hija que no tuvo tiempo de engendrar con Rafaela. Pensarás que definitivamente me he vuelto loca, pero lo cierto es que, al casarse tus padres, él, hijo de Íñigo, ella, de Rafaela, para mí eres como la sobrina nieta que con el tiempo ha materializado ese amor truncado. Necesitaba decírtelo antes de morir y ya siento que me puedo ir en paz.

—¿Por qué has tardado tanto en contármelo?

—Tenías que crecer y ser madre para comprenderlo. Además, no era un asunto fácil de comentar, ya que tu abuela Rafa, después de aquella guerra, rehízo su vida casándose con tu abuelo. Para ella, hoy ya viuda, su marido fue el hombre más importante de su vida. Para nosotros, en cambio, fue la única mujer a la que amó mi hermano. Pero eran jóvenes, demasiado jóvenes, y el tren de la vida no quiso subirlos al mismo vagón. ¿Crees que ella se acordará de aquello?

Dudé:

—¿Por qué no iba a hacerlo? Nada tiene que ver que ella siguiese con su vida después de perderlo. Un primer amor nunca se olvida.

Se posó el dedo sobre la boca para que me callase.

—Tú lo has dicho. Un primer amor, pero...

Tomó aire ligeramente contrariada.

—No estoy tan segura de que él fuese para ella lo mismo que lo que ella significó para todos nosotros.

—¿Qué fue de la segunda carta?

—No lo sé. A tiempo estás de preguntárselo a ella.

—¿Crees que la tendrá aún? Ha pasado más de medio siglo. Una eternidad. Tú mejor que nadie sabes que las guerras obligan a olvidar muchas cosas para cerrar heridas. ¿De verdad crees que la puede tener todavía?

Suspiró.

—No lo sé. Creo que ser la protagonista del pensamiento de un hombre poco antes de morir y que te lo diga no es algo susceptible de olvido. Pero todo puede ser.

La besé en la frente.

—Se lo preguntaré. Quién sabe. Si se muestra receptiva, lo mismo incluso me atrevo a pedirle la carta.

Sonrió.

—Si aún la guarda, dudo que te la dé después de haberla mantenido en secreto tantos años.

La enfermera entró con una bandeja y la sopa. Ya se había hecho de noche y me pidió que me retirara. Aquella tarde había pasado volando, y aunque ella ya parecía satisfecha con todo lo que me había transmitido, yo aún no lo estaba. Necesitaba un final. No hicieron falta palabras. Solo mi mirada de súplica le bastó para rogar a Julia que me dejase a mí darle la cena. La enfermera protestó ante la amenaza de que trasnochara. Eran tan solo las ocho de la tarde y tuvo que achantarse ante mi compromiso de marcharme apenas se terminase el postre.

Se retiró refunfuñando. Ya solas las dos, le coloqué su inmensa servilleta de hilo a modo de babero sujeto por una cadenita al cuello, y ella me ayudó incorporándose. A pesar de lo independiente y fuerte que siempre fue, hacía mucho tiempo que había aceptado sumisa las vejaciones a las que somete la senectud.

—Conseguiré la carta y te la traeré. Pero dime cómo terminó la guerra para vosotros.

—El alma partida que nos dejó Borja a menos de un año del inicio de la guerra fue solo el preámbulo de lo que sufriríamos los dos restantes. Pero eso a ti, querida sobrina, no te incumbe.

Resoplé incómoda por lo que se hacía de rogar.

—Está bien. He pasado tanto tiempo intentando olvidar que ahora se me hace extraño recordar todo tan nítidamente y de golpe. No tenemos mucho tiempo, así que te lo resumiré. Bilbao cayó dos semanas después y tan solo un mes más tarde Íñigo y Jaime consiguieron por fin salir de Madrid. Nunca nos contaron cómo lo lograron y tampoco se lo preguntamos. Lo cierto es que lo debieron de hacer por separado. Tu

abuelo optó por venir al frente norte y luchar como comandante del Estado Mayor en Navarra, en la campaña de Asturias, Santander y Oviedo, a las órdenes del general Solchaga.

»Mientras, Jaime prefirió tomar el camino del sur hasta Sevilla. Amante del riesgo como siempre lo fue, se alistó en el Ejército del Aire. Andaban tan escasos de pilotos que, nada más saber Vara del Rey que él ya tenía el título internacional reconocido en Alemania, le admitió en su escuadrilla. Nos extrañó que hubiese pasado los reconocimientos médicos, ya que la falta de los dos dedos de la mano derecha que se arrancó montando a caballo podría no ser nada comparado con la falta de reflejos que tenía por la fractura del cráneo que sufrió al caerse de la moto en Tetuán, y al recordárselo solo nos contestó con un «¿Qué me puede pasar?, ¿que me mate? Pues ya habré despegado al cielo; la Virgen de Loreto me recogerá en su regazo».

Suspiró melancólica.

—Hasta que un día llamó el general Queipo de Llano desde Sevilla. Jaime, trasladando un avión en escuadrilla desde Tablada a El Coper, se había chocado con Vara del Rey. Su superior, aunque herido, consiguió salvar la vida. Él no. A falta de parientes cercanos que acompañasen sus restos, algunos amigos y parientes lejanos, como Queipo de Llano, Santa Cruz y Medinaceli, le velaron toda la noche en la capilla ardiente del hospital militar, para luego enterrarlo en el cementerio de San Fernando en un nicho que nos prestaron los marqueses de Montilla, a la espera de que terminase aquella maldita guerra y lo pudiésemos trasladar. Vara del Rey, con una unidad de su aviación, le rindió honores e hizo salvas de ordenanza desde el cielo.

»Apenas se habían cumplido siete meses de la muerte de Borja, y nuestros padres, después de perder a otro de sus hijos, no levantaron cabeza. La guerra terminó y, como tantos que habían visto morir a sus seres queridos, buscamos el consuelo en la idea de que el sacrificio había, al menos, salvado a Dios y a España. La monarquía, en cambio, tardó aún muchos años en regresar. El resto ya lo sabes. Coge esta caja; es donde he guardado todos sus recuerdos y nadie mejor que tú sabrá custodiarla.

Dejando la cuchara sobre el plato, me disponía a abrirla cuando posó su mano sobre la tapa.

—No ahora. Estoy cansada y deseando terminar la cena. Hazlo al llegar a casa y ya me contarás.

Apenas terminó, hundió la cabeza en la almohada y cerró los párpados.

—¿Vendrás a visitarme otro día?

—No lo dudes, tía María. Para entonces espero traerte noticias de la segunda carta.

Asintió y tiró con pulso débil del embozo de la sábana para arriba. Le retiré la bandeja, apagué la luz de la mesilla de noche, tomé la caja a la que había hecho alusión y me fui. En su respiración lenta y acompasada y en su media sonrisa tuve la impresión de ver reflejada la verdadera paz.

Fue la última vez que la vi con vida. Al llegar a casa, abrí aquel tesoro que resumía una vida en apenas treinta centímetros cúbicos. Dentro había un gorrillo isabelino verde con el filete y el borlón rojo del uniforme, sus cordones de alferez, la cartera militar del Ejército, unos gemelos esmaltados en rojo y negro, un imperdible para colgar sus condecoraciones, el pequeño cuadernillo de donde, sin duda, arrancó las páginas para escribir sus últimas cartas y un montón de epístolas escritas desde el frente.

Tan solo tres días después me comunicaron que la tía María había muerto. Pensé que había esperado lo justo para saldar su última misión en la vida: hacer de mí la estela de sus recuerdos. Quizá fuese porque ella, como sus hermanos Borja y Jaime, tampoco dejaba sucesión en este mundo. Quizá porque en mí vio el germen de ese amor truncado. No eran delirios de senectud, sino la evidencia de su herencia en mi sangre. Me consolé de su pérdida pensando en el reencuentro con sus dos hermanos después de más de medio siglo separados.

Aquella mañana sonó el teléfono. Esperé a que ese pitido de enfisema tomase aire.

—¿Vas al entierro de tu tía María en la catedral de Toledo?

—Claro, abuela. La incineraremos para enterrarla junto a sus hermanos solteros. Así todos descansarán en el mismo columbario.

—¿Borja y Jaime?

—Sí, los trasladaron hace años desde Lazcano y Sevilla para que estuviesen al lado de sus padres. Bajar a la cripta de la capilla de Santiago es como viajar en el tiempo y recordarlos en paz.

Me interrumpió:

—Me gustaría acompañarte.

—¿Estás segura, abuela? Recuerda que llegar al casco antiguo de Toledo es complicado y la catedral se encuentra en el centro. El aparcamiento está lejos, las calles son empinadas y hay adoquines por doquier donde tropezar. Además, dentro hay escaleras y te faltará el resuello. ¿Te sientes con fuerzas?

—Todas las del mundo para recordar.

No pude negárselo. El viaje de Madrid a Toledo lo hicimos las dos sumidas en nuestros pensamientos. Ella, si alguna vez había mencionado la guerra y lo que perdieron en ella, siempre lo había hecho de soslayo, como la mayoría de los de su generación, así que entendí que si se iba a presentar una ocasión propicia para preguntarle sobre su relación con Borja era aquella.

Apoyada en mi brazo, llegamos a la capilla. Rodeamos los hermosos sarcófagos de don Álvaro de Luna y su mujer, Juana de Pimentel, y accedimos a las escaleras de nuestro mausoleo dispuestas a bajarlas con cuidado. La cripta estaba en penumbra. Se rezaba el responso y no había una sola flor por expresa petición de mi tía María, que las consideraba un derroche innecesario. Mi abuelo Íñigo y la tía Elisa, los únicos hermanos que quedaban vivos de aquella generación, depositaron la pequeña urna

junto a las otras dos. La abuela tomó asiento enfrente y pude ver cómo centraba la vista en la losa que habían quitado para abrir el nicho.

Al terminar, salieron todos menos ella. Pasaba las cuentas del rosario con la mirada fija en la lápida donde los nombres de Borja y Jaime figuraban con las fechas de sus nacimientos y defunciones. La cruz de Santiago los coronaba. Aún no habían tenido tiempo para cincelar el de mi tía María.

Aquellos ojos azules brillaban como una ventana abierta al pasado. Intentando adivinar qué era lo que pasaba por su cabeza, la cogí de la mano.

—¿Sabes que cuando murió Borja me sentaron en el funeral en el primer banco, junto a sus hermanas y su madre?

No pude mentirle.

—La tía María me lo contó hace solo unos días. No sabía que habías sido su madrina de guerra.

Comprendiendo que sabía mucho más de lo que aparentaba, se explicó:

—Sí. Él, además de otras cosas, era mi ahijado, como tú también eres mi ahijada de bautismo, y por eso hoy he querido traerte una cosa.

Abrió el bolso y sacó un pequeño sobre amarillento, forrado de papel de seda azul, y me lo tendió. Estaba abierto. Al tomarlo entre mis manos, pude leer: «Se ruega llevarla en mano, si es posible, en caso de que yo muera. Srta. Rafaela Armada. Villa Itoca. Ondarreta (San Sebastián)».

—La última vez que lo vi discutimos, y eso es algo que siempre he llevado clavado en el corazón. Aquello que para mí no fue más que un flirteo de juventud, para él y toda su familia supuso un apasionado amor que jamás me atreví a desmentir por no herir a nadie y por haber demostrado él tantos destellos de grandeza. Después de la guerra, todos los que sobrevivimos seguimos adelante. Me casé con tu abuelo, al que ya conocía antes de empezar la contienda y a quien, como sabes, quise con toda mi alma. Tuve mis propios hijos, y quiso el destino que tu madre se enamorase de un sobrino de Borja, tu padre. De esta manera las dos familias definitivamente emparentamos.

Acariciando la carta, me salió del alma:

—No me digas más, abuela. El tiempo pasa difuminando los contornos de aquello que queremos olvidar, y es mejor no pensar en lo que pudo ser y no fue, pero esta carta demuestra que tú nunca quisiste borrar aquello de tu memoria. ¡La has guardado todos estos años!

Abriéndola nerviosa, carraspeé antes de comenzar a leerla con la solemnidad que debía ante todos los que allí yacían:

+

Queridísima Rafa:

Solo quiero escribirte unas líneas de despedida, ya que seguramente hoy me iré allá arriba con Dios. No puedo ahora entrar en detalles de los que ya te enterarás. Solo

te pido que te acuerdes de mí en tus oraciones y me perdones todo lo que te haya podido hacer rabiar. No necesito referirte lo mucho que te he querido en este mundo, y quiera Dios que allá pueda seguir queriéndote. Te prometo pedir a Dios mucho por ti para que seas siempre buena y feliz en esta tierra y puedas reunirme conmigo en la eternidad.

Recibe un abrazo muy fuerte del que hasta hoy era tuyo,

F. Borja

NOTA DE LA AUTORA

A principios de este siglo mi madrina y abuela materna, una mujer ya anciana, firme en sus creencias, sumamente vital y el espejo en el que con frecuencia me gustaba reflejarme, afrontaba su final sin temor. Viuda desde hacía décadas, madre de ocho hijos y abuela de dos docenas de nietos, se preparaba para dejarnos con una tranquilidad de conciencia pasmosa. Había llegado a esa edad en la que pronunciar todo lo que por su mente pasaba no era un problema. Vivía rodeada por los que la queríamos y sabía que la escuchábamos sin reproches.

Después de años de contención fue solo entonces cuando me atreví a pedirle algo que ansiaba desde hacía mucho tiempo. Una carta de amor que un joven le había escrito hacía más de seis décadas. En una simple cuartilla se despedía de ella por y para siempre. Tan solo una duda me asaltaba. ¿De verdad habría guardado durante toda su vida la epístola de un amor que nunca llegó a fraguar? Ni siquiera sabía si aquel pedazo de papel podría seguir existiendo o si, de existir, ella accedería a entregármela. Lo que nunca me hubiese perdonado era el no habérselo preguntado antes de perderla para siempre.

No hizo falta decirle nada. Sabía a lo que me dedicaba y que no desperdiciaría una buena historia de amor para narrar unos años tan convulsos para España entera en general, y para los monárquicos en particular. Esos que quienes los vivieron optaron por silenciar durante más de dos generaciones y que en algún momento merecerían ser rescatados del olvido.

El día que me entregó la carta temblé de emoción. En aquel amarillento, humilde y desgastado sobre había un pequeño pliego. En contadas líneas mi tío abuelo Borja, a sus veinte años, dejaba plasmado su recuerdo más íntimo y pasional. Fue el pistoletazo de salida que me empujó al abismo de la investigación en el archivo familiar. Allí topé con dos cajas enteras de correspondencia entre los personajes principales de esta novela y un pequeño libro titulado *Borja* que le dedicó su hermana Cristina, sor Cristina de la Cruz, al perderlo. Todo aquello me ayudó a armar el andamiaje de esta trama; el resto lo hallé en un sinfín de libros de historia.

Era la primera vez que me disponía a escribir sobre personas que había querido y admirado. Me costó distanciarme de ellos. Me costó darles forma por extraño que pueda parecer y más aún hacer una ficción de las partes más íntimas de sus vidas, aquellas que diferencian a una novela de un simple ensayo. Aún así creo que ha merecido la pena.



ALMUDENA DE ARTEAGA. Nació en Madrid el 25 de junio de 1967, ciudad en la que reside actualmente junto a su marido y sus dos hijas. Es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y diplomada en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria por el Instituto Salazar y Castro.

Ejerció la abogacía durante seis años, especializándose en Derecho Civil y Laboral. Trabajó como documentalista en los libros de *La insigne Orden del Toisón de Oro* y *La Orden Real de España*, un ensayo histórico.

En 1997 publicó su primera novela *La Princesa de Éboli*. Después del éxito obtenido dejó el ejercicio del Derecho para dedicarse en exclusiva a la literatura. A esta primera novela le siguieron otras diez obras de distintos géneros.

Reconocida por la crítica como una de las más destacadas escritoras de novela histórica actuales, sus libros han llegado a permanecer más de cuatro meses en las listas de los más vendidos, con numerosas reediciones y se han traducido a varios idiomas.

En marzo de 2012 fue galardonada con el XIX Premio Azorín de Novela por su obra *Capricho*, un recorrido histórico con intriga por el Madrid del siglo XIX.

Actualmente continúa escribiendo, conferenciando en foros literarios e históricos y colaborando como articulista en periódicos y revistas de ámbito nacional.